LAS VIDAS SECRETAS DE LAS MUJERES DE LOS ASESINOS

Elizabeth Arnott

Siruela Nuevos Tiempos



Elizabeth Arnott

LAS VIDAS SECRETAS DE LAS MUJERES DE LOS ASESINOS

Traducción del inglés de
Antonio Jiménez Morato

Siruela
Nuevos Tiempos

Edición en formato digital: abril de 2026

Título original: *The secret lives of murderer's wives*
En cubierta: ilustración © Tatiana Sidorova / iStock
© Lunar Books Ltd., 2026
© De la traducción, Antonio Jiménez Morato
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© Ediciones Siruela, S. A., 2026

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, *www.cedro.org*) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 979-13-88032-91-2

Conversión a formato digital: María Belloso

Para Joni y D

Uno

Berryview, California, 1966

Algo tiene este calor que le hace pensar a Beverley Lightfoot en el momento en que encontró la ropa de su marido en la basura.

Hacía un calor sofocante, exactamente igual que hoy, cuando tuvo lugar un cruce de miradas con un enjuto coyote, tras lo cual levantó la tapa del cubo de basura de su vecino y se encontró con la camisa de su marido, en concreto la del estampado a cuadros que le había regalado cuando cumplió treinta y cinco años, salpicada de cáscaras de huevo rancias, posos de café y manchas de sangre.

Parpadea con la intención de borrar la imagen de su mente, coloca el espejo retrovisor y extiende las manos sobre el volante; luego estira los dedos para inspeccionar las uñas que se ha pintado con sumo cuidado esta misma mañana de un inocente color rosa clavel. Frunce el ceño e inclina la cabeza para verlas bien, con la sospecha de que casi alcanza a ver en el esmalte el burbujeo que provoca el bochorno.

Las aceras circundantes están jalonadas con palmeras que parecen a punto de desmayarse, y por ellas deambula una multitud de gente vestida con pantalones pirata y camisetas sin mangas. Esta canícula, tan obstinada que pareciera irradiar de los edificios y los pasos de peatones, hace que a la gente se le embote la cabeza, sobre todo en Berryview, hasta donde no llega la brisa costera, ni siquiera la más leve ráfaga que pudiera arrastrar la bochornosa calima estival.

Este bochorno pareciera haberse instalado desde hace semanas:

una ola de calor sobre la que los periódicos no han dejado de publicar titulares centrados en las temperaturas récord junto a las noticias sobre los bombardeos en Hanoi. ¡LA CIUDAD SE ASFIXIA!, advierten entregados a la histeria. MILES DE NUEVAS MUERTES EN VIETNAM.

Los vendedores a domicilio parecen aprovechar la ola y no cesan de llamar a la puerta de Beverley. Llegan con ventiladores portátiles, o bien con voluminosas neveras Coleman, otras veces con máquinas de hielo que sostienen en equilibrio sobre la cadera, el pelo siempre peinado con gomina hacia atrás y una sonrisa maliciosa alimentada por la certeza de que solo ellos facilitan el acceso a un tesoro. Una vez que Beverley se los ha quitado de encima con educación, sale al porche. En todos los jardines de las fachadas, cuidados con esmero detrás de las vallas blancas y los hibiscos florecidos, se puede ver lo mismo: hombres de pie con las piernas separadas y las camisas abiertas, todas iguales a la que encontró en la basura aquel día, empapados por el agua con que los aspersores de riego los rocían.

Beverley se coloca las gafas de sol de montura blanca para protegerse del resplandor que llega desde el aparcamiento. Asfalto pulido y coches caros: hoy no esperaba encontrar otra cosa excepto opulencia. Se endereza en el asiento del conductor de su Cortina para poder despegar los muslos del viejo vinilo. Su vestido, de sarga color crema, con un cinturón que lo ciñe en la cintura y un lazo de seda en el cuello, está ya empapado de sudor. No hay nada que pueda hacer para remediarlo; solo le queda la esperanza de que los focos no sean demasiado brillantes cuando le toque subir al escenario.

Mira de nuevo por el retrovisor. Los rayos de sol se cuelan entre las copas de los árboles y luego se reflejan en las ventanas, lo que provoca un resplandor deslumbrante. Sus dientes se encuentran con el blando tejido del interior de las mejillas y muerde con fuerza. Le molesta la torpe previsibilidad de la que hace gala su memoria, como si fuera el tonto perro de Pavlov que piensa en las hélices de los helicópteros y luces rojas intermitentes cada vez que la temperatura supera los treinta y pico grados.

Se inclina hacia delante y apaga la radio del coche; luego se coloca el lazo del cuello, frunce los labios y sopla un chorro de aire que al llegar a su pecho nota caliente. *¿Sarga? ¿En serio? ¿Con este calor? Bravo, Beverley.*

Había sacado el vestido del fondo del armario y lo había llevado a la tintorería para esta ocasión especial. Decidir qué ponerse había sido un ritual al que se había entregado durante varios días: horas delante del espejo para probarse cada prenda y así ver cómo le quedaba cada una y comparar combinaciones. Tenía que estar segura de conseguir el equilibrio adecuado. Nada demasiado severo. Nada alegre, por razones obvias. Nada corto. Ni de broma escote. Y por descontado nada rojo.

Se había maquillado a capas antes de quitarse el maquillaje también poco a poco, como si un toque de colorete en un tono melocotón erróneo o una capa demasiado gruesa de rímel fueran algo en lo que la gente fuera a fijarse, aquello que confirmaría esa impresión que habían tenido siempre sobre ella desde la primera vez que la vieron.

Fuera de la ventanilla del coche una multitud de gente bien vestida se dirige hacia la entrada del hotel. Las insignias plateadas y los botones pulidos con esmero refulgen bajo el sol. Son cientos las personas que entran: policías de patrulla, detectives y oficiales del *sheriff* junto a las esposas que visten su uniforme propio: perlas, vestidos ajustados y pendientes que cuelgan como adornos de árbol navideño. Beverley mira sus piernas y suspira. Se ha saltado un punto en las medias nuevas.

Se revisa el maquillaje una vez más y el coche se llena con la voz de su madre. «Con una cara tan redonda como la tuya, Beverley, deberías reconsiderar si el flequillo es la mejor de las opciones». El rímel se ha hecho pegotes en las pestañas inferiores y su nuevo pintalabios Coty parece haberse corrido en sus comisuras. Tiene todo el aspecto de una desquiciada.

Busca su bolso para sacar de él un pañuelo, y al hacerlo se da cuenta de que le tiemblan las manos. De hecho, todo su cuerpo se

estremece, como si el miedo hubiera electrificado sus venas. Se da leves golpes en los lados de la boca con el pañuelo; busca el pintalabios para volver a aplicárselo sin saber qué es peor, o bien este calor infernal o acaso la tortura de tener que controlar los nervios. Habrá gente dentro, gente importante, y todos van a mirarla, a escuchar con atención todo lo que diga sin dejar de pensar para sí mismos: «Claro que lo sabía», o «¿No lo sabía? Esta mujer es una buscona, un auténtico desperdicio».

Si hay algo que Beverley ha aprendido en los últimos cinco años es que las otras mujeres viven convencidas de que se hubieran dado cuenta si sus maridos hicieran lo que el marido de Beverley ha hecho. Por supuesto que no lo sabrían, pero les gusta reconfortarse con la idea de que lo habrían sabido. Beverley tiene la elegancia de permitirles que vivan en su propia fantasía.

Vuelve a mirar su reflejo, con el pintalabios en la mano, y al instante lo ve concretamente a *él* al otro lado del aparcamiento. Se encoge todo lo que puede, hasta que los hombros llegan a rozarle las orejas.

—Mierda.

El pintalabios se resbala de sus dedos y cae rodando al suelo del coche.

—¡Mierda, mierda, mierda!

Se da cuenta, horrorizada, de que se ha manchado de carmesí la parte delantera de su vestido.

Tras arriesgarse a echar otro vistazo, calcula que Roger Greaves está bastante lejos. Incluso a esa distancia puede reconocer su cabello plateado peinado hacia un lado, su uniforme impecable, recién planchado, y su imponente estatura. Su esposa, Enid, se aferra a su antebrazo.

Beverley aguanta la respiración mientras la pareja pasa junto al coche a cierta distancia y luego accede al hotel tras atravesar la doble puerta. Sus ojos se detienen en el cartel que han colocado delante, que tiene unas palabras escritas con tiza.

3 DE JULIO
GALA DE LA POLICÍA DE LOS ÁNGELES
DAMOS LA BIENVENIDA
A LOS AGENTES Y A SUS FAMILIAS.

Acelerada, se aplica polvos en la cara para intentar que disimulen el rubor que le sube al rostro desde el cuello.

Si no entra ahora mismo nunca lo hará.

Y si no entra pensarán que tiene algo que ocultar.

Antes de adquirir el temple para dominarse, se inclina para poder abrir la guantera. Del compartimento saca la vieja petaca de Henry. Sabe que no debería seguir usándola, pero el hecho de beber de esa pequeña botella de acero le parece un acto de rebeldía, aunque sea mínimo. El licor está tibio y siente un delicioso ardor cuando desciende por su garganta. Pasados unos instantes se da cuenta de que quizás se haya enderezado demasiado en el asiento. Cuando ese regusto al ruido estático de la televisión con la que se ha familiarizado le llega al estómago, guarda la petaca, se coloca uno de los rizos del cabello detrás de la oreja y sale del coche.

En el exterior el aire es tan denso que se podría cortar con un cuchillo. Sus dedos crujen mientras comprueba todas las puertas del coche y repite la rutina habitual. Resiste el impulso de comprobarlo una tercera vez. Si no entra ahora empezarán a establecer conexiones que no existen. Serán ellos quienes cuenten su historia por ella.

Se gira hacia las puertas de entrada con marcos dorados, pero algo la hace retroceder. Una mujer joven sale de un Plymouth Barracuda y da un portazo tras de sí. Sus zapatos Mary Jane parecen cachetear el asfalto a medida que se apresura hacia la entrada.

—Disculpe.

Beverley sale corriendo tras ella.

—Señorita, disculpe. ¡Espere!

La alcanza y la agarra por el hombro.

La chica, más que parecida a Jean Shrimpton, con un elegante

jersey de cuello alto sin mangas y de unos veintitantos años, como Beverley, se gira y arquea una ceja depilada.

—Siento todo este alboroto, pero es que se ha olvidado de cerrar el coche.

Beverley sonríe.

—Oh.

La mujer lleva sus manos a su clavícula y, al apoyarlas, rozan un crucifijo tan delicado que casi parece translúcido.

—Gracias a Dios —suspira—. Pensé que lo que pretendía era venderme un seguro o algo así.

Beverley se obliga a reír.

—Solo quería ayudar.

La mujer sonríe como si Beverley hubiera dicho algo extraño.

—Seguro que no pasa nada —responde al fin.

Luego se gira hacia el hotel de la gala y mueve una pequeña y preciosa mano.

—Debe de haber trescientos policías ahí dentro. Este es el aparcamiento más seguro de la ciudad ahora mismo.

Puede que sea guapa, pero no es la belleza lo que te mantiene con vida.

Beverley se esfuerza en dibujar una sonrisa al responder.

—Si no cierras el coche alguien podría entrar y esconderse detrás del asiento del conductor.

La mujer la mira sin dejar de parpadear; está visiblemente horrorizada.

—Siempre lo más seguro es cerrar el coche —afirma Beverley.

Los ojos de la mujer se han entrecerrado con evidente disgusto. Sin decir una palabra, se dirige con paso firme hacia su coche, lo cierra con llave y luego casi empuja a Beverley para entrar en el hotel, con el bolso apretado contra el pecho.

El salón de baile está abarrotado y dentro el calor es sofocante. El personal del hotel ha repartido abanicos de papel, y las esposas los

agitan, se levantan la melena recogida en colas de caballo para dejar que se airee la nuca y al hacerlo descubren las caras joyas con las que se han hecho en las subastas. Los murmullos atruenan la sala con el tono de bajo barítono de los hombres al contar anécdotas espontáneas de las que son protagonistas: hombros anchos, cabello engominado, un embriagador aroma a Aramis. Algunos de los oficiales visten su uniforme. Otros se alisan las solapas de un esmoquin o bien se colocan la pajarita.

La sala está a oscuras, un contraste que resulta agradable frente a la insolación que puede llegar a provocar el sol de la calle. Las paredes están cubiertas con cortinajes negros. Las lámparas de araña titilan hasta formar un caleidoscópico halo de cristal. Beverley baja la mirada y se acaricia la mancha de pintalabios en la parte delantera del vestido. *Bueno, esto es lo que hay.* Aunque lo único que consigue es dejarlo peor.

Quizás debería haber pedido a Margot que la acompañara, o incluso a Elsie. Eso habría sido todo un espectáculo para los asistentes. *¿Quieren a la esposa de un asesino, damas y caballeros? Pues aquí tienen tres.*

Atraviesa la sala con la mirada fija en el suelo, con la esperanza de que nadie la reconozca por los periódicos.

Beverley siempre ha envidiado a los agentes y a sus esposas. Para ellos, el asesinato no es más que nueve letras garabateadas en un informe. Algo que se comenta durante la cena mientras comen el pastel de carne. No pasan de ser pruebas recogidas en la escena del crimen que se guardan en una taquilla cuando llega el final de la jornada.

Un camarero con cejas como las de Lee Marvin se desliza a su lado y ella se hace con una de las copas de champán de su bandeja, y luego se estira hacia atrás para conseguir otra más. Con una en cada mano se gira de cara a la pared y engulle la primera de un par de tragos, y luego deja la vacía en una mesa cercana. Se lleva la otra a los labios, aunque a continuación lo piensa mejor: la mantendrá en la mano para tener algo que hacer.

—Señora Lightfoot.

El sobresalto le eriza toda la piel. El joven que tiene delante parece salido de un anuncio. Debe tener más o menos la misma edad que Beverley, mucho más joven que la mayoría de los oficiales de la sala. No puede evitar imaginarlo en medio de un partido de tenis, con sus piernas bronceadas y sus ajustados pantalones cortos blancos.

—En realidad ahora soy la señorita Edwards —dice, y sostiene su mirada más tiempo del que le puede resultar cómodo.

Se niega a usar «señora». La señora Edwards es su madre.

—Señorita Edwards.

Él le muestra los dientes y ella siente que le arden las puntas de las orejas.

—Invitamos a los ponentes a que se relajen entre bastidores.

Tiene dos gotas de sudor sobre el labio.

—Hay una sala, un poco más tranquila, donde puede esperar, si lo desea, antes de su… —parpadea varias veces— «presencia».

Ella asiente con la cabeza cuando se aleja. Pasados unos instantes, emprende el camino hacia el escenario. En el extremo derecho, flanqueado por unos altos biombos negros, encuentra un pasillo y agradece entrar en él. El bullicio del salón de baile se amortigua de inmediato: las carcajadas y el runrún de la testosterona quedan atenuados hasta convertirse en un zumbido silencioso que puede llegar a pasar desapercibido. Se detiene en la oscuridad y respira hondo, se lleva la mano a los tensos músculos de la nuca, levanta la barbilla y serena sus nervios.

De repente siente un cosquilleo en la piel.

Alguien la observa.

Puede sentirlo como si se tratase del suave roce de unas uñas.

—Me alegro de volver a verla, señora Lightfoot.

El cosquilleo desaparece. Reconoce esa voz ronca. Se da la vuelta.

—Jefe Cornwell.

Sus hombros se tensan.

—Me ha sorprendido.

—Probablemente no debería hacerlo, ¿verdad?

Levanta una ceja, pero no llega a sonreír. Tom Cornwell nunca ha sido un tipo sonriente; no lo fue cuando capturó a Henry, ni cuando acusó a Beverley de saber más de lo que decía.

—¿Cómo le va?

—Ya sabe…

Ella se limita a encogerse de hombros.

Él asiente con la cabeza y se pasa los dedos por ambos lados del bigote.

—Bueno, ¿está lista para esto?

Señala el escenario.

No, es lo que desea responder. Nunca estará lista. Pero si no lo hace, tanto él como los demás seguirán sospechando que protegió a Henry, que encubrió sus crímenes desde mucho antes de que salieran a la luz.

—Supongo que lo estoy en este momento tanto como pueda llegar a estarlo en un futuro.

Se imagina allí arriba, frente a todas esas caras que la escrutan, y se tiene que apoyar en la pared para mantenerse en pie.

—Es algo bueno esto que está haciendo.

Cornwell frunce los labios brevemente, como si le costara ser educado.

—Va a ser algo que ayude a mucha gente.

—Claro.

Cierra los ojos. Es el modo de combatir la parte de sí misma que quiere salir corriendo por el pasillo hasta volver al aparcamiento. Pero no tiene tiempo para fantasías de fuga. Cornwell mira su reloj justo cuando el chirrido de un micrófono que acaba de conectarse rompe el silencio.

Dos

—Damas y caballeros —se oye la voz del presentador—, bienvenidos a la gala anual dedicada a familiares y amigos de la policía de Los Ángeles de 1966.

Beverley siente como si el corazón se le hubiera salido del pecho y hubiera derramado toda su carga en el estómago.

—Para empezar, demos la bienvenida —alguien ha debido meterle papel de lija en la boca— al jefe Tom Cornwell, oficial al cargo de la Unidad de investigación de delitos graves de California.

El público aplaude.

Se desliza hacia un rincón, al lado del escenario, que está sumido en la penumbra, pero desde donde puede verse bien al público. La gente observa con suma atención; la tenue luz se refleja en las joyas de diamantes mientras Cornwell se sitúa bajo el foco principal. A Beverley se le ocurre que los hombres como Tom Cornwell no tienen motivo alguno para estar nerviosos, ya que suelen jugar el papel de ser los héroes por defecto, capaces de controlar el relato final de los hechos y así poder decir a los demás lo que deben pensar de ellos.

Pero, entonces, ¿eso en qué la convierte a ella? ¿En una villana? ¿Una cómplice? Han pasado casi cinco años desde que todo sucedió, pero aún no ha sido capaz de averiguar qué papel desempeña en la historia. ¿El de una esposa? Claro. ¿Una mujer que se ve sometida a una tortuosa dualidad? Sin duda. Alguien que ha estado lo suficientemente cerca de un asesino para conocer el olor de su cuello, los suspiros que suelta cuando duerme, el hecho de que su canino inferior izquierdo esté ennegrecido por un encontronazo con un bate de béisbol. Pero eso no explica cómo alguien que estaba tan cerca de un asesino no fue capaz de dar un paso atrás y reconocerlo como tal, cómo estar tan inmersa en los hechos cotidianos de su

vida hizo que resultase muy fácil poder manipularla.

—Damas y caballeros —comienza Cornwell.

Beverley ve cómo los hombros de los asistentes se enderezan ante su voz imponente, esa misma voz que la interrogó, que la bombardeó con todos y cada uno de los horribles detalles de los crímenes de Henry.

—Gracias por invitarme a celebrar otro año de éxitos del Departamento de Policía de Los Ángeles y aledaños. —Ni siquiera entonces esboza una sonrisa—. Me enorgullece tener la oportunidad de hablar sobre uno de los momentos más cruciales de mi carrera.

Así que se trata de él. Siempre se ha tratado de él.

—Hace cinco años, tras una investigación que exigió la puesta en marcha de una cantidad de recursos sin precedentes, así como del apoyo de todas las oficinas del *sheriff* del condado en el estado, sin olvidar el arduo trabajo de mi personal y en concreto de mi ayudante, Roger Greaves, apresé a Henry Lightfoot, un hombre que había aterrorizado a los honrados residentes de California durante tres largos años en una brutal ola de crímenes que le valió el nombre de «El asesino de la ola de calor».

Hace una pausa y el público tarda un momento en darse cuenta de que lo esperado es que aplaudan.

¿Cómo debe ser la sensación, se pregunta Beverley, de estar delante de una sala llena de gente y exigir que te admiren? Cornwell se ajusta la corbata, mueve la mandíbula y disfruta de los aplausos antes de silenciar la sala con las manos.

—Aún recuerdo —el público está embelesado— cómo se aceleró mi corazón cuando mis dedos rozaron su piel. Fue como tocar el mal en estado puro.

Beverley traga saliva.

—Y, en realidad —levanta un dedo—, aunque ese fue el momento más decisivo de mi carrera…

Se queda con la mirada perdida hacia las sombras.

—El momento del que me siento más *orgulloso* es este, aquí y ahora —señala sus pies—, justo esta noche, porque es hoy cuando

tengo la suerte de dar la bienvenida a esta palestra a una mujer extraordinaria.

Podría marcharse. Podría darse la vuelta y correr antes de que puedan detenerla.

—Señora Beverley Lightfoot, damas y caballeros.

Ahora es Edwards. La señorita Edwards.

—La esposa del asesino de la ola de calor.

Exesposa.

—La mujer que colaboró sin trabas con la policía para así obtener una condena para su marido.

Define «sin trabas»*.*

De repente, los focos la iluminan justo a ella, y la impresión le hace tambalearse un poco, mareada por la emboscada. Entrecierra los ojos, con el oído aturdido por el ruido de fondo, y los recuerdos de la tarde en que ocurrió no dejan de agitar su cabeza. Los grilletes. Los helicópteros. Una emisión de *Bandstand* en la televisión. Adolescentes que bailan al ritmo de «Little Devil» de Neil Sedaka; todavía hoy recuerda la canción. Las imágenes se suceden. La luz del sol, dorada a esa hora, que entraba por la ventana. El calor que emitía la cazuela a través de los guantes de cocina, los del estampado de conejitos. Los mil pedazos en que se rompe la fuente de cerámica al chocar con el suelo.

—Podemos perseguir a los criminales tanto como queramos —continúa Cornwell—, pero solo las mujeres valientes como Beverley Lightfoot saben lo que es compartir la vida con uno de ellos, y gracias a *ese* tipo de información, ese conocimiento directo de la vida de los asesinos que comparten con nosotros mujeres como ella, podemos construir una imagen ajustada de estos peligrosos hombres y de lo que hacen a puerta cerrada.

En ese preciso momento llega incluso a olerlo, a Henry, ese olor que desprendía al meterse en la cama a altas horas de la noche. Podría jurar que el olor perdura aún en sus fosas nasales: Old Spice y aceite de motor. Se deslizaba luego hasta donde él se había acostado y se acurrucaba contra su espalda como si ella fuera el

caparazón de un bicho bola.

—Así que, sin más preámbulos, les presento a la extraordinaria señora Beverley Lightfoot.

Los aplausos son ensordecedores. En medio de un estallido de luz casi celestial, llega a ver el blanco de los ojos de los espectadores. De algún modo logra avanzar hacia el micrófono situado en el centro del escenario. Al acercarse, extiende la mano hacia él. Las costuras de su vestido no dejan de rozarle la base del cuello. El lazo está demasiado apretado. No deja de imaginarse unas marcas rojas en la piel.

Solo quería ayudar, eso es todo, evitar dentro de sus posibilidades que hubiera más víctimas. Por eso había aceptado. Por eso está aquí. Pero le resulta casi imposible recordar qué quería decir.

Alguien carraspea.

Traga saliva.

—Buenas noches.

El micrófono chilla. Da un salto hacia atrás, mira hacia un lado del escenario y ve a Cornwell que no deja de observarla con atención.

Da un paso de nuevo hacia el micrófono, esta vez sin acercarse demasiado. Entorna los párpados para protegerse de la luz y da una profunda inhalación que el micrófono capta.

—Buenas noches, señoras y señores. Me llamo Beverley… Lightfoot. Era la esposa de Henry James Lightfoot, quien, entre 1957 y 1961, asesinó a siete mujeres en California. Esta es mi historia.

Los aplausos son ensordecedores cuando abandona el escenario. No termina de estar muy segura de cómo ha estado, pero ya está hecho, y, de no estar tan aturdida por el esfuerzo, podría llegar a la conclusión de que ha salido bien.

Cornwell asiente a regañadientes cuando pasa junto a él. Luego gira la cabeza cuando un agente reclama su atención desde el pie de la escalera.

—Tenemos que regresar de inmediato a la comisaría, jefe —dice el hombre con la mirada fija en la mancha de pintalabios del vestido de Beverley—. Ha habido un incidente.

La evalúa como si al hacerlo sopesara si ella debe escuchar lo que está a punto de decir.

—Tenemos un cadáver. No querrá perderse esto. Es… inusual.

Tres

—¿Has probado con lejía?

La pregunta la hace Margot desde un flotador de piscina donde está reclinada. Tiene la sensación de que la cabeza le va a estallar y el sol al atravesar sus párpados le da la sensación de que los rayos fueran telarañas. Deja caer a un lado su brazo y roza con sus dedos la superficie fresca del agua, que traza ondas de tonos azules y dorados. No debería haber bebido tanto anoche, pero no sabía que Tony Curtis iba a aparecer y él siempre se comporta como un demonio con los Gibson.

Chapotea hasta llegar a la escalera, sale del agua y se queda de pie un rato para permitir que el calor del día seque sus extremidades. Junto a los dedos de los pies se mueve lentamente una pequeña salamandra, y luego se lame el ojo. El aire está cargado por el bochorno, el olor de la madreselva y el aroma químico del cloro. Las puertas de la cocina, abiertas de par en par, dejan que escape de la radio el sonido metálico de los Beatles: «Paperback Writer». Odia esa canción cursi. Se envuelve una toalla alrededor de la cintura, se sienta y se plantea si alguien tendrá el detalle de traer un paracetamol si tiene un aspecto lo suficientemente patético.

—Tiene razón —dice Elsie—. El pintalabios debería salir con lejía. Solo tienes que mojarlo y dejarlo en el tendedero. Se secará en un santiamén.

—¡Niños, quedaos donde os vea! —grita Beverley de repente.

Margot levanta la cabeza de golpe. Benjamin y Audrey, que no han dejado de perseguirse ni un segundo por el césped, se quedan quietos y asienten en silencio al escuchar a su madre.

—No creo, *en realidad,* que deba airear mis trapos sucios delante

de los vecinos.

Bev se vuelve de nuevo hacia ellas y se ajusta los tirantes de su bañador de lunares.

—No me queda bien.

—Cariño, a mí me preocuparía más dejar la ropa interior a la vista de ese pervertido del número cuarenta y cuatro.

Margot saca un ejemplar del *LA Times* de su bolso y se levanta las gafas de sol que apoya sobre la cabeza.

—Eso no es nada agradable.

El acento británico de Elsie hace que la reprimenda suene más áspera.

—Nosotros no juzgamos a la gente de ese modo.

—Nosotros sí lo hacemos cuando son unos pervertidos —responde Margot con un tono demasiado alto, sin dejar de pasar las páginas del periódico—. Entonces claro que los juzgamos, Elsie.

Margot mira a Beverley a la espera de que suelte una risa, pero su amiga parece distraída; lo más probable es que aún le dé vueltas a lo que pasó en la gala de anoche. Estaba muy nerviosa durante la preparación del evento. De hecho, últimamente Bev ha estado nerviosa por todo. No se mostraba tan inquieta desde que se conocieron, hace cuatro años. Cuando Margot puso por primera vez los ojos en Beverley sintió el aguijonazo de los celos. Bev era más joven que ella, pero no era eso lo determinante. También era guapa, con esa belleza enloquecedora que no necesita hacer ningún esfuerzo para llamar la atención. Toda su familia parecía salida de las páginas de la *Revista para las amas de casa*; resultaba muy fácil imaginarlos a todos reunidos en una bolera o en un local de batidos con una pajita para sorber. Margot cuidaba mucho su aspecto: se peinaba, se maquillaba, invertía en las carísimas cremas faciales que había oído que usaba Liz Taylor. Se dedicaba al cultivo, en concreto al cuidado de un jardín que podía marchitarse con suma facilidad. Bev tenía detrás un bagaje, eso por descontado, y era algo que iba mucho más allá del hecho de que su marido fuera un asesino. Margot lo había visto venir desde lejos: una serie de problemas no

resueltos con la figura paterna y la necesidad de un hombre que la controlara. Era por eso, Margot lo sabía, por lo que Bev estaba tan alterada por el encarcelamiento de su marido. No importaba lo que le hubiera hecho a aquella chica con el atizador de la chimenea. Ahora no tenía a nadie que le dijera qué debía hacer.

Cuando, un par de horas atrás, Margot y Elsie llegaron a su casa, Bev les había dicho que la gala había terminado mucho más temprano de lo planeado: habían llamado a varios agentes para que regresaran a la comisaría porque habían encontrado un cadáver cerca.

Margot debería haber hecho más preguntas, pero lo último en lo que quiere pensar hoy es en cadáveres; no con la resaca que tiene.

—Dios mío, me estoy derritiendo.

Se sirve más julepe de menta de la jarra, lo remueve con el mezclador y se lo mete al coleto en tan solo tres tragos. Vuelve a mirar a Bev, suspira.

—¿Sigues pensando en lo de anoche? —Decidió que era un momento para halagarla—. Parece que lo hiciste muy bien.

—Nunca debería haberlo hecho —Bev sacudió la cabeza y apretó los labios—. Ser el foco de atención. Todos esos cuchicheos. Los vecinos no han dejado de hablar de aquello, de nosotros, estoy segura.

—Bueno, Bev, si todos nos dedicáramos a hacer lo que todo el mundo cree que deberíamos hacer, pasaríamos el resto de nuestros días rezando de rodillas en la iglesia.

Margot nunca se ha sentido culpable por lo que hizo su marido. ¿Qué era la culpa en realidad salvo un artefacto inútil que se nutre del pasado? Se estira para alcanzar la jarra del cóctel y se sirve otra generosa copa.

—¡No entraré dócil en la oscura noche! —exclama mientras se sirve la bebida.[1]

El locutor de la radio anuncia el boletín informativo del mediodía y Margot se da cuenta de que Beverley se endereza para poder escucharlo mejor.

—Y a los vecinos que les den por ahí. ¿A quién le importa si la gente cotillea? —dice Margot por encima de los titulares—. No tengo nada que ocultar.

—¿Saben quiénes somos? —pregunta Elsie, y se ajusta el chal sobre los hombros—. ¿Los vecinos?

—A lo mejor piensan que somos una especie de club de divorciadas *fabulosas* y todo.

Margot coge la loción solar y se la echa en el pecho.

—Más bien un club de supervivientes —dice Elsie.

—¿Qué? Eso es deprimente —Beverley frunce el ceño.

—Exacto. Deja el tema. No quiero deprimirme —dice Margot, y luego enciende un cigarrillo—. Es más, lo que yo quiero es preparar unas margaritas. Beverley, ¿dónde tienes la sal?

Se levanta, y al hacerlo deja caer el periódico sobre la mesa.

—La mayoría de los asesinos terminan por matar también a sus esposas o parejas, y nosotras seguimos aquí, así que, técnicamente, somos supervivientes.

Margot pone los ojos en blanco.

—Nosotras también *somos* víctimas en todo este asunto. No lo olvides.

—Lo siento, pero esta vida que llevamos —Margot describe un círculo en el aire con un dedo delante de su cara— no hace que parezcamos lo que se dice víctimas.

Elsie resopla de modo ostentoso. Siempre ha sido una mojigata. Si al final se han conocido es solo porque Beverley insistió al respecto. Bev y Elsie llevaban meses intercambiando cartas sobre sus maridos, y Beverley pensó que a Margot le vendría bien conocer a alguien que estuviese en la misma situación que ambas.

Aunque, pese a las apariencias, no deja de ser cierto. Las esposas de los criminales, víctimas de las indiscreciones de sus maridos, podría decirse que a veces comparten un cierto *aspecto*. Margot puede distinguirlo en los artículos de los periódicos y en los reportajes de la televisión. Sobre todo cuando se trata de aquellas esposas que siguen fielmente a sus maridos frente al tribunal

convencidas de que su Joe/Bob/Frank nunca podría ser responsable de actos tan abominables. «Era un hombre tan bueno», repiten como loros en las entrevistas tras los juicios en los que queda expuesto de modo incontestable y explicado hasta el más nimio detalle los métodos que habían seguido sus maridos para asesinar. «En casa nunca me levantó la mano».

—No somos esposas risueñas. Nos enteramos de la verdad, eso nos exasperó, y luego pasamos página —dice Margot.

—¿De verdad pasamos página? —pregunta Beverley con gesto escéptico—. Yo me he visto obligada a revivirlo todo delante de una sala llena de policías.

—Bueno, yo no hago más que beber un cóctel tras otro y son solo las dos y media de la tarde. Yo he pasado página —responde Margot.

—He hecho unas bolitas de melón —dice Elsie al tiempo que se encoge de hombros con cierta timidez.

Cuando el aire se ha teñido de lila y los rayos ámbar del sol poniente se difuminan tras las siluetas de los edificios de la ciudad, Margot le echa una mano a Beverley para recoger la cocina. Los niños están ya en la cama y Elsie se ha marchado para conducir de vuelta hasta Burbank, pero la televisión sigue aún encendida en el salón, y la voz de Ronald Reagan, que se queja de los *beatniks* y los radicales, se filtra a través de las paredes.

—Por cierto, ¿has decidido ya qué vas a hacer con el aniversario? —pregunta Margot mientras se ata alrededor de la cintura el delantal cubierto de conejitos marrones—. Cinco años… Un hito digno de una celebración, ¿no?

—¿Qué hiciste tú en el tuyo? —pregunta Beverley.

Tras hacer la pregunta tira sobre la encimera verde menta el paño de cocina con que se ha secado las manos. Detrás de ella, la nevera a juego, cubierta de dibujos de los niños, emite un zumbido entrecortado.

La sensación de que habían pasado ya minutos, o tal vez habían sido años, desde que se supo la verdad sobre Stephen, el marido de Margot, se había apoderado de ella. Pero se da la vuelta y se apoya en el fregadero, se pone unos guantes de goma amarillos y se lleva un cigarrillo a la boca.

—Me bebí diez Manhattan y me desmayé en el sofá.

—Margot…

—Está bien, está bien. Fui a la iglesia.

Se produce un breve silencio.

—i¿Margot Green en la iglesia?!

Margot sabe que lo suyo no es la iglesia. Ella no forma parte de ninguna *iglesia*. Lo suyo son las mansiones de Hollywood y la gasa fucsia. Pero la verdad es que tampoco sabía qué hacer cuando se dio cuenta de que se cumplían cinco años de aquello.

—Me resultó odioso cada segundo que pasé allí, por supuesto —continúa Margot tras cambiar de opinión sobre el horrible delantal y desatárselo de un tirón—. Pero eso fue hace ya muchos años.

Tira el delantal sobre la encimera y hace un gesto de la mano a modo de despedida.

—Haz lo que te parezca mejor, aunque sea nada.

—Bueno, sí que tenía algo en mente.

Margot se detiene intrigada.

Beverley se inclina para alcanzar un sobre que dejó escondido detrás de la panera.

—He recibido esto. Alguien lo dejó en el parabrisas de mi coche anoche, después de la gala.

Margot se quita los guantes para no mojar el sobre y lee lo que dice la nota.

—¿Quieren que salgas en la televisión?

Levanta la vista de la carta.

—¿Con el aniversario como excusa?

—Solo es una cadena local. Nada importante.

—Claro que *sí* es importante. ¿Qué vas a hacer?

—Voy a ignorarlo, como es obvio.

Beverley parece haber ensayado la respuesta.

—No puedo salir en televisión. Ya me costó horrores poder hacer lo de ayer por la noche.

Margot vuelve a meter la carta en el sobre y observa a su amiga.

—Sabes que no tienes la obligación de hacer esto, Bev, ni nada por el estilo.

—¿Qué quieres decir?

La mano de Bev va de modo instintivo hacia su propio cuello.

—La radio ha estado encendida todo el día. La televisión también. Y tu álbum de recortes, con todas las noticias…

Margot sabe que Beverley recopila todos los artículos de periódico que encuentra sobre crímenes, mujeres secuestradas, maridos imbéciles…

—No quiero perderme nada importante.

—Eso está bien. Pero sabes que no eres responsable de la seguridad de otras mujeres por lo que hizo tu marido, ¿verdad?

Margot la mira fijamente.

—No es culpa tuya.

Beverley parece desconcertada durante un instante, y luego en la radio comienza el noticiero de la noche. Margot ve cómo se endereza una vez más para escuchar las noticias. Debe de ser agotador estar en alera de modo constante.

—No podemos impedir que la gente mala haga cosas malas.

Bev parpadea mientras la mira con sus ojos azules muy abiertos, claros y decididos.

—¿No podemos?

[1] «*I will not go gentle into that good night!*» es el primer verso del que quizás sea el más famoso de los poemas de Dylan Thomas. *(Todas las notas son del traductor).*

Cuatro

Todas las chicas de la claque ya están en la oficina. Elsie intenta llegar antes que ellas casi todos los días, para demostrar su dedicación al trabajo, pero es como si durmieran bajo este techo, un ejército de robots que se pone en marcha en cuanto se encienden las luces. Incluso en el caso de que Elsie se las ingeniara de algún modo para llegar antes de que saliera el sol, con los ojos enrojecidos e hinchados, cuando aún no están puestas las calles, se encontraría con esas mujeres ya sentadas en sus escritorios, con la espalda tiesa y ataviadas con unos lazos de tonos pastel, teclea que teclea en sus máquinas de escribir.

Cuando nombraron a Elsie asistente de Paul Hunter, editor del periódico, pensó que había alcanzado sus objetivos, que estaba ya a un paso de su sueño de escribir algún día para *Los Angeles Signal*. Sabía que tenía la inteligencia necesaria, la capacidad de trabajo y más cualificaciones que la mayoría de los hombres con los que compartía la redacción. Tenía cuadernos repletos de ideas para reportajes, muestras de posibles columnas y correcciones que ella habría hecho a los artículos del día anterior. Quizás podría tener una pequeña sección a su cargo. ¿Libros? ¿Teatro? En cambio, solo ha conseguido sentirse frustrada, dedicada a servir café, escribir cartas y conseguir entradas de los partidos de los Giants para los contactos más valiosos de Paul.

Se sienta en su escritorio. Está ordenado, con apenas unos pocos libros alineados —Joan Didion, Katherine Anne Porter, Truman Capote— y su máquina de escribir siempre a punto. Hay un periódico abierto en la página del crucigrama, que está casi

completo. Mientras sus compañeros llegan, su mente se devana los sesos con la palabra que le falta. *Capital de Albania.* Está segura de que lo sabe.

Saluda a cada uno de los que llegan a lo largo de la mañana con una sonrisa, un «Buenos días, Charles», y acepta con amabilidad todo el trabajo que le echan encima.

—Dile a Hunter que sigo esperando sus comentarios sobre el reportaje de Bobby Seale. ¿Se han perdido por algún sitio?

—Tengo que cambiar mi reunión con Paul de las once y cuarenta y cinco a las tres y cuarto. ¿Crees que puedes recordárselo, cielo? Es algo importante. Gregson no deja de presionarme.

Sí, claro que Cielo puede recordárselo. Cielo les daría mil vueltas a todos si le dieran la menor oportunidad, aunque nunca le dejaban demostrar que se sentía digna de algo más que de un trabajo de asistente. Nunca podría destacar así. Las jóvenes prometedoras no encajaban bien en el *Signal*. Olvídate de los descuidos al escribir a máquina; lo peor que te podían llamar en esta oficina era «polvorilla». *Ah*. Elsie busca un bolígrafo y garabatea las letras t-i-r-a-n-a.

Paul Hunter llega justo después de las nueve, y lo que intriga a Elsie es que lo hace acompañado de una mujer. Es alta. Su pelo, a diferencia del de las otras mujeres de la oficina, no ha sufrido una permanente ni lo han fijado con laca. Es salvaje, encrespado y cae suelto sobre los hombros. Tampoco viste como las chicas de la claque o las secretarias. Ni siquiera lleva falda, tampoco tacones, y menos aún maquillaje. Lleva un traje pantalón. Los hombres se vuelven locos con un traje pantalón.

—Muy bien, escuchad todos.

Hunter da unas palmas hasta que el alboroto desaparece. Sobre él, una bombilla industrial parpadea mientras se fríe una mosca azul.

—Esta es Patricia Fowler, nuestra nueva reportera.

Parece que señala más al traje pantalón que a quien lo viste.

—Tenemos suerte de tenerla con nosotros. Será una gran aportación para el equipo.

Patricia parece que va a decir algo, pero antes de que lo haga Paul le pone una mano firme en la muñeca.

—Tiene muchísima experiencia, el último sitio donde ha estado es en el *Times*.

Las chicas de la claque arquean las cejas. Elsie se da cuenta de que Patricia mira irritada la mano de Paul sobre la suya.

—Trabajará con Mattson y Hope en las noticias, ayudará a Heston en policiales y, por supuesto, se encargará de la columna local.

Elsie resiste el impulso de hacer algún comentario burlón. ¿Cómo es posible que *esta mujer* haya sido contratada como reportera y a ella la dejen para que le solucione la papeleta a Paul Hunter? Elsie es lo suficientemente inteligente como para hacer el trabajo de una reportera, a ella no le cabe ninguna duda al respecto. No tiene la experiencia de Patricia en el *Times*, por supuesto, pero ¿qué más puede tener que Elsie no tenga?

—Vamos al tajo —ladra Hunter—. Jefes de sección: a mi despacho.

Elsie anhela formar parte de la reunión matutina, que le ofrezcan un asiento en la mesa, estar en el meollo de la acción, lanzar sus propias ideas para reportajes. *¿Qué os parece algo sobre el papel de las mujeres dentro del movimiento contra la guerra por todo el país? ¿O un perfil de Bobbi Gibb, la mujer que se coló en la maratón de Boston y corrió junto a todos esos hombres?* En cambio, lo que contempla es cómo varias figuras perfectamente intercambiables, con pantalones del color del pan quemado y calvas pálidas privadas de la luz del sol, entran en la oficina de Paul. Aunque, de repente, para sorpresa de Elsie, Hunter se levanta y le hace señas para que entre. Ella inhala con brusquedad y al levantarse empuja hacia atrás la silla con tanta brusquedad que chirría. Quizás sea el momento. Quizás la contratación de Patricia haya servido para abrirle los ojos. Quizás *al fin* tiene un reportaje que necesita su perspectiva femenina. Aunque sea por algún motivo predecible —estadísticas de maternidad, salud femenina, alguna boda de Hollywood—, ella podrá encargarse de ello.

Cuando llega a la puerta, él ya se ha sentado de nuevo y el grupo

discute cuáles deben ser los titulares. Selman, el subdirector de la redacción, enumera las noticias más importantes del día: mujeres desaparecidas, marchas por los derechos civiles, John Lennon dice odiar a Jesús.

Ella se aclara la garganta.

—¿Sí, Elsie? —responde con brusquedad Hunter mientras revuelve en una gruesa pila de papeles. Podría revisarlos, claro, dar su opinión al respecto, corregir la gramática. Siente que los dedos le empiezan a temblar, pero se resiste a hacerse con los documentos.

Él levanta la vista.

—Ahora en un rato tengo una reunión con Halliday. Mi armario está vacío. Necesito una botella de güisqui. Haz el favor de traerla, por favor.

Y luego la despide con un movimiento de la mano.

Sus hombros se hunden.

—¿Elsie?

Hunter parece molesto porque ella aún está de pie en la puerta.

—Ahora mismo, señor Hunter.

Cierra la puerta detrás de ella al salir, siquiera para aislarse de las risas que provienen del interior.

Más tarde, cuando por la tarde se calma la redacción, Elsie regresa con la botella.

Llama a la puerta de Hunter y, al encontrar su despacho vacío, se acerca a su escritorio y coloca el paquete envuelto en una bolsa de papel marrón en medio de la mesa. Cuando se da la vuelta para salir del despacho, comienza a sonar el teléfono. Se detiene. La llamada debe de ser para él, ya que no es el número de la centralita, al que Elsie suele responder antes de pasarle las llamadas. Pese a todo, debería contestar la llamada. Podría ser importante y no quiere que le regañen por perder un mensaje.

—Oficina de Paul Hunter.

El hombre al otro lado de la línea habla de modo abrupto y se

limita a decir que trabaja en el departamento del *sheriff* del condado.

—Es sobre la NN que echó a perder la gala —dice—. La rubia. Dígale que me llame. Estaré por aquí hasta las seis.

Elsie anota los detalles, luego deja la nota con el mensaje debajo de la botella de güisqui e intenta ignorar el cosquilleo que siente en sus dedos. Debe de ser el mismo cadáver del que les habló Bev cuando se vieron anoche. Puede imaginar cómo la historia se moverá por la redacción, del mismo modo en que lo hace el limo que se amontona en el cauce de un río. Hunter volverá de su reunión y encontrará el mensaje; llamará al departamento del *sheriff* y luego abrirá la puerta de par en par para convocar a los periodistas a una reunión urgente. Puede que incluso incluyan a Patricia Fowler. Elsie se verá obligada a quedarse fuera mientras todo sucede tras esa puerta cerrada.

Sentirá que se pierde todo aquello porque la dejan fuera.

Una NN. Sabe lo que significa ese término: *Nomen Nescio*. «De nombre desconocido». Elsie se detiene en el umbral de la oficina de Hunter, flexiona los dedos de forma casi imperceptible. Está en su mano poder cambiar todo esto; por una vez, podría ser ella la primera en enterarse de una noticia en la redacción.

Se da la vuelta, regresa a la mesa, levanta la bolsa con la botella y se guarda la nota en el bolsillo con un gesto de determinación.

Cinco

—Bev, por favor, pásame los cigarrillos.

Beverley levanta la cabeza que tenía apoyada en el pecho de Roger, se estira hacia la mesita de noche, le entrega la cajetilla y resiste el impulso de sacar uno para ella. Estar en esta cama con Roger Greaves siempre la pone un poco nerviosa. Es la misma cama que compartía con su marido, son las mismas sábanas de flores descoloridas y las huellas aún profundas del cuerpo de Henry están grabadas en el viejo colchón. A veces, por la noche, cuando Roger se ha ido y ella está sola, contempla esas formas como si fueran el contorno de un cuerpo silueteado con tiza en la escena de un crimen. Al final suele llegar a la conclusión de que, en última instancia, no es mi más ni menos que eso: el rastro persistente de una muerte.

Después de todo lo que pasó, no quiso marcharse de su casa, como había hecho Margot, cuando cruzó el país, de Nueva York a Los Ángeles, o como decidió hacer Elsie, de una casa de mierda en Haight a un apartamento aún más cutre en Burbank. El problema es que todavía puede sentir la presencia de Henry en las paredes, en la tapicería del sofá, en los viejos vasos empañados que deja en el fondo del armario.

Vuelve al calor que emite el cuerpo de Roger, acerca la oreja a su corazón y sus latidos ahogan la canción, «Strangers in the Night», que suena desde la radio de la mesilla. Las sábanas están arrugadas a la altura de los tobillos, y ella ha metido su rodilla por debajo del muslo de él para quedar anudados. La ropa yace tirada en el suelo. La placa de policía de Roger, que siempre se quita con sumo cuidado, está junto a un blíster de Valium que Beverley le birló a escondidas a su madre del armario del baño. La humedad densifica

el aire de la habitación, pero ella no quiere abrir la ventana, y Roger ya sabe que es mejor no decir nada. Su piel hormiguea debido al sudor frío que se acumula como gotas de rocío. El olor de lo que acaban de hacer flota aún en el aire.

Beverley aprovecha la oportunidad para preguntar por el cadáver encontrado la noche de la gala. No sabe muy bien por qué, pero ha llegado a la conclusión de que el momento en que ocurrió, el hecho de que Beverley estuviera allí cuando Cornwell se enteró, le hace sentirse conectada a todo ello de alguna manera. Roger no suele tener reparos en compartir los detalles de los casos con Beverley. Ella prefiere creer que es porque confía en ella y no porque sea alguien tan insignificante que él tenga le certeza de que no podría hacer nada con esa información.

—Ah, eso.

Las palabras se le atragantan en la garganta mientras traga humo.

—Cornwell tiene los ojos puestos en los Kings como sospechosos.

Exhala.

—¿Quiénes?

—Debes de haber oído hablar de los Kings. —Se gira para apoyarse en un codo y la mira con frialdad—. Con todo lo que investigas, lo de repasar los periódicos…

Ella no puede evitar sentir que la trata con condescendencia.

—Son una banda —le explica él—. Astutos. Peligrosos. Es justo el tipo de cosas en que andan metidos.

—Pero ¿quién fue?

—Los Kings, Bev.

—No, ¿quién fue asesinado?

—Ah.

Roger vuelve a dar una calada al cigarrillo, lo que hace que los hoyuelos de sus mejillas se hundan aún más. Levanta dos dedos de la mano izquierda.

—Una… *chica de compañía* —mueve los dedos de la mano para subrayar el énfasis en el cliché.

—Roger.

—¡No he elegido yo las palabras, es una cita!

Se ríe.

—Roger.

—Lo siento, Bev, pero estas mujeres se ponen por sí mismas en situaciones vulnerables. ¿Qué puede esperarse?

Ella se ruboriza.

—Creo que es justo esperar no que te maten, Roger.

Él hace una pausa, luego se ríe con tono pesaroso y niega con la cabeza.

—Tienes razón.

Se inclina hacia ella y le acaricia los brazos con los dedos.

Permanecen en silencio durante un rato.

—Eres una mujer extraordinaria, Bev. Lo sabes —dice él finalmente.

Luego se recuesta sobre la almohada.

—Tener la fuerza necesaria para hablar de estas cosas…

Ella no se siente alguien extraordinaria. Se siente agotada y poca cosa. Lo que odia es ser la otra. Sabía que aquello que hacían estaba mal, pero ya han pasado cinco años desde que vio por primera vez a Roger y Tom Cornwell con su marido esposado y helicópteros que sobrevolaban la escena. Entonces, por supuesto, no sabía que se verían envueltos en la vida del otro, que Cornwell seguiría siendo una presencia amenazante, que Roger pasaría a convertirse para ella en una rutina familiar, no como consecuencia de una intensa pasión o de la atracción, sino por la mera fuerza de la física, dos puntos que se atraen entre sí de forma constante e inquebrantable. Y así fue: Roger pasaba cuando salía de su trabajo, una vez que los niños se habían acostado, cuando Enid pensaba que se alargaba la jornada de trabajo hasta tarde. Hacían el amor, hablaban, bebían. Beverley hablaba de los niños, de cómo las otras madres que esperaban el autobús escolar la avergonzaban, de cómo a su propia madre, tan hábil cuando se trataba de criticar, le gustaba decirle que sus hijos se iban a echar a perder por culpa de lo que había hecho su padre. Henry era la razón por la que el hijo de

Beverley nunca dormía por la noche, decía Alice. Henry era la razón por la que mojaba la cama y tenía pataletas. A Roger le gustaba aprovechar la oportunidad para recordar el pasado y contar historias. Hablaba de su época en el ejército, de los viajes que había hecho de joven, de su infancia en Chicago. Ella se quedaba dormida arrullada por el tono grave de su voz, reconfortada por la presencia de alguien en la habitación.

Una vez que Roger se ha ido, ella cierra la puerta con llave y se sumerge en la monotonía de su rutina nocturna. Primero comprueba todas las ventanas, y luego, armada con la linterna que tiene a mano junto a la radio, abre la puerta trasera, pero no sale al jardín. La luna se ha ocultado, la noche es clara, llena de estrellas, y el calor aún se nota en el aire. Enciende la linterna y recorre las sombras con el haz de luz, se centra sobre todo en las esquinas y en los arbustos que no ha podado lo suficiente. Cuando está satisfecha, la apaga, cierra la puerta con llave y comprueba que el picaporte ha quedado bloqueado. Se dirige al vestíbulo y se coloca en un extremo del aparador. Apoya todo el peso de su cuerpo contra él, lo empuja a lo largo de la pared hasta que el borde queda frente a la pared exterior. Luego lo gira, lo mejor que puede, noventa grados, de modo que quede pegado a la puerta principal, como si así sellase la entrada. Después va al salón, donde reúne un jarrón de cristal y tres libros pesados. Vuelve al aparador, coloca los libros uno encima del otro y sobre ellos pone el jarrón. Si alguien intenta abrir la puerta en mitad de la noche, el cristal se romperá al caer y Beverley se despertará por el estruendo.

Luego se sirve una copa y saca la caja de la despensa.

Dentro de la caja hay un álbum de recortes, del tamaño de un álbum de fotos grande, con una encuadernación de anillas y que tiene un aspecto muy gastado. Lo abre y pasa las páginas. Hay recortes de periódico pegados con cuidado por todas partes. Pasa los dedos por el primero y los detiene sobre la foto: Henry con unas pinzas en la mano frente a una parrilla en una fiesta en el jardín, frente a la carne de las hamburguesas que chisporrotea en la rejilla.

Los editores habían elegido de modo evidente una foto que pretendía mostrarlo como un tipo corriente, pero Henry nunca fue corriente, al menos no en lo que se refiere a su aspecto físico: ese pelo negro y espeso, esos ojos que parecían haber sido tallados en piedra solo para poder mirarla, ojos que la atravesaban y la hacían sentir atrapada por él para la eternidad. Recuerda cuando se hizo la foto. Era el 4 de julio y habían invitado a la madre de Beverley y a algunos compañeros de trabajo de Henry, de la empresa de aire acondicionado, a una barbacoa. Habían decorado el jardín con banderas estadounidenses y hacía buen tiempo; las abejas revoloteaban alrededor del jazmín. Ella vestía una blusa sin mangas con los botones en forma de corazón. Recuerda que jugaba con ellos mientras las esposas intentaban entablar conversación con la excusa de la ensalada de patatas. Estaba distraída. Henry y ella habían discutido justo antes de que él posara ante la cámara. Ella había comprado las salchichas equivocadas en la tienda y Henry la había regañado delante de todos. Cuando estuvieron de vuelta en casa él le impuso su castigo. Ahora se retuerce la muñeca, como si aún pudiera sentir el pinchazo de las pinzas, o pudiera oír todavía el sonido sibilante de su propia carne al chamuscarse. Recorre su piel con la yema de los dedos. Hay una zona más clara, endurecida por el tejido cicatricial, que se ha vuelto más dura con el paso de los años.

Alisa los bordes del recorte. El titular, DESCUBIERTO EL ASESINO DE LA OLA DE CALOR, la deja aún hoy paralizada. Hojea rápidamente el resto del álbum; cada recorte detalla un crimen diferente, un asesino diferente, distintos casos que van desde la bahía de San Francisco hasta San Diego. El exmarido de Elsie está ahí: Albert Moss, el profesor de formación profesional de grado superior que seguía a las mujeres hasta sus casas cuando terminaban las clases. Hay todo tipo de hombres atrapados entre esas páginas: hombres que golpearon a mujeres con martillos hasta matarlas o solitarios que acosaban a chicas desde sus coches a altas horas de la noche. A Beverley nunca le gustó pasar nada por alto. Si una mujer

desaparecía en Sacramento, añadía un recorte al libro. Si algún marido disparaba a su antigua amante en Santa María, recortaba con sumo cuidado la noticia del periódico, buscaba un espacio nuevo y lo pegaba en una de las páginas.

Examina más artículos en los que se dedica párrafo tras párrafo a los asesinos, mientras que sus víctimas quedan relegadas a murmullos donde apenas se las reconoce como tales. Cuando se les *concede* algún espacio a las mujeres, es para dejar claro que ellas mismas han facilitado cuando no buscado su muerte. Por darse a conocer. Por quedarse fuera hasta tarde. Por besar al chico. Por llevar un vestido corto. Por no apuntarse a clases de defensa personal. Por ser guapas. Por no ser lo suficientemente guapas. Por ser gordas. Por ser bajitas. Por ser llamativas, por hacerse notar, por ser ambiciosas. Las mujeres provocaban su propia muerte simplemente por ser mujeres; al menos eso es lo que parecía en última instancia. Evitar la muerte era poco más que una parte de sus vidas y todas ellas debían hacerse a la idea de ello: los cálculos mentales incesantes, sopesar todas las opciones por obligación, tener en cuenta los riesgos.

Pasa a una página en blanco y saca unas tijeras y el pegamento de la caja. Luego rebusca en la pila de papeles que hay sobre la encimera y se hace con el ejemplar del *LA Times* que Margot había dejado en el patio antes de irse.

Pasa sin detenerse las noticias sobre misiones espaciales y marchas por los derechos civiles hasta que una pequeña fotografía al final del periódico la hace detenerse. Alisa la página para poder examinar el artículo de modo más detenido. No estaba segura de que ya hubieran publicado la noticia, pero ahí la tiene: una foto granulada de la escena del crimen, una bolsa para cadáveres sobre una camilla, cinta policial y el resplandor de las luces en la acera.

LA POLICÍA TRATA DE IDENTIFICAR
A VÍCTIMA NO IDENTIFICADA

El artículo que se extiende bajo la fotografía no va más allá de lo superficial, escaseaban los detalles, pero Beverley tiene de inmediato la certeza de que se trata de la víctima de la noche de la gala, la mujer a la que Roger se había referido como una chica de compañía. Una mujer que trabajaba como prostituta, supone Beverley, aunque también una mujer como ella, cuya identidad de momento está perdida, enmascarada, sustituida por la cruda imagen de una bolsa para cadáveres y las ruedas traseras de los coches de policía a la espera.

El momento regresa a la mente de Beverley: el estruendo de los focos, los ojos de Tom Cornwell muy abiertos, el agente esperando en la parte de abajo de la escalera.

Pasa los dedos por la fotografía, imagina a hombres uniformados que discuten en voz baja entre miradas tensas, el frágil cuerpo de una mujer abandonado en la acera, una vida apagada. Por haber estado en la zona, tan cerca de aquello, la misma noche en que la mujer fue asesinada, Bev no puede evitar sentirse parte de su historia.

«Es inusual». Eso dijo el agente de Cornwell. «No te lo querrás perder». Ahora lo recuerda con toda claridad. Pero Roger no ha hecho mención alguna esta noche nada inusual. Tampoco se menciona nada inusual en el artículo.

Levanta el periódico, lo sostiene un poco más cerca y vuelve a estudiar la fotografía.

¿Qué es lo que ocultan?

Seis

Elsie había recibido una llamada de Beverley donde se la notaba agitada. Tras repasar lo que la policía había hecho público sobre el cadáver de la mujer no identificada, le había preguntado a Elsie si sabía algo sobre una banda conocida como los Kings, o si podría averiguar algo más sobre ellos en el trabajo.

Le sorprendió que Beverley estuviera tan interesada en el caso, pero luego recordó el álbum de recortes, la necesidad de Beverley de recopilar y clasificar las noticias más terribles, como si estar al tanto de esas cosas horrorosas fuera una forma de mantener el control, de evitar que sucedieran más cosas horrendas. Definitivamente había algo raro en este asesinato, algo más enterrado en esa historia, algo que la policía se empeñaba en ocultar. Así que Elsie también se interesó por el asunto. ¿Y no era su trabajo como periodista —bueno, vale, colaboradora— descubrir lo que estaba oculto?

Ya se ha enterado de que los policías le han puesto un apodo a la mujer, «Rubia», eso es lo que le dijo el *sheriff* del condado por teléfono, pero sabe que no obtendrá más información si les pregunta directamente. Ya lo ha intentado, por supuesto: llamó al número que había guardado en su bolsillo, pero no obtuvo más respuesta que el ruido del teléfono cuando se cuelga de golpe y luego el tono de la señal.

Da un sorbo a su tercer café recalentado de la mañana e ignora el dolor de cabeza que le provoca la cafeína. Recorre la oficina en busca de Robert Heston, el reportero jefe de sucesos del *Signal*. Necesita más información sobre esta Rubia y sabe que Heston

podría ser la llave para conseguirla si es capaz de pedírselo con delicadeza.

Pero Robert Heston no es un tipo madrugador. Robert Heston enciende cada uno de sus Chesterfield con la colilla del anterior y apesta como si no hubiera dejado de beber en toda la noche, y ocurre todos los días, y hoy es justamente así porque es lo que se ha dedicado a hacer últimamente. Tiene la piel pálida y grandes ojeras. Nunca ha llegado a ver a ese hombre con aspecto de haber descansado. Su cabello está fosco. Su expresión es a menudo ausente, desinteresada. Elsie cree que es el hombre más inspirador de toda la oficina.

Una hora más tarde, y dos cafés después, el reportero al fin entra con paso lento. Elsie espera a que se siente y nota cómo los dientes le palpitan por la cafeína. Observa cómo, en lugar de buscar su cuaderno o colocarse ante su máquina de escribir, apoya los antebrazos en el escritorio, hunde la cabeza entre ellos y suelta un gemido. Debe de estar otra vez con resaca. Elsie echa un vistazo por encima del hombro, aunque sabe que Hunter no ha llegado todavía, si bien no es que fuera a castigar a Heston por llegar en ese estado. Heston es el mejor reportero de sucesos de California; Elsie sabe de buena tinta que está en el *Signal* porque lo despidieron del *Times* por emborracharse en la fiesta de Navidad y orinar sobre el escritorio del editor. Pero, antes de eso, fue él quien consiguió la exclusiva del asesino de Elmwood Avenue. Fue él quien obtuvo la única entrevista con el abogado de Jack Ruby. Se adelantó a todos los demás periodistas de la ciudad cuando sacó a la luz las irregularidades policiales en el caso Toogood: se trató de un agente que había ignorado pruebas fundamentales en el asesinato de un activista de los derechos civiles a manos del Ku Klux Klan. Su editor se habría enfadado mucho por eso —Heston podría haber puesto en peligro la relación del periódico con la policía al sacar eso a la luz—, pero Heston ganó un Pulitzer, así que ¿quién iba a echarle nada en cara?

El hombre es un talento excepcional, un artesano de la palabra, un

genio. Pero en este preciso momento parece que babea sobre su escritorio.

Elsie se acerca y se queda de pie junto a él, y se aclara la garganta. Heston no se mueve. Ella vuelve a aclarar la garganta con más fuerza. Él se gira lentamente para poder mirarla por debajo del codo.

—¿Qué es lo que este hombre quiere ahora? —gruñe.

Con el rabillo del ojo, Elsie ve que Patricia Fowler los observa. No es capaz de imaginar a Patricia en la redacción del *Times* con esta peste a *bourbon*. De hecho, no es capaz de imaginar a muchos otros periodistas capaces de salirse con la suya como lo hace Heston. Ella lo mira y le sonríe cortésmente. Puede ver cada una de las venas de su esclerótica a punto de estallar, tiene las manos llenas de arañazos y podría poner la mano en el fuego por que las manchas de su camisa son de salsa de hamburguesa.

—Paul no… El señor Hunter no me ha pedido que venga. —Endereza los hombros—. Quería preguntarle algo.

—¿Que qué?

Heston se deja caer de nuevo, deja que su frente se apoye en el escritorio y luego se impulsa con las manos, sacude la cabeza con movimientos bruscos y abre mucho los ojos para despertarse.

Elsie se arma de valor.

—Me preguntaba si había oído algo sobre una mujer sin identificar; la policía de Los Ángeles podría referirse a la víctima como «Blondie», alguien que podría tener alguna relación con los Kings.

—¿Con los qué?

Se endereza y la mira con el ceño fruncido.

—¿Por qué me preguntas por los Kings? Tú eres… secretaria.

—Asistente personal.

Ella había sido secretaria antes, cuando empezó a trabajar en el *Signal*. Era fantástica en ese trabajo, una de las chicas de la claque más meticulosa. Nunca dejaba pasar ningún error, como si su cerebro fuera una red tupida que se extendía sobre las palabras y recogía todo lo que encontraba. Presentaba páginas salidas de sus

manos a los editores a intervalos regulares, con los ojos brillantes y el pecho hinchado. Anhelaba que evaluaran su trabajo, que le pusieran una calificación como si le entregaran un boletín escolar, ser reconocida como la mejor de la clase. Era una necesidad de validación constante que había tenido desde los años de su niñez en Inglaterra, con su padre lejos de ella, en las fangosas playas de Francia, durante la mayor parte de su vida, hasta que regresó con un parásito, una rabia malévola en su interior que lo cambió todo para siempre.

—Lárgate de aquí —ordena Heston—. Déjate de hacer preguntas.

—Menos —intenta apuntar Elsie.

—Más… pasar cosas a máquina, o lo que sea que sea tu trabajo.

Y luego la despide con un gesto de la mano antes de apoyar de nuevo la cabeza sobre el escritorio.

Elsie se da la vuelta y esboza una sonrisa forzada; no quiere que vea cómo la han herido sus palabras. Vuelve a su sitio, se sienta y comienza a reordenar los papeles para tener las manos ocupadas. Sus ojos se le llenan de lágrimas, lo que la deja más frustrada incluso. ¿Por qué no la tratan como a una periodista más? Sí, es «solo» una asistente personal, no una reportera, pero ha demostrado ser buena en su trabajo. Si tan solo la dejaran escribir, si tan solo pudiera demostrarles de lo que es capaz…

Había nacido para este trabajo. Después de todo lo que pasó, después de descubrir el alcance de lo que Albert había llegado a hacer, el número de sus crímenes, se volvió una persona ávida de información. Una vez pasaron el juicio, la sentencia y el frenesí mediático, cualquier dato podía servirle. Leyó enciclopedias, mapas de carreteras, guías telefónicas. Necesitaba saber cosas, fuera lo que fuese. Ese fue el motivo de comenzar con los rompecabezas, cuando descubrió su afición por los crucigramas, por la columna de juegos matemáticos de Martin Gardner en *Scientific American*. Se trataba de un deseo insaciable de resolver, de poner orden, de volver a confiar en su cerebro. Después de enterarse de los crímenes de Albert los detalles sórdidos del mundo se enfocaron hasta quedar nítidos. Veía

una pátina de suciedad sobre todas las cosas: la pintura descascarada de edificios que por lo demás eran hermosos, las ratas en las vías del metro, los chicles desechados en la parte inferior de las barandillas. También veía ese barniz turbio en las personas, podía ver todas sus capas de un solo vistazo.

En la redacción examina los libros de su escritorio, historias de hombres desaparecidos donde se registran las formas en que los seres humanos son capaces de hacerse daño con tanta facilidad. Los que matan suelen ser idolatrados por la prensa, es algo que ahora sabe Elsie. Venerados, en cierto modo, bien por su carisma o por el ingenio indescifrable con el que ganan la partida a sus víctimas. Como si sus brutales transgresiones los impulsaran hacia un plano diferente al que ocupa el resto de la sociedad. Pero Albert no era en realidad tan inteligente. Albert era aburrido, y era torpe. Un adjetivo que nunca habría descrito a Albert era «magnético». Alrededor de las cejas y en los codos tenía un eccema que los hacía parecer agrietados y enrojecidos de modo perpetuo. Había empezado a perder pelo, lo que dejaba al descubierto en su cabeza una brillante extensión de piel llena de pecas que podría parecer la tonsura de un monje. No tenía el menor aspecto de ser alguien peligroso, pero al mismo tiempo todo en él era peligroso. Pero a la policía le resultaba más fácil tacharlo simplemente de alguien sobrenatural, astuto, «diferente a nosotros», porque solo eso podía explicar por qué les había costado tanto atraparlo.

—Oye.

Alguien la llama en voz baja.

—Oye, asistente.

Se da la vuelta y, al darse cuenta de que es Patricia, sus mejillas la delatan.

—¿Por qué preguntas por la víctima desconocida? —le dice cuando Elsie se acerca apresurada.

Patricia tiene una voz grave para ser mujer, y al hablar parece arrastrar las palabras, y eso produce en Elsie una sensación extraña en el estómago.

—Lo siento —balbucea Elsie—. No debías haberlo oído.

Patricia se inclina y sonríe. Una chaqueta de ante está colgada de su silla. Elsie nunca podría llevar una chaqueta de ante.

—¿Buscas una historia o algo parecido? —pregunta Patricia, y se dibuja una sonrisa en la comisura de los labios.

Elsie titubea, deja escapar una risa entrecortada, poco convincente.

—Soy tan solo una secretaria. Quiero decir, una asistente personal.

Patricia se ríe secamente.

—Si yo hubiera aceptado ser *solo una secretaria*, habría hecho muy feliz a mi padre. Y déjame decirte que nadie habría deseado eso menos que yo.

¿Es una trampa? ¿Y si Hunter escucha esto?

—No puedo echarte una mano a menos que me digas por qué quieres saberlo.

Algo late en esa búsqueda del conflicto, una actitud diríase infantil de Patricia.

Elsie vuelve a mirar rápidamente a su alrededor. Robert Heston, fuera del alcance de lo que hablan, tiene una fila de tazas delante de él y se limita a beberlas a la velocidad de que es capaz, una detrás de otra.

—He oído que había algo inusual en el cadáver.

Es todo lo que se atreve a decir Elsie, y trata de mantener la mirada de Patricia a pesar de sentir que está completamente fuera de su elemento.

—De acuerdo.

Patricia parece reflexionar la respuesta y vuelve a sonreír.

—Bueno, en primer lugar, la desconocida ya no es una desconocida.

—¿Qué?

—No es rubia y no es una prostituta, a pesar de lo que la policía quiere hacernos creer.

—¿Cómo lo sabes?

Elsie odia lo ansiosa que suena su voz, pero esto es oro puro;

Patricia tiene los detalles que necesita.

—Eh… —Patricia hace un gesto con la mano—. Solía ayudar a los de la sección de sucesos del *Times* cuando les faltaba personal. Así que me pusieron al corriente.

Se acerca a ella y traga saliva antes de hablar.

—En realidad lo que más disfruto es poder hacer todavía peor la resaca de ese tipo.

Señala a Heston.

—¿Qué más sabes?

Elsie se sienta junto a Patricia, con la esperanza de que no la desanime su entusiasmo, y saca su cuaderno.

Patricia se ríe al ver a Elsie con el bolígrafo en ristre y da unos pequeños golpes en la parte inferior de un paquete de Lucky Strike.

—Cheryl Herrera. Era atleta.

Patricia enciende el cigarrillo y da una calada.

—Por lo que cuentan, estaba a punto de hacerse profesional.

—¿Herrera?

El bolígrafo de Elsie se mueve rápidamente.

—¿Cuántos años tenía?

—Veintiuno. Estaba en el último año de universidad.

Elsie deja de escribir y traga saliva.

—¿Cómo murió?

Patricia da otra calada al cigarrillo y exhala el humo.

—La estrangularon.

Elsie aprieta el bolígrafo con más fuerza.

—Y luego, quienquiera que fuera, le clavó una flecha.

Elsie levanta la cabeza de golpe.

—¿Que le hicieron qué…? Lo siento, ¿*qué*?

No puede ser que haya escuchado lo que ha escuchado.

—Ajá. —Patricia asiente—. Justo en el globo ocular.

Señala su propia cuenca ocular.

—Me como mi sombrero si han sido los Kings. Es algo demasiado ostentoso.

Elsie vacila sin saber qué anotar en su cuaderno, hipnotizada por la

imagen de un globo ocular y de la flecha. A esto debe de ser a lo que se refería la policía cuando dijo que había algo inusual en el cadáver.

Frunce el ceño.

—Si no era rubia, ¿por qué la policía la llamaba Rubia?

—Efectivamente: no era rubia.

Patricia sacude la ceniza en los restos de su café.

—Pelo oscuro, piel morena.

Echa un vistazo rápido alrededor y luego inclina la cabeza para estar cerca de Elsie.

—Pero quienquiera que lo haya hecho le puso una peluca rubia.

Elsie se queda boquiabierta. ¿Es este el modo en que se siente un reportero? ¿Saber lo que sabe la policía, pero no compartir ese conocimiento con nadie? Es como si le hubieran dado la droga que ella más disfruta.

—¿Cómo puedo averiguar algo más sobre ella, sobre Cheryl? —pregunta.

—Invítame a comer y te conseguiré una dirección.

A Elsie se le eriza todo el pelo del cuerpo. No puede hacer eso. Sería romper la única regla que se impuso cuando empezó a trabajar en el *Signal*. Nada de amistades. No puede dejar que sus compañeros pasen a formar parte de su intimidad. Nunca entenderían cómo Albert consiguió ocultarle todo. Nunca entenderían cómo atravesar todo aquello hace que te cuestiones a ti misma, cómo te hace dudar de tu propia cordura, de lo que puede pasar dentro de tu cabeza. Además, si se enteran de su pasado, puede ser que la despidan o que la rechacen, y es posible que sea su propia historia la que aparezca en primera plana. Nadie podría creer a una periodista de investigación que no se había dado cuenta de lo que estaba pasando delante de sus narices.

No puede arriesgarse a que Patricia descubra la verdad sobre ella. Arruinaría todo por lo que ha trabajado desde que arrestaron a Albert.

Debería esperar a que Hunter llegase. Tenía que escribir sus

memorandos, llenarle la taza de café.

Pero tampoco quiere que nadie más tenga esta historia.

—Gracias, Patricia. Gracias. Voy a por mi abrigo.

—Por favor —Las palabras surgen de entre una nube de humo recién exhalado—. Llámame Patti.

Siete

Margot mete la mano en la nevera portátil y saca una cerveza. La abre con los dientes; luego se recuesta sobre la toalla y se protege los ojos del sol con su ejemplar gastado de *El valle de las muñecas* como visera.

El día es sofocante, las montañas que rodean el lago apenas llegan a atenuar el resplandor que refleja el agua. Las hojas de los arbustos de la orilla quemados por el calor están completamente inmóviles y ella siente que un hilo de sudor resbala entre sus omóplatos. Duke, que se ha tumbado bajo la sombrilla, jadea de modo ostensible, y su papada cuelga y gotea babas.

—¿Una flecha? Virgen santa.

Margot da un largo sorbo a la botella y traga.

—Desde luego no se contentaron con una simple puñalada.

Oye el quejido de desaprobación de Elsie.

Ha pasado más de una semana desde que encontraron el cuerpo de Cheryl Herrera, la noche de la gala de la policía, y Beverley no ha dejado de hablar acerca del asunto. Aun así, Margot ha llegado a la conclusión de que no es algo que le resulte molesto cuando los detalles son tan jugosos.

—Tiene que significar algo.

Beverley se aparta el tirante del bañador y se aplica debajo enérgicamente crema solar Coppertone mientras habla.

—Tiene que haber algún tipo de mensaje ahí encerrado, ¿no? ¿Algo relacionado con una secta? ¿Quién podría hacer algo así?

—¿Por qué te interesa tanto este caso, Bev? —Margot se apoya en un codo.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, entiendo por qué le interesa a Elsie. Es una historia genial: una flecha en el ojo. Yo leería el reportaje sin dudarlo. ¿Pero tú?

Bev suspira y niega con la cabeza.

—Es extraño —se atreve a decir tras una pausa—, pero siento una especie de conexión con ella, con Cheryl.

—Vale —responde Margot con cierto escepticismo.

Bev siempre ha sido así. Fatalista. Ve conexiones donde no las hay, lee a diario el horóscopo del periódico. No es el modo de comportarse de Margot, pero cada uno tiene que hacer lo que le resulte necesario para seguir adelante…

—No lo sé, pero la forma en que hablaban de ella, como si fuera una especie de espectáculo, y el hecho de que ocurriera cerca, mientras yo estaba allí hablando de Henry… Todo me parece muy raro.

—¿Es el universo que te envía un mensaje, Bev? —bromea Margot, pero se arrepiente al ver que Bev no sonríe.

—Solo quiero saber quién le hizo eso.

—He preguntado por esa banda en el trabajo, Bev —Elsie se levanta la visera de su pamela.

—Ah, vaya, *sí* hay alguien vivo ahí debajo—bromea Margot.

No entiende por qué Elsie insiste en vestirse como una monja. Tiene una figura estupenda que esconde debajo de toda esa tela. A veces, a Margot le da por pensar que Elsie hace todo lo posible por evitar llamar la atención de todos los hombres con la única intención de no atraer a otro mal tipo.

—Los Kings —continúa Elsie imperturbable—. Son una banda callejera que se fundó en Chicago, pero ahora tienen ramificaciones por todo el país. Se dedican principalmente al tráfico de drogas: cocaína, heroína, marihuana… Aunque también cometen homicidios. Y las bandas suelen dejar señales de advertencia y mensajes…

—Interesante —dice Beverley mientras se quita los restos de crema con una toalla.

—Pero ¿qué relación tiene una banda de ese tipo con una estudiante universitaria? —pregunta Margot.

—Y es algo tan visceral lo que le han hecho al cuerpo —reflexiona Bev—, recurrir a una flecha para…

Se calla y echa un vistazo al lado.

—¿No es demasiado extraño? ¿No es en exceso llamativo? Quiero decir, eso no tiene nada que ver con lo que hacía Henry, no es lo que…

Mira a Margot y se calla. Margot sabe que ahora piensa en las rótulas, en los detalles espeluznantes de los crímenes que cometió Stephen que aparecieron en las noticias.

—La peluca también —añade Elsie—. Todo es excesivo —hace una mueca—, a falta de una palabra mejor. Quiero decir, requiere haberlo pensado mucho, prepararlo, manipular el cuerpo. No es como apuñalar a alguien con un cuchillo. No es fruto de un impulso. Es como si quien lo hubiera hecho fuera una especie de profesional.

—¿Hay alguna forma de averiguar si Cheryl tenía vínculos con gente así? —pregunta Bev—. ¿Con esas bandas?

—Puedo ahondar un poco más en el trabajo. —Elsie se coloca un mechón de pelo sudado bajo el gorro—. Pero los chicos de homicidios no parecían muy convencidos de que se tratase de los Kings —hace una breve pausa—. Por la peluca, creo… Por lo visto no es su estilo.

—Bueno, está claro que debe ser alguien que no está en sus cabales —Margot se recuesta sobre los codos— para hacer algo así. Alguien desquiciado.

Da un trago a su cerveza y recorre la playa con la mirada. Un grupo de estudiantes universitarios se ha reunido junto a las redes de voleibol, todos con pechos musculados y las extremidades de color caoba. Parecen sacados de un anuncio de Dr Pepper. Gira el cuerpo hacia ellos, con la esperanza de que la vean, con la intención de sentir que se extiende por su piel esa sensación familiar de calor. Saberse admirada es como una droga. Puede que ya haya pasado de los treinta y cinco, pero aún atrae miradas. Fue lo mismo que sintió

cuando Stephen la vio por primera vez, desde el otro lado del recinto, durante un aburrido acto político en el Plaza. Solo había ido porque su amiga Susie trabajaba allí de camarera y la había colado por la puerta trasera. Pensaban que Anouk Aimée podría acudir al evento y estaban desesperadas por verla. Corrían rumores de que tenía una aventura con el nuevo fiscal del distrito. Pero no apareció por allí, y Margot se quedó atrapada en una conversación con un asesor de Milwaukee que tenía caspa y mal aliento. Sorbía la copa de su cuarto saltamontes cuando notó una sensación extraña, pero no desagradable, en la nuca. Se volvió para buscar el origen y se encontró con la mirada de un apuesto desconocido. Era mayor. No *muy* mayor, pero tenía al menos veinte años más que Margot. Llevaba un traje caro, en el pelo negro azabache destacaban algunas canas y cuando sonreía y levantaba la copa hacia ella sus ojos quedaban rodeados de arrugas. Tenía la certeza de que era un brindis en honor de su belleza y, aunque otras mujeres lo habrían considerado algo inapropiado, a Margot aquello la deleitó y decidió saltar de cabeza. No podía dejarle saber de inmediato que estaba interesada, así que volvió a dirigirse al tipo con el pelo imposible y forzó la conversación sobre la trombosis coronaria de Eisenhower durante unos minutos más. Los ojos del desconocido nunca se apartaron de ella, podía casi sentir su mirada.

Stephen la llevó a su casa esa misma noche, y ella ya nunca se marchó. La casa era casi un palacio, con varios Ford Thunderbird en la entrada y un pórtico con columnas en la puerta principal que le daban un aire románico. A Margot no le costó mucho actuar como si siempre hubiera pertenecido a aquel lugar, entre las losas de mármol y los cuadros de Jackson Pollock. Estaba acostumbrada a ser un camaleón social. ¿Cómo iba a saber nadie que no era rica —todavía — y que su familia no tenía contactos y menos una casa de playa en los Hamptons? Si actuaba como si así fuera, entonces podría también serlo.

Galletita. Así es como Stephen la llamaba, y no dejó de colmarla de regalos desde el primer momento: lencería italiana, perfumes, las

joyas más caras sacadas del cajón de los calcetines y entregadas con toda la pompa necesaria. A cambio de todo eso, Margot dejaba que Stephen la observara. Le permitía que la exhibiera ante sus amigos como si fuera un pájaro raro y exótico. Era una actriz consumada, acostumbrada a representar el papel de coqueta, de reina de la fiesta, de novia cariñosa que le masajeaba los pies y le traía las zapatillas, todo lo que él pudiera desear. Pero cuando lo pilló en medio de esas cosas que hacía, estuvo segura de que debía de haber actuado mal en demasiadas ocasiones, que las arrugas de la edad habían empezado a aparecer en su rostro, que no había conseguido entretenerlo tanto como debía haber hecho. La enfurecía haber sido superada. Para Margot lo peor de descubrir que estaba casada con un asesino no eran las murmuraciones ni los juicios que eso conllevaba, sino que también significaba que era alguien que podía ser engañada.

—Margot.

Su atención regresa a lo que sucede en la playa. Elsie la mira expectante, agita un gran pañuelo de seda en su dirección.

—Tienes los hombros quemados.

Ella lo rechaza con un gesto y se sienta en la tumbona. Se oye un grito que llega desde el agua cuando uno de los deportistas levanta a una chica con completa facilidad y la coloca sobre sus hombros.

Bev repasa el plan.

—Elsie, investiga más sobre los Kings, a ver si hay alguna conexión con la familia de Cheryl. Margot, tú y yo le daremos otra vuelta a lo de la flecha, a ver si tiene algún simbolismo o si hay algún club de tiro con arco en la zona, alguien más que pueda tener acceso a un arma así.

Margot asiente y se estira hacia su cerveza. Ya ha atrapado a un asesino, está segura de que puede hacerlo de nuevo.

Ocho

—Maldita sea.

Beverley agarra ambos mangos de las tijeras de podar e intenta abrirlas. El calor las ha dilatado tanto que la herramienta se resiste.

—¡No lo fuerces!

La madre de Beverley le grita desde su tumbona, situada en el centro del jardín delantero para tener una vista aceptable de Beverley mientras trabaja. Alice da un sorbo a su té helado, cruza las piernas, enfundadas en unos pantalones blancos ajustados de Jax, y mira por encima de sus gafas. Sus ojos están enmarcados por una franja de sombra de ojos azul pálido de Avon.

—Siempre fuerzas las cosas. —Alice agita una mano—. Se romperán, Beverley. Tienes que ser más delicada.

Beverley encoge los dedos de los pies dentro de sus zapatillas Chanel; todavía puede sentir la arena del lago de ayer entre ellos. Ojalá pudiera hacer alguna cosa más para averiguar algo acerca de Cheryl Herrera y sus posibles vínculos con los Kings; pero, a diferencia de Elsie, no tiene acceso a una oficina llena de periodistas especializados en sucesos a los que recurrir. Sin embargo, sí tiene su álbum de recortes. Quizá podría echar un vistazo a algunos de los artículos antiguos que tiene allí, ver si en alguno se menciona una flecha.

Las tijeras se abren de golpe. Beverley da un paso atrás, suspira y se seca el sudor de la frente con el antebrazo. Escudriña el jardín delantero, y para hacerlo entrecierra los ojos por el resplandor del sol. Se da cuenta de que hay un bulto en la hierba. Meatball, la tortuga que los niños tienen como mascota, avanza lenta y decidida hacia la carretera. Deja las tijeras en el suelo y sostiene a la tortuga en sus brazos; le alarma lo caliente que está el caparazón por el sol.

Ojalá pudiera deshacerse del animal: Henry lo trajo a casa para Benjamin cuando era pequeño, uno de sus muchos actos impulsivos, y cada vez que lo ve no puede evitar recordarlo, pero no se puede quemar una tortuga en el patio trasero, que es lo que hizo con las pertenencias de su marido.

Alice observa en silencio mientras Beverley lleva al animal al interior y lo deposita en el más seguro entorno de la cocina. Deja la puerta abierta cuando regresa, para poder oír la radio. Las noticias empezarán pronto.

—¿Sabes cómo se llama esta canción, Beverley, la que acaban de poner?

Alice frunce el ceño con disgusto.

—¿Bev?

Pero Beverley está distraída. El nuevo vecino de enfrente, el señor Appleton, del número cuarenta y cuatro, el hombre del que Margot se burlaba al contar que se quedaba embobado con la colada de Beverley, ha abierto la puerta y se dirige hacia el camino de entrada.

—¡Bev! —la llama su madre de nuevo, incrédula—. Se llama «Let's Go Get Stoned». ¿Te lo puedes creer?[2]

El señor Appleton llega donde está su cubo de basura, echa un vistazo rápido a la calle y luego abre la tapa para depositar lo que parece un montón de mantas en su interior. Sus miradas se cruzan por un instante, y Beverley siente cómo la alarma se enciende en su pecho. Pero antes de que pueda recordar sus buenos modales, o de que pueda forzarse a levantar la mano para saludar, él ya se ha dado la vuelta y se aleja con los hombros encogidos por el camino.

—Tengo ganas de llamar a la comisaría y quejarme.

Alice se reclina en su asiento, y al hacerlo el hielo de su vaso tintinea.

—De todos modos, es de mala educación tener la radio a todo volumen. Todos los vecinos pueden oírla. Y yo *intento* relajarme.

Su madre no sabe estar relajada. A su madre no le interesa relajarse cuando puede observar cómo Beverley se encarga de las tareas domésticas y hacer todo tipo de comentarios.

Beverley recoge las tijeras y se muerde el labio. El señor Appleton cierra la puerta tras de sí y ella deja que su mirada se demore contemplándola, a la espera de ver si la vuelve a abrir, si se asoma de nuevo. Pero todo está en silencio, así que decide centrar su atención en su propio jardín delantero. Tiene buen aspecto, está despejado. Todos los arbustos están recortados, así que no hay ningún lugar donde pueda esconderse nada ni nadie. El orden y la limpieza son un ritual que practica desde que arrestaron a Henry. El orden y la limpieza los mantienen a salvo.

—¿Has llamado al hijo de Ann Ember? —pregunta Alice, y pasa los dedos por su cabello rubio grisáceo y luego comprueba el estado de su manicura.

La belleza de Alice se ha endurecido con la edad, se ha convertido en una máscara frágil, aunque es evidente que es una mujer que se cuida, que huele a loción y a perfume caro incluso cuando dedica un tiempo a la jardinería. Beverley ha visto fotos de su madre cuando tenía su edad. Podrían ser gemelas. Su piel suave y clara es tan pálida que sus párpados parecen casi translúcidos, entrelazados con delicadas venas moradas; unas pecas salpican su nariz, su labio superior dibuja un pronunciado arco y sus mejillas son prominentes. Qué angustiante debe de ser, piensa a veces Beverley, cuando a lo único que puedes aferrarte es a tu aspecto, ver cómo tu antigua juventud desfila ante ti a modo de recordatorio de todo lo que has perdido.

—Espero que tengáis una cita —dice Alice—. Tenía muchas ganas de saber de ti. Ann se llevará una gran decepción si…

Beverley deja de prestar atención a la voz de su madre. Alice lleva ya un par de años empeñada en emparejarla con hombres. Dice que es perjudicial para los niños no tener una figura masculina en su vida, que los vecinos respetarían más a Beverley si tuviera pareja. Beverley sabe que es mejor no mencionar que ella misma pasó la mayor parte de su infancia sin un hombre en casa. Su padre era poco imaginativo en sus indiscreciones y, antes de marcharse, Beverley lo sorprendió más de una vez con otras mujeres. Era un

hombre caótico pero fiable al completo en lo tocante a sus infidelidades, aunque es cierto que lo era solo en eso. Mientras Alice estaba ocupada en la cocina durante las cenas, o bien se desvivía en la atención a los invitados, o colocaba los huevos rellenos en bandejas con la piel del cuello enrojecida por el cuantioso número de gimlets, a él podías encontrártelo con rubias descaradas o morenas felinas en el dormitorio que se suponía que debía compartir con su esposa, con los pantalones por los tobillos y el humo de un cigarro elevándose desde su bigote.

—Realmente no he tenido la ocasión, mamá.

Es cierto. Beverley ha estado muy ocupada, y no solo con el caso de Cheryl Herrera. Ayer recibió una llamada que la dejó desconcertada: era el productor del canal de noticias, le pedía que apareciera en su programa matutino para conmemorar el aniversario de la detención de Henry. Beverley no tenía ni idea de cómo había conseguido su número. Se suponía que la habían borrado de la guía telefónica. Balbuceó una disculpa antes de colgar el teléfono presa del pánico.

Alice suspira.

—¿Sabes?

Se mueve en la tumbona y Beverley sabe que todo eso es la preparación para soltar el golpe.

—Me duele que no aproveches las oportunidades que te brindo, Beverley.

Beverley respira hondo.

—Siento que pienses que soy un estorbo y que no me necesitas…

—Sí que te necesito, mamá.

Siempre es lo mismo: Alice se siente herida y Beverley suplica que la perdone. *Quieres que sea infeliz porque eso significa que nunca te abandonaré.* Eso fue lo que dijo su madre una vez, pero Beverley sabe que cada palabra acusatoria era cierta en el caso de Alice.

La señora Akerman, que vive unas puertas más arriba, pasa con su perro salchicha color chocolate. Beverley esboza una sonrisa forzada. Alice se levanta de un salto de su asiento y llega casi a

hacer una reverencia cuando la mujer pasa junto a ellas.

—Buenos días, señora Akerman —saluda Beverley.

La mujer levanta la vista, pero enseguida fija la mirada en la acera de nuevo y acelera un poco el paso.

Alice frunce los labios.

—Ahora también los vecinos saben cómo me tratas.

Beverley está acostumbrada a que los vecinos la ignoren. Se habían arremolinado a su alrededor como pájaros curiosos tras la detención de Henry. Estaban tan seguros, al igual que lo estaba Beverley, de que la policía había detenido al hombre equivocado.

«Pobre Beverley. Aquí tienes un guiso».

«Pobre Beverley. Pasaré a tomar un café y podremos charlar sobre todo esto».

Lo que querían era cotillear, por supuesto, y se quedaban boquiabiertos cuando ella describía las hélices del helicóptero, la entrada de los agentes en tropel, toda la tierra y la suciedad que dejaban en la moqueta, el desastre que habían provocado con las rosas del jardín los perros rastreadores de cadáveres. Cuando quedó claro que Henry, el asesino de la ola de calor, había, de hecho, asesinado a siete mujeres, los pájaros levantaron el vuelo. Y fue muy rápido. Beverley se vio condenada al ostracismo. Si se cruzaba con un vecino que iba a salir de su coche, este esperaba dentro hasta que ella llegaba al final de la calle. Si alguien regaba sus lilas y Beverley salía de su casa para hacer lo mismo, dejaban a un lado las regaderas y regresaban al interior de la casa en silencio. Las acusaciones se arremolinaban por la calle, todo el mundo tenía una opinión al respecto. «Tienen que detenerla a ella también por cómplice», oía susurrar. «No entiendo cómo no la consideran tan culpable como él. No hay forma de que no lo supiera».

Para Beverley resultaba una agonía ser la esposa de un asesino, experimentar semejante pérdida de control sobre su identidad. Era un desvío catastrófico del camino que ella había planificado para su edad adulta. Los crímenes de su marido le habían impuesto unas normas sociales que ahora tendría que obedecer para siempre. No

podía hacer nada más que mantener la boca cerrada, agachar la cabeza y ocuparse de sus asuntos.

—¿Quién es ese de ahí? —pregunta Alice al ver un movimiento al otro lado de la calle.

Beverley mira. Las cortinas se mueven en el piso de arriba del número cuarenta y cuatro. El señor Appleton desaparece en cuanto ve que lo miran.

—¿Es que ese hombre no ha visto jamás una manguera de jardín? —Alice remata el comentario con un cruce de piernas y el chasquido de la lengua.

Tiene razón. Las plantas del jardín delantero del número cuarenta y cuatro están todas muertas o secas. Beverley no ha visto a su vecino regar el sauce del desierto, podar las rosas o cortar el césped ni una sola vez desde que se mudó, hace ya varias semanas.

Vuelve a mirar a la ventana, ahora vacía, la cortina ha quedado inmóvil, justo cuando el sonido de un boletín de noticias de última hora llega desde la radio de la cocina.

Beverley se queda paralizada. La voz del locutor es melodiosa, suave. Dice algo sobre una mujer, un cadáver. Tiene que ser eso. Espera oír el nombre de Cheryl Herrera en público por primera vez.

«… el cadáver de Emily Roswell, animadora de Fillmore que contaba con veinte años», dice el locutor, «sacado del lago del campo de golf Meadow Vine a última hora de la noche».

Beverley deja caer las tijeras y corre hacia la casa. Su madre le grita en señal de protesta.

«No se han revelado más detalles sobre la muerte de la señorita Roswell», concluye el locutor.

El corazón de Beverley se acelera. Una extraña sensación, como un zumbido, se apodera de todo su cuerpo.

Una animadora.

Veinte años.

Otro asesinato.

Se limpia las manos en el delantal de jardinería y mira el reloj.

[2] «Vamos a drogarnos» sería la traducción literal, si bien el original recurre al argot. Compuesta por Nickolas Ashford, Valerie Simpson y Josephine Armstead y grabada por *The Coasters* por vez primera, el éxito llegó gracias la grabación de Ray Charles, que alcanzó el número uno de las listas en 1966. La paradoja pasa por el hecho de ser el primer lanzamiento discográfico de Charles tras pasar un año de libertad condicional debido a su detención por tenencia de drogas. Ray Charles fue adicto a la heroína durante casi dos décadas.

Nueve

A primera vista, Las Espadas es como uno de esos barrios pequeños y destartalados que Elsie ha visto en las series policíacas de la televisión. Un poco deteriorado pero resistente. No hay vallas blancas. No hay casas idénticas con puertas de entrada pintadas de un impecable color gris paloma. En su lugar llega el ruido del tráfico de la interestatal. Las calles están llenas de baches. Los cubos de basura parecen estar siempre demasiado llenos.

Ya se ha reunido una multitud frente a la casa de la familia Herrera, una comunidad que ha acudido en masa para despedir a uno de sus miembros. La mayoría de la gente está distribuida en pequeños grupos; otros beben, se colocan los puños de la camisa sin saber dónde mirar. A unos cien metros, un doliente queda marginado, un extraño, como Elsie, sin saber por dónde entrar ni en qué momento acercarse a una escena tan íntima.

Hay un pequeño altar en el jardín delantero de los Herrera. Una gran fotografía de Cheryl, donde se la ve tranquila, con los ojos muy abiertos y el pelo oscuro y espeso, ha sido colocada sobre un mantel blanco arrugado. En una silla plegable que hay al lado, una niña, quizá una hermana, está sentada con sus manitas juntas en el regazo. Sobre el mantel hay velas para que la gente las encienda y las lleve por las calles cuando se ponga el sol.

A Elsie se le encoge el pecho al ver la dignidad de la escena, la unión de una comunidad sumida en el dolor.

Esperaba que, al visitarlos y averiguar más cosas sobre Cheryl y su familia, pudiera empezar a encajar las primeras piezas del rompecabezas. No esperaba que estar rodeada de una pérdida

semejante, de personas que han quedado enterradas bajo los escombros de las acciones de un hombre peligroso, le afectara tanto.

Levanta la vista y ve a un hombre pequeño ataviado con una camiseta blanca y chaleco salir por la puerta principal de los Herrera. Elsie contiene el aliento. Es un rostro marcado por el dolor. Su sonrisa cortés —dirigida a los vecinos que le aprietan el hombro o lo abrazan al pasar— nunca llega a iluminar su mirada. Elsie intuye que debe de ser el padre de Cheryl.

La familia habrá recibido muchas visitas desde que Cheryl fue asesinada, hace ya diez días: parientes que intentan consolar a los inconsolables, vecinos que traen comida y flores, detectives, curiosos, esos individuos desesperados por poder casi palpar la tragedia. Habrá algo que pueda unirlos a todos. Ella lo sabe porque lo ha sentido: el murmullo electrificado de la gente que siente el alivio de que el universo en esta ocasión no los haya elegido a ellos, a su hermana o a su hija.

Se abre paso entre la multitud. Las mujeres sollozan. Los hombres asienten, con el rostro serio, los brazos cruzados y el vientre echado hacia delante, en una postura que pareciera decir: «No dejaremos que esto vuelva a suceder». De entre los asistentes a la vigilia de duelo varios de los más jóvenes visten ropa deportiva. Elsie se pregunta si no pertenecerán al mismo equipo de atletismo que Cheryl y toma nota de los detalles de la equipación.

Antes de que pueda prolongar sus dudas, se dirige directamente hacia el padre de Cheryl y espera que se aleje una persona que le da el pésame antes de acercarse a él.

—Señor Herrera, hola. Siento mucho su pérdida.

Le tiende la mano y él la sostiene, pero el apretón es débil.

—Me llamo Elsie Parker. Soy periodista del *Tribune*.

No quiere dar su nombre real ni revelar que en realidad trabaja para el *Signal*, no solo porque no quiere que Hunter se entere de que actúa sin su consentimiento, sino porque está segura de que una familia en duelo no permitiría que una humilde colaboradora les

hiciera preguntas sobre su hija fallecida.

—¿No ha conseguido Roachford todo lo que necesitaba? —pregunta el señor Herrera sin malicia.

Ella se detiene desconcertada.

—¿Eh?

—Su colega, Dom Roachford. ¿Había algo más que necesitara preguntarnos sobre Cheryl?

Por supuesto que ha venido alguien más del periódico. Cualquier reportero decente de la zona ya habría estado aquí. Se regaña a sí misma.

—Sí. —No pierde la sonrisa—. Solo necesitábamos un par de detalles más para nuestro artículo.

Él recorre su rostro con la mirada en busca de alguna grieta.

—Esperamos que dar a conocer el caso anime a cualquiera que sepa algo sobre él a dar un paso al frente.

Se siente rastrera, realmente rastrera, por mentirle a un padre sumido en el duelo. Pero se apresura a recordarse a sí misma que es la única forma de conseguir lo que necesita. Y es por una buena causa. Es por Cheryl.

—Pase. —Hace un gesto con la cabeza por encima del hombro hacia la puerta principal—. Lo único que deseamos es atrapar al que hizo esto.

La tragedia ha arrebatado toda la calidez de la casa. Hay gente en el sofá, beben té, sus ojos están enrojecidos. Otros se han reunido en la cocina, todos con semblante serio y el pelo bien peinado.

En la sala de estar las tarjetas de condolencia se alinean en la repisa de la chimenea. Hay un jarrón de cristal grueso a punto de estallar de la cantidad de lirios que contiene, con los estambres tan abatidos que el polen naranja ha comenzado a acumularse en la alfombra. Hay adornos en las estanterías, pequeños animales de cerámica como los que la madre de Elsie también coleccionaba. Las fotos familiares cuelgan de las paredes. Los cojines con borlas han sido ahuecados especialmente para los invitados de hoy. La casa no parece, piensa Elsie, del tipo de gente que podría tener vínculos con

una banda peligrosa como los Kings.

Mira los lirios. Ella también recibió flores, pero solo un ramo de fresias, cuando arrestaron a Albert. Sin ninguna nota. Le pareció extraño. ¿Qué diablos se suponía que tenía que hacer ella con unas flores? Hasta que los pétalos se marchitaron no le negó nada a las autoridades ni a los periodistas. No porque fuera caritativa, como el señor Herrera, sino porque no tenía las fuerzas necesarias para negarse. Se sentó en el salón mientras ellos se apoderaban de su casa, con los labios entreabiertos, sí, pero sin llegar a pronunciar las palabras que pensaba que no ameritaba decir: «Fuera».

El señor Herrera le ofrece una taza de café. Ella lo rechaza y se pregunta dónde estará la madre de Cheryl, con la sospecha de que es muy posible que esté detrás de la cerrada puerta del dormitorio.

—Esa es la habitación de Cherry, justo ahí.

El señor Herrera señala otra puerta, que está entreabierta. Hay una placa con un nombre en la parte de fuera, con unas zapatillas y unas estrellas garabateadas con rotuladores de colores chillones. Elsie traga saliva. Había olvidado que Cheryl había terminado el instituto hacía unos años.

Más allá de la puerta, la habitación tiene un aire de cápsula del tiempo, un extraño brillo nostálgico, ese tipo de aura que solo tienen las habitaciones de los difuntos.

—Puede echar un vistazo si quiere. Solo le pido que no toque nada.

El padre de Cheryl mira al suelo.

Podría esperar, decirle que no quiere entrometerse en las cosas de su hija, que no sería correcto por su parte husmear. Podrían hablar allí, en el sofá, junto a los lirios. Pero en lugar de eso se levanta y cruza la habitación atraída por los cosméticos a medio usar y la puerta del armario abierta, de donde asoma una avalancha de ropa. Una vieja muñeca Chatty Cathy está sentada, algo encorvada, en el alféizar de la ventana junto a una granja de hormigas a la que ya no atiende nadie. La tierra está seca, pero algunos insectos no han dejado de trabajar sin descanso, ajenos a la tristeza que se impone

fuera del cristal. En el suelo todavía hay un par de calcetines morados arrugados. Cheryl debió de quitárselos y tirarlos cuando empezó a tener calor. Elsie se toma todo el cuidado del mundo en rodearlos, procura no tocar nada para dejar la habitación tal y como estaba cuando Cheryl se marchó.

Elsie descubre que las paredes están cubiertas de diplomas. Las medallas cuelgan de gruesas cuerdas fijadas con clavos en la pared. Se acerca para intentar leer algunos detalles.

—Estaba a punto de ir a las finales estatales.

Elsie se sobresalta.

El señor Herrera entra en la habitación y se hace con un manojo de medallas que cuelgan de un clavo, las sostiene en la palma de la mano y se las muestra para que las examine.

—Tenía *algo*, así de sencillo —dice—. Era una superestrella, la princesita de papá.

Elsie contempla su rostro, busca algo que no ha llegado a decir y queda oculto detrás de las palabras. Tiene mente de periodista y sabe que el primer impulso de un periodista es precisar tanto como pueda los detalles. A veces es el padre. Debe tener en cuenta esa posibilidad.

—Tenía mucho talento, sin duda. —Elsie pasa los dedos por los relieves dorados—. Debía de estar muy orgulloso. ¿Había alguien con quien entrenara que…?

—Lo habría logrado en su último año —la interrumpe él—, pero contrajo mononucleosis, estuvo enferma y perdió cinco kilos de masa muscular.

Elsie puede imaginar cómo pesaba a su hija, interesado en sus entrenamientos, en su rendimiento, con el deseo de que alcanzara todo su potencial. ¿Le enfureció que no lo hiciera?

—También iba a ser la reina del baile ese año.

Cuelga las medallas con cuidado en la pared.

—Lloró hasta que se quedó dormida. Su madre incluso le había hecho el vestido, de un azul brillante. Estaba tan guapa con él. Demasiado guapa. —Su risa suena hueca—. Parecía demasiado

mayor. Casi no la dejo ir.

Elsie se estremece al recordar. Su propio padre, el día del baile de reencuentro con los viejos alumnos, el golpe de su brazo al cruzarle la cara, la forma en que su madre se disculpó por él, como la intentaba convencer de que no lo había hecho con mala intención. Que no podía controlarse. Había pasado por mucho últimamente. Le habían cubierto el cardenal con maquillaje. El vestido que llevaba era amarillo. Albert la había llamado «girasol» en el momento en que había comenzado a rodear su puño con la seda y tiraba de ella con fuerza, el mismo gesto que había hecho el señor Herrera con las cintas.

—Cuando enfermó de mononucleosis se desquitó conmigo. El típico berrinche de adolescente. —Se frota la barbilla, como si el recuerdo le doliera—. Me dijo a mí me hacía feliz que estuviera encerrada en casa. Pero yo no podía ser feliz cuando ella estaba enferma. No me gustaba ver a Cheryl así.

—Estoy segura de que cualquier chica que se hubiera perdido algo tan importante habría actuado igual —dice Elsie.

Él asiente y exhala.

—¿Tiene hijos?

—Nunca pudimos tenerlos.

No es más que una verdad a medias. Él no tiene por qué saber el alivio que ella siente, cada día, por no haber tenido hijos con Albert, por no haber querido tenerlos nunca.

—Sin embargo, en la escuela la incluyeron en el anuario —continúa él sin atender a su respuesta—. El fotógrafo la citó un día para que fuera con su vestido y le puso una coronita.

Se da un golpecito sobre la coronilla.

Elsie nunca ha sentido eso, el deseo de compartir detalles superficiales sobre alguien como una forma de aferrarlos a sí durante un poco más de tiempo. Estaba el dolor que siguió al arresto de Albert. La incertidumbre por el futuro, hacia la vida que creía haber trazado ante sí. La pena por su yo pasado, por el privilegio de disfrutar de la ignorancia. Pero lo peor, lo que más le

costó a Elsie, fue la cobardía que mostró Albert cuando lo detuvieron.

Admitió, llegado el momento, que las chicas estaban muertas. Pero, en lugar de asumir la responsabilidad de sus asesinatos, mantuvo que cada una de ellas había muerto por una desgraciada coincidencia, no porque el cometiese actos violentos. Elizabeth Bird: oh, en realidad se había caído por las escaleras y a él no le había quedado más remedio que descuartizarla y enterrar su cuerpo. Al fin y al cabo, tenía que conservar su trabajo y proteger a su esposa. August Jones: *ella* era muy torpe. Se había asustado, de forma exagerada, al verse sorprendida allí, los dos juntos, en un callejón a altas horas de la noche. No se le podía culpar a él si era ella quién le había arrebatado el cuchillo que llevaba para defenderse: las calles de San Francisco podían ser peligrosas a esas horas. No era tampoco culpa suya que, en el forcejeo, el cuchillo se le resbalara de las manos y fuera a clavársele justo debajo de las costillas.

Pese a todo, Elsie nunca sintió que hubiera perdido tanto como Beverley y Margot. Cuando se revelaron los crímenes de sus maridos, Beverley perdió al padre de sus hijos y Margot su seguridad económica: una casa grande, estatus, dinero, poder. Pero ser la esposa de un asesino le dio a Elsie algo: una nueva capa a modo de armadura que, hasta entonces, le había faltado. Sabía lo que era sentirse fuera de lugar, por ser una inglesa en los Estados Unidos, desde que su familia se mudó allí cuando solo tenía ocho años. En comparación con la tendencia de los estadounidenses a mostrarse informales y mostrar confianza, se sentía dócil y decepcionante, tan educada y formal que llegaba a resultarle algo doloroso. Pero los crímenes de Albert, su cobarde comportamiento tras el arresto, la envalentonaron. Qué descaro pensar que podía manipular a la gente, manipular la verdad, manipularla a ella. Las mentiras, las lágrimas de cocodrilo en el juicio, las súplicas para que Elsie se quedara con él… Todo era patético. Fue entonces cuando finalmente *supo* que era más fuerte que él.

Echa otro vistazo a la habitación de Cheryl. No está muy segura de

lo que espera encontrar allí. ¿Un diario, tal vez? ¿Alguna nota que Cheryl dejara antes de abandonar la casa de su familia para siempre? Pero ¿a quién quiere engañar? La policía ya ha estado aquí, ni siquiera es la primera periodista que entra en esta habitación.

Así que decide volver a hacer la pregunta, pero esta vez tiene en mente a esas personas vestidas con ropa deportiva y zapatillas que hay fuera.

—Señor Herrera, ¿había alguien en el equipo de atletismo de Cheryl, o alguien más que usted conociera, que pudiera desearle algún mal a su hija?

Él levanta la vista bruscamente.

—¿Quizás alguien con quien discutiera? ¿Una rival en las competiciones? ¿Es posible que alguien sintiera algo por ella, pero que esos sentimientos no fueran correspondidos?

—¿Por qué me pregunta eso?

Su postura se vuelve rígida.

—¿Lo que quiere decir es que fue culpa de Cheryl porque no quería salir con un chico?

—No, no —se apresura a corregirse—. No es eso lo que quería decir.

—Váyase de aquí. Ya he respondido a esas preguntas.

Su repentina ira la alarma. Respira hondo. La idea que ella tenía no era que esto fuera a transcurrir así.

—Señor Herrera, discúlpeme. No era eso lo que quería decir.

—Usted no me escucha, igual que los policías no escuchan.

—Quizá podría decirme…

Parpadea.

—¿A qué se refiere con lo de que los policías no lo escucharon?

—Lo de la pulsera. Eso es lo que le dije a Roachford. No quisieron saber nada de eso.

—¿Una pulsera de Cheryl?

Él se detiene y frunce el ceño. La evalúa como si estuviera comprobando si puede confiar en ella.

—La llevaba todos los días —dice al fin—. En la ducha, en la pista, en la piscina. Tres iniciales: CJH. Nunca se la quitaba.

Mira alrededor de la habitación.

—Ahora ha desaparecido.

Ella espera a que vuelva a donde estaba, a que la eche otra vez, pero él no lo hace; su furia se ha apagado.

—Cuando tuvimos que ir a identificar el cadáver —su voz hace tangible la frustración— no la llevaba puesta. Pregunté si nos la podíamos llevar a casa. Pensé que la tendrían guardada en algún sitio. Pero me dijeron que no llevaba ninguna joya cuando… cuando murió.

Si Elsie fuera otra persona, si fuera maternal como Beverley, sabría que debería aproximarse a él.

—¿Tiene alguna foto de Cheryl con la pulsera?

Es lo único que puede hacer para ayudar.

—Claro.

—Entonces quizá algo podamos hacer.

Afuera, el sol de primera hora de la tarde tiñe el cielo de un color naranja mandarina. Pronto oscurecerá y Elsie ve que la gente prepara las velas.

Al pasar junto al altar parte de la culpa que sentía al llegar al velatorio se disipa. Si puede convencer a Hunter de que publique una historia sobre Cheryl y la pulsera desaparecida, si puede convencerlo para que imprima las fotografías y pida ayuda al público, eso podría aportar nuevas pistas.

Mientras se aleja de la casa ve que la figura que merodeaba los alrededores cuando llegó sigue todavía allí. Algo se cristaliza en el aire a su alrededor. Se vuelve para mirar hacia la casa. A estas alturas todos están ya reunidos en el jardín delantero, alrededor de las mesas, con las velas encendidas. Vuelve a mirar a la figura. Es un hombre, de eso no tiene duda, lo deduce por su altura y su postura. Tiene el pelo fino largo hasta los hombros y lleva una chaqueta de

aspecto desaliñado. Algo que le resulta raro, piensa, con este tiempo.

Para no llamar la atención, cruza la calle y se encamina hacia su coche. Quizás pueda esperar allí y observarlo durante un rato. De vez en cuando, mientras camina, vuelve la cabeza para comprobar que no se ha movido. Cada vez que mira sigue en la misma posición, medio protegido por una farola desde donde observa a la multitud con una intensidad que la inquieta.

En ese momento, él gira la cabeza de modo brusco y sus miradas se cruzan. Pese a estar a cien metros de distancia, siente un escalofrío que recorre su cuerpo. Y, de inmediato, el hombre echa a correr.

Elsie mira su coche. Podría colarse dentro, arrancar y seguirlo. Necesitaría apenas unos segundos para meter la llave en el contacto, pero sabe que no puede perder un segundo.

Da media vuelta y empieza a seguirlo. ¿Qué hacía ese tipo escondido, *vigilando*, mientras los amigos y la familia de Cheryl lloraban su muerte?

Es alto, se da cuenta mientras lo sigue, y delgado como un palo. Tiene un modo de andar muy extraño, como si sus articulaciones no se doblaran. Pero es rápido, más rápido que ella, y le cuesta mantenerlo dentro de su vista cuando dobla una esquina al final de la calle. Se apresura para alcanzarlo y llega a la otra calle justo en el momento en que él sube a un vehículo, una furgoneta de trabajo que había aparcado a un lado, bajo un roble.

Hay un logotipo en la parte trasera del vehículo, una especie de anuncio de una empresa, pero desde esa distancia lo ve borroso e indescifrable. Elsie aprovecha el ruido del motor como una señal y se lanza a la carrera; sus tacones repiquetean en la acera. Cuando está lo suficientemente cerca, saca su libreta, pasa las páginas llenas de notas garabateadas y pistas de las investigaciones que hace por iniciativa propia, y luego toma un lápiz y dibuja rápidamente lo que ve.

Cuando la camioneta desaparece, entre las palpitaciones de los

oídos de Elsie debido a la adrenalina, aparta la mano del cuaderno y descubre lo que podría ser su primera pista.

Diez

Roger había llegado poco después de las nueve, mientras Beverley removía nerviosa un *whisky sour* que tenía en la mano.

Sabía que no podía preguntarle sin más por Emily Roswell, el nombre que había oído en la radio. Probablemente obtendría la misma avalancha de información que él le había proporcionado acerca de Cheryl Herrera, lo que venía a ser prácticamente nada. Así que le ayudó a quitarse el abrigo, lo colgó en el perchero y dejó que la llevara al piso superior.

Es el comportamiento de una amante, una rutina vergonzosa que ha dominado desde que todo comenzó, y lo hizo con una taza de café horrible en un restaurante de carretera. Henry había sido ya condenado y estaba en San Quintín. Roger se había mantenido en contacto con ella y le había dicho que no dudara en escribirle si alguna vez necesitaba algo, lo que fuera. Le agradecía que hubiera cooperado con la policía cuando buscaban reforzar el caso tras el arresto de Henry. Beverley les había proporcionado todo lo que querían: libertad total en su domicilio, acceso a los documentos comerciales de Henry, las agendas de su familia, las fotografías, el agua del grifo y la comida de la nevera. En aquel momento habría hecho cualquier cosa para evitar las acusaciones, los «por supuesto que ella lo sabía».

Pero había algo más. Sentía que le debía algo a Roger. Cuando arrestaron a Henry, Roger fue la única personas que la trató con amabilidad en lugar de con hostilidad y recelo. Se había quedado estupefacta, paralizada por completo, cuando la policía llamó a su puerta y le dijo por qué se llevaban a su marido, pero Roger le había

puesto una mano en el hombro y le había dicho con delicadeza que preparase una maleta y se hiciera con algo de ropa para Benjamin y el bebé. «Vamos a llevarlos a un hotel y pondremos otro nombre en el registro, ¿de acuerdo?». Su voz era ronca, pero sonaba cálida. «La prensa no sabrá que están alojados allí. Será tan solo por unos días, mientras registramos la casa. Todo irá bien».

Esas eran las palabras que necesitaba oír, y se aferró a ellas. Todavía lo hace.

Se sentía tan sola cuando regresaron a la casa, una vez que se marchó la policía, cuando ya no había más registros ni preguntas y en las paredes resonaba el silencio. ¿Cómo podían esperar que simplemente lo dejara todo limpio y ordenado para seguir con su vida sin más? Le habían concedido el divorcio de urgencia de Henry, él no lo había impugnado. Tenía su propio dinero, de cuando fue modelo en la adolescencia, y ella era la propietaria de la casa, no Henry, así que, en teoría, nunca volvería a necesitar a un hombre. Pero el aislamiento, la vergüenza, las preguntas interminables y angustiosas, despertarse y encontrar las macetas destrozadas en la entrada, las acusaciones lanzadas desde las ventanillas abiertas de los coches que pasaban… Todo eso le afectó al cabo de un tiempo.

Así que llamó a Roger y aceptó con gratitud la amabilidad que fue capaz de demostrar.

—¿Hay algo que pudiera haber hecho para evitarlo?, le preguntó cuando estuvieron sentados uno frente al otro.

Ella no dejaba de morderse las uñas y jugaba con el mantel de tela fina. Lo ha visto más veces desde entonces: los supervivientes de una tragedia suelen mirar atrás y hablar de las pequeñas señales que anunciaban el inminente desastre. Esos detalles minúsculos pero trascendentales que servían como indicios de que ese día iba a ser diferente, que su vida estaba a punto de cambiar. Quizá esa mañana habían roto un vaso, o había algo inquietante en el estado de la casa, acaso se les había quemado el pan tostado. Pero Beverley no había encontrado ninguna señal, no se había despertado sintiéndose diferente en absoluto aquella mañana en que arrestaron a Henry.

El bar olía a cebolla frita y café recalentado. Las hamburguesas estaban intactas en los platos de Elsie y Roger. Curtis Lee cantaba en la radio «Pretty Little Angel Eyes». Ella esperaba que el detective respondiera. Necesitaba que dijera que no. Necesitaba que le dijera que no había nada que ella pudiera haber hecho de otra manera.

—No lo sé, señora Lightfoot.

—Ahora es Edwards.

Miró nerviosa su plato. La salsa se derramaba de la hamburguesa.

Roger suspiró antes de extender la mano hacia su comida, pero luego se lo pensó mejor y cruzó los brazos.

—Es posible que mostrara algún comportamiento transgresor que le pasó desapercibido, pero nadie la puede culpar por eso.

Ella levantó la vista hacia él con el corazón acelerado por la gratitud. No la culpaba. No creía que fuera todo culpa suya.

—Estos tipos —se recostó sin prisa en el respaldo de su asiento y extendió las piernas— son inteligentes. Pasan desapercibidos y se salen con la suya porque son maestros en manipular a quienes los rodean.

Se inclinó hacia adelante de nuevo, apoyó su gran mano sobre la mesa y ella estuvo segura de ver que su dedo índice se movía de modo casi imperceptible hacia el de ella.

—Una mujer como tú no tenía ninguna posibilidad.

Roger comenzó a visitarla después de aquello. Ella tuvo mucho cuidado en ocultar sus citas a los niños. Benjamin y Audrey aún eran muy pequeños, no sabrían lo que estaba pasando, pero ocultárselo todo le permitía casi fingir ante sí misma que aquello en realidad no llegaba a tener lugar, que no se había convertido en el tipo de mujer que su madre despreciaría.

Rara vez le preguntaba por su esposa. Los detalles que averiguaba por los comentarios casuales de Roger no la ayudaban a sentirse mejor respecto a su engaño. Enid era británica, al menos eso sí lo sabía. Su familia se había mudado después de la Primera Guerra Mundial y se había establecido en California. Enid había sido maestra de jardín de infancia durante un tiempo, antes de que el trabajo de

Roger se apoderara de sus vidas. Beverley dedujo que era atlética, y había alcanzado muchos logros deportivos: golf, natación, ese tipo de cosas. Beverley apenas podía levantar una raqueta de tenis.

—Hay tres tipos de policías —dice Roger ahora, mientras se mete bajo el chorro de la ducha y el agua caliente oscurece su cabello hasta dejarlo del mismo tono que la pizarra—. Porque hay diferentes razones por las que la gente se hace policía.

Ella le había preguntado por qué se había unido a la policía. Es una costumbre suya: hacer preguntas que exigen respuestas, una forma de mantenerlo allí, atento a ella. Entra en la ducha y alcanza el jabón detrás de él, luego se frota enérgicamente sus uñas con la pastilla. Le molesta el hecho de que nunca volverá a sentirse realmente limpia, por mucho que se frote en la ducha.

—Hay tipos que sencillamente terminan en el cuerpo —continúa Roger—. Quizá sus padres eran policías, o no sabían qué otra cosa hacer, pensaron que sería una vida fácil: café gratis y centrarse en el papeleo de la comisaría; tipos que hacen lo mínimo, llevan el uniforme, engordan y cobran la pensión.

Ella empieza a enjabonarle el pecho reconfortada por el contacto con sus huesos, su piel, la dura realidad de su cuerpo.

—Luego están los que tienen algo que demostrar. Estos pueden ser peligrosos. Están aquí por una razón. Oí hablar de un tipo en Saratoga —levanta los codos para que ella le enjabone las axilas— que se alistó porque habían asesinado a su hija. Era inteligente, buen investigador, pero no estaba preparado para el trabajo a nivel emocional, y al final disparó a dos inocentes porque le parecía que encajaban con los sospechosos en un caso de secuestro. El peligro de la obsesión, eso es lo que pasa cuando te traes el bagaje que te ha dado la vida al trabajo.

—¿Y los terceros?

Ella se gira para ponerse frente a su espalda y le extiende el jabón, que antes estaba duro pero ya ha comienza a reblandecerse por la humedad.

—Los terceros son los que lo hacen porque saben *lo que es justo*.

—Él le aparta un mechón de pelo mojado de la frente—. Saben que hay gente que nace mala, y que los que no lo son, la gente como tú, necesitan protección, así de simple.

—¿Lo que he de entender entonces es que tú eres del tercer tipo?

Ella sonríe. Sabe que Roger se siente menospreciado en su trabajo, siempre a la sombra de Cornwell.

—Bueno —inclina la cabeza hacia atrás y deja que el agua le aclare el rostro— si crees que encajo en el perfil, puedo cargar con esa culpa.

Sonríe, y a continuación se inclina para besarla con fuerza. Ella se deja, y permite que toda la tensión de su cuerpo se relaje mientras él baja la boca por su cuello, primero hasta sus pechos y luego su vientre, hasta quedar arrodillado ante ella. Cuando él la besa allí, mientras el agua caliente alivia los nudos de sus hombros, ella siente que se relaja por completo, y cualquier pensamiento sobre la policía se difumina en el vapor.

Cuando él ha terminado, regresan al dormitorio y Roger le pide que le traiga los cigarrillos. Ella accede sin dudarlo, se pone una bata y baja por el pasillo. Busca su abrigo y palpa cada uno de los bolsillos, deja a un lado las entradas del cine y los recibos de la reparación del coche hasta encontrar la cajetilla.

Cuando regresa al dormitorio ve cómo Roger se mete un extremo de una toalla en la oreja y lo sacude. Beverley saca un Lucky Strike de la caja y se lo pone entre los labios para encenderlo sin prisa. Él da una calada y echa la cabeza hacia atrás con aire de felicidad. Ella aprovecha la oportunidad para preguntarle por Emily Roswell.

—Pues sí. Encontramos a una chica —asiente y exhala una voluta de humo.

Aunque él no lo revele como si fuera un secreto, ella sabe que a Roger le gusta que se interese por su trabajo. Sabe que a Enid no le gusta hacerlo. Sospecha que le agrada que ella evidencia ese interés porque le da la oportunidad de verbalizar una serie de elogios hacia su desempeño profesional.

—¿Dónde estaba?

Ella sabe la respuesta, lo ha oído en la radio, pero quiere ver si esta vez él será sincero con ella.

—En el campo de golf.

Ella le sostiene la mirada.

—¿En qué parte del campo de golf?

Roger se quita el cigarrillo de la boca e inclina la cabeza con recelo.

—La encontraron los buzos.

—¿Se ahogó?

—No, no se ahogó. —Sacude la ceniza sobre la bandeja—. La tiraron allí después de matarla.

—¿La estrangularon?

—Bev.

—¿La estrangularon?

Al repetir la pregunta se hace más evidente la emoción que le suscita. Cheryl Herrera, la joven atleta, había sido estrangulada.

—La apuñalaron, ¿vale? —concede Roger—. Varias veces.

—Maldita sea.

—¿Qué quieres decir con «maldita sea»?

La ceniza cae sobre la colcha. La sacude.

—¿Bev?

—¿Hubo algún detalle inusual?

—Pero ¿qué es todo esto?

El no deja de mirarla como si estudiara su rostro.

Ella sabe que eso significa que debe haber algo más. Se ata el camisón y recoge la camisa del suelo para tendérsela. Él mete los brazos, uno a uno, como un niño, y luego suspira.

—Sus manos —dice en voz baja.

—¿Mm-mm?

Ella se inclina hacia él mientras le abrocha los botones, y extrema el cuidado para no parecer demasiado interesada.

—Quienquiera que le haya hecho eso…

Niega con la cabeza. Da otra calada profunda al cigarrillo.

—Quienquiera que haya sido le tatuó algo en los nudillos.

Ella se enreda con el botón superior y se obliga a mantener la

calma.

—¿Tatuado?

—Le grabó algo en las manos.

Ella lo tiene en un estado vulnerable: ahora es una pieza débil debido a la ducha y el sexo. Sabe que él no debería contarle todo esto.

—¿Qué decían los tatuajes?

Él la aparta con suavidad y se abrocha el botón que queda.

—«Amor» y «odio» —dice a regañadientes—. Una palabra en cada mano.

—¿Como algo de la banda de los Hells?

—No lo sabemos. Todavía investigamos cómo encaja todo.

—¿Por qué haría alguien eso?

—Como te he dicho —exhala por la nariz—, no lo sabemos. La motivación parece anormal.

—¿Anormal?

—Aún no alcanzamos a poder explicarlo.

—¿Entonces no crees que sea alguien cercano a ella? ¿En casos como este no suele tratarse de un novio?

—Bev —niega con la cabeza—, no.

—Por favor —susurra ella a la vez que le acaricia el cuello.

—No creo que sea la familia, ¿vale?

—¿Por qué no?

Él se pasa la lengua por los dientes, pero ella sabe que al fin responderá.

—Los hombres así no matan a su familia.

—¿Los hombres así?

—He conocido a muchos asesinos convencidos de no serlo porque nunca han hecho daño a su familia.

Beverley frunce el ceño.

—¿Pero está bien matar a desconocidos?

Él levanta las manos, un gesto claro de que tampoco puede explicarlo.

—Uno tipo llegó incluso a citarme la Biblia. *¡Escuchad!* —Adopta un

acento sureño—. «Los hijos son una herencia del Señor».

Hace una pausa, se endereza, como si se diera cuenta de que se ha dejado llevar.

Beverley le pone la mano en la rodilla, le acaricia suavemente la piel, como un gesto tranquilizador.

—No se trata de una situación de violencia doméstica —él aparta la pierna de su mano—, ni de un marido celoso o alguien que ha sido rechazado. *Esos* crímenes, en los que las víctimas conocen a sus asesinos, son íntimos, sangrientos: laceraciones faciales, ojos morados. En este caso es como si… Con este tipo parece que las víctimas no importaran. Se trata más bien de la forma en que lo hace.

—Entonces, ¿es fácil entrar en el campo de golf?

—Bueno, ya basta. —Su actitud se endurece rápidamente—. No se habla más de esto. No está bien.

—Solo…

Hace una pausa.

—Es solo que intento averiguar algo, ¿de acuerdo?

Siente que Roger le lanza una mirada de advertencia.

—¿No crees que haya alguna posibilidad de que esto tenga relación con el caso Herrera?

Él parece alarmado.

—¡Beverley!

—Dijiste que era una prostituta.

Roger niega con la cabeza, aunque esos asesinatos no tuvieron lugar muy lejos el uno del otro, y ninguno de ellos sigue las reglas de lo que suelen ser considerados como asesinatos «estándar». El propio Roger lo había dicho: no parecen crímenes pasionales ni disputas de pareja. La flecha, los tatuajes… Tiene que haber algún significado detrás. Podría tratarse del mismo asesino que intenta enviar algún tipo de mensaje retorcido.

—¿Y las huellas? ¿Habéis encontrado huellas dactilares en algo?

La mira con gesto de ira y ella sabe que él piensa que ha sobrepasado los límites. Por supuesto que han buscado huellas.

—¿Por qué haces esto, Bev? ¿Qué intentas demostrar?

Ella se aleja de él.

Él parece sopesar las palabras adecuadas.

—Lo del álbum de recortes, este repentino interés por los casos, ¿lo haces para intentar lidiar con tu propio sentimiento de culpa?

Ella respira hondo y se da la vuelta.

—Culpa irracional.

Él la atrae hacia sí por el hombro y ella esquiva su beso.

—Sabes a qué me refiero.

—Si están relacionados, la gente debe saberlo —argumenta ella—. Podría ser el mismo asesino. Podría haber alguien peligroso ahí fuera.

—No, no tienen por qué saberlo —responde Roger con severidad —. Provocaría un pánico innecesario.

—¿De verdad es innecesario el pánico cuando mata a las mujeres?

—No están relacionados, Beverley.

—Roger…

—Los métodos utilizados para matar son totalmente diferentes —argumenta él—. Y esa desconocida, Herrera, es hispana. Ni siquiera tienen el mismo color de piel. Pero ¿sabes quiénes *sí* son hispanos? Los King.

—El color de la piel no significa…

—Es una historia seductora, Bev, pero desaparecen mujeres todo el tiempo. Y a algunas las asesinan.

—¿Y a ti eso te parece bien?

—Eso es un golpe bajo.

Ella se ajusta la bata y se alisa el pelo. Él nunca la tomará en serio, como todos los demás. Ella siempre será la mujer que se casó con Henry Lightfoot, la esposa que no sabía lo que hacía su marido.

—Beverley —le pone la mano en la mejilla—, ojalá pudiera impedir que los maridos y novios cabrones mataran a sus esposas y novias. De verdad que sí.

—¿No se supone que tu trabajo es precisamente impedirlo?

Roger resopla frustrado y oprime el cigarrillo en la bandeja.

Ella se acerca a él y le coge las manos.

—¿Y si, aunque las posibilidades sean escasas, los casos *sí* están relacionados? ¿Y si se trata de un asesino en serie? Podría volver a hacerlo.

—Beverley.

La atrae hacia su pecho y le da un beso en la frente.

—Cornwell ha invertido mucho dinero en vigilar a los Kings. Nueva tecnología de audio. Agentes encubiertos. Es su proyecto personal, ¿vale? Está muy metido en ello. ¿Y estos tipos? No son buena gente, Bev. La gente como tú no debería intentar…

—¿Gente como yo?

Se aparta de él.

—¿Las mujeres?

Roger pone los ojos en blanco.

—No, Bev. Los civiles.

Ella resopla.

—Es un estorbo y, lo que es más importante, puede ser peligroso.

Vuelve a acercarse a ella.

—Si hubieras visto lo que yo he visto, si supieras de lo que es capaz la gente…

Ella lo fusila con la mirada y él se detiene.

—Solo quiero que estés a salvo.

Ella se destensa, un poco al menos. Lo cree. Sabe que él sería capaz de cualquier cosa para protegerla. También sabe que, en el fondo, esa es una de las razones por las que se sintió tan atraída hacia él desde un principio.

—No me refiero a que me ponga a merodear por callejones oscuros —replica ella—, pero seguro que podemos encontrar alguna conexión entre estas víctimas.

—No es tan fácil…

—No lo sabremos hasta que lo intentemos.

—Beverley.

Ella se estremece al escuchar su repentino cambio de tono.

—No —advierte él con el cuerpo tenso—. Déjalo estar. Si lo haces

será interferir en una investigación. Dime que no vas a seguir adelante con esto.

Él la suelta y la deja caer al suelo.

—Claro, Roger —responde ella con tono sosegado tras zafarse de su abrazo y cruzar la habitación hacia la ventana—. No sé qué me ha pasado.

Aparta un poco la cortina y mira hacia la calle oscura y limpia. Luego deja que la tela caiga. Algo de todo el asunto la atrae, lo sabe, y no tiene la menor intención de dejarlo escapar.

Once

—¿Un daiquiri, señorita?

Margot se hace con una de las copas de la bandeja, se la lleva a los labios y deja que su mirada recorra la fiesta.

Bev, Elsie y ella parecen pasar ahora buena parte de su tiempo juntas sumidas en conversaciones sobre asesinatos sin resolver, pero eso no significa que tenga que quedarse en casa deprimida. Puede salir y estar atenta a lo que se dice en la calle, enterarse de los últimos cotilleos de la zona. Por eso las tres forman un equipo tan bueno. Sonríe para sí misma ante lo extraño de la situación: por un lado, la inteligente Elsie, con sus acertijos y su ropa pasada de moda; Beverley, por el otro, con su aspecto de modelo y su aire de cervatillo. Es una combinación poco habitual, pero no hay que subestimarlas cuando se alían.

La amistad era un concepto peculiar para Margot antes de conocer a Bev y Elsie. Los amigos siempre habían sido una distracción temporal para ella: gente glamurosa y efímera que se besaba en las mejillas entre nubes de Chanel y luego cotilleaba a espaldas de los demás, pero Bev y Elsie le habían enseñado que la amistad significaba *en realidad* que la gente se obligaba a escuchar tus pensamientos y opiniones y no los facultaba para juzgarte a causa de ellos. Eso le gustaba bastante. De ahí que, cuando estaban juntas, no tenían que fingir sonrisas, disimular las grietas ni añadir un poco de dulzura a sus historias.

Vuelve a mirar a su alrededor. Sí, *esto* es lo que ella puede hacer para ayudar: ver qué motiva a las personas cuando se encuentran relajadas, con la guardia baja. ¿Qué se puede aprender sobre la psique humana si te quedas en casa para ver *El show de Danny Kaye*? Esto es psicología en acción, solo que con marihuana y vesper

martinis.

La música suena a todo volumen en Hollywood Hills. Chicas guapas con lentejuelas de colores y hombres con contactos en los grandes estudios mueven el cuerpo al ritmo de *The Temptations*. Por encima de todo eso, la luna brilla como una enorme perla pulida. Margot puede ver su reflejo en la superficie de la piscina, hasta que alguien se zambulle y la superficie pasa a ser una serie de discos concéntricos. De modo inesperado, tropieza. El tacón de uno de sus zapatos vintage de Hélène Arpels parece haberse soltado. Se sienta en el borde de una tumbona y lo mueve con cuidado. No debería haberlos puesto, están ya en las últimas, en realidad, pero son los únicos zapatos que tiene que combinan con su vestido dorado de Oleg Cassini.

Mark, el joven actor con el que tiene ahora un *affaire*, se ha perdido en algún lugar dentro del edificio con la intención de reunirse con Mason Clarke. Se rumorea que el director de cine suele situarse cerca del baño en fiestas como esta, sin duda con la intención de no tener que caminar más de lo necesario para consumir sus rayas sobre la cisterna del inodoro. No le cuesta nada imaginar una fila de hombres bronceados, con pectorales duros y cortes de pelo a lo Elvis, y chicas con ojos saltones y monos plateados pendientes de sus labios.

—¿Margot?

Vuelve a la terraza, a la piscina, a su maldito tacón roto.

La chica que la mira sonríe y mastica chicle. Lleva un minivestido del color de la leche fresca, botas de gogó y unas enormes bolas de espejos que le cuelga de las orejas. También unas pestañas postizas con máscara debajo de cada ojo.

—Dios mío, hola.

Margot sabe que la conoce, pero también sabe que por más que lo intente no podrá recordar su nombre. Solían salir de fiesta juntas, eso debe ser, pero no era la novia de ninguno de los colegas de Stephen. ¿Era actriz? ¿Modelo?

—¿Cómo estás?

La chica se sienta junto a Margot en la tumbona. Huele a frambuesa azul y curazao. *¿Era Diana? ¿Delilah?*

—¿Sigues en Arnold's?

Algo se retuerce dentro de Margot. Sabe que la gente considera su trabajo en los grandes almacenes como una caída en desgracia, de esposa de político a dependienta. Claro, no es era así como imaginaba que sería su vida. No puede decirse que consista en conducir descapotables por Sunset Strip, ni el Grauman's Chinese Theatre, y menos una casa enorme en Bird Streets con vistas al cañón. Pero tampoco está tan mal. Al menos ha salido al mundo, se gana la vida. ¿Tiene Diana, o Delilah, trabajo? Probablemente no. Seguro que vive de algún viejo rico, como Stephen, que se encarga de todo.

—Por mis pecados —responde Margot.

—Seguro que te dejan probarte toda la ropa, ¿no?

Los ojos de la mujer brillan con avidez.

Margot la complace con una sonrisa.

—¿Estás aquí con alguien?

—Con Mark —responde Margot.

La chica levanta una ceja.

—Es actor.

Ambas comparten una sonrisa cómplice.

—Es unos diez años más joven que yo, pero le queda muy bien el traje. —Margot señala con su copa hacia las puertas dobles abiertas —. Ahora mismo debe andar detrás de Mason Clarke.

—Uf.

La chica abre el bolso, rebusca entre los blísteres de anticonceptivos y saca un porro que tiene ya liado. Margot tomó las mismas píldoras durante un tiempo, pero dejó de hacerlo cuando se dio cuenta de que había pasado diez días seguidos frente al televisor con el pelo sin lavar.

—Si lo encuentra, dile que mantenga la cabeza fría.

Enciende el porro y da una calada. Mientras guarda el mechero en el bolso, Margot alcanza a ver un montón de pintalabios. Entonces

es cuando se da cuenta de quién es. Barbie Cook. Una maquilladora de los estudios. Una mujer que sabe más sobre la zona T de Gregory Peck que su propia esposa.

—¿Qué quieres decir?

La chica le ofrece una calada, pero Margot levanta la mano para rechazarla.

—Clarke. ¿No has oído los rumores? Ese tipo es un auténtico monstruo.

Margot baja la voz.

—¿En el sentido sexual?

Ha oído historias de actrices que compran su entrada en los rodajes de Clarke con ciertos «favores». Se sabe que a veces exige reunirse con las jóvenes promesas del momento y que, si no acceden a sus demandas, desaparecen de la industria, incluidas en una lista negra.

—En el sentido sexual, el físico, el psicopático. ¿Has oído hablar de la chica?

—¿Qué chica?

Una bandeja cargada con vasos se rompe cerca de ellas.

—Una modelo de Golden Point. He oído que quería ser actriz y le había escrito varias cartas. Luego desapareció sin dejar rastro.

Barbie chasquea los dedos.

—Golden Point —murmura Margot.

—Al parecer, sus padres se han vuelto locos. Pero Clarke nunca se verá implicado.

Otra calada.

—¿Por qué?

—Porque es famoso —responde Barbie con las cuerdas vocales tensas por la marihuana—. Y poderoso, y rico.

Exhala el humo.

—¿Cuál era su nombre? —pregunta Margot—. Espera, voy a buscar un bolígrafo y papel. O mejor, préstame uno de esos pintalabios, ¿te importa?

—¿Qué?

Barbie suspira y deja caer la cabeza hacia atrás, la vista fija en las estrellas.

—Déjame uno de esos pintalabios que tienes en el bolso.

Margot extiende el brazo izquierdo y espera a que Barbie le pase una de las barras de labios.

—Y ahora, ¿cómo se escribe?

Doce

El sol era abrasador el día que Elsie conoció a Margot y a Beverley. Se protegía los ojos con la mano, encogida bajo su escasa sombra, y sentía que los rayos pudieran cortarle la piel. Se había puesto una blusa de seda nueva para la ocasión, una que nunca habría elegido en circunstancias normales, y los diminutos botones de la nuca le picaban de modo insoportable, como si la prenda supiera que no era para ella. Se había remangado las mangas en un vano intento por refrescarse, y sus antebrazos pecosos ya habían empezado a cobrar un preocupante tono rojizo. Su tez inglesa nunca se acostumbraría al sol de California.

Miró sumida en los nervios cómo sus zapatos se paraban frente a la puerta de la que sabía era la casa de Beverley, la casa que le había descrito en las cartas que habían intercambiado durante meses.

En cuanto Beverley abrió la puerta, con ese rostro amplio y hermoso, esos ojos como piscinas y esa espesa melena rubia, sintió su desaliño. La casa de Bev también era preciosa, llena de cosas que Elsie nunca podría permitirse: un televisor Sony, un teléfono rosa Bell Princess, el que tenía las teclas iluminadas, que le parecía gratuitamente ostentoso. La acompañó por el pasillo hasta la cocina, atravesaron una sala de estar llena de muebles color mostaza y ese cuadro de la hermosa mujer china que toda la gente elegante parecía tener. Prácticamente se paró en seco cuando descubrió a la llamativa mujer pelirroja, que debía de tener diez años más que Beverley, apoyada en la encimera de la cocina, con un cigarrillo entre los labios pintados de escarlata. El humo se enroscaba a su

alrededor como en los carteles de las películas que decoraban Rodeo Drive. La mujer bajó el cigarrillo y mostró una sonrisa blanca. El ruidoso tictac del reloj de la cocina sobrevolaba sus cabezas. Elsie se había quedado atónita.

No era así como esperaba que fueran las mujeres que habían pasado exactamente por lo mismo que ella. En su mente se dibujaban dóciles e implorantes. Mujeres a las que no mirarías dos veces al cruzártelas por la calle. Mujeres que podían ser pisoteadas por los hombres, estafadas, engañadas. Mujeres como ella.

Beverley le sirvió una copa a Elsie, y la tarde se deslizó hacia la noche sumida en una neblina de Chardonnay y cócteles de vodka. Elsie no estaba acostumbrada a beber destilados. Pasaba sus veladas con Dickens y el rompecabezas de Arquímedes. Así que pronto le pareció que sus pensamientos fluían vertiginosos. Comieron lo que Bev había preparado, una lasaña congelada de supermercado, sin que nadie mencionara que se les había ido la mano en el horno, y hablaron de sus vidas, de sus maridos, de la experiencia singular y horrible que compartían. Elsie casi tuvo que pellizcarse en más de una ocasión: cosas que siempre había ocultado, otras que nunca se había atrevido a compartir con nadie, estaban siendo expuestas y diseccionadas como si las mujeres se dedicaran a comentar el último episodio de *La ciudad desnuda*. Se había quedado impresionada ante la íntima honestidad que le habían franqueado. Hasta entonces, su pasado había sido un secreto guardado bajo la piel, oculto a la vista, una responsabilidad privada. Al conocerlas tuvo que abrirse en canal, mostrar la sangre que corría por sus venas.

Margot, pensaba Elsie, llegaba a ser vocinglera y, en su descarnada sinceridad, podría incluso resultar molesta. Si bien, resultaba evidente, no parecía tan afectada por los crímenes de su marido como la más gentil Beverley, que parecía tan serena, tan centrada, pero cuya vulnerabilidad infantil se dejaba entrever de vez en cuando. Bev parecía estremecerse cada vez que Margot hacía comentarios burlones acerca de sus maridos.

—Son animales —había dicho Margot con sarcasmo antes de secarse la comisura de los labios con el meñique.

—Bueno…

Margot había abierto y mirado con los ojos como platos a Beverley.

—¿Qué quieres decir con ese «bueno»?…

—Henry era un buen padre —había respondido Beverley vacilante —. Se desvivía por Benjamin. Le compraba juguetes por Navidad, le preparaba sándwiches de mantequilla de cacahuete y mermelada, o ponche hawaiano.

—Espera.

Margot la interrumpió, y Elsie se maravilló de la familiaridad entre ambas mujeres, de su naturalidad, de la comodidad que exhibían al desafiarse mutuamente.

—¿Jugar con tu hijo a la pelota en el jardín es un atenuante cuando degüellas a unas chicas?

A Elsie le enfadó el comentario, y esperaba que Beverley reaccionara horrorizada. En cambio, Beverley había respondido con total calma.

—Lo que quiero decir es que, a mi juicio, podía ser ambas cosas al mismo tiempo: un hombre peligroso —concedió— y un buen padre.

Abrió la otra mano y equilibró ambos brazos como si ella se hubiera convertido en una balanza.

Margot no disimuló un gesto de desprecio.

—Eso es una estupidez.

Elsie había observado todo con atención, fascinada por la interacción, hasta el momento en que Beverley inclinó la cabeza con gesto de armarse de paciencia y respondió.

—¿Qué decía el doctor Garvey, Margot?

Más tarde, Elsie descubriría que las mujeres habían acudido al mismo psicólogo después de que arrestaran a sus maridos.

Margot puso los ojos en blanco y repitió con un acento británico muy marcado:

—Debes eliminar la palabra *estúpido* de tu vocabulario.

Dio una calada al cigarrillo que sostenía entre los dedos.

—Pero a veces es la palabra adecuada. Vale, quizás no para ti, Bev, pero sí para las otras esposas.

¿Las esposas? A Elsie le intrigaba oír hablar así a unas mujeres que supuestamente habían pasado por lo mismo que ellas.

—Como esa mujer, la tal Harbinger. Es una *completa* idiota.

—¿Quién es esa? —se atrevió a preguntar Elsie.

—¿No te acuerdas? —Margot exhaló el humo—. Se *negó rotundamente* a creer que su marido era un asesino. Lanzó una campaña para reivindicar su inocencia y dijo a la prensa que la policía se había equivocado de persona.

—Bueno, ¿y qué hay de malo en eso? —preguntó Elsie mirando alternativamente a una y otra, sin saber muy bien qué se le había escapado—. Era el modo en que ella lo apoyaba.

—Al final él aceptó un acuerdo con la fiscalía —dijo Margot sin más rodeos— para evitar la silla eléctrica. Confesó veinticinco asesinatos. ¡Veinticinco! La obligaba a llamar por el interfono si ella quería entrar en el garaje.

—Pero si ella no lo sabía…

—¡Encontró un colchón manchado de sangre en su casa! —chilló Margot.

—No, no era un colchón con manchas de sangre —replicó Beverley —. Era que se encontró con que había tirado todas las alfombras. Él se había deshecho de ellas.

—Eso es —Margot señaló a Beverley entusiasmada—. Porque había matado a un montón de mujeres sobre su mejor alfombra.

—Ah —dijo Elsie, y se sintió una tonta.

—Eso ni llega a ser como una pistola aún humeante, ¿no? Es como que te apunten en la cabeza con una pistola mientras alguien te dice: «Por si no te habías dado cuenta, cariño, me encanta matar gente».

—He oído que recibió una carta de la madre de una de las víctimas, donde la mujer le decía que empatizaba con ella.

Elsie se dio cuenta de que Beverley parecía saber qué decir para calmar a Margot, para distraerla, desviar la conversación hacia otro

tema cuando las cosas se calentaban.

—La engañó —continuó Bev—. Ella creía de verdad que era un buen hombre, no un monstruo.

Monstruo. Ése es un término interesante. Elsie tampoco estaba segura de que le encajara sin más a Albert, aunque suponía que había mucha gente que lo calificaría de ese modo, y no solo por haber matado a esas chicas.

Lo había conocido en un aula del instituto. Él estaba de pie junto a la pizarra, ella sentada en la primera fila con la espalda recta en su pupitre. Oyó las risas de algunas de las otras chicas. El jersey que él llevaba tenía manchas de sopa y la tripa le sobresalía ligeramente por encima de la cintura de los pantalones, pero algo en sus ojos intrigó a Elsie: la mirada fija, la expresión que le daba a entender que sabía que las chicas se reían de él, pero que jamás se tomaría la molesta de preocuparse por ello.

Enseñaba literatura inglesa, la asignatura favorita de Elsie, y ella se sorprendió al descubrirse más atenta incluso en sus clases que en las demás. Se dio cuenta de la emoción que la embargaba ante la posibilidad de que él supiera de lo que era capaz, que se diese cuenta de que su mente era la idónea para la asignatura porque se le daba bien combinar las palabras.

Así que cuando él dejó caer el primero de los ensayos de clase corregido sobre el escritorio y ella vio un tibio «Bien» garabateado en la esquina superior, se quedó atónita. «*Creo que puedes hacerlo mejor*», había escrito debajo. Así fue cómo se encontró con una nueva obsesión: sacar una matrícula de honor en la asignatura de Albert Moss. Se convirtió en su único objetivo, eso la consumía, y retocaba sus ensayos cada semana con la esperanza de que al fin quedara satisfecho, de impresionarlo.

«*Suspenso. Ven a verme*», decía el siguiente trabajo.

Era imposible que hubiera suspendido. Nunca había sacado un suspenso en su vida.

—No has suspendido —le dijo con una sonrisa irónica cuando se quedó a hablar con él terminada la clase—. Solo quería tener la

oportunidad de hablar contigo con calma.

Elsie se sonrojó como si dentro de ella alguien hubiera encendido una caldera.

Desde aquel día siempre se quedaba en el aula una vez terminaba la clase de literatura inglesa.

Hablaban de Ernest Hemingway, Dylan Thomas, Zora Neale Hurston.

—Verás —dijo un día inclinándose hacia ella de tal manera que los pelos de su brazo se erizaron como si cada uno de ellos intentara acariciarlo—, todos los demás pueden decir que eres rara, pero no les hagas caso. Por eso eres especial. Tu cerebro es extraordinario, Elsie.

«Extraordinaria». Elsie se aferró a esa palabra y la repitió como si fuera una piedra preciosa. Hizo lo posible por ignorar lo que había dicho él sobre que los demás la consideraban rara. Ella nunca había tenido esa impresión, pero él debía de ver mejor que ella lo que ocurría en clase.

Un día él le trajo un libro para ella.

—Me hace pensar en ti —le dijo.

Parecía nervioso al acercarse, Elsie notó que respiraba con dificultad. Abrió el libro para ver el título: *El amante de lady Chatterley*. Conocía el libro. Sabía que había estado prohibido. Estaba perfectamente al tanto de qué tipo de contenido albergaba. Una pequeña parte de ella quiso devolvérselo y salir del aula. Pero allí estaba alguien que la veía tal y como era, sabía de qué era capaz su mente, mientras que todos los demás, ahora estaba segura, la veían como alguien fuera de lugar. Él extendió la mano hacia ella y le acarició la mejilla.

—Mi rosa inglesa —le susurró.

—No todas las mujeres a las que engañan son estúpidas —concluyó Beverley en su discusión con Margot—. Basta con que eches la vista diez años atrás. A las mujeres se las trataba de forma muy diferente entonces: se las veía, pero no se las escuchaba.

—¿Crees que ahora es diferente? —había preguntado Margot—.

¿La forma en que se supone que debemos comportarnos?

—No lo sé —había respondido Beverley al tiempo que se recostaba en la silla—. Pero en los años cincuenta, las mujeres no *debían* —hizo el gesto de las comillas con los dedos— preguntar qué hacían sus maridos. Por eso era más fácil engañarlas.

—¿Y ahora? ¿Cuál es ahora su excusa?

—De verdad creo que algunas *eligen* no ver de lo que son capaces sus maridos, aunque pueda ser una decisión subconsciente.

—¿Y por qué motivo? —pregunta Margot—. No lo entiendo.

—Para mantener unida a la familia, por ejemplo —explicó Beverley —. Algunas mujeres ven los delitos de sus maridos como una enfermedad. Eso es lo que dijo el doctor Garvey. Lo ven como algo que los aflige, y tienen que apoyarlos para que puedan superarlo.

—Idiotas.

Elsie sabía que tanto su experiencia como la de Margot eran muy diferentes a la de Beverley. Ellas no tenían hijos a los que encauzar tras las secuelas del desastre. No podía imaginar lo que debía suponer el saber que habías llevado en tu vientre a un hijo de alguien capaz de hacer esas cosas.

—Luego está el miedo —continuó Beverley—. Miedo a la confrontación, el temor por su propia seguridad, la incertidumbre de que no te crean.

—Mmm —admitió Margot.

—¿Y el doctor Garvey te habló alguna vez de la disociación?

—Bev. Mi única intención en esas sesiones era cumplir el expediente.

Beverley negó con la cabeza en señal de desaprobación.

—A mí me habló de una relación entre el trauma y la disociación, que el cerebro a veces puede protegernos de la verdad, de nosotros mismos, de los demás, como… Un distanciamiento involuntario de la realidad, una forma de enterrar los recuerdos para poder sobrevivir.

—Bueno… eso es la negación —replicó Margot con tono seco.

—No, no es tan simple como la negación. Es más complicado.

La cabeza de Elsie se había llenado mientras hablaban de un

sonido extraño. Este concepto, la disociación, no era algo de lo que nunca hubiera oído hablar, pero le pareció inquietantemente familiar. Recuerdos enterrados… Ella sí que conocía bien eso. Sabía lo que era apartar la mente de una situación determinada como único medio para sobrevivir. Había tenido que hacerlo muchas veces de niña.

—No solo eso, sino que es difícil extirpar por completo de tu vida a alguien con quien has pasado la mitad de ella —era lo que decía Bev cuando Elsie volvió a prestar atención a la conversación—, sobre todo cuando eres una mujer sin ingresos y con hijos que cuidar. ¿Sabes a cuántas mujeres conozco que ni siquiera tienen una cuenta bancaria?

—Vale, pero no creo que quedarse juntos por los niños sea un motivo suficiente cuando tu marido es un asesino en serie.

Elsie nunca había conocido a nadie que hablara de asesinatos como Margot. Parecía que la mera mención del asunto la encendiera, la espoleara jugar con los conceptos como lo hace un gatito con un ovillo de lana.

—Yo sería capaz de defender la idea de que es increíblemente saludable *no querer* tener nada que ver con un hombre que ha asesinado a personas a sangre fría. ¿No estás de acuerdo en eso, Bev? —ironizó Margot—. Mirad.

Movió la cabeza alternativamente para mirar a ambas.

—Yo propongo que hagamos un pacto, algo que sea beneficioso para todas. —Margot miró por último a Beverley—. Los eliminamos de nuestras vidas por completo.

Elsie se había dado cuenta de que Beverley había levantado las cejas.

—Nada de visitas —continuó—. Para mí es algo fácil, como es obvio. Sin correspondencia, sin dejar resquicio al arrepentimiento. Para nosotras ya están muertos. Lo repito, para mí es más fácil, pero vosotras tenéis que dejarlo atrás. De esta manera los dejamos fuera de nuestras vidas para siempre. ¿Trato hecho?

Margot les tendió la mano a ambas. Lentamente, pero con firmeza,

Elsie se la estrechó.

Trece

Margot tiene noticias. Elsie es capaz de intuirlo nada más verla entrar por la puerta de la casa de Beverley para reunirse con ellas.

—¿Qué pasa? —pregunta Elsie cerrando la puerta una vez ha entrado su amiga. Aunque sabe que es más que probable que se trate tan solo de cotilleos sobre algún actor desconocido que ha hecho el ridículo en una fiesta.

Se dirigen juntas al salón. Los niños ven una reposición de *Los Picapiedra*. Vilma y Betty cortan el césped mientras Pedro y Pablo, recostados en una roca, fuman unos cigarrillos Winston.

Margot arquea las cejas hacia Bev y mueve la cabeza en dirección al patio trasero.

—Niños, id a jugar fuera —reacciona Bev.

Luego les grita:

—¡Y nada de quedarse escuchando en la puerta!

—Elsie —Margot la señala con un gesto decidido—, trae algo de beber. Lo vamos a necesitar.

A regañadientes, va hacia la cocina. Echa un vistazo al espacio, que parece sacado de las páginas de una revista. La nevera es de color verde menta, al igual que las encimeras laminadas, la cafetera y la tostadora. Hay un cuenco con limones cuidadosamente dispuestos en la barra de desayunos. No está muy segura de por qué alguien necesitaría tantos limones, pero quedan bonitos; al menos, eso cree. Azulejos con patrones geométricos de color mostaza cubren la pared donde están los fogones, y una batidora Sunbeam cromada ha sido colocada junto al fregadero. Elsie está casi segura de que Bev nunca ha llegado a usarla, al igual que nunca

ha usado el carrito de servicio arrinconado en una esquina de la habitación. Bev es una cocinera horrible.

Elsie se planta ante el frigorífico. El ruido de la televisión, cuya sintonía cambia al canal de las noticias, llega hasta la cocina. Hay fotos pegadas con imanes en la puerta del refrigerador: Beverley y sus hijos; Benjamin y Audrey jugando junto al aspersor del jardín; los niños junto a su abuela Alice; Elsie, Beverley y Margot en la playa. Levanta una mano e inclina la cabeza. La parte inferior de otra fotografía asoma por detrás del resto. La sujeta y empieza a sacarla con cuidado, y vislumbra poco a poco un vestido de novia y los botones centrales del chaqué de un hombre.

—¿Hola? ¡Aquí dentro nos morimos de sed!

Elsie pone los ojos en blanco, abre la nevera y saca una jarra de té helado. Margot va a quejarse, pero es demasiado temprano para los cócteles.

En el salón, Bev ya se ha quitado los zapatos y los ha dejado tirados sobre la alfombra con pelo turquesa. Margot se abanica llena de aire dramático con la guía de la televisión.

—¿Qué demonios es lo que pasa, Margot? —pregunta Bev mientras Elsie deja la jarra sobre la mesa.

Margot se muerde el labio, abre mucho los ojos, siempre dispuesta a ser la reina del drama.

—Creo que podríamos tener otra víctima —dice, y las mira alternativamente.

—¿Qué?

—¡Que puede que se haya cometido otro asesinato!

—Dios mío.

—Anoche estuve en una fiesta. —Las palabras de Margot se suceden sin pausa—. Alguien me dijo que había desaparecido una modelo de Golden Point. Diane Howard Murray, así se llama.

Elsie busca su libreta y saca el bolígrafo que estaba metido en la espiral superior.

—¿Una modelo? ¿Sabes algo más? ¿Su edad?

—Bueno, la chica que me lo dijo no estaba muy segura del todo —

responde Margot—, pero cree que debía de tener unos veinte años. Podría encajar, ¿no? Con las otras dos mujeres, Cheryl Herrera y esa Emily Roswell de la que nos hablaste, Bev.

—Hmm. —Bev se queda pensativa—. Si no sabemos ningún detalle sobre el crimen, incluso *si ha llegado a suceder* un crimen, es complicado decirlo. ¿Dónde está Golden Point?

Se pone a buscar algo detrás de ella, y finalmente saca un mapa, que extiende sobre sus rodillas.

—Golden Point… Golden Point —murmura antes de localizarlo con el dedo—. Está bastante lejos de las otras escenas del crimen.

—Al parecer, era habitual que trabajase en Calabasas —aporta Margot.

El dedo de Beverley se cierne de nuevo sobre el mapa. Elsie ve que ya ha marcado con tinta roja los lugares de los otros dos asesinatos. Al fin, Beverley lo encuentra.

—Calabasas. Eso tendría más sentido. Mirad.

Gira el mapa, lo sostiene en alto y señala tres puntos diferentes.

—Serían tres lugares, todos a menos de una hora de Berryview, a los que se puede llegar —traza una línea horizontal con el dedo— por la misma interestatal, esta de aquí.

—¿Y dónde estamos nosotras? ¿Dónde está Berryview? —pregunta Elsie.

Beverley se inclina sobre el mapa y señala un punto central.

—Justo ahí, en medio de todo.

—¡Bingo! —exclama Margot—. ¿Cuántos cadáveres son en total? ¿En poco más de tres semanas y media?

A Elsie le parece que disfruta demasiado de todo esto.

Margot y Elsie discuten a menudo, no tanto porque Elsie pueda estar en desacuerdo con el modo en que viste Margot, o sobre los hombres con los que se acuesta, ni siquiera sobre la forma en que parece sentirse tan cómoda con su cuerpo que llega a asustar un poco a Elsie, sino porque Elsie piensa que Margot se deja llevar hasta tal punto que llega a convertir todo en una pantomima, y Margot tiene la idea de que Elsie es una estirada. Si alguien le

preguntase a Margot por su marido —y lo hacían, ya que su caso había estado en los periódicos durante meses cuando todo sucedió —, ella despachaba la pregunta con una broma. «Y bien, ¿por qué iba a querer hablar de un tipo tan triste?». Pero la gente no se cansaba de aquella historia: un político asesino denunciado a la policía por su joven y glamurosa esposa. Margot acaparó gran parte de la cobertura informativa. Las fotos de ella con faldas ajustadas y pintalabios burdeos salían en todas las portadas. Mientras Elsie estaba acostumbrada a una existencia tranquila —James Joyce y los lunes sándwiches de rosbif hechos con sobras del domingo conservados en papel de aluminio—, Margot vivía su vida como un cometa. Era una mujer que conocía a gente importante de Warner Brothers y con la que incluso había flirteado Elvis. Los periódicos calificaron a Margot de «espíritu libre» cuando informaron sobre los delitos de Stephen, que era su forma de mencionar a «una mujer a la que le gusta beber», o al menos eso fue lo que Elsie supuso. Y era como si Margot considerara la percepción que la gente tenía de ella como un reto, una razón para sacar el pecho y plantar cara con firmeza. Elsie sabe que, en el fondo, a Margot le ha hecho tanto daño lo que hizo su marido como Beverley y ella han sufrido por los actos de los suyos. Sabe que Margot lleva una vida promiscua porque no se permite establecer ningún tipo de vínculo de mayor profundidad con nadie, debido a que nunca volverá a confiar en otro hombre. Pero el hecho de que Margot no acepte eso, que no dé muestras de lo que sucede, ni siquiera por un segundo, le parece a Elsie cierto tipo de traición.

—Son tres chicas, todas muy guapas. En cierto modo puede parecer un cliché, pero no es lo importante —dice Margot—. Cheryl Herrera era atleta; Emily Roswell, a la que tuvieron que sacar del lago, era animadora; y esta Diane era modelo. ¿Fueron todas asesinadas por un loco que deja unas extrañas tarjetas de visita con sus víctimas?

—¿Tarjetas de visita? —pregunta Elsie confundida.

Por lo que ella sabe, Albert no había dejado nada en las escenas

del crimen, excepto los cadáveres.

—La flecha, los nudillos tatuados. No puede ser un loco que lleva encima un cuchillo o una cuerda. Hay una clara intencionalidad. Lo hace para provocar, hay algo que quiere decir con eso. ¿Y si el próximo asesinato…?

—Aún no podemos saberlo, Margot —interrumpe Beverley, siempre dispuesta a aportar un poco de sosiego—. No sabemos en realidad si ha habido otro asesinato. Es posible que Diane se haya ido de la ciudad, sin más.

Elsie asiente con la cabeza. Se están dejando llevar. Deben tener cuidado. Ella sabe lo que hace la desesperación, cómo distorsiona la mente con tal de encontrar una causalidad.

—¿De verdad crees eso? —le pregunta Margot a Bev—. ¿Crees que solo se ha ido de vacaciones?

La respuesta de Beverley se ve interrumpida por el sonido de la televisión que anuncia las noticias de las seis. Todas giran la cabeza al unísono cuando la figura bigotuda de Tom Cornwell, aferrado a los laterales de un atril con el logotipo de la policía de Los Ángeles, llena la pantalla.

—Me gustaría dar las gracias a la prensa por cooperar con nosotros en la investigación del asesinato de Cheryl Herrera.

No sonríe, tiene la mirada fija en sus notas.

—Vaya, mirad quién es —dice Margot con tono burlón—. El señor Carisma.

—Nos gustaría hablar con algún miembro de la comunidad mexicana que pueda saber algo sobre Cheryl o que tenga vínculos con la cuantiosa banda callejera de los Kings.

—¿De verdad va a seguir en ese atolladero? —exclama Margot—. ¿Va a culpar de cabeza a Los Kings?

—No han sido los Kings.

Elsie suspira con las palabras de Patti en su cabeza.

—¿Los Kings no son puertorriqueños? —pregunta Margot, que se tapa la cara con las manos—. Estamos metiendo a todos en el mismo saco, ¿no? Mexicanos, puertorriqueños… Tres hurras por los

prejuicios de la policía.

—No van a hacer mención alguna a Emily Roswell —gime Bev cuando la conferencia llega a su fin—. Es irresponsable.

Se levanta del sofá y apaga la televisión.

—Lo van a estropear todo —refunfuña Elsie, y luego se levanta de repente, con los ojos brillantes—. Tenemos que hacerlo.

Ve que Bev frunce el ceño, pero no deja que eso la desanime.

—Investigaremos más a fondo estos tres casos, a ver si encontramos alguna conexión.

Ahora ya tiene el detalle de la pulsera de Cheryl Herrera, y el logotipo de la furgoneta de la vigilia.

—¿Qué? —Bev se ríe entregada al sarcasmo—. ¿Ignoramos sin más a la policía y hacemos nuestra propia investigación?

Pero Elsie no está de broma. No le parece tan mala la idea de ignorar a la policía. No confía en el cuerpo. Sabe bien que cuando se rasca la superficie del deshonesto jefe de la policía de Los Ángeles, Tom Cornwell, aparece el olor a putrefacción. En el *Signal* ha aparecido en artículos, en no pocas ocasiones, pero poco se puede escribir sobre su dudosa profesionalidad. Es alguien intocable. Tampoco confía en que ninguno de sus agentes cumpla con su deber de forma eficaz u honesta con un jefe así.

—¿No es eso lo que hemos estado haciendo durante las últimas semanas? ¿Por qué no hacerlo de modo explícito? Piénsalo bien —espeta—. Las chicas, las víctimas de Henry, las víctimas de Stephen, las de Albert… Si pudieras retroceder en el tiempo y evitar que les hicieran daño, ¿no lo harías?

Bev aprieta la mandíbula.

—Bueno, claro que sí. Pero esto no es…

—No estoy sugiriendo que esté en nuestras manos cambiar lo que ha pasado —se apresura a corregir. Elsie sabe que, de poder hacerlo, todas lo harían—. Lo que quiero decir es que si vemos que puede haber una conexión entre ellas, y que *podríamos* echar una mano con eso, aunque sea como una sugerencia o apoyo, para descubrir quién está haciendo esto, ¿no es nuestra obligación

hacerlo?

—Hay muchas frases condicionales ahí —bromea Margot, pero Elsie sabe que está ya intrigada.

Las mujeres se miran entre sí. No llegan a intercambiar una palabra, pero sienten el peso de su historia compartida, el lastre que aún suponen las acciones de sus maridos.

—Si hay una relación entre estas muertes y Berryview está en medio del territorio de este asesino —Elsie señala el mapa de Beverley, donde destacan los tres círculos rojos—, quizá sea alguien cercano. Quizá podamos encontrarlo o, al menos, averiguar qué tipo de persona podría ser.

—Eso *sí que* se nos da muy bien —Margot asiente.

Bev arquea una ceja con gesto interrogativo.

Margot mira a ambas.

—¿Acaso esos policías han compartido la cama con un asesino? ¿Le han hecho un pastel? ¿Le han quitado la chaqueta de los hombros cuando llega el final de un largo día?

—No —concede Elsie.

—Sabemos lo que es vivir con un hombre peligroso —continúa Margot—. Es algo que ya conocemos, con la ventaja, en retrospectiva, por supuesto, de saber cuáles son las señales que indican que alguien es peligroso. Puede que no sepamos *por qué* nuestros maridos hicieron lo que hicieron, pero yo diría que tenemos muchas posibilidades de averiguar qué tipo de persona es este asesino.

—La policía buscará sospechosos en base a hechos circunstanciales. —Elsie se esfuerza por ocultar el entusiasmo que late bajo su voz—. Gente que trabajaba con las víctimas, trabajadores que realizasen trabajos cerca de donde fueron asesinadas. Dejemos que ellos hagan eso. Es un trabajo duro. Nosotras podemos adelantarnos a la presa.

—Meternos en la cabeza de este hombre —dice Margot con los ojos muy abiertos.

—Y al respecto de eso: he estado dándole vueltas.

Elsie se arma de valor. Ya se ha ganado a Margot, ahora necesita asegurarse de que Bev esté de acuerdo. Pero con el álbum de recortes de prensa, el mapa y la conexión que Bev siente con Cheryl Herrera, Elsie sabe que no hay forma de que se niegue.

—Nuestros tres maridos atravesaban momentos muy difíciles en sus vidas cuando comenzaron a asesinar, ¿verdad?

Se le había ocurrido en el coche, de camino a casa desde el trabajo, el otro día. Había estado tratando de relacionar la situación de Albert con las de Henry y Stephen. Uno era un profesor; el otro, un ingeniero de aire acondicionado; y el tercero, un político. Hombres que, en apariencia, parecían muy diferentes, pero todos terminaron cometiendo actos abominables y habían sabido cubrir sus huellas a la perfección.

—¿Mucho estrés? —pregunta Bev.

—Fíjate en Stephen —explica Elsie—. ¿No dijiste que se había presentado a las elecciones justo cuando empezó a delinquir, Margot?

Margot lo confirma.

—No ganó, ¿verdad? Su ego debió de sufrir un duro golpe…

—Desde luego que tenía su ego.

—¿Quizá le resultó humillante perder?

Margot asiente con la lengua presionada contra la mejilla, pensativa.

—¿Y Albert?

—Acababa de perder su trabajo en la escuela —responde Elsie—. *Odió aquello*. Estaba muy enfadado. Se vio obligado a buscar trabajos que consideraba indignos de él, y ni siquiera esos lugares le daban una oportunidad. ¿Y Henry?

Beverley suspira.

—¿Algún problema en el trabajo?

Ella niega con la cabeza.

—En realidad no, pero…

Bev frunce el ceño y hace una pausa.

—Sí que hubo algo.

Elsie asiente.

—Continúa.

—Su hermano se puso en contacto con él y le dijo que su padre se moría.

—¿Y qué? ¿Acaso el duelo? —pregunta Margot.

—Ni siquiera era el duelo, sino algo diferente. Algo más complicado.

Elsie sabe que el marido de Bev tenía una relación difícil con su padre, que era una persona abusiva y controladora.

—¿Así que lo quieres decir es que cualquiera que esté en medio de una situación difícil en su vida es más propenso a matar? —pregunta Bev.

—No, pero si alguien ya tiene la propensión o las características para ser capaz de matar, al sobrevenir un momento difícil en su vida podría servir como caldo de cultivo para un entorno que lo empuje a hacerlo, como un resorte.

Se retuerce las manos.

—Tiene que pasar algo para que todas las piezas encajen. Entonces…

—Boom. —Margot abre la mano—. Como una olla a presión.

—Exacto —dice Elsie.

—Entonces, si hacemos esto, *si…* —dice Bev—, ¿deberíamos buscar a alguien que atraviese por dificultades económicas? ¿O que se enfrente a algún otro reto?

—Quiebra, un negocio en crisis, problemas familiares…

—¿Cómo podemos buscar algo así? —reflexiona Margot.

Antes de que Elsie pueda responder, Beverley interviene de repente:

—Pero ya sabéis qué es lo que va a pensar todo el mundo cuando vea que hacemos esto, ¿verdad?

Todas se vuelven hacia ella.

—Interesarse por el caso de Cheryl, por Emily, es una cosa, pero ¿investigar todo nosotras mismas? ¿Sabéis cómo se interpretará que no nos encerremos en casa todo el día?

Su voz suena tensa.

—Si nos dedicamos a husmear en los escenarios de los crímenes, ¿sabéis lo que pensará la gente?

—Pero ¿a quién le importa lo que parezca? —rebate Elsie—. ¿No se lo debemos a las chicas? Las chicas que se llevaron nuestros maridos, esas otras chicas… ¿No les debemos a ellas intentar al menos proteger a las futuras víctimas?

—De todos modos —interviene Margot tras dejar el vaso en el suelo—, ¿tengo que volver a decirlo? Dios. Yo no soy lo que hizo mi marido. Tú no eres lo que hizo Henry. Elsie no es lo que hizo Albert. La gente quizá quiera vernos como meros productos secundarios de sus acciones, pero yo no soy eso. Me niego a ser una nota a pie de página en su historia durante el resto de mi vida. Yo me apunto. Por mi parte digo que lo hagamos.

—Guardarás todo en ese álbum, Bev —la anima Elsie. Sabe que deben trabajar juntas para lograrlo—. ¿No tienes esas cartas? Las de todas esas mujeres que te escribieron porque sus maridos habían hecho cosas malas. Quizá las cartas nos den alguna pista sobre cómo es el asesino. ¿Cómo descubrieron lo que hacían sus maridos?

—Podemos construir una imagen de él —Margot toma el relevo—. Intentar localizarlo de esa manera. Averiguar *por qué* podría estar haciendo esto, qué lo motiva. —Mira a Bev esperanzada—. Si encontramos algo significativo, si eso te hace sentir mejor, se lo diremos a la policía. Elsie, debe haber algo más que puedas hacer con ese logotipo, ¿alguna investigación que puedas hacer en el *Signal*?

Ella asiente. También tiene que convencer a Hunter para que publique una noticia sobre la pulsera. Si el público lo sabe quizás pueda permanecer atento. Encontrar esa pulsera, dondequiera que esté, podría darles una pista sobre la identidad del asesino, acaso su paradero.

—¿Y tú puedes averiguar algo más sobre la modelo desaparecida? —le pregunta a Margot—. Inténtalo, y también esfuérzate por recordar si has oído algo más: alguien con quien estuviera en

contacto, un novio, alguien con quien saliera, cualquier cosa.

—¿Y tú? —le pregunta Margot a Beverley—. ¿Te apuntas?

Beverley se queda callada un rato y luego traga saliva con dificultad.

—Está bien —asiente al fin—. Me apunto.

Dos días desaparecida

Era un día espléndido aquel en que me llevaste contigo. El sol, alto y marmolado en el cielo, entraba por las ventanas y calentaba los charcos del suelo. Notaba que había alguien cerca, un instinto animal me alertaba de la presencia de un intruso, y se me cortó la respiración mientras esperaba. El tiempo parecía transcurrir muy lento mientras me daba la vuelta, inmóvil, como una mosca atrapada en ámbar.

No podía hablar, tampoco respirar, sorprendida no por el hecho de que estuvieras allí, sino por cómo la luz proyectaba en tu rostro los contornos fríos y duros de una estatua. Tuve solo unos segundos para pensar si tenía tiempo de huir, y entonces sucedió. Lo único que existía era esa sensación. Algo contundente. Un dolor abrasador. Mi mente se inundó de negro.

Catorce

Las puertas de la prisión de alta seguridad de San Quintín se ciernen sobre la cabeza de Beverley. El cielo debe de haber sentido su llegada, porque se ha teñido de gris con la niebla marina, una macabra armadura que le hace sentir su piel demasiado pesada para sus huesos.

Mira el enorme edificio de hormigón que se alza más allá de las puertas, con alambre de púas enredado en el exterior y ventanas enrejadas y cerradas con cerrojos.

Le llevó una semana más o menos tramitar el papeleo para la visita, pero no le dijo a nadie que iba a venir aquí, ni siquiera a Elsie ni a Margot. Quieren investigar esos asesinatos, pero no estarían de acuerdo con *esto*. Elsie nunca ha visitado a Albert en la cárcel, y Margot siempre ha parecido más que feliz de que Stephen ya no esté allí para visitarlo. Beverley sabe que, si se lo dijera, le ordenarían que no lo hiciera; la juzgarían por estar dispuesta a sentarse en la misma habitación que Henry, por romper su pacto.

No se lo dijo a su madre por una razón muy diferente: no habría podido soportar la mirada de satisfacción que Alice le lanzaría. «Ya era hora», diría esa mirada. Alice parecía ser la única persona en California que pensaba que Henry merecía tener contacto con sus hijos, que Beverley debería estar agradecida por haber tenido un marido.

Su madre salió con otros hombres después de que su padre se marchara, pero siempre parecía hacerlo más por despecho que por otro motivo. Algunos eran alegres y amables, olían a caramelos envueltos y humo de puros; otros eran unos vagos que intentaban

sacarle el dinero a Alice. Había uno, Geoff, al que le encantaba apostar. Llevaba un chaleco de cuero con flecos y apestaba a güisqui escocés. A Beverley nunca le gustaba quedarse sola en una habitación con él. La observaba, deslizaba la mirada por sus piernas, sus pechos, la devoraba con los ojos como si fuera algo que le hubieran servido en un vaso alto. Una tarde, cuando había vuelto del colegio y se cambiaba en su habitación, sintió el peso de alguien junto a la puerta. Asomó ligeramente la cabeza y vio, a través de la rendija, los flecos de cuero. Podía oír su respiración entrecortada, el tintineo rítmico de su cinturón desabrochado mientras se tocaba. No se dio cuenta de que su madre había girado la llave de la puerta de casa. Solo la escuchó cuando ella se le acercó por detrás, gritó y levantó la mano abierta para golpearle con fuerza en la mejilla. Más tarde, aquella noche, Beverley encontró a su madre con los ojos enrojecidos en el sofá, con media botella de güisqui, el favorito de Geoff, sobre la mesa. Beverley se quedó en la puerta mientras su madre, lentamente y con voz temblorosa, decía:

—Él nunca lo habría hecho si tú no hubieras sido tan coqueta —balbuceó—. ¡Lárgate!

La botella se hizo pedazos contra la pared cuando Alice la lanzó.

Esta será la primera vez que Beverley verá a Henry en los cinco años que han pasado desde que fue arrestado. Decidió no ir a verlo en el juicio. Así como ignorar la carta que él le envió a través de su abogado, porque sabía que estaría llena de excusas en lugar de asumir responsabilidades. Había, por supuesto, visto fotos de él en los periódicos, las había recortado con cuidado y luego las había pegado en las páginas de su álbum de recortes. Al verlas recordaba su primer encuentro, en el rodaje de un anuncio de refrescos. Beverley, la nerviosa modelo adolescente, con esa belleza de la joven vecina de la puerta de al lado que parecía gustar a los hombres poco aventureros, acompañada por su madre. Beverley posaba con botellas de refresco húmedas por la condensación. Henry entró con paso firme para arreglar el aire acondicionado: era un hombre maduro, guapo, magnético, chispeante con su halo de

iones cargados. Su vida nunca volvió a ser la misma.

¿Tendrá todavía ese aspecto, el de quien fue su marido, ahora? ¿Tendrá aún esos mismos ojos, el mismo aire seguro y dominante?

Se dirige a la garita, da su nombre y explica que llamó a principios de semana y ha venido a ver a Henry Lightfoot. Lo que espera es que el guardia la mire y frunza los labios —los delitos de Henry son notorios—, pero se limita a tachar su nombre en una hoja de registro, le entrega una tarjeta de identificación y con un gesto de la mano le indica que se acerque a otra persona uniformada.

Ella sigue a esta figura, que tintinea al caminar por las llaves que cuelgan de su cinturón, a través del sombrío patio hacia la entrada de la prisión. Cuanto más se acercan, se incrementa el zumbido que le hace sentir algo hostil. San Quintín tiene fama de presidio violento: motines, fugas, presos que matan a guardias o que se matan entre ellos. Apenas entre parpadeos se pregunta cómo se habrá adaptado Henry a todo eso. ¿Habrá tenido que negociar para estar seguro aquí dentro o será uno de los reclusos peligrosos? ¿La gente le tendrá miedo aquí también?

Sigue al guardia por una puerta lateral y avanzan por pasillos grises y estériles. La prisión desprende un olor fétido, a col hervida y desinfectante viejo. Aunque no alcanza a ver a los hombres en sus celdas, puede oírlos: discuten, fanfarronean, tosen con un sonido flemoso y seco. Pueden sentir su presencia, lo sabe. Pueden olerla, una mujer sola, incluso desde la distancia. Mantiene la cabeza gacha, se concentra solo en sus zapatos rojos. Tienen marcas negras del asfalto del aparcamiento de la prisión.

En última instancia llegan a una sala y el guardia abre una pesada puerta, tras lo cual la invita a entrar con un gesto de la mano. La habitación es alargada y hay un grueso ventanal que va de pared a pared. A un lado del cristal reforzado hay asientos para los visitantes, son taburetes. No se había dado cuenta de que tendría que hablar con Henry así, con la presencia de otra gente. Por fortuna hoy no hay muchos visitantes, tan solo una joven con un jersey amarillo en el extremo más alejado de la sala. Sus ojos están

cubiertos con unos pañuelos de papel. Beverley no puede ver al preso. Solo oye los sollozos de la mujer, sus jadeos entrecortados. Las paredes están pintadas de un color salmón pálido y el olor a lejía impregna el aire. El guardia le indica un sitio y ella toma asiento, saca un paquete de cigarrillos que ha traído para Henry y lo coloca en la repisa que hay frente a ella. El taburete frente a ella está vacío, lo que hace que Beverley se sienta más ansiosa si cabe. Va a tener que esperar a que llegue Henry, verlo entrar.

Sin pensar, se lleva las manos al cabello y se coloca los mechones rebeldes. Siente una enorme furia por estar tan nerviosa.

Mira a su alrededor. La pintura de las paredes está descascarillada y hay suciedad acumulada en las esquinas. La débil iluminación lo baña todo con un brillo anémico. No le favorecerá nada a su rostro. Las ojeras de sus ojos parecerán más hinchadas por la luz sombría. Su mandíbula parecerá flácida; se imagina los golpecitos que le daría su madre en la parte inferior de la barbilla con los nudillos para animarla a levantar la cabeza. Esta mañana estaba tan distraída que se saltó la rutina de cuidado de la piel que Alice siempre le ha recomendado: una doble limpieza seguida de una inmersión en agua helada para cerrar los poros. Cada vez que metía la cara en ese cuenco y sentía el dolor del hielo detrás de los ojos, le entraban ganas de gritar.

Piensa en buscar el pintalabios en su bolso, pero se agarra la muñeca para impedírselo.

Justo en ese momento se abre la puerta y Henry entra.

Levanta la vista y, solo por un segundo, su corazón deja de latir. El guardia está de pie al lado de Henry, junto al taburete, y le suelta los grilletes. No puede captar todos los detalles, todo resulta borroso e impreciso, solo ve la tela azul vaquera del mono de presidiario, una mata de pelo negro, esos ojos pálidos, pétreos y marmolados.

Se pone de pie como si estuviera en una cena a la espera de que alguien importante se siente.

Aún no puede mirarlo a los ojos, pero sabe que él no ha dejado de mirarla. Puede sentirlo. Recuerda aquel primer encuentro en el

estudio, junto a la mesa de los bocadillos, durante la pausa para comer. Él era unos treinta centímetros más alto que ella y olía como un hombre de película. Bueno, como ella siempre había imaginado que olían los hombres del cine, no a una loción para después del afeitado barata o a English Leather —estaba segura de que Marlon Brando no olía a English Leather—, sino al sudor de un hombre de veras, al trabajo, a algo animal, embriagador y adulto. Las mejillas de Henry no eran suaves. Tenía una cicatriz de varicela en la frente, un pequeño cráter que, en los años siguientes, ella presionaría con el dedo cuando estuvieran en la cama siempre que él se lo permitía. Podía ver parte de los tatuajes que asomaban por las mangas de su camisa. Los chicos de su clase del instituto tenían la piel clara y carecían de vello. Tampoco tenían sonrisas como la suya, pequeñas pero magnéticas, como si ella hubiera hecho una broma secreta solo para divertirlo.

Por el destello amarillento, Beverley sabe que Henry ahora sonríe. Es mucho más grande de lo que esperaba, tiene un aspecto más fuerte y robusto de lo que había imaginado. Pensaba que la cárcel lo habría consumido, que le habría quitado la carne de los huesos. En cambio, le ha añadido músculos y tendones. Un vistazo a sus antebrazos sugiere jornadas dedicadas a levantar pesas o a boxear. Henry nunca había hecho ejercicio antes de su detención, pero ahora parece poderoso, formidable.

—El verde te sienta bien.

Un escalofrío le recorre el cuerpo. Su voz. Casi había olvidado su voz, suave y calmada pero cargada con una fuerza extraña. Henry nunca tuvo que levantar la voz para conseguir lo que quería. Ella baja la mirada hacia su blusa de seda verde, ajustada, con botones de nácar. Tardó mucho en elegirla, junto a la falda recta de color burdeos. Juguetea con la tela del cuello, como si así reuniese fuerzas para responder. Luego levanta la cabeza y sus miradas se cruzan.

No puede apartar la vista de él. Nunca ha podido.

—¿Te sorprende verme en tan buena forma? —Esboza esa sonrisa torcida que una vez la volvió loca—. Pues sí, aquí no hay mucho que

hacer más allá de levantar pesas.

¿Eso es un moratón? ¿Debajo del ojo derecho? ¿O solo el rastro del cansancio? Su cuerpo parece fuerte, pero la edad ha hecho mella en su rostro, le ha marcado los pómulos y le ha añadido arrugas.

—No puedo mentirte. No pensaba que llegaría a verte aquí, Bev. ¿Te estás muriendo o algo así?

Su risa es hueca, insegura.

Ella traga saliva con la mirada fija en él.

—¿Están bien los niños? Diles que papá los quiere.

Una acidez comienza a picarle en la garganta.

No ha perdido esa arrogancia. Es algo que desprende. Henry nunca tuvo miedo de nada, excepto de su padre. Siempre se sentía cómodo cuando era él quien hablaba, quien manipulaba cualquier situación en su propio beneficio. Ella no le dejará hacerlo ahora.

—Me voy a casar —dice antes de que ella tenga oportunidad de abrir la boca—. Una chica encantadora. Lorraine. Llevamos un tiempo escribiéndonos. Estamos enamorados.

Su estómago se revuelve. *Amor.* Nunca entendió cómo algunas personas eran capaces de prestar atención a los asesinos y verlos como estrellas de rock. Claro, alguien podría dejarse engañar por el aspecto de Henry, por su carisma. Siempre había tenido ese magnetismo especial. Pero ¿también tras su detención? ¿Ahora que había admitido haber matado a siete mujeres? ¿Cómo podía alguien enamorarse de eso?

Henry la observa con atención, como si sintiera curiosidad por ver cómo reacciona ella.

—Enhorabuena —dice, y se sienta un poco más erguida en la silla. No le dará la satisfacción de parecer sorprendida. Henry parpadea, pero su expresión no cambia.

—¿Cómo estás, Beverley? —pregunta después de un rato, y lo hace con la cabeza inclinada, como si ella le diera lástima.

Ella no está allí para que sientan lástima por ella. Está allí para averiguar *por qué* hizo lo que hizo.

Sabe que tendrá que halagarlo, utilizar su propia debilidad, su

punto frágil, para hacerle creer que él es quien tiene el poder. Sus mejillas tiemblan ligeramente mientras esboza una sonrisa.

—Necesito tu ayuda.

Traga saliva y observa su reacción.

—Claro —dice él sin dudar, pero ella percibe algo extraño en su rostro—, lo que necesites.

Y luego junta las manos y las coloca sobre sus rodillas.

¿Cómo es posible que sienta que es él quien juega con ella cuando también él está al otro lado del cristal? Ella mira al guardia que espera en la esquina de la habitación. Parece medio dormido; sus manos descansan sobre su vientre hinchado. La mujer que está al otro lado ha dejado de sollozar y ha pasado a pedir perdón, plana como una estrella de mar contra el cristal.

Beverley se inclina y baja la voz.

—Hay alguien matando mujeres en Berryview.

Los dedos de Henry se separan de repente y su bota hace un ruido sordo al caer al suelo.

—¿Están bien los niños? —repite.

Ella no se deja distraer.

—Quiero ver si puedo averiguar algo sobre él.

Henry parece confundido.

—No sabes quién es, ¿verdad? ¿O estás aquí para decirme que mi tío Marvin se ha portado mal últimamente?

Esa bravuconería vacua otra vez. Siempre con bromas para desviar así la atención.

—Quiero saber qué tipo de persona podría ser este asesino.

Él levanta la mano y se limpia las boceras de sus labios. Luego la mira y ella se queda paralizada, una vez más, por esos ojos.

—Bev, no soy un psiquiatra.

Sonríe.

—No, pero eres un asesino.

Su sonrisa se amplía, pero hay algo frío en ella, como si le molestara haberse visto superado. Vuelve a recomponer el gesto. Siempre ha sido muy consciente de su aspecto.

—Adelante pues —accede con un gesto de la mano—. Ponme a prueba.

Ella no se toma una pausa ni para respirar ni para darle la oportunidad de cambiar de opinión. Le habla de las chicas: Cheryl, Emily y Diane. Le cuenta cómo mataron a Cheryl y a Emily, la naturaleza ritual de sus asesinatos, la representación, los accesorios, la flecha, los nudillos tatuados. Le cuenta cómo entró en su despacho y encontró sus mapas de carreteras, cómo todos los lugares de los casos se cruzan en un punto muy concreto de la interestatal. Henry la observa con atención todo el tiempo, sin apartar los ojos de su rostro.

—Pero ¿para qué me necesitas? Parece que te has convertido en una especie de detective desde que me encerraron.

Se obliga a reír de nuevo, con una risa áspera, como la de un zorro.

Ella se recuesta en la silla, trata de imitar su postura. Está segura de haber leído sobre esta técnica en algún libro. Imitar a alguien hace que confíe en ti.

—Quiero saber cosas sobre *ti*. Quiero saber por qué hiciste lo que hiciste.

Él no le dice que se calle como ella esperaba.

—¿Cómo elegías a tus víctimas? —se arma de valor.

Él sonríe y no parpadea, la observa durante un rato. Se lleva la mano a la nuca y se rasca. Al principio parece reacio a responder, y ella se pregunta si es porque le importa lo que ella pueda pensar o porque se ha acostumbrado a mentir.

—Simplemente iba a por quien fuera más fácil —responde al fin, y se encoge de hombros.

—¿Más fácil?

—Sí. La casa a la que parecía más fácil entrar, donde no hubiera ningún hombre en casa.

Beverley mira al suelo unos instantes, se pregunta si tiene la fuerza suficiente para esto. Pero entonces aparecen en su mente los rostros de las víctimas de Henry, las mujeres que mató. Algunas de ellas

eran madres. Otra era apenas una adolescente. También acabó con un ama de casa de unos cuarenta años. Todas habían intentado defenderse, todas y cada una de ellas, pero dada la fuerza de Henry no tuvieron ninguna oportunidad.

—¿Las observabas?

—Sí.

Lo dice con la misma naturalidad con la que hablaría de un partido de fútbol.

—Durante un tiempo. Solo para comprobar que no había ningún novio ni nada parecido.

Ella recuerda que él pasaba mucho tiempo fuera de casa, que volvía tarde y le decía que había tenido mucho trabajo o que su jefe lo había llamado para una reunión en el almacén. ¿Era eso lo que hacía realmente? Observar a mujeres. Comprobar si cerraban bien las puertas por la noche, si dejaban las ventanas entreabiertas cuando hacía calor, si era fácil acceder a sus jardines.

—¿En el coche? —consigue preguntar.

—O a pie. A veces era porque pasaba por delante de la casa a la misma hora todas las noches.

Beverley quiere gritar.

—¿Siempre en coche?

—Sí. Solo usé nuestro coche, Bev.

Parpadea para disimular el asco. Ese volante que tocaba todos los días, la misma palanca de cambios, el mismo asiento del conductor.

—¿Tu hombre usa diferentes tipos de coches?

Ella asiente. Esa era una de las razones por las que Roger había pensado que los crímenes no estaban relacionados: se habían visto diferentes vehículos en cada escena del crimen.

—Eso es fácil —dice Henry—. Cualquiera puede acceder a varios coches. Solo hay que hacerse con ellos. Quizá tu hombre sea un delincuente de poca monta que ha comenzado a ir más lejos, que pone a prueba los límites.

—¿Qué pone a prueba los límites?

—Según mi experiencia, estas cosas empiezan poco a poco —

explica Henry, y se ve claramente que disfruta de su autoridad en la materia—. Por ejemplo, un asesino puede empezar con cosas pequeñas: allanamiento de morada, robo de lencería femenina, espiar a la gente en sus casas…

Ella muestra su enfado.

—Luego, un día se despierta y se da cuenta de que eso no le basta, que necesita algo más, algo más grande para estar satisfecho.

Beverley no puede mirarlo a los ojos. Él habla en tercera persona, pero ella sabe que se refiere a sí mismo, a su propio comportamiento.

—Entonces puede que pase a mayores: agarrar a una chica, tocarla, agredirla sexualmente o lo que sea, y a partir de ahí todo se dispara. Pasa a ser algo más fuerte que él.

Él, no *yo*.

—La picazón se vuelve más difícil de rascar; la emoción, más difícil de alcanzar.

A pesar del mareo, Beverley debe admitir que tiene razón. Su asesino podría ser alguien con algunos delitos menores en su haber. Podría tener antecedentes.

—Pero Beverley.

Ella levanta la cabeza de golpe. Es la primera vez que él no esboza ni una mínima sonrisa. Ella recuerda esa expresión: el vacío que se apoderaba de su rostro cada vez que hablaba de su padre, cada vez que hablaba de intentar que se sintiera orgulloso de él cuando era niño, pero nunca lo conseguía, cada vez que recordaba cómo su padre se burlaba de él y lo menospreciaba.

—Este tipo, tu asesino, odia a las mujeres.

—¿Qué?

A pesar de que intenta controlarse, se queda atónita.

—Las mujeres guapas, exitosas, con talento. Eso es lo que dijiste, ¿no? El tipo de chicas que son reinas del baile.

Henry se rasca el cuello.

—Es probable que se sienta… ¿cómo se dice? Desmasculinizado.

—Emasculado.

—Eso. Se siente emasculado por ellas… o rechazado, cualquier cosa así.

¿Odiaba Henry a las mujeres? ¿La había odiado durante esos pocos años que habían estado casados? A veces había tenido la sensación de que sí, de que su resentimiento brotaba a borbotones cuando la convencía de que había hecho algo mal en determinados momentos, de que había fracasado como esposa, como mujer, al no conseguir que él fuera feliz.

—¿Las tocó?

Ella vuelve a la realidad.

—¿Perdón?

—¿Se salió con la suya?

Ahora ha adoptado un tono burlón de falso recato.

Ella desvía la mirada. ¿Cómo puede hablar así de ellas?

—No lo sé.

Ella *no lo* sabía. No había preguntado si las mujeres habían sido agredidas sexualmente. Ni siquiera quiere saber la respuesta.

—Pues es probable que sea uno de esos tipos tristes que han fracasado con demasiadas mujeres y quieren castigarlas por ello —dice él con franqueza.

Ella no dice nada.

—Quizá sea un solitario —continúa Henry—. Quizá nunca se haya casado. —Henry se rasca de nuevo la incipiente barba del cuello—. Apuesto a que recurre a prostitutas.

Ella levanta la mirada hacia él.

—¿Por qué?

—Buscará formas de sentir que tiene el control.

Se lleva la mano al cuello y ella se pregunta si es un gesto intencionado.

—Será eso lo que lo excita. Hacer que una mujer haga todo lo que él quiera. Apostaría a que es así.

Ella lo medita. Tendría sentido, matar es a menudo una forma de control, pero ¿cómo podrían encontrar a ese tipo de hombres que

pagan por sexo? Toma la nota mental de que debe discutir sobre esto con Elsie y Margot. Pero no les dirá cómo se le ocurrió la idea.

—¿Y lo de que haya usado diferentes armas? —pregunta ella—, lo de recurrir a diferentes formas de matar. ¿Eso sugiere que se trata de personas diferentes? Los asesinos normalmente…

Se detiene, de repente siente lo absurdo que es hablar con él.

—¿No suelen usar siempre la misma arma?

Henry resopla secamente. El sonido hace que a ella se le erice el pelo de la nuca.

—Bev, aquí hay hombres que han matado a gente con lápices afilados, han hecho cosas que preferiría no tener que contarte. No les importa usar siempre lo mismo. Lo único que les importa es matar.

Piensa en los hombres de su álbum de recortes, en lo que decían los periódicos, en cómo preferían estrangular o disparar. Sin duda parece existir cierta rutina en sus actos.

—¿Y tú? —le pregunta—. ¿Te importaba?

Traga saliva.

—¿Cómo lo hacías?

Una sonrisa se dibuja en su rostro.

—Bev, soy un tipo vago.

Su risa es escalofriante.

—Simplemente usaba lo más sencillo, lo que tenía a mano, lo que se ajustaba a mi estado de ánimo.

Ella está segura de haberle oído mal.

—¿Tu estado de ánimo?

—Claro —dice él como si fuera una nadería—. Si ese día estaba enfadado, usaba algo contundente: un trozo de tubería, una llave inglesa o un atizador, algo así servía. Si quería algo más rápido, si no quería ensuciar mucho, solo una cuerda o las manos. Es más…

Se detiene y ella se pregunta si por fin se ha dado cuenta de lo horroroso que es lo que cuenta.

—Es más poético así —dice mientras mira al techo como si estuviera buscando una gran idea—. Como el arte, la música o lo

que sea.

A pesar de que ha intentado controlarse, empieza a temblar. Intenta ocultarlo con todas sus fuerzas, esconde las manos bajo las piernas y clava las uñas en la silla de formica.

—Acabad, tortolitos.

El guardia se levanta y mira su reloj.

La mujer que solloza, la única otra visitante, echa hacia atrás su taburete con tanta violencia que lo vuelca. Luego corre para cruzar la habitación y espera con los puños apretados a que el guardia la deje salir.

—Pero ¿cómo estás, Beverley? De verdad.

Henry no parece querer que termine su encuentro.

—Me preocupo por ti, lo sabes, ¿no?

Es evidente que tiene la certeza de haberla desconcertado.

Otro guardia se ha acercado a Henry y le pone de nuevo los grilletes. Henry no le quita a Beverley la vista de encima mientras se levanta y lo sacan de la habitación.

No deja de temblar hasta que él ha desaparecido y ella ha salido por esas puertas de aspecto barbárico tras seguir al guardia por los pasillos. La presión se acumula en el fondo de sus ojos. Se siente tan frustrada consigo misma, frustrada por la impotencia de su ira. No cambia nada. La rabia se vuelve ridícula cuando no tiene dónde ir. No podrá cambiar lo que Henry ha hecho ni lo que ella debe hacer ahora. Las cosas no pueden seguir así: los hombres se apoderan de lo que quieren y nadie les hace responsables del daño que causan. Henry podría haber pensado que estaba consiguiendo manipularla desde el otro lado del cristal, podría haber pensado que tenía el control, como hace cinco años, pero en realidad le ha dado munición. Si Henry tiene razón, ella tiene una pista que seguir. Solo tiene que averiguar cómo encontrar a los hombres que utilizan prostitutas en las zonas cercanas a los asesinatos y determinar cómo las víctimas sobre las que investigan podrían estar relacionadas con eso.

Al cruzar el aparcamiento, una mueca de dolor se apodera de su

cara. Se lleva la mano a la mandíbula dolorida y se da cuenta de que no ha dejado de apretar los dientes todo este tiempo. Se obliga a relajar su rostro, sacude las manos e intenta recordarse a sí misma su propia fortaleza. Ha mirado a los ojos de un asesino, ha visto lo que hay dentro de su cabeza. Es ella quien tiene el control. Aun así, cuando llega al coche cierra la puerta de un portazo; una vez dentro bloquea los cierres y, furiosa, desgañitándose, comienza a gritar.

Quince

Diane Howard Murray, la modelo desaparecida cuyo nombre había garabateado Margot en su brazo durante la fiesta, aparece muerta en un callejón de Calabasas un día sofocante de mediados de julio. En los periódicos se dice poco sobre ella y sobre los detalles de su asesinato. Todo lo que le dedican es un pequeño párrafo, un breve reconocimiento de su muerte escondido entre anuncios de promociones inmobiliarias, de campos de golf y bocadillos de albóndigas. No se menciona ninguna relación con los asesinatos anteriores, ni hay homenajes, y menos aún peticiones de información a la ciudadanía.

Margot sabe bien por qué es así. Sabe por qué no hay fotos de Diane que ocupen media página, como sí las hubo de la animadora Emily Roswell. Los periodistas no escriben sobre los parques de caravanas, y Golden Point no es una excepción a la regla. Con su ambicioso nombre inspirado en el color que adquiere la tierra al atardecer, Golden Point no es un lugar que aparezca en las postales ni en los folletos turísticos, sino un barrio mestizo donde viven tanto familias de bajos ingresos como personas que se ven obligadas a contemplar cómo los promotores urbanísticos construyen en los terrenos que pertenecieron a sus familias. No es un barrio «bien cuidado», como el barrio residencial vecino de Hyder Hills, cuyos residentes pasan sus vidas junto a las segundas residencias de ejecutivos de Hollywood, mansiones que se alzan sobre las laderas cubiertas de arbustos, pero Margot sabe que ese barrio «aspiracional» está separado de Golden Point por unos escasos kilómetros que resultan irrelevantes. También sabe que

«aspiracional» es solo otra forma de decir «rico y blanco».

Sin embargo, en cierto modo, Margot se siente más acogida en Golden Point que en las cuidadas calles de Los Ángeles. Al fin y al cabo, no es la primera vez que viene.

Atraviesa sin problemas las puertas del parque de caravanas, que están abiertas de par en par y oxidadas, sin guardias de seguridad que comprueben la identidad, sin cerrojos ni candados. El mensaje queda claro: *si realmente quieres entrar aquí, date por bienvenido*. Hay un cartel, con las luces de neón rotas y cubiertas de suciedad, que da la bienvenida a los visitantes con un saludo descolorido. Duke, desde su sitio en el asiento del copiloto, saca la cabeza por la ventanilla abierta y ladra. Margot hace callar al perro y localiza la parcela que busca.

Por el retrovisor ve a una pareja de ancianos apoltronados en sus sillas de jardín que la miran de reojo desde fuera de sus caravanas.

Se dirige a la puerta principal de la Airstream, cuyo metal llega a hacer ruidos al contraerse por el calor. Llama y espera. Conoce el código. Tres golpes fuertes seguidos de una pausa y luego cuatro más.

La puerta se abre y aparece un hombre cuyos hombros llenan todo el hueco de la puerta. Ray debe de haber contratado más seguridad. El hombre parpadea impasible ante Margot y luego se estremece cuando Duke le lame la mano con la lengua húmeda.

—¡Ah, ah, ah!

Margot inclina la cabeza a un lado y ve, detrás del enorme cuerpo del guardia, a Ray Roberts, que, sentado en una mesa estrecha, mueve el dedo hacia ella.

—Saca ese caballo de aquí, Margot. Se va a comer todo mi ganado.

Ella mira al perro.

—Es un gran danés —dice con un débil tono de voz, como si eso fuera la respuesta a todo.

—Tolerará estar atado fuera, es algo que te agradezco infinitamente, Margot.

Ray se coloca unas gafas de exagerada montura de mariposa sobre el puente de la nariz y se inclina sobre la mesa. Parece dedicarse a pesar polvos y pastillas, con una pila de paquetes de papel marrón apilados junto a su codo.

Ella suspira y retrocede por los escalones buscando algo que sea capaz de sujetar las embestidas de Duke. Se conforma con un poste de la valla, espera que sea suficiente y enrolla la correa varias veces alrededor de la base.

—Así está mucho mejor. —Ray sonríe cuando ella regresa—. Esto no es un zoológico.

Devuelve su atención a las pastillas y comienza a repartir con diligencia una nueva pila.

—¿Se trata tan solo de una visita social?

No levanta la vista.

El guardia se ha alejado y se ha sentado a hojear un *Playboy*. El aire huele amargo. En la radio suena «I'll Never Smile Again» de Doris Day.

—Me he roto un tacón —dice ella—. De los Hélène Arpels. Tono *Taupe*.

Ray Roberts no solo se dedica a las pastillas y los polvos. También tiene una excelente selección de zapatos de diseño poco comunes. Margot había oído rumores hacía ya tiempo de que los estilistas del estudio acudían a él cuando necesitaban algo especial para alguna sesión de fotos con poca antelación. Marilyn incluso había llevado un par de zapatos de Ferragamo que él le había conseguido. Margot había tenido que ir a comprobarlo por sí misma.

—Vale, sabemos que no has venido por los Hélène Arpels.

Margot empieza a protestar.

Ray la interrumpe levantando un dedo cubierto de anillos.

—Eres una mentirosa terrible.

Se quita las gafas y la repasa desde el parapeto de sus cejas.

—Esfuérzate un poco más.

—El tacón se rompió.

Técnicamente así ha sucedido.

—¿Qué es lo que quieres realmente, Margot? Estoy algo ocupado.

Ella sostiene su mirada; piensa por unos momentos para encontrar una mentira creíble.

—¿Conocías a Diane Howard Murray? —pregunta sin rodeos.

Ray casi retrocede, sacude la cabeza con sorpresa.

—¿Por qué alguien como tú se dedica a hacer preguntas sobre una chica como ella?

—¿Qué quieres decir con «alguien como yo»?

—Bueno, Margot, perdona mi franqueza, pero Diane no era el tipo de persona por quien alguien como tú se preocuparía en condiciones normales.

—¿No quería ser modelo? A mí me gusta la moda.

Ray arquea una ceja cargada de escepticismo.

Ella lo deja pasar. Ha decidido no complicar las cosas.

—Están haciendo daño a chicas.

Margot se aproxima a la mesa.

El guardia levanta la vista de la revista y mira a Ray, que lo mantiene en su sitio con un movimiento de cabeza.

—Las están matando. Diane no fue la primera y, a este paso, no será la última. Sé que vivía en Golden Point. Solo intento averiguar un poco más acerca de ella, ¿vale?

—Y… ¿por qué?

Deja caer las gafas sobre el pecho, sujetas por su cadena.

—¿Trabajas para la policía?

Siente cómo la energía de la habitación cambia al instante.

—No, Ray, no trabajo para la policía.

Él escudriña su cara, y ella sabe que él es capaz de ver el verdadero significado de la respuesta, que ella se ha metido en eso *a pesar* de la policía.

—¿Estaba en el negocio?

Beverley le había contado a Margot su teoría de que el asesino podría ser un cliente de prostitutas. Y bueno, ella conoce a muchas chicas en Golden Point que han tenido que recurrir a eso para sobrevivir. Ray también.

—A la gente no le gustará que andes husmeando. — Él prefiere evitar responder la pregunta.

—¿Lo era?

Margot no puede evitar pensar en su madre cuando se limpiaba el pintalabios en el espejo, el perfume que impregnaba el aire, la ráfaga de aire frío que cuando ella salía hacia la oscuridad entraba por la puerta.

Ray lo medita durante unos segundos mientras acaricia la cadena de sus gafas.

—Puede que hiciera algún trabajo de vez en cuando —reconoce—, pero he oído que se estaba esforzando por triunfar como modelo.

Margot asiente. Eso ya lo sabía.

—¿Tiene a su familia por aquí?

—Su abuela Pearl es la dueña de la tienducha que hay en la esquina —dice Ray al fin—. Tiene más de choza que de tienda. Ha pegado unos carteles en la ventana. No tiene pérdida. Pero, oye, —le advierte, y para hacerlo la mira a los ojos— acaba de perder a su nieta. Ve con cuidado.

Ya ha regresado a la tarea de cortar el polvo cuando la puerta se cierra de golpe después de que ella salga. Deja a Duke atado fuera. A Ray no le importará. Duke parece un perro guardián, aunque se comporte como un perro faldero. Echa un vistazo detrás de ella cuando está ya lejos, en la siguiente calleja de parcelas, y ve cómo el guardia de seguridad se agacha para colocar un cuenco con agua junto al animal.

Ray tenía razón. La cara de Diane está pegada en las ventanas de la tienducha. Aparecía capturada en múltiples variaciones de la misma pose, la misma amplia sonrisa, el mismo corte bob con las puntas largas hasta casi tocar la barbilla. Era guapa, eso está fuera de toda duda; tenía el aspecto de alguien a quien verías en un concurso de talentos de la televisión, con un vestido de lentejuelas refulgentes bajo las luces del estudio.

Margot puede identificarse con el deseo de encontrar una salida en la vida, un modo de escapar de la situación en la que has nacido. Ella misma había dado los mismos pasos que Diane. Su madre había intentado, del mejor modo que pudo, criarla del modo correcto, pero era difícil cuando se carece de dinero, de electricidad e incluso de comida. Margot había aprendido entonces que la belleza, ser atractiva a los ojos masculinos, era un medio para mejorar tu situación. Así que decidió estudiar a fondo sus posibilidades. Aprendió la mejor manera de llamar la atención de un hombre. El mejor modo de manipular a los que te rodean para que crean que eres algo que no eres. No le importaba reconocer la belleza que poseía. Al fin y al cabo, no podía atribuirse ningún mérito por ella. No había elegido los genes que le habían proporcionado ese rostro, su cuerpo era un regalo de su madre. No podía ser considerado una muestra de arrogancia, de eso estaba segura, admirar el trabajo realizado por otros. Se convirtió en una maestra en convencer a la gente de que merecía allí donde estuviera, de que era ella quien tenía control sobre sí misma y sobre su cuerpo. Eso hacía que los demás quisieran estar cerca de ella. Fue así como acabó conociendo a Stephen. Nunca habría acabado en la misma fiesta que alguien como él si no hubiera tenido el aspecto que tenía, si no se hubiera comportado como lo hacía, sin complejos, sin mostrar jamás la mínima duda acerca de que las mujeres querían ser como ella y los hombres deseaban estar con ella. Todo era interpretación, por supuesto. Pura argucia. Una mentira perfeccionada desde la infancia, por supuesto. Diane, también, se había servido de su aspecto para intentar dejar atrás la vida en Golden Point. Y estaba cerca, muy cerca, hasta el momento en que le habían arrebatado todo.

JUSTICIA PARA DIANE, decía en los carteles, y Margot sintió una punzada de odio hacia los editores de periódicos y los productores de las noticias de las televisiones, que sin duda habían oído hablar del asesinato de Diane, pero no lo consideraron interesante para su público. Las historias de asesinatos, o, mejor dicho, lo que convierte a algunas en *buenas* historias de asesinatos suelen depender de la

posición social de las víctimas. Como en el caso de los «Asesinatos de las jóvenes profesionales», nombre que los medios de comunicación dieron a los asesinatos de Emily Hoffert y Janice Wylie en Manhattan un par de años atrás. Janice, que trabajaba como investigadora para *Newsweek*, era hija de un influyente ejecutivo de publicidad. Emily, profesora de escuela, era hija de un renombrado cirujano. Sus rostros ocuparon las primeras planas de todos los periódicos y los titulares en los noticiarios de la cena. ¡Las jóvenes trabajadoras de raza blanca estaban en peligro! Los reportajes se sucedieron durante semanas. Este crimen contra Diane había sido tan brutal como aquellos, los detalles igual de espantosos, pero uno sí mereció acaparar los titulares mientras que el otro se barrió debajo de la alfombra.

Margot empuja la puerta y una tosca campana anuncia su entrada. En un rincón, una anciana está recostada y se entretiene pellizcándose el puente de la nariz. El resto de la tienda, por lo que Margot llega a vislumbrar, está llena hasta el techo de ollas, sartenes, utensilios de cocina, todo tipo de trastos usados o echados a perder por la vida adecentados y puestos en saldo. Los carteles de la ventana obstruyen el paso de la luz, por lo que el espacio tiene un aspecto lúgubre, salpicado de motas de polvo que danzan y trazan espirales.

—¿Se ha perdido? —pregunta la mujer desde la esquina.

Margot resiste el impulso de alisarse la falda, de esbozar una sonrisa en su gesto.

—Usted debe de ser la señora Howard Murray.

La mujer se balancea en la silla; luego musita.

—Esa soy yo.

—Me llamo Margot Green. Quería preguntarle por Diane.

Los ojos de la mujer se abren de par en par. Margot puede ver entonces el sorprendente parecido: los pómulos altos, los ojos color avellana, se trata de una belleza heredada. Se imagina a Pearl décadas atrás, cuando tenía la misma edad que Diane, frente al espejo, arreglándose el pelo, ajustándose una gargantilla en torno al

cuello.

—Diane nunca hizo nada malo.

Margot niega rápidamente con la cabeza.

—No.

Da un paso adelante.

—Lo que trato de averiguar es quién podría ser el responsable de lo que le pasó.

—¿Quién eres tú para que eso te preocupe?

Pearl repasa el vestido de Margot, sus zapatos, sus joyas.

—A los periódicos no les importa. A la maldita policía no le importa.

Se balancea hacia adelante y hacia atrás en la silla.

—Yo crecí aquí —dice Margot—. Sé lo que es venir de un lugar como Golden Point.

La mujer la observa, pero sus hombros no dejan de estar encogidos en actitud defensiva.

Margot continúa decidida.

—Quiero que la gente sepa quién era Diane. Creo que es posible que la haya matado alguien que ya ha matado a otras dos mujeres.

—¿Qué?

—Las dos eran jóvenes, como Diane. Hermosas.

—¿Sabes quién lo hizo?

Pearl se levanta del asiento y sus puños apretados cuelgan a ambos lados de su cuerpo. Margot puede ver los delicados huesos que se marcan bajo la piel.

—Aún no sabemos quién.

La mujer chasquea la lengua y empieza a darse la vuelta.

—Pero lo primero es encontrar una conexión entre las chicas. Quizá era alguien que todas conocían. Quizá hay algo que las une y que aún no podemos ver.

—Así que eres policía. —Asiente con una mueca de disgusto—. Ya os hemos contado todo y no habéis hecho nada.

—No soy policía —le asegura Margot—. A mí también me arruinó la vida alguien peligroso. Quiero que sepa que hay gente interesada en su nieta, en denunciar lo que pasó. Gente a la que *sí* le importa.

La mujer se queda en silencio; la mira como si sopesara si puede o no confiar en Margot.

—Diane había comenzado una carrera como modelo, ¿verdad? ¿Había comenzado a tener suerte?

La mujer frunce los labios y, a regañadientes, cruza la habitación hacia un escritorio pegado a la pared.

—Le iba bien —dice Pearl mientras se estira para alcanzar algo en el escritorio—. Había tenido entrevistas con un par de agencias y trabajaba en la limpieza para ganar algo de dinero y enderezar su vida. Toma.

Le entrega un montón de fotografías a Margot. Margot las hojea; la mayoría son retratos posados de Diane, un rostro que llama la atención, que parece pertenecer a alguien cuyo nombre algún día conocerás. También hay algunas fotografías espontáneas: Diane bajo el sol, con la lengua fuera a punto de lamer un helado, o Diane con el delantal de su empresa de limpieza, con un llamativo logotipo en el pecho.

—Intenté que la policía les echase un vistazo. —Los ojos llorosos de Pearl se encuentran con los de Margot—. Quería que supieran que era una persona, con una familia y una vida. Pero todo lo que publicó la prensa fue un párrafo, y allí daban a entender que había entrado por error en un callejón equivocado y se encontró con que la asesinaron.

Cierra los ojos.

—Pero no fue así. —La voz de Pearl se vuelve más urgente—. Lo tenía planeado, aquel bastardo, quienquiera que fuera el que se la llevó. —Su tono se endurece—. Le hizo cosas que tuvieron que haber sido planeadas, pero los periódicos ni siquiera hicieron mención alguna de todo eso.

Esto era algo que Margot no esperaba.

—¿Puede hablarme un poco más de esas cosas?

Nota que le empiezan a sudar las manos. Piensa en Cheryl Herrera y la flecha, en los nudillos tatuados de Emily Roswell.

Pearl mira a Margot con recelo y luego escupe:

—La estranguló.

Margot puede sentir el vitriolo, ese ardor de la ira en sus palabras. Otro estrangulamiento.

—La vistió. Él… Le puso un abrigo, una prenda de diseño.

Un abrigo. La vistió. Igual que vistió a Cheryl Herrera con la peluca.

—Le puso un liguero. Dejó su cuerpo a la vista de todos. Lo expuso como si fuera el maniquí de una tienda.

Pearl se lleva la mano a la boca.

La mente de Margot no deja de funcionar, busca un punto desde donde avanzar. Sabe que debería consolar a la anciana, pero trata de ordenar sus propios pensamientos. Diane fue estrangulada, luego vistieron el cuerpo y lo colocaron en una postura concreta. Eso sería más que suficiente para sugerir que se trata del mismo asesino. ¿Qué más puede ser que los policías estén buscando?

Pearl se queda allí, su frágil cuerpo, el rostro desencajado por el dolor, por la rabia. Entonces Margot recuerda algo, algo que Barbie Cook mencionó en la fiesta.

—Había escrito algunas cartas, según oí, a un director de cine, Mason Clarke.

—¿A quién?

—¿Me prestas estas fotos? —pregunta Margot—. Te las devolveré, te las traeré de vuelta aquí mismo. Te lo prometo.

Pearl duda.

—Necesito enseñarle a alguien la foto de Diane —insiste—. Necesito hacer algunas preguntas, si me dejas que lo haga. Creo que podría ayudarnos a encontrar a su asesino.

Examina el rostro de Pearl, las mejillas hundidas, la piel flácida y arrugada de su cuello.

—Sé lo que se siente cuando nadie cree que lo que dices es verdad —dice Margot en voz baja—. Sé lo que se siente al sentirse rechazada. Por favor. Confía en mí.

La mujer cierra los ojos por un momento y luego los abre. Cuando se encuentran con los de Margot, ve algo en ellos que reconoce: una

firmeza, una advertencia. «Más vale que averigües quién ha hecho esto», dicen.

Y a continuación Pearl le entrega las fotos.

Cinco días desaparecida

Hay cosas a las que las mujeres tenemos miedo. Cosas cotidianas, triviales. Cosas que nos erizan el pelo de la nuca, que nos tensan la columna vertebral, que ponen en estado de alerta nuestro ya de por sí alterado sistema nervioso.

Quizá cuando se sienta demasiado cerca de nosotras en el autobús. Quizá oímos sus pasos detrás de nosotras en una calle que apenas está iluminada.

Puede que sea ese chico del trabajo, el que nos tiró los tejos y al que tuvimos que rechazar que quizá se enfadó, quizá le negamos algo que él pensaba que le debíamos.

Quizá sea perder el último tren a casa. O esos agonizantes segundos que tardamos en sacar la llave del bolso en la puerta de casa por la noche. Quizá sea sonreír de forma equivocada a la figura de la esquina, cuando sientes que te observa, con la mirada clavada en tu cuerpo mientras te alejas.

Puede ser encontrar a un intruso en nuestra propia casa, que ha venido a por la televisión y las joyas, pero decide que, ya que está aquí, quizá también pueda llevarse algo más.

Es localizar dónde está la puerta de cada habitación.

Es evaluar a los compañeros, a los vecinos, a los colegas, al chico que está detrás del mostrador de la tienda, al que se sienta a unas butacas de distancia en un cine que, excepto por su presencia, está vacío.

Es la toma de decisiones minuto a minuto, los cálculos interminables, el trazado de rutas de escape, la negociación constante y agotadora de los egos.

Estos miedos se han arraigado tanto en mi vida que los conozco tan bien como las líneas de mi mano.

Sin embargo, nunca pensé que me tocaría temer esto; nunca permití que mi mente vagara tan lejos, que se extraviara hasta llegar a algo que sea tan extravagante.

Ahora estoy atrapada, atada, y todo está oscuro. Siento los latidos en mi cabeza, caliente y pesada, y siento que algo húmedo y pegajoso se ha coagulado en la base del cráneo. Cuando lo toco, me viene a la mente la imagen de una fruta partida, nauseabunda, y me reprocho haberme preparado para cualquier otra eventualidad excepto esta.

Ya estoy otra vez.

Me culpo a mí misma. Por ser mujer. Por dejar que me secuestraran cuando, en realidad, no había nada que estuviera en mi mano para poder detenerte.

Tú eres el que ha hecho algo malo, el que hace daño. Tú eres el que ha puesto mi vida patas arriba y la ha reducido a cuatro paredes húmedas, una tubería y unas manos atadas.

Pero el siguiente paso es mío. Soy yo quien va a tener que encontrar la manera de salir de aquí.

Dieciséis

Beverley está inquieta, no hace más que entrar y salir del sueño.

En sus sueños no ha dejado de ver rostros. Henry. Las chicas muertas. La imagen de Emily Roswell con su uniforme de animadora. Cheryl Herrera en la pista de atletismo con las zapatillas clavándose en la pista. Luego ve sangre, flechas que atraviesan tejidos, un cuerpo hinchado y ensangrentado en el fondo de un lago.

Es posible que Henry haya asesinado a siete personas, pero ella solo había visto un cadáver: el de su padre, en el ataúd abierto en su funeral, cuando era niña. Recuerda haber esperado en la fila para pasar junto al cadáver, aunque no estaba muy segura de por qué tenía que hacer cola para ver a su propio padre muerto. La última novia que había tenido estaba sentada en la primera fila, y su perfume barato de droguería apestaba las primeras filas de bancos. Beverley y su madre se habían acurrucado en la parte de atrás para que así Alice pudiera escapar cada pocos minutos a fumar. Cada vez que volvía a la iglesia le temblaban las manos. Beverley nunca supo si era la nicotina lo que las hacía temblar o la ira de su madre por el hecho de que su padre las hubiera abandonado dos veces.

Beverley sabe que Margot está convencida de que ella tiene problemas con la figura paterna y por eso es incapaz de tomar decisiones por sí misma. Lo que más le duele es que Margot tiene toda la razón. Las cosas sucedieron rápidamente después de que Beverley conociera a Henry en el estudio aquel día. Llegó la graduación del instituto y los dos se mudaron juntos tras una boda íntima y apresurada. Ella llevaba un vestido de bordado inglés de Macy's. Alice no estaba lo que se dice contenta con la situación.

Pensaba que Beverley podía aspirar a algo mejor que un vendedor de aire acondicionado, pero al menos había encontrado a un hombre que la aceptaba. ¿Y qué podía hacer Alice? Bev había cumplido dieciocho años en otoño y ya podía tomar sus propias decisiones. Tenía dinero ahorrado de sus trabajos como modelo y un hombre que la quería. La cosa estaba hecha.

Henry, como quedó claro muy pronto, era un hombre de apetitos. No se cansaba de ella: en el dormitorio tras el trabajo, a veces incluso en la cocina mientras ella le preparaba el desayuno. Había llegado a sentirse desconcertada por sus arrebatos la primera semana tras haberse mudado juntos: había recibido educación sexual en la escuela, aunque nunca había ido más allá de besar a un chico, pero era obvio que esto era lo que significaba ser una esposa. Ella estaba allí para satisfacer sus impulsos y mantenerlo feliz, incluso si eso significaba hacer cosas que no quería hacer. Sin embargo, todo valía la pena por la forma en que él la miraba. Eso era lo que se decía a sí misma. A veces él le agarraba con las manos el pelo y sentía el tirón en la nuca demasiado fuerte. La inclinaba para dejarla caer sobre su brazo y la besaba con tanta fuerza que la dejaba sin aliento. Aunque él se pasara el resto de la noche ignorándola y ella revoloteara por toda la casa tratando de modo desesperado de averiguar qué había hecho para excitarlo antes, todo merecía la pena. Todo era lícito con tal de sentirse deseada, aunque fuera apenas por un momento.

Nunca había querido admitirlo, pero siempre había habido una parte de ella que disfrutaba de ser controlada. A Henry le gustaba saber dónde estaba en todo momento y con quién. Ella tenía ahorros de su trabajo como modelo, pero Henry se encargaba de las finanzas. No quería que ella continuase en su trabajo, no le gustaba que los hombres la miraran de esa manera, pero no tenía ningún reparo en gastar el dinero que ella había ganado. Cuando Beverley se enteró de los delitos de Henry, la conmoción y el asco acabaron convirtiéndose en algo completamente distinto: confusión, una sensación de estar a la deriva. ¿Quién era ella si no tenía ningún

hombre que la admirara? ¿Cómo debía actuar si no había nadie que moviera los hilos?

Un ruido la sobresalta y se incorpora de golpe en la cama con el pulso acelerado. Espera un rato para ver si se repite el ruido. Cuando lo hace, le resulta familiar: el sonido habitual de algo que se arrastra, el suave roce de un pequeño cuerpo que se frota con la pared exterior de su habitación.

Benjamin debe haberse puesto a andar sonámbulo otra vez.

Aparta las sábanas y, al hacerlo, nota que están húmedas por su sudor, y sale de la cama. Debe tener cuidado para no alarmar a su hijo, no debe despertarlo. Eso podía ser peligroso, es lo que había dicho el médico. Solo tiene que guiarlo de vuelta a la cama, arroparlo y esperar hasta que se calme.

El pasillo está oscuro, apenas lo ilumina el resplandor de la luna que se cuela por la rendija entre las cortinas. Distingue a Benjamin. Parece tan pequeño en pijama, con sus manitas, los dedos de los pies descalzos y los ojos abiertos pero incapaces de ver nada mientras deambula por el pasillo.

Beverley siente una punzada de culpa. Su madre sostiene que Benjamin camina sonámbulo porque lo ha perturbado la pérdida de su padre. Beverley nunca les ha contado ni a él ni a Audrey la verdad sobre los crímenes de Henry —esa es una conversación que tendrán cuando sean mayores—, pero saben que hizo algo malo y que ahora está castigado por ello, lo que se traduce en que Benjamin no puede verlo y Audrey nunca lo conocerá. Los niños mostraron mucha confianza en sus palabras cuando se lo contó. La miraban con los ojos muy abiertos y asentían con la cabeza, aunque ella sabía que debían de estar asustados por la conversación que se veían obligados a mantener. Benjamin empezó a caminar por las noches en cuanto cumplió cuatro años. Desde entonces se ha convertido en algo habitual, y es otra razón más para que la madre de Beverley la juzgue.

Se acerca a Benjamin y se inclina, coloca sus manos suavemente en sus hombros. Puede oler el champú de manzana en su pelo, ese

delicioso aroma de los niños somnolientos que le da ganas de abrazarlo y apretarlo fuerte. Pero no lo hace. Lo dirige de vuelta a su habitación y lo acuesta en la cama. Lo arropa, le besa la suave mejilla y cierra la puerta tras de sí.

Se queda un rato fuera de la habitación y contempla las escarpias en la pared de donde antes colgaban fotos de ella y Henry. También estaban allí expuestas sus fotos de modelo: Beverley con el equipo de pesca submarina y neopreno para Tampax, o con un vestido de encaje blanco espumoso para Clairol. Recuerda haberlas arrancado y luego tirarlas al suelo, el cristal roto en pedazos. Todavía no se ha decidido a reemplazarlas, y las manchas en la pared le recuerdan cada día qué fue exactamente lo que salió mal. Henry nunca estuvo muy orgulloso de su casa, pero era un hombre práctico y capaz, un manitas. Cuando lo encarcelaron, Beverley se encontró al frente de un hogar que no sabía muy bien cómo llevar. Dos semanas después de su detención, se fundió un fusible en el piso de arriba y la habitación de Benjamin quedó a oscuras. Tardó diez días en ir a la biblioteca a buscar el libro adecuado y averiguar cómo debía arreglarlo. Le daba demasiada vergüenza pedir ayuda a alguien.

Se dirige a la ventana del rellano para correr la cortina y mira a través del cristal, hacia las estrellas, y luego echa un vistazo al jardín delantero, tan cuidado como siempre.

Excepto que…

Hay algo ahí abajo.

Hay algo tendido en el césped, voluminoso y oscuro, algo del tamaño de… del tamaño de un cuerpo.

Se queda paralizada; la sangre se detiene en sus venas antes de ponerse en marcha y correr escaleras abajo con el sonido de su propia respiración, pesada y frenética, en el aire. Tira del aparador que está apoyado contra la puerta principal. Rechina al arrastrarlo por el suelo de vinilo, pero no le importa si despierta a los niños: tiene que salir para poder ver qué o quién hay en su jardín. Le tiemblan las manos al abrir la puerta y sale sin perder un segundo hacia la noche tranquila, hacia *esa cosa* que yace, bañada por la luz

de la luna, en el centro del jardín. Llega hasta ella y retrocede de inmediato. Luego se obliga a mirar mientras el horror sube desde lo más profundo de su vientre.

Es un cadáver. No es humano, sino animal. Un cerdo. El hocico es espantosamente blando y rosado. Tiene los ojos abiertos. La hierba que lo rodea está empapada de sangre.

Beverley siente que va a vomitar.

Mira a su alrededor, recorre con la mirada cada arbusto, cada hueco, cada sombra del jardín para descubrir a alguien escondido. Corre hacia la valla y echa un vistazo a la calle con la esperanza de encontrar a alguien que huye. Pero la calle está en silencio, los coches inmóviles.

Da un paso atrás de vuelta hacia el cadáver. Tiene que moverlo. No puede dejar que los vecinos lo vean. Repasa tan rápido como puede lo que necesitará: una lona, unos guantes, una pala grande. Mientras repasa la lista, no puede evitar pensar en el significado del animal. *Cerdos*. Un término despectivo para referirse a los policías. Su mente se dirige a los carteles que ha visto en algunas ventanas de sus vecinos, a los artículos de periódico que ha leído sobre las marchas contra la policía. ¿Alguien habrá visto entrar y salir de la casa a Roger? ¿Alguien sabe que se acuesta con el mismo hombre que arrestó a su marido? Piensa, por unos instantes, que incluso podría ser una amenaza para el propio Roger.

Sea lo que sea, piensa mientras observa la garganta degollada del cadáver, sabe que se trata de una advertencia.

Diecisiete

Las chicas de los grandes almacenes están más que agitadas. Corren por la tienda, enderezan las chaquetas Biba de los maniquíes, abrochan botones metálicos, se alisan el peinado frente al reflejo de su imagen en el escaparate. Se acerca septiembre y acaban de enterarse de que Broderick Arnold, *el mismísimo* Broderick Arnold de los grandes almacenes Arnold, está de camino para realizar su inspección de pretemporada, y ese hombre es más que exigente con el aspecto de sus tiendas.

Margot está detrás de la caja registradora, donde hojea una vieja revista *Vogue*. Echa un vistazo a las otras chicas, que revolotean como colibríes, y respira hondo. Se había despertado empapada en sudor esa mañana; las brasas de una pesadilla que no había tenido en mucho tiempo ardían en el aire bochornoso de la habitación. Stephen había aparecido en su sueño, extendía los brazos hacia ella, le arañaba desesperadamente la cara y gritaba su nombre. Lo había visto caer hacia atrás y alejarse de ella al precipitarse en una espiral de oscuridad. Era una pesadilla que había tenido durante meses después de que Stephen fuera, primero, arrestado y, a continuación, de lo que se hizo a sí mismo en la cárcel mientras esperaba el juicio. Nunca le había contado a nadie esa pesadilla, al igual que nunca le había contado a nadie que se había encerrado en el antiguo apartamento de su madre cuando todo sucedió, dedicada a anestesiarse con alcohol y analgésicos. No pudo pronunciar su nombre durante dos años enteros. Cada vez que lo intentaba se le cerraba la garganta y se le atragantaba cada una de sus letras. Pero eso nadie lo sabe.

Endereza los hombros. La pesadilla puede haber vuelto, pero no puede permitirse volver a aquel infierno. No se permitirá volver a ser tan débil.

Observa cómo una guapa dependienta utiliza ambas manos para tirar de los tirantes de su sujetador hacia arriba, con lo que levanta sus pechos hasta que los hace parecer unas balas. Margot también podría utilizar su pecho, supone, pero sabe que todo lo que necesita hacer para impresionar a Arnold, para impresionar a cualquier hombre poderoso, es respirar y mantener el contacto visual. Las mujeres en posiciones subordinadas, esas mujeres que trabajan en grandes almacenes propiedad de empresarios ricos, no suelen cruzar la mirada con hombres poderosos. A Margot le gusta retarlos, desarmarlos, ver qué sucede. Cuando lo hace, cree casi que puede ver el zumbido de los cerebros de los hombres dentro de sus cabezas. «¿Quién es esta mujer?», juraría que los ve pensar. «¿Quién demonios se cree que es? ¿Y qué sabe ella que yo no sé?».

Veinte minutos más tarde, Broderick Arnold atraviesa las puertas giratorias y los colibríes se dispersan. Sonríe y da una vuelta, saluda a todos —es un hombre de negocios, por supuesto que lo hace— y, cuando pasa junto a Margot, ella le clava la mirada y mantiene una expresión impasible.

Esto hace que él se detenga frente a su mostrador.

Inclina la cabeza con una sonrisa en los labios. Ella se fija en el corte de su traje, hecho a medida. Broderick Arnold nunca llevaría nada de lo que vende en sus tiendas.

Él levanta un dedo.

—Recuérdame tu nombre —le ordena.

Ella sonríe feliz de seguirle el juego ante las miradas curiosas.

—Margot Green.

Él da una palmada en el mostrador.

—Que tenga un día estupendo, señorita Green.

Minutos más tarde, ella se encuentra en una posición que le es más que familiar sobre el escritorio de su oficina, una en la que hunde la cabeza de él entre sus muslos.

No es el sexo en sí lo que le excita a Margot. Es el equilibrio de poder que el sexo facilita. Broderick Arnold es uno de los hombres más ricos de California, con múltiples negocios a sus espaldas, incluida esta tienda de moda, y, sin embargo, ella puede manipularlo con su cuerpo; le basta la mera *sugerencia* de su cuerpo, y es algo que ha hecho en muchas ocasiones. De vez en cuando, cuando se encuentran así, se pregunta si Broderick sabe quién era ella antes de llevar esta vida. Quizás sí, Margot nunca se ha escondido de la prensa. Hasta es posible que le resulte excitante. Los periódicos siempre la pintaban como una *femme fatale*, una seductora que utilizaba sus artimañas para atrapar a su marido en medio del acto de asesinar, algo totalmente inexacto, por supuesto. Pero a ella eso nunca le disgustó.

Estaba en su casa dedicada a emborracharse con un cóctel saltamontes tras otro cuando la policía vino finalmente a decirle que Stephen había sido arrestado. Aquello no la sorprendió, pero sí le molestó que los canales de noticias se hubieran enterado antes que ella. La cara de Stephen ocupaba ya todas las pantallas de televisión del estado. Cuando los detectives la sentaron en el costoso sofá de Stephen para decirle que había sido arrestado por el asesinato de ocho personas, el teléfono comenzó a sonar. Y no dejó de hacerlo durante las siguientes dos horas, hasta que uno de los detectives convenció a Margot de que lo desconectara de la pared. Antes de que se diera cuenta había llegado la prensa, pegaban las cámaras a la ventana y no dejaban de llamar a su puerta. Margot se levantó. «De veras le aconsejo que no haga eso, señora Green», le advirtió un detective. Pero Margot sabía que la única forma de sobrevivir a ese escrutinio era enfrentarse a él, así que abrió la puerta, se colocó el pelo detrás de la oreja y se plantó delante de ellos.

Cuando Arnold termina y Margot está saciada, enciende un cigarrillo y acepta un güisqui servido de un decantador de bohemia.

—¿Conoces a Mason Clarke? —le pregunta mientras exhala una bocanada de humo.

Arnold se ríe.

—Nunca has sido muy dada a la charla trivial, ¿verdad, Margot?

—¿Y tú?

Ella inclina la cabeza y sonríe.

Arnold da un sorbo a su vaso.

—Claro. No lo conozco, pero ayudamos a financiar algunas de sus películas. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Crees que podrías presentármelo?

—¿Debería ponerme celoso? —bromea él, y mastica el hielo entre los dientes.

—Sabes que solo tengo ojos para ti, señor Arnold.

Deja el vaso sobre la mesa y se vuelve hacia ella con expresión seria.

—¿De qué se trata?

—¿A qué te refieres?

—Clarke. He oído algunas cosas sobre él. Nada bueno.

Da otro sorbo.

—¿Y?

—¿Estás segura de que quieres entrar en contacto con eso?

—Solo quiero sondearlo sobre algo.

—Hum.

Sonríe con recelo.

—No me cuesta nada imaginarte en la pantalla, esa cara, esas piernas.

Se acerca a ella y ella le deja hacer.

—Le diré a mi asistente que os ponga en contacto.

Le pasa los dedos por el tobillo, recorre el contorno del músculo de la pantorrilla.

—Pero Margot…

Ella arquea una ceja.

—Ten cuidado, ¿vale?

—No se preocupe, señor Arnold.

Le aparta la mano y se levanta. Debe volver a la tienda.

—Puedo cuidar de mí misma.

—No lo dudé ni por un momento.

Levanta su vaso.

Dieciocho

Beverley había quedado con sus amigos en el bar del Monument Hotel a las dos en punto. Pero son las dos y veintidós y ella está frente a la puerta del vestíbulo con el cuello empapado en sudor, sin poder avanzar, no por impuntualidad o reticencia, sino por los cientos de manifestantes que desfilan frente a ella.

Mientras los cuerpos pasan a su lado, ella observa y se fija en sus pancartas, sus gritos, sus apasionados cánticos. Las noticias han estado últimamente llenas de manifestaciones como esta, por lo que alcanza a recordar. Algunos de sus vecinos de Berryview tienen carteles en las ventanas para mostrar su apoyo. Le sorprende que Elsie no esté aquí también para tomar notas, hacer preguntas o, incluso, para llevar ella misma una pancarta.

¡BASTA DE BRUTALIDAD POLICIAL!, reza un gran cartel sostenido por varias personas. Alguien levanta un megáfono y grita: «¡Alto a la violencia! Igualdad de derechos para todos. Basta de brutalidad policial. Ya».

La multitud estalla en vítores y Beverley siente cómo su rostro se ruboriza. ¿Podrían verlo? Se preguntó. ¿Podrían ver en su rostro las marcas de su relación con Roger?

No podía quitarse de la cabeza la imagen de la carne rosa del animal. Pensaba que era una advertencia, quizás una burla. Solo podía estar dirigida a ella, pero aún no sabía quién la había dejado y no podía contárselo a Elsie ni a Margot. Ellas no tienen ni idea de su lío con Roger. Nunca lo entenderían.

Beverley nunca había pensado mucho en el papel de la policía hasta que esta irrumpió en su vida como una avalancha. Cuando era

más joven incluía a los policías en la misma categoría de los profesores o los médicos: seres que operaban en un plano benévolo, como fuerza del bien, el tipo de personas que viven según un estricto código moral, pero eso ha cambiado de un tiempo a esta parte. Nunca ha tenido noticias de que Roger, ni tampoco los demás agentes de su comisaría, fueran racistas o crueles, pero hay muchas cosas de su trabajo que nunca llegará a conocer. No es su esposa, ni una colega. Roger se extiende en conversaciones acerca del movimiento por los derechos civiles. No discuten los titulares de los periódicos sobre la corrupción policial, los prejuicios o la violencia contra las minorías. Él no se deja llevar cuando ella le pregunta por el asesinato de otro activista, o por los enfrentamientos entre manifestantes y policías, las detenciones violentas, los rumores de corrupción, el supremacismo, la violencia.

Su atención regresa de repente a la multitud porque descubre allí algo familiar. Es un rostro que reconoce, uno que despierta algo extraño en su interior. Él está frente a ella apenas durante unos segundos, con su propia pancarta, pero en silencio, con la mirada fija al frente. Es Christopher Appleton, el nuevo vecino de la casa al otro lado de la calle, el número cuarenta y cuatro. Está segura de que es él. No deja de vigilar su nuca mientras se aleja arrastrado por la multitud. Nunca habría imaginado que alguien como él participaría en una protesta como esta. Se le revuelve el estómago. ¿Qué más no sabe sobre su nuevo vecino?

La protesta finalmente se disipa y ella logra cruzar la calle hacia el hotel.

Dentro, el aire acondicionado está a toda potencia, por lo que el contraste con el bochorno de finales de julio de afuera es chocante. El restaurante está decorado como una especie de estación espacial. Del techo cuelgan luces que imitan el Sputnik, las paredes están revestidas con papel plateado con unos patrones geométricos. Las sillas y las mesas son de acero inoxidable cromado. Todo el entorno le recuerda a los astronautas de la NASA que vio en las noticias, lanzados a lo desconocido en lo que debe parecer poco más que una

lata ardiente que atraviesa el universo salpicado de estrellas. ¿Qué es lo que verán desde allí arriba cuando miren hacia abajo, hacia la tierra marmolada de tonos verdes y azules, con sus días marcados por la fluida y repetida salida y puesta del sol, su luna vigilante, llena de cráteres e irreal, que no para de hacerse grande en las escotillas a la espera de recibir los pasos de los seres humanos? Por un breve instante, siente envidia. Quizás la vida sería fácil allí arriba, por encima de la fuerza gravitatoria de la Tierra, con un cuerpo ingrávido reducido a sus funciones básicas: dormir, comer, excretar. Sin Henry. Sin pesadillas. Lejos de la pesada carga de las experiencias que ha atravesado en esta vida.

—Oye, ¿no eres la chica del anuncio de la leche desnatada?

Margot llama su atención con un tono bromista y Bev vuelve a centrar su atención en la tierra firme.

—No te preocupes. Aún no hemos empezado.

Mientras se sienta, y nota el metal inquietantemente frío en sus muslos, ve que Margot y Elsie han venido cada una con sus notas. De inmediato se siente innecesaria. Ambas han investigado las pistas de los casos de asesinato. ¿Qué ha aportado ella aparte de unas cuantas preguntas nerviosas a Roger? No puede contarles su visita a San Quintín. Se enfadarían mucho si supieran que ha estado en contacto con Henry. Tampoco puede contarles lo del cadáver en su jardín. Parece que ha llegado con las manos vacías.

—Bloody Mary —pide Margot.

Apenas unos instantes después la bebida está ya sobre la mesa. Se inclina hacia Beverley, le agarra la muñeca y le pone el vaso en la mano.

—Bebe.

Margot siempre ha parecido tan segura de sus movimientos, exhibe una confianza que pareciera eludir a la mayoría de las mujeres. Cuando se conocieron, a Beverley le sorprendió lo táctil que se mostraba Margot; no dudaba en agarrarle la rodilla o en dejar que sus hombros se rozaran. La madre de Beverley rara vez la tocaba, ni siquiera cuando era niña. Nunca le trenzaba el pelo ni le

pasaba la esponja por la piel cuando la bañaba. La de Margot, como es obvio, sí lo hacía. Otros podrían mirar a su amiga y ver a una chica fiestera, alguien frívolo y superficial, pero Beverley siempre ha admirado su capacidad para conectar rápidamente con cualquier tipo de persona, de cualquier condición social. Su sonrisa conquista a la gente, y su modo de guiñar un ojo resulta siempre natural. La gente se inclina hacia ella, la toca, como limaduras de hierro que se precipitan hacia un imán.

La bebida apenas ha tocado los labios de Beverley cuando Margot se lanza a hablar de Diane Howard Murray. Beverley se esfuerza por imaginar a su glamurosa amiga dedicándose a deambular por un parque de caravanas con su pañuelo en la cabeza y sus zapatos de tacón de punta. La imagen casi le divierte, pero a medida que Margot continúa contándoles detalles sobre la abuela de Diane, Pearl, y lo que ha averiguado sobre la vida de su nieta, Beverley no puede evitar sentirse impresionada. Margot es perspicaz, inteligente y más valiente de lo que Beverley podría haber imaginado jamás. Les cuenta los detalles de la escena del crimen, cómo estaba vestida Diane, con una gabardina, y de qué modo el asesino se esmeró en armar una escena para el cadáver poniéndole un liguero negro y colocándola de tal modo que aquello pareciera una exposición.

Elsie les dice que Hunter ha aceptado publicar una pequeña noticia sobre el brazalete perdido de Cheryl Herrera. Patti tuvo que dar la cara y le contó el cuento de que había recibido el soplo de uno de sus antiguos colegas, Dom Roachford.

—Así que, entonces —continúa Elsie y a la vez abre su cuaderno— intentemos pensar de otra manera. ¿Qué tipo de persona cometería estos crímenes?

Margot gira en su asiento y comienza a enumerar como si respondiera a la pregunta de un concurso.

—Novios. Padres. Parientes cercanos masculinos. Amigos varones que quieren ser algo más, siempre los primeros candidatos.

—Bueno, puede ser que lleves razón, pero nuestros maridos mataron a personas que no conocían —replica Beverley. —Y estos

asesinatos no se parecen a los que cometen los familiares.

Piensa en Roger, en cómo estaba convencido de que no se trataba de disputas domésticas.

Margot frunce el ceño derrotada.

—Emily Roswell ni siquiera tenía novio —añade Elsie—. Eso es algo que sabemos. No salía con nadie, al menos que sus padres supieran. Y el padre tiene coartada, confirmada por su trabajo. Lo mismo ocurre con el padre de Cheryl, y su familia sostiene que ella tampoco salía con nadie. No ha habido rupturas recientes. ¿Sabemos si Diane tenía novio?

Margot niega con la cabeza.

—Vale, quizá un desconocido —admite—. Pero ¿por qué? ¿Y no deberíamos considerar, aunque sea como posibilidad, que se trate de una mujer? No tiene por qué ser un hombre.

—Tiene que ser un hombre —dice Elsie con rotundidad—. Es un hombre.

—No, pero ¿no está el caso de esa mujer torturadora? —pregunta Margot—. Uf. ¿Cómo se llamaba…?

—Gertrude Baniszewski —dice Beverley en voz baja.

—Esa es. Torturó a esa chica, a una adolescente. La mató. Podría tratarse de una mujer.

—Baniszewski era una anomalía —dice Elsie con evidente impaciencia—. Las mujeres no matan. No de este modo.

—Bueno, quizá sí, pero aún no lo sabemos —argumenta Margot—. Quizá nos cerramos a considerar la posibilidad de que acaso sea una mujer porque no les reconocemos a las mujeres —no nos damos a *nosotras mismas*— la capacidad de hacerlo.

—*Yo* sí que reconozco mis capacidades —casi aúlla Elsie de repente, y Beverley se estremece ante ese arrebato tan poco habitual en ella—. Reconozco mis capacidades y mis méritos, entre otros los de no matar a la gente. De hecho, me resulta muy fácil no matar a la gente, Margot.

Los comensales de las mesas de alrededor empiezan a mirar, estiran el cuello para tener un mejor punto de vista. Beverley sabe

que tiene que volver a encauzar la conversación para evitar que pase a ser una discusión en toda regla.

—Bueno, lo que resulta obvio es que, como mínimo, tiene un coche —sugiere—; es posible que tenga acceso a varios vehículos.

—Correcto. —Por fortuna, la frustración de Elsie parece haber remitido—. Lo cual encajaría con el tipo que vi en la vigilia.

—Debe de estar en buena forma —añade Margot—. Consiguió alcanzar a Cheryl. Una atleta universitaria. —Da otro sorbo a su bebida antes de continuar—. Y tiró a Emily Roswell al lago. Es probable que capturase a Diane, la matara en algún otro lugar, y luego tuvo que trasladarla al callejón. Esto no lo puede haber hecho un hombre viejo y frágil. Creo que a quien buscamos es a alguien joven.

—No necesariamente joven —dice Beverley—, pero seguro que tiene menos de sesenta años.

—¿Tenemos alguna estadística contrastada? ¿Qué edad suelen tener, si existe un promedio, los asesinos? —pregunta Margot.

—Tenemos algo de documentación al respecto en el trabajo —responde Elsie—. Por lo que dicen, la mayoría de los asesinos en serie están en torno a la treintena, y más de la mitad de sus víctimas son más jóvenes que ellos, así que menores de treinta años.

Todas asienten con un movimiento de cabeza, se miran las unas a otras, comparan estos hechos con sus propias experiencias, con las personas que mataron sus maridos, para ver si cuadra.

—Bueno, esto encaja —concluye Beverley al fin—. Especialmente en tu caso, Elsie. Albert tenía exactamente treinta y cinco años cuando lo encerraron en San Quintín. Y Henry treinta y seis.

—Quizás alguien que parezca de confianza —sugiere Elsie—. ¿No decían que el estrangulador de Boston se hacía pasar por un reparador de electrodomésticos o por un conserje? Por eso las mujeres lo dejaban entrar en sus apartamentos. ¿Es posible que nuestro tipo haga lo mismo?

—Qué psicópata. —Margot saca sus cigarrillos.

—¿Sabemos algo más sobre otros datos demográficos?

—Solo que, en su gran mayoría, estos asesinos son hombres blancos —dice Elsie—. Al menos en los casos que los periódicos se molestan en publicar.

—Ah, los hombres blancos, los intocables del mundo. —Margot da una calada a su Lucky Strike—. ¿Y por qué lo hacen?

Beverley imagina una habitación rosa, alargada, los taburetes, el cristal… La mirada de Henry abrasándole la piel.

—¿Alguna vez le preguntaste a Stephen? —pregunta Elsie.

Beverley agradece no ser el foco de atención.

—Sí —admite Margot—, la última vez que lo vi antes de que… —Hace un gesto con la mano—. ¿Sabes lo que dijo? —Las mira a ambas—. Dijo que estaba *aburrido*.

Elsie suelta el aire que tenía guardado, sorprendida.

—¿Podéis creerlo? Dijo que había comenzado a aburrirse de la política, que necesitaba un reto.

Beverley bufa con disgusto.

—Era demasiado inteligente incluso para sí mismo —admite Margot —. Por eso se comportaba con esos aires de superioridad en todo momento. Se creía mejor que los demás. Pensaba que se merecía el poder que le daba la política, porque la gente simplemente *necesitaba* que él les dijera qué hacer.

—Vale —dice Elsie pasados unos segundos—. Aburrimiento, por lo tanto. Es extraño, pero lo pondré en la lista. ¿Qué otras razones hay? ¿Qué más lleva a los hombres a cometer asesinatos en masa? ¿Por qué matan?

—¿El dinero? —Margot exhala el humo por la comisura de los labios.

—Ganancias económicas —Elsie asiente y lo anota—. Pero estas chicas eran estudiantes universitarias, modelos a tiempo parcial, poco más que niñas. No tenían dinero. Bev, ¿has observado algún patrón en lo que se refiere a los motivos en los recortes que recopilas? ¿Alguna cosa en las cartas que te ha escrito la gente?

Beverley frunce el ceño por un momento y luego asiente.

—Hay algo, pero no estoy segura de que sirva de ayuda.

Elsie sostiene el bolígrafo en alto, a la espera.

—Bueno, cuando revisas artículos sobre asesinos, tanto de aquí como de otras partes del mundo, como el «Llamador nocturno de Australia» o el «Vampiro argentino», dicen que lo hicieron solo por puro placer.

—Genial —Margot da otra calada.

—La emoción, la lujuria, el poder… Es porque les hace sentir bien.

—Pero no puede ser solo eso —argumenta Elsie—. Si fuera solo por la emoción, seguramente lo haría de modo indiscriminado, mataría cuando se le presentara la oportunidad sin más, algo instintivo para satisfacer un impulso.

—Mm-hum —dice Margot—. Entrar y salir.

—Tiene que haber algo más, porque los detalles son muy específicos —continúa Elsie—. No creo que ninguno de nuestros maridos pensara tanto en las personas a las que mataban o en la imagen que pudiera ofrecer todo el asunto como lo hace este tipo.

—Desde luego, no estaban tan coordinados. —Bev se inclina, baja la voz—. Henry utilizaba armas diferentes, pero no creo que fuera algo intencionado. Simplemente utilizaba lo que encontraba. Creo que para él se trataba más bien del impulso de matar.

Su corazón se acelera, como siempre que se enfrenta a la horrible realidad de los crímenes de Henry.

—El atizador —dice Margot con delicadeza.

—Creo que Albert se volvió perezoso en lo que se refiere al método. —Elsie menea la cabeza. —Debió de dedicar mucho tiempo a pensar en cómo borrar sus huellas, cómo deshacerse de todo, cómo evitar ser atrapado, hasta que…

Deja la frase en el aire. Beverley sabe que se refiere al cadáver que encontraron en la casa de Elsie y Albert, en el sótano: Lucy Glass, una de sus alumnas. La había seguido hasta un callejón con una cuerda.

—Así que este tipo trata de enviar un *mensaje*, además de obtener lo que sea que le proporcione el hecho de matar. De lo contrario, ¿por qué tomarse todas esas molestias con los detalles? Debe

requerir planificación: armas específicas, lugares, palabras, incluso ropa. Pero ¿por qué?

Las mujeres se miraron entre sí perplejas.

—¿Qué hay de los asesinos famosos? —sugiere Margot—. Lee Harvey Oswald, ¿por qué lo hizo?

—Lee Harvey Oswald era esquizofrénico —despacha Elsie sin darle más vueltas.

—¿De verdad? —pregunta Beverley—. Creía que solo era un ególatra.

—Eso si aceptamos que JFK está realmente muerto. —Margot levanta las manos como si la enfrentaran a una realidad irrefutable —. Solo digo…

—Por el amor de Dios, Margot, dime que no has dicho eso.

Elsie se gira en su asiento para alejarse de Margot y darle la espalda, mientras esta da una calada más larga de lo habitual a su cigarrillo.

—Bueno —Elsie se queda así durante unos segundos; luego, con gesto obstinado vuelve a girarse hacia la mesa—. Así que lo más probable es que sea un hombre de unos treinta y cinco años, blanco, con acceso a un coche y buen estado físico. —Repasa las notas que ha tomado—. Puede que tenga interés en sectas o algún tipo de afinidad religiosa, y sus asesinatos tienen un carácter ritual, un cierto parecido a los del estrangulador de Boston. Probablemente no mata por dinero, dado el perfil de sus víctimas, y yo indagaría acerca de si lo hace por placer o por otras razones emocionales, como la ira o la lujuria. Creo que debe ser alguna cosa diferente.

—Un motivo anormal —añade Bev.

—¿Anormal? —pregunta Elsie.

—El motivo de sus asesinatos es algo oscuro, escapa de lo normal.

—¿Alguna vez es normal? —Margot vacía su vaso.

—Motivo anormal —anota Elsie—. Y tenemos motivos para creer que vive o trabaja cerca de la 101.

—Un hombre blanco con coche. —Margot suspira—. ¿No se supone que eres buena en esto, Elsie? —Da unos golpecitos en la mesa—.

Como si fuese un rompecabezas o algo parecido. ¿Hay unas reglas para resolverlos?

—Siempre hay que empezar por lo obvio —responde Elsie con aspereza.

—Bueno, como he dicho, es *obvio* que está loco.

—Hay otras cosas que deberíamos buscar. —Beverley sabe que las tres se sienten frustradas, pero seguro que pueden hacerlo mejor—. Cosas que no encontraremos en los libros ni en los periódicos, sino cosas que *nosotras* sabemos, como cambios de comportamiento. ¿Notasteis algo extraño en Albert y Stephen en los días previos a los crímenes? Porque Henry podría ser…

Beverley titubea. Le cuesta admitirlo, pero aún siente una inquietante culpa cuando habla así de Henry, como si al hacerlo lo traicionase. Sabe que nadie, ni siquiera Margot y Elsie, podría entender lo que se siente al estar casada con dos personas diferentes, al tener la sensación de que tuvo un pasado con un buen hombre —un gran padre, un gran trabajador, un amigo—, pero que él se fue, sin más, y en su lugar apareció un impostor que provocó que el mundo a su alrededor se derrumbara.

—Continúa —la anima Elsie.

Beverley respira hondo.

—Podía ser muy controlador.

—Eh, eso no es ninguna novedad —dice Margot, y Beverley pesca a Elsie cuando le lanza una mirada de advertencia.

—Empeoró —añade—, periódicamente, como si fuera un ciclo.

—¿Qué quieres decir?

—Era como si tuviera todo un edificio lleno de gente dentro de él. Había momentos en los que parecía más inquieto, más irascible, más… —Aún le cuesta decirlo—. Más violento.

—¿Te hacía daño a menudo? —pregunta Elsie en voz baja.

—En cierto modo, sí. —Piensa en las pinzas de barbacoa ardientes, en las manos alrededor de su garganta, en los pulgares que apretaban durante el sexo—. A veces parecía tan *frustrado*, casi ansioso, como si se tratara de castigarme por no poder darle lo que

tanto necesitaba.

Elsie asiente con calma para alentarla.

—Luego, a veces, era como si quisiera encerrarme en una jaula, *obligarme* a quedarme en casa. Hubo una vez… Bueno…

Se queda callada.

—Bev, estamos juntas en esto —dice Margot—. Nada de lo que puedas decir va a sorprendernos.

Beverley traga saliva y continúa con renuencia.

—Un día me dijo que me quedara en casa. Básicamente me lo ordenó. Cuando lo pienso ahora me pregunto si era su forma de intentar mantenerme a salvo, a salvo de él. Pero no podía hacerlo. Mi amiga Sandie estaba en la ciudad para el funeral de su padre y le dije que la ayudaría a comprar un vestido. Pensé que Henry lo entendería.

—Supongo que te equivocaste.

—Nos siguió —Beverley aprieta los puños que cuelgan a los lados de su cuerpo— en el coche. Luego, cuando nos alcanzó —traga saliva—, aceleró a fondo y el coche se nos echó encima; nos metió en la acera de la embestida, como si hubiera perdido el control del volante.

—Dios mío.

—¿Os hizo daño?

—Sandie se rompió una pierna. —Niega con la cabeza, y lo hace con frenesí—. Se perdió el funeral. El funeral de su propio padre.

—¿Fuisteis a la policía?

—Henry dijo que había sido un accidente, que se le había atascado la palanca de cambios. Parecía muy afectado en ese momento.

—Pobrecito. —Margot arquea una ceja.

—Luego, aquella misma noche estuvo fuera hasta tarde. Supuse que habría ido a beber para calmar los nervios. Yo ya estaba en la cama cuando volvió. Debían de ser las dos o las tres de la madrugada. Pensé que olería a alcohol, pero solo olía a jabón. Tenía el pelo mojado. Se había duchado.

—Eso lo explica todo —dice Elsie con una sonrisa forzada.

—Sin embargo, al día siguiente —sigue Beverley— era otra persona: me besaba en la mejilla, sonreía, reía. Parecía… más ligero, satisfecho, como si le hubieran sacado una muela que le dolía.

—Aquella noche había matado, ¿verdad? —pregunta Margot.

—Carol Waterford —responde ella—. Me dijo que solo se había quedado a tomar unas copas con unos amigos en un bar.

Se hace un silencio sepulcral.

—Entonces, ¿crees que este tipo podría mostrar signos que evidencien sus asesinatos? —pregunta Margot—. ¿Crees que alguien cercano a él podría darse cuenta de lo que sucede si tuviera la información adecuada?

—Creo que es posible. —Beverley asiente con la cabeza—. Una esposa, un amigo, una hermana… podrían reconocer estos comportamientos. ¿Notaste algún cambio en Stephen? ¿En Albert?

Ella mira a ambas.

—Stephen era un camaleón —responde Margot—. Siempre estábamos rodeados de gente, en fiestas, mítines, lo que fuera, así que era difícil darse cuenta. ¿Y Albert?

Elsie reflexiona y frunce el ceño.

—Estaba esa *mirada* —dice—, esa mirada que de vez en cuando descubrías en sus ojos. Vidriosa. Como si su cuerpo estuviera allí, pero su mente estuviera ocupada con otra cosa.

—¿Su trabajo?

—No. Había otras cosas. —Elsie frunce el ceño—. Encontraba esas revistas escondidas debajo de la cama.

—Ah. Ya estábamos tardando —dice Margot con entusiasmo—. La etapa de las revistas porno.

—Pero no eran obscenas sin más. Aquello era impactante. Violento. Ahora soy capaz de verlo, pero entonces no sabía en realidad lo que tenía delante de mis ojos. Albert era el único chico con el que… —Hace un gesto con la mano—. Me convencí de que significaba que necesitaba más de mí, ya sabéis, en la cama.

—Nos suena. —Margot asiente.

—Así que lo intenté, pero él no podía… llegar hasta el final. Llegó a

decirme incluso que él no era una persona muy sexual.

Beverley se burla.

—¿Qué tipo de persona asexual tiene esas revistas?

—Así que tenemos este tipo de presión violenta, las perversiones sexuales, la mirada que aparece en sus ojos. ¿De verdad eso nos puede ayudar a atrapar a este tipo? ¿Qué hacemos, preguntar a todas las mujeres de California si su marido tiene una pila de revistas porno detrás de la cisterna? —recapitula Margot.

—*Sí que puede* ayudarnos —argumenta Elsie—. Estoy segura. Pero ¿qué es lo que sabemos en este momento con certeza? Margot, ¿le preguntaste a la familia por las cartas que Diane Howard Murray le había escrito desde hace un tiempo a ese tipo del cine?

—Pearl no parecía saber nada al respecto, pero moví algunos hilos y conseguí una invitación para una fiesta que da él esta noche. Pensé en rociarme un poco de Diorissimo y practicar lo de la investigación como infiltrada.

Beverley se remueve en su asiento. Hay algo que le ronda por la cabeza, algo sobre Diane.

—Pearl dijo que Diane había trabajado para una empresa de limpieza, ¿verdad? —pregunta—. ¿Te dijo cómo se llama? ¿O dónde está?

—Hum. —Margot frunce los labios—. Nada concreto, pero sí que quizás esto sirva de algo.

Coloca un sobre en la mesa y saca de él varias fotografías, que coloca entre ellas.

Diane Howard Murray es una mujer despampanante. Incluso en una fotografía, tiene el tipo de ojos grandes y claros que parecen escrutarte el alma.

—Un momento…

Margot las revisa; luego escoge una y se la entrega a Beverley.

—Creo que tiene un logotipo en el mono. Pero no he podido leer el nombre.

Beverley la estudia, pero el logotipo es tan pequeño que tampoco consigue distinguir el nombre.

—Espera.

Beverley levanta la vista y ve a Elsie volcada sobre la mesa; mira fijamente la fotografía.

—Déjame ver.

Le da la foto y ambas observan cómo Elsie entrecierra los ojos y luego abre la boca lentamente.

—¿Qué pasa? —pregunta Margot.

Beverley se inclina para acercarse.

—El logotipo —responde Elsie, y busca en su cuaderno—. Lo he visto antes.

Diez días desaparecida

Mis días aquí abajo están marcados por los sonidos de la vida cotidiana que continúa, el tiempo que pasa, las cosas que siguen como siempre a pocos centímetros por encima de mi cabeza.

Diez repiques de la campana del repartidor de periódicos.

Diez oleadas ascendentes del coro matutino de los pájaros.

Diez ladridos del perro del vecino cuando llega el cartero con su bolsa.

He perdido la cuenta de los pasos, suenan tan cercanos y al mismo tiempo tan lejanos… De las ocasiones en las que he oído una risa lejana y me he preguntado si podría hacer sonar este tubo con suficiente fuerza como para llamar su atención, si podría usar el poder de mi mente para hacerles saber, para que *cualquiera* supiera que estoy aquí retenida.

He dedicado horas a evaluar cómo podría escaparme. Qué podría usar como arma si pudiera liberar mis manos. Si en el caso de que rompiera una ventana, podría gritar lo suficientemente fuerte, vencerte.

Lo que más me aterroriza no es lo que puedas hacerme a continuación. No son las bridas que atan mis muñecas. No es la forma en que me veo obligada a hacer mis necesidades en un cubo, encorvada, vigilada como un animal. Sino esta absoluta impotencia. La pérdida de todo el control que una vez tuve.

Si salgo de aquí, si sobrevivo… No: *cuando* haya sobrevivido, no olvidaré jamás este sentimiento. Cuando me cepille los dientes, cuando elija cada mañana qué voy a ponerme, cuando busque el pintalabios en el tocador y lo aplique lentamente por mi arco de

Cupido, recordaré que no te dejé ganar. Me recordaré a mí misma, cada día, que no fuiste capaz de derrotarme.

Diecinueve

—Oh —Patti mete los pulgares en los bolsillos de sus pantalones acampanados, se inclina para inspeccionar la fotografía más de cerca. Dirige su atención al boceto que Elsie ha dibujado apresuradamente en un papel tras el velatorio de Cheryl Herrera y levanta la vista hacia ella—. El mismo logotipo.

—El mismo logotipo. —Elsie asiente con entusiasmo.

—¿Y eso qué nos dice? —Patti se pone de pie y mira fijamente a Elsie, como si le estuviera lanzando un desafío.

—¿Que el mismo tipo asesinó a Cheryl Herrera y a Diane Howard Murray?

Elsie odia la debilidad de su propia voz, pero hay algo en Patti que le tensa las cuerdas vocales.

—Es un poco aventurado. —Patti inclina la cabeza—. ¿El mismo logotipo en el mono de Diane y en la furgoneta del tipo de la vigilia, y ya tenemos a nuestro hombre?

—Lo sé. Lo siento —gime Elsie—. Solo pensé…

Patti sonríe ahora, observa con calma cómo tartamudea. Elsie siente que se le enrojecen las orejas. Hay algo en Patti que hace que Elsie se sienta ridícula: esa fortaleza mental, esa confianza fría que la mantiene imperturbable cuando otros podrían tropezar y hablar más de la cuenta, pero Elsie también sabe que hay algo que la envalentona cuando está con Patti, y de un tiempo a esta parte incluso se descubre actuando de una forma que casi no llega a reconocer.

—No, no te disculpes. Solo haz una pausa —la anima Patti—. Ve despacio. —Patti alcanza el paquete de cigarrillos que hay sobre su escritorio—. Yo trato de ayudarte a resolverlo. —Saca uno de la cajetilla—. Cuéntame lo que sabes. Cuéntame los hechos.

Elsie respira hondo y le cuenta todo lo que habló con Beverley y Margot en el hotel el día anterior.

—Tenemos que averiguar quién es el dueño de esta empresa —concluye.

—Estoy de acuerdo. —Patti asiente con la cabeza—. Creo que tenemos que visitar a mis viejos amigos Greaves y Bale.

—¿Greaves y Bale?

—A mí me gusta llamarlos Tweedledum y Tweedledee. —Patti se reclina, apoya la cabeza en las manos—. Son los detectives asignados a homicidios. —Patti suena más animada—. Te interesa mucho este caso —dice con el cigarrillo entre los labios.

No es una pregunta. Patti no hace preguntas.

Elsie se detiene. Se trata de un territorio desconocido, una conversación como esta, después de horas en la oficina, con alguien que ha decidido pasar su tiempo con ella.

—Es algo con lo que estoy familiarizada. —Las palabras salen solas.

Patti no responde. Sus ojos permanecen fijos en los de Elsie.

—Algo pasó en mi pasado, algo malo, alguien malo.

Al principio solo fue un ligero olor a algo rancio y animal, un olor en la casa parecido al de la carne en mal estado. Las cosas con Albert habían estado un poco difíciles. Ella había tratado de satisfacer sus necesidades desde que se casaron, desde que él sufrió la ignominia de ser despedido de su puesto de profesor en la escuela secundaria. Ella era la razón por la que él había perdido su trabajo y, por lo tanto, era su deber darle lo que quería y cuando lo quisiese; ser una buena esposa. Pero se sentía frustrada por una constante sensación de fracaso.

En la cama Albert había asumido el papel de profesor desde el principio. Elsie seguía sus instrucciones obedientemente. Nunca había estado con un hombre y, al principio, la piel blanduzca y el vello corporal de Albert le resultaban repulsivos. No se parecía a los chicos que había visto en las revistas, con la piel inmaculada y musculosa. Pero no se suponía que ella debiera disfrutar. Era su

esposa. Aquel era su trabajo, a fin de cuentas.

Albert se frustraba cuando su cuerpo no hacía lo que se suponía que debía hacer. Era entonces cuando Elsie lo veía realmente enfadado. Algo cambiaba en sus ojos y la empujaba, a veces con tanta fuerza que ella acababa fuera de la cama, en el suelo. Hubo una ocasión en la que se cayó y al hacerlo se golpeó la cabeza contra la pared. Dejó en el muro una marca sangrienta, con forma de pelota de tenis, que nunca arreglaron. Era en esos momentos cuando ella sabía que había fracasado. Que no era suficiente para él. Que no tenía la apariencia adecuada. Que *algo* estaba haciendo mal.

Así que intentó mejorar en otros aspectos. Estaba acostumbrada a ser una alumna brillante. Le desorientaba y le confundía rendir por debajo de sus posibilidades. Decidió enfocarse en la cocina, en cocinar bien. Si conseguía dominar los fogones, quizá Albert la encontraría atractiva en la cama y su cuerpo funcionaría. Empezó con guisos y estofados, carnes jugosas y espesas salsas. Luego pasó a los pasteles, con el recuerdo de cómo su madre los hacía todos los domingos. Repasó de cabo a rabo el libro de recetas de McCall's, aprendió a colocar la masa para conseguir un entramado, a pinchar la parte de arriba con un tenedor, a dejar que soltase el calor para llenar su diminuta cocina.

Llevaba un par de meses enfrascada en su rutina cuando apareció el olor extraño.

Miró dentro de la nevera y detrás del horno. Quizás al limpiar se le había pasado algo. Tal vez se había muerto un ratón debajo. Desaparecería con el tiempo, pensó. Seguiría cocinando para que así el hedor quedase enmascarado hasta que desapareciera.

Pero cada mañana, cuando se despertaba, el olor era más intenso. Lo intentó todo: ambientadores, popurrí, innumerables frascos de perfume. Cuando le preguntó a Albert si él lo olía, él frunció el ceño, olfateó y negó con la cabeza.

Hasta que un día, cuando regresaba de la tienda con las bolsas a punto de reventar, algo la detuvo en la puerta. El olor. Estaba allí, y era tan penetrante que era imposible no notarlo. *¿Cómo* podía Albert

decir que él no lo notaba? A menos que se tratase de un problema suyo, quizás su cerebro. Su padre olía cosas raras de vez en cuando, gas y carne quemada. Al menos lo hacía cuando tenía uno de sus momentos.

Volvió a olfatear. Parecía intensificarse cerca del hueco bajo la casa donde estaban montadas las instalaciones. Había marcas de que se había removido el terreno. Un mapache que se hubiera colado y muerto dentro al no poder salir. Eso explicaría ese hedor espantoso.

Elsie miró hacia la calle. Albert siempre le había dicho que no se acercara a los bajos de la casa. Había productos químicos fuertes allí abajo, eso le había dicho. Podría ponerse enferma.

A pesar de todo, dejó la compra a un lado y se agachó junto a la portezuela de acceso. Había comprado naranjas y una piña para hacer una ensalada de frutas, por lo que tuvo cuidado de que no se cayeran y se pudieran estropear. Se quitó los zapatos de tacón, los que le gustaban a Albert, y los dejó junto a las bolsas de la compra. Luego se agachó para quitar la tapa del acceso. Allí abajo el olor era mucho más intenso. Había tan poca luz que deseó haber buscado una linterna, pero no iba a retroceder ahora y arriesgarse a que alguien la viera así. Tampoco quería que Albert supiera que había husmeado en los bajos de la casa. Tenía que ser rápida y borrar sus huellas. Así que se arrastró hacia dentro, sin dejar de combatir el asco mientras el hedor se le pegaba a la piel y se colaba en cada pliegue de su ropa. Sabía que estaba poniendo perdida la falda a la altura de las rodillas, pero algo indefinible la impulsaba a seguir adelante, a arrastrarse cuanto fuera preciso.

Y fue entonces cuando lo encontró allí.

Algo hecho de carne, si bien ya indiscernible, encogido y rígido en un rincón de aquel espacio, iluminado de forma extraña y hermosa por la luz que se filtraba a través del panel de acceso. Elsie contuvo el aliento. Un mapache. No podía ser más que eso. Tan solo un mapache muerto.

Pero parecía demasiado grande para ser un mapache.

Se armó de valor y se arrastró más cerca del cuerpo, lo que

ennegreció más incluso sus uñas ya ennegrecidas por la tierra. Solo pretendía confirmar que era un animal. Luego podría poner una pala en las manos a Albert y mandarlo a que lo solucionase. Pero a medida que se acercaba aún más, con las venas heladas por el miedo, los detalles horribles comenzaron a cobrar forma. Había pelo. Elsie inhaló. No era pelaje agreste, sino cabello humano, negro. Era inconfundible. Luego vio la piel: piel pálida que se había vuelto azul como un moratón, moteada. Vio la tela de un vestido, un estampado con naranjas, igual que la fruta de la bolsa de la compra que estaba a pocos metros. Una oleada de horror lo inundó todo. El grito de Elsie hizo que los pájaros de los árboles levantaran el vuelo.

—Lo sé, Elsie —responde Patti con calma.

—¿Que sabes… qué?

—Soy periodista. Mi trabajo es encontrar información, y tú me intrigaste desde el principio.

Elsie está segura de que se ha sonrojado.

—¿Sabes quién soy?

—No sé quién eres *tú*, todavía no, acabo de conocerte, pero sí sé lo que hizo tu marido, eso sí.

Elsie deja escapar un quejido de incredulidad.

—No vas a…

—No se lo diré a nadie.

—Perdería mi trabajo.

Patti frunce el ceño.

—No eres consciente de tus capacidades.

—¿De mis capacidades?

—Eres una mujer fuerte.

—Vale.

—Sin duda eres la persona más interesante de este edificio. Qué narices, es más que probable que seas la persona más interesante del estado. Lo que has vivido, lo que has experimentado, lo que haces aquí cada día…

—Solo preparo café.

—Oh, vale ya, Elsie. Yo te veo. Sé que sabes que eres más

importante que eso. Solo te menosprecias porque crees que la gente no será capaz de aceptar tu brillantez por lo que te pasó.

De repente, se siente como si le hubieran arrancado la piel, como si Patti le hubiera quitado la ropa y estudiase cada imperfección, cada pliegue.

—Al asunto, ¿quieres encontrar a ese capullo o no?

Patti sonríe.

Elsie vacila. ¿De verdad va a hacerlo? ¿Va a dejar que alguien más la vea tal y como es, ampliar su mundo más allá de Beverley y Margot? ¿Está preparada para mostrarse tan vulnerable?

Traga saliva.

—Quiero encontrar a ese capullo.

Veinte

Un luminoso jueves de principios de agosto, Bob Taggit, un fontanero de Ventura, aparca su camioneta en el aparcamiento del Safeway, a donde ha ido a comprar lo que necesita para la fiesta de cumpleaños de su hija. Sale al sofocante calor del mediodía desde el asiento del conductor, cierra la camioneta y echa un vistazo al remolque para comprobar que todo su equipo está bien sujeto.

Dentro de la tienda el aire acondicionado expulsa aire frío. Por los altavoces suena Dusty Springfield: «You Don't Have to Say You Love Me», la canción favorita de su mujer. Sin dejar de silbar la melodía, recorre los pasillos con un carrito donde deposita los globos, una tarta, caramelos y un lote de seis Budweiser para él. En la tienda de la calle de abajo comprará carne para la barbacoa. James Finnegan siempre se queja de que el filete está muy duro, pero solo lo hace para presumir: cree que él es el mejor asador del mundo. Bob le pedirá al dependiente de la charcutería un corte especialmente tierno.

Se entretiene un rato en el pasillo de las revistas, finge elegir *Man's Life* y *Blue Book* antes de hacerse con una *Playboy* y pasar lo más rápido que puede a la página central. Exhala aire por la comisura de los labios.

De vuelta en el aparcamiento el calor se ha intensificado. El sol rebota en los parabrisas de los vehículos alineados de modo tan organizado que parecen juguetes cuando abres por primera vez sus cajas. El aire huele a aceite, polvo y los tubos de escape de los coches que transitan por la interestatal, a solo unos cientos de metros de distancia.

Taggit regresa a su camioneta y carga las bolsas de la compra en la parte trasera, para lo que debe apartar las herramientas: llaves inglesas, cuerdas y martillos, que acaba de limpiar. Las cubre con una lona para que el pastel no se derrita y vuelve a la puerta del conductor, la abre y se desliza en el asiento. Se abrocha el cinturón de seguridad y mete la llave en el contacto, pero se detiene antes de girarla. Alguien ha metido algo debajo de una de las escobillas del limpiaparabrisas. «Cabrones». Sin duda será algún folleto publicitario de un lavadero de coches de mala muerte. Resopla, se desabrocha el cinturón de seguridad, abre la puerta y sale del coche. Sin mirar qué es, intenta arrugarlo con la mano, pero el material es más duro que el papel, se resiste.

Al fin se decide a mirarlo y se da cuenta de que es la parte trasera de un paquete de cereales Lucky Charms. Entonces se fija en la letra garabateada. Entrecierra los ojos, se inclina para poder buscar por la ventanilla abierta las gafas que tiene en el coche y se las pone. Las palabras se enfocan.

A la policía y a los periódicos:

Sed más rápidos.

VOLVERÉ a matar.

¿Por qué no sois capaces de ver el plan general? ¿Por qué mis crímenes apenas aparecen en los medios? Si no publicáis un artículo sobre mí la semana que viene, lo lamentaréis.

Cheryl Herrera: casi no la atrapo.

Emily Roswell: manos preciosas. Una pena.

Diane Howard Murray: suplicó por su vida, me enfureció, se lo merecía.

La próxima cargará sobre vuestra conciencia. Atraparé a otra chica y tendréis SANGRE en las manos.

Veintiuno

La mansión, rodeada por cientos de antorchas tiki en llamas, se alza imponente sobre un camino de entrada pavimentado de blanco. Margot ha tenido que conducir hasta lo más profundo de las colinas de Benedict Canyon para llegar aquí por una carretera como una serpiente enroscada, los faros iluminaban las espectrales ramas de los árboles, y en la que se sucedían los mapaches asustadizos y las costosas propiedades inmobiliarias. En el centro de la rotonda de la entrada hay una fuente iluminada por focos que proyectan tonos plateados en el agua. Se oye el ruido sordo de la música que viene del interior. Jagger quiere que todo sea negro.

Las mujeres habían decidido en el hotel que Elsie investigaría el logotipo, el que Diane Howard Murray tenía cosido en su mono y que Elsie había visto en la furgoneta en el velatorio de Cheryl Herrera. El trabajo de Margot es llegar hasta Clarke y ver qué puede averiguar. ¿Es posible que Mason Clarke, uno de los directores de cine más importantes de Hollywood, sea un asesino? Margot ha oído rumores, por supuesto, tanto sobre su desagradable comportamiento sexual como sobre sus insinuaciones indeseadas. El hombre es un pesado. Pero es rico e intocable. Hasta ahora. Ella sonríe.

Vuelve a mirar la mansión, saca un cigarrillo del bolsillo, lo enciende.

Mason Clarke no encaja realmente en el perfil que han elaborado: un solitario que conduce su propio coche y tiene motivos para odiar a las mujeres, de entre veinticinco y cuarenta y cinco años, aunque lo más probable es que tenga alrededor de treinta y cinco,

relativamente en forma y fuerte, con capacidad para pasar desapercibido y parecer digno de confianza.

Mason Clarke tiene unos sesenta años, pero tiene un físico imponente, por lo que no le extrañaría que fuera lo suficientemente fuerte como para arrojar a Emily Roswell al lago y a Diane Howard Murray al callejón.

Sin embargo, ¿qué motivo podría tener un director de cine adinerado para cometer estos crímenes? Repasa una lista de posibilidades: lujuria, codicia, psicopatía en estado puro. Un director de cine es alguien creativo; al menos es lo que ella supone. ¿Lo suficientemente creativo como para «hacer una puesta en escena» al colocar los cuerpos ya convertidos en cadáveres? Sin duda tiene acceso a varios coches, aunque no se lo imagina conduciendo por los suburbios de Los Ángeles sin llamar la atención. Pero es un ser encantador y prestigioso. Nadie le dice que no nunca. Eso podría convertirse en algo muy peligroso.

Se dirige hacia la fiesta con el acetato de su vestido de André Courrèges iridiscente bajo la luz de la luna. Llega a la amplia pradera de césped justo cuando se abre una ventana en el tercer piso y desde él lanzan un jarrón de porcelana del tamaño de un hombre. Se hace añicos en el césped. No necesita inspeccionar los fragmentos para saber que es de la dinastía Ming.

Cuando Stephen aún vivía, solían celebrar fiestas como esta en su casa de los Hamptons. Margot recuerda una en concreto, hace mucho tiempo, cuando aún no lo sabía, cuando no sospechaba nada. Se despertó en un mundo patas arriba. Recuerda parpadear cinco, seis veces seguidas, confundida, una lucha contra los golpes de plomo que retumbaban en su cabeza. Entonces se dio cuenta, en el momento en que la habitación volvió a aparecer enfocada a sus ojos, de que se había desmayado y estaba colgada hacia la parte de atrás de la cama. Se incorporó y gimió. Todavía estaba completamente vestida. Stephen no estaba por ninguna parte. La casa estaba en silencio. Al echar un vistazo hacia la piscina, Margot pudo ver unos cuantos cuerpos tendidos en las tumbonas, todavía

dormidos o perdidos en sus viajes de ácido.

Lo llamó y luego fue a buscarlo por cada una de las habitaciones. Había cuerpos por todas partes, se enrollaban bajo la somnolienta luz de la mañana, actores cuyos rostros adornaban las paredes de las habitaciones de las niñas que esnifaban anfetaminas sobre las pieles desnudas y aún húmedas por el sueño.

Pero Stephen no estaba.

Se abrió paso a través de la casa, se arrastró por los pasillos entre tropiezos; los restos de las drogas todavía nublaban su mente. Luego se dirigió a la puerta principal y salió al camino de entrada para ver si allí estaba su Rolls-Royce. Quizás había decidido dormir en el asiento trasero. A veces lo hacía, decía que era un sitio sosegado, que le daba tiempo para pensar.

No estaba allí, pero ella dio una vuelta alrededor del vehículo de todos modos. El coche parecía limpio, demasiado limpio, casi como si alguien lo hubiera pulido esa misma mañana antes de que saliera el sol. Le latía la cabeza. Necesitaba café y analgésicos de inmediato. Así que se dio la vuelta para volver a la casa, pero, al hacerlo, notó algo en el suelo de cemento junto al maletero del coche. Se acercó para mirarlo y se quedó sin aliento. Lo miró de cerca. Era sangre, seca y de color carmesí, con la forma de la suela de una bota. Un sabor agrio le subió por la garganta. ¿Le había pasado algo a Stephen? O… no. Se detuvo. No podía estar pensando eso, ¿verdad? Pero algo la impulsó a entrar en la casa, a su dormitorio. La empujó a abrir las puertas del armario y sacar una de sus botas del estante donde estaban colocadas todas por pares. Con la bota en la mano regresó al exterior, hacia el coche. Se agachó sobre la huella y colocó la bota encima. Miró hacia la casa, pensaba en todas las veces que Stephen la había dejado en mitad de la noche para dormir en su coche. Luego volvió a mirar la huella ensangrentada y la bota de Stephen, exactamente del mismo tamaño, encima de ella.

Margot pasa ahora por encima de la tragedia de la dinastía Ming y deja atrás la piscina; el calor de las antorchas acaricia sus miembros desnudos. Los Stones han dado paso a Cher en el equipo de música.

Bang, bang…

Las inquietantes palabras se elevan en espiral en el aire nocturno.

Bang, bang…

Un grupo de hombres que ella reconoce por haberlos visto en la revista *Billboard* están reunidos junto a las tumbonas; no llevan camisa y beben cerveza; sus pantalones están tan ajustados a los muslos que parecen pintados.

Bang, bang…

Los hombres aúllan a Margot cuando pasa.

Ella les dedica una sonrisa, pero entonces se da cuenta de que en realidad miran algo en el agua.

Se detiene, escudriña la superficie y descubre el destello de una cola que parece blindada y el voluminoso cuerpo de un cocodrilo que flota en la piscina iluminada por los focos. Uno de los hombres tiene una correa atada alrededor de su muñeca, y su otro extremo está sujeto a un collar que lleva el animal. Un maldito cocodrilo. Parece sorprendentemente dócil y ella se pregunta, con cierta preocupación, qué le habrán dado de comer.

Las puertas de la mansión están entreabiertas.

Mi cariño me ha rechazado…

Margot se cuela dentro.

Veintidós

El exterior del bar está iluminado con neones, lo que lo hace brillar tanto como una atracción de feria. Se trata de una iluminación engañosa, ya que, cuando Elsie y Patti empujan la puerta, la luz del interior es tan tenue que sus ojos tardan un rato en adaptarse a la penumbra.

Patti sabía dónde beben güisqui los detectives. Había tomado conocimiento de este lugar mientras trabajaba con bebedores empedernidos en el *Times*, que a menudo terminaban la noche apoyados en barras pegajosas con la intención de engatusar a los agentes fuera de servicio para que les revelaran sus pistas.

Elsie le echa un vistazo a la sala. Hay lámparas de cristal verde que cuelgan de cadenas del techo. Los asientos de las mesas apartadas están acolchados con un desgastado cuero de color mostaza. Hombres con corbatas aflojadas juegan al billar con mirada borrosa.

Suena una canción en la gramola, algo que Elsie cree haber oído antes en la radio, la voz de un hombre temblorosa y llena de falsa emoción, pero ella no sigue la música popular. El aire está cargado del humo y la grasa quemada que procede de la cocina.

—¿Los ves?

Patti otea las mesas. Hay hombres reclinados, con los hombros ocupando todo el asiento, los brazos extendidos y las patatas fritas convertidas en decoración para unas bandejas de papel de aluminio. Patti levanta la barbilla para apuntar y Elsie ve a dos hombres canosos encorvados sobre la mesa, absortos en una conversación.

—¿Cómo vamos a iniciar la conversación?

Elsie se siente un poco alarmada porque no han ensayado sus

papeles, no han pensado cómo van a actuar. Patti y ella conocen los espeluznantes detalles de los asesinatos. También saben que la policía recibió supuestamente una nota del asesino garabateada en un paquete de Lucky Charms.

Cornwell le había dado los detalles a Paul Hunter a cambio de que publicara una noticia sobre una ceremonia de entrega de premios en la que Cornwell iba a recibir un homenaje. Elsie había escuchado la conversación telefónica mientras archivaba documentos en la oficina de Hunter. Y ahora ella y Patti han dado con un sospechoso. Pero no está muy segura de cómo van a abordar la conversación.

Patti no parece nerviosa.

—Tenemos las pruebas aquí mismo. —Da unos golpecitos a su bolso—. No necesitamos iniciar una conversación.

Patti se adelanta, serpentea entre las camareras que llevan gambas y hamburguesas en bandejas; los uniformes realzan sus cinturas y llevan el cabello meticulosamente peinado, tal y como les gusta a sus clientes. Patti llama la atención al moverse, con ese pelo revuelto y ese aire indolente. Hay algo masculino y embriagador en ella. Finalmente llegan a la mesa del fondo y Elsie se da cuenta de que los detectives no están encorvados porque conversen, sino porque están volcados sobre la mesa ocupados en una disección. Una langosta mira boquiabierta con sus ojos negros y brillantes desde la mesa mientras su caparazón es desmontado ritualmente con unas tenazas. Las botellas de cerveza se apilan junto a los codos de los agentes, gotas de condensación resbalan de los vasos.

Patti suspira de modo audible y sacude la cabeza a la espera de que den muestras de verlas.

—Dos más —ladra uno de ellos sin llegar a mirarla ni a ella ni a Elsie.

—No estamos aquí para servirte cerveza, Roger —responde con ironía Patti.

El hombre al fin la mira y arquea las cejas en señal de reconocimiento. Tiene el tipo de rostro curtido y atractivo que se podría ver en el cartel de una película del oeste. Sus gélidos ojos

azules hacen que su cabello parezca plata forjada.

—Hemos venido hasta aquí para averiguar por qué no están dedicados su trabajo.

Patti esboza una sonrisa sarcástica y se desliza a su lado en el banco que sirve de asiento.

El agente escupe un triángulo de caparazón de langosta naranja en la palma de la mano. Ese debe de ser el detective Bale, lo que convierte al tipo de los ojos de carámbano en el detective Roger Greaves.

—Bale —murmura Greaves a regañadientes—, esta es Patti Fowler, del *Times*.

—En realidad, ahora estoy en el *Signal*.

Patti le indica a Elsie que se siente.

—Ella es mi colega Elsie Moss. Solo queríamos hacerles un par de preguntas, caballeros.

—No.

Bale arruga una servilleta y la tira sobre la mesa.

—Esta noche no hablaremos con la prensa.

—¿Tienen pensado en dar una conferencia de prensa sobre los recientes asesinatos en la zona? —pregunta Patti.

—Mire, déjeme interrumpirle en este momento. —Bale levanta una enorme mano—. Si lo que intenta es *conseguir una primicia* con el caso de la chica de Berryview, no vamos a volver a jugar a ese juego.

Elsie frunce el ceño. ¿Berryview? Ninguno de los asesinatos ha tenido lugar en Berryview hasta ahora.

—Porque así es como están las cosas, ¿de acuerdo?

Inclina la cabeza de una forma que solo hacen los hombres cuando hablan con mujeres a las que consideran inferiores.

—Una chica desaparece y la gente llama a *la policía*, no a cualquier periodista.

—Berryview —repite Patti sin perder el hilo—. Es una zona preciosa. ¿Qué van a hacer para garantizar la seguridad de la gente que vive allí?

Elsie está asombrada por la bravuconería de la mujer, por cómo no le preocupa decir cosas como esas a unos hombres, y menos aún a unos hombres uniformados. Es algo que llega a ser contagioso.

—Dejen eso en nuestras manos, ¿de acuerdo?

Bale se pasa los dedos por el bigote, mira a Patti y luego a Elsie, y da un trago a su cerveza.

—¿Convocarán una rueda de prensa antes de arrestar a Sean Wilson?

Elsie es la primera que se escucha preguntarlo, envalentonada por la confianza de Patti. Se siente mareada.

Ve que los detectives intercambian una mirada.

—Seguro que comprenderá que no estamos obligados a compartir detalles de casos que están siendo investigados con el público —responde Greaves con calma—. Eso incluye a la prensa.

—Pero tienen pensado arrestar a Sean Wilson de todos modos —afirma Patti.

Greaves la mira fijamente durante unos segundos, y Elsie se da cuenta, para su sorpresa, de que no saben nada de Sean Wilson. Busca en su bolso y saca las dos copias de las fotografías. Aparta el plato de langosta y las coloca sobre la mesa.

Los detectives estudian las imágenes. Elsie busca algún cambio en sus expresiones, un ensanchamiento de las pupilas, un relajamiento de los músculos, pero no revelan nada.

—Permitan que los ilustremos.

Patti agarra una botella, da un trago a la cerveza y se limpia los labios con el dorso de la mano. Es tan descarado que Elsie tiene que reprimir una risa.

—Esta es Diane Howard Murray.

Señala una de las imágenes.

—Espero sinceramente que esto sea algo que ya saben.

Bale suelta un bufido hostil.

—Fíjense en el logotipo de su mono. Es la empresa de limpieza para la que trabajaba cuando no era modelo.

—Esa empresa de limpieza es propiedad de Sean Wilson —

continúa Elsie.

Coloca por un par de segundos la palma de la mano sobre la otra imagen. Es una foto espontánea, tomada en la calle; se trata de un hombre con el pelo fino que le llega hasta los hombros, acaba de salir de una furgoneta, la misma que Elsie vio aparcada a la vuelta de la esquina de la vigilia de Cheryl Herrera.

—Este es él. Tiene más de sesenta empleados y sus trabajos de limpieza se extienden por toda la zona.

—Trabajos comerciales, principalmente. —Patti vuelve a tomar la palabra—. Edificios de oficinas, restaurantes… Aunque también limpian estadios deportivos universitarios, pistas de atletismo y ese tipo de cosas después de los partidos y las carreras.

Los hombres se esfuerzan cuanto pueden por no parecer confundidos. Pero no lo consiguen. Elsie se da cuenta, con una pizca de satisfacción, de que Patti y ella han despertado su curiosidad.

—Sean Wilson suele estar presente en estos eventos para supervisar a su personal de limpieza. Entre esos eventos se incluyen las jornadas de carreras en pista de atletismo de Central College, donde Cheryl Herrera entrenaba y competía.

Los hombres se recuestan en sus asientos. Bale levanta la barbilla y se rasca el cuello.

Elsie se enfada. Creen que no es suficiente, que podría ser solo una coincidencia. Pero ella *sabe* que no es una coincidencia.

—Estaba en el velatorio de Cheryl —insiste—. Lo vi. Estaba allí de pie mirando.

Greaves se inclina hacia delante como si fuera a hacer una pregunta, pero parece cambiar de opinión; sostiene la foto de Sean Wilson y la estudia.

Por encima del hombro, Elsie ve que entra alguien al bar: chaqueta de cuero gastada, pelo revuelto. La atraviesa una punzada de reconocimiento. Es Robert Heston. Ese oportunista debe de haberlas seguido hasta aquí desde la oficina. Ella aparta la mirada. No pueden arriesgarse a que se acerque. Le diría a Hunter a qué se dedica y ella perdería su trabajo.

—¿Y si desde hace un tiempo en estos eventos se hubiera fijado en Cheryl? —Tiene que presentar sus argumentos con rapidez—. ¿Y si la eligió a ella específicamente, al igual que eligió a Diane, una chica joven, guapa y prometedora? Seguro que eso es suficiente para arrestarlo, ¿no?

Bale empieza a hurgarse los dientes con un palillo de cóctel.

—Son hechos circunstanciales. —Saca el palillo de la boca y lo examina—. No es suficiente para detenerlo.

Elsie siente que sus hombros se vienen abajo. Al otro lado de la barra, Heston pide una copa y otea la sala con la mirada.

—Pero vamos a echar un vistazo —les asegura Greaves con más serenidad.

—Mi instinto me dice que no es más que *una coincidencia*. —Bale hace girar el palillo entre los dedos—. Hay demasiadas diferencias en el *modus operandi*. Las víctimas…

Inclina la cabeza hacia un lado y hacia otro.

—Si mató a Cheryl y a Diane, también podría haber matado a Emily Roswell.

Elsie necesita que vean la conexión. Resulta tan evidente que los casos están relacionados. ¿Por qué no son capaces de verlo?

—Está bien, basta. —Bale la mira fijamente, pero ella no se deja intimidar.

—Están fallando en sus obligaciones con las mujeres, y ustedes lo saben, al no tomar en serio estas conexiones. —No tiene más remedio que insistir—. Es el mismo tipo.

La actitud de Bale cambia por completo entonces, como si una ola de frío le contrajera los músculos de los hombros. Se levanta de un salto y da un golpe en la mesa con la palma de la mano.

—*Nosotros* decidimos si hay una conexión. Nosotros. —Parece haber enloquecido—. No necesitamos que venga a decirnos qué hacer una sabelotodo.

Elsie mira más allá de él, aterrorizada de que los gritos puedan llamar la atención. Pero Heston no se ha dado cuenta del arrebato de Bale. Heston se levanta, deja su bebida intacta en la barra y

cruza la sala hacia el teléfono público; luego descuelga el auricular e introduce una moneda en la ranura.

—Muy bien, Bale.

Greaves se inclina sobre la mesa e intenta tirar de su compañero para que se siente.

—Si ustedes, señoras, siguen adelante con esta investigación —advierte Bale—, si persisten en interferir en una investigación policial en curso, me encargaré personalmente de que no vuelvan a publicar ni una sola palabra.

Se le ha acumulado saliva en las comisuras de la boca.

Elsie mira a Patti sin saber cómo actuar, pero el rostro de su amiga permanece impasible. Ella siempre se mantiene perfectamente tranquila. Al fin, se gira levemente y le indica a Elsie que es hora de irse. Ambas se levantan.

Bale las observa con ojos iracundos mientras se levantan y alejan de la mesa. Elsie echa un vistazo al resto del bar mientras avanza. No hay rastro de Heston. Su bebida sigue en la barra, llena hasta el borde, y la puerta de salida se cierra lentamente.

—¡Eh! —Greaves las llama cuando van a salir y ambas se vuelven —. Si lo que buscan es una historia, ¿por qué no habéis investigado a Cornwell?

Elsie frunce el ceño.

—¿Cornwell?

—Quizás os interese echar un vistazo a la operación de vigilancia que estamos llevando a cabo.

Greaves la mira fijamente.

—¿Sobre los Kings?

—Ajá. Quizá sea interesante echar un vistazo a, no sé, quién ha fabricado el equipo de audio para esa operación. Pero… —da un sorbo a su cerveza—. Solo es una idea.

Cornwell. ¿Por qué Roger Greaves les daría una historia sobre su jefe, el jefe de policía? Ella sabe que algunos agentes pasan información a la prensa, pero lo normal es que sea para alimentar su ego o para pedir ayuda al público con una investigación. Esto no se

le había ocurrido antes. A su pesar, siente un vago respeto por Greaves por tener el valor de hablar en contra de la autoridad. Ha oído muchas historias sobre Cornwell y sabe que no es precisamente un santo.

—Pedidnos un par más antes de salir, ¿queréis, chicas?

Bale agita la botella en el aire. Patti levanta el dedo corazón como desafiante respuesta mientras abandonan el local.

Veintitrés

El mundo de Margot estalla en colores.

La mansión se retuerce con cuerpos que palpitan lentamente, se mueven en masa al ritmo de la música —los Byrds, «Eight Miles High»— con la cabeza echada hacia atrás, el cuello al descubierto y los brazos en alto. Ocupan cada centímetro existente, envueltos y entrelazados alrededor de una enorme escalera abierta. La amplia alfombra roja sube hasta alcanzar enorme lámpara de araña que brilla con miles de pequeñas luces como un colosal planeta en llamas.

La gente va disfrazada, mujeres de ojos grandes con alas de ángel atadas a los hombros, hombres con cuernos de diablo o máscaras de muecas astutas e insidiosas. Ella ve a la actriz de la última película de Kubrick, una morena valiente, y a una joven estrella con un vestido de seda color mantequilla que en fecha reciente ha sido desacreditada en la prensa porque su marido tuvo una aventura con el actor principal de la Metro Goldwyn Mayer.

Margot no puede avanzar ni un metro en la fiesta sin tropezarse con algún actor o cantante que reconoce de la televisión. Boquillas para cigarrillos, martinis sucios y pelo engominado hacia atrás. Es realmente embriagador estar entre ellos. Ya ha descubierto a varios hombres que le miraban las piernas y la curva de su busto. Lo asimila como una victoria. Es tan atractiva para ellos como las modelos con corsés incrustados de diamantes y pantalones cortos ajustados que sirven porciones microscópicas de comida. Una rubia que debe de tener apenas veinte años, y que reluce por el aceite, le ofrece un plato de panecillos. Ella le hace un gesto para que se aleje

y se dirige hacia la escalera.

Ha conseguido hacer suficientes preguntas para saber que Clarke se pasa sus propias fiestas encerrado en el piso de arriba.

Mientras sube los escalones, se pregunta por unos instantes si debería tener miedo. Si su teoría es correcta, bueno, si la teoría de Barbie Cook es correcta, y no pasa nada con el tipo al que Elsie vio en la vigilia. Clarke podría haber matado a Diane Howard Murray. Podría haberla estrangulado, colocado su cuerpo y luego vestido para completar la escena. No hay nada que sugiera que no pudiera ser responsable de los otros asesinatos.

Las escaleras se ensanchan al llegar a un rellano abierto, desde el que nace un pasillo con varias puertas a ambos lados. Echa un vistazo rápido a la fiesta: un mar de cabezas que se divierten, la música dando paso a «Wild Thing», de los Troggs. No se detiene antes de cruzar el rellano. Si alguien la confronta le dirá que busca dónde está el baño.

Pega la oreja a la primera puerta grande. Nada, solo silencio en el interior. Se da la vuelta y continúa por el pasillo. Las paredes están cubiertas con cuadros caros. Sabe que son caros porque son ridículos y porque Clarke probablemente podría adquirir todo el contenido del museo Whitney si quisiera. Aunque se da cuenta de que todavía tiene ese insípido cuadro de Tretchikoff, *Chinese Girl*, que ha visto en la pared de todos los salones de los barrios dormitorio con poca osadía decorativa durante la última década, incluido el de Beverley. Si Margot pudiera permitírselo compraría un Warhol, pero no esas latas de sopa horteras, sino un díptico de Marilyn, y lo combinaría con una atrevida pieza de Gae Aulenti. Chasquea la lengua. ¿Por qué los que tienen dinero jamás tienen gusto?

De repente se oye un crujido desde el fondo del pasillo. Gira la cabeza bruscamente. Unas finas volutas de humo de cigarro se escapan por una puerta entreabierta. El primer impulso de Margot es pegarse a una pared, esconderse, pero algo dentro de ella *sabe* que es ahí donde Clarke se ha encerrado y que ahora ya no puede dar

marcha atrás.

Se acerca a la puerta y abre lentamente.

La habitación está a oscuras, revestida de paneles de caoba y llena de humo. En el fondo hay una gran pantalla donde se proyecta una película en blanco y negro. La bobina de la película emite un sonido estático que hace que la habitación parezca suspendida en el tiempo.

Delante de la pantalla hay un sofá de terciopelo color ciruela que ocupa casi todo el ancho de la habitación. En él, con los brazos extendidos y unos pliegues en la nuca como los de un bulldog, está Mason Clarke.

Ella sabe que él ha sentido su presencia, pero él no se vuelve para mirarla. En cambio, da una calada a su puro y llama en la penumbra, con voz totalmente monótona: «Chadwick».

Desde las sombras, un hombre corpulento se despega de la pared y se dirige hacia Margot.

Ella casi comienza a reír. No lo había visto allí, y le parece exactamente el tipo de escena que se vería en una de las películas cutres de Clarke: el «malo» que emerge de las sombras listo para maltratar a una mujer. Siempre había pensado que sus películas estaban llenas de clichés.

—No soy actriz.

Las palabras detienen a Chadwick en seco. Debe de estar acostumbrado a rechazar a aspirantes a estrellas.

—Tampoco soy modelo. Y creo que sus películas son un poco aburridas, señor Clarke.

Tras esto, Clarke se gira en el sofá con los brazos aún extendidos, la examina de arriba abajo, y al hacerlo se detiene en sus pechos y sus caderas. Sus ojos son pequeños, parecen perdidos en medio de un rostro carnoso, y las comisuras de la boca se le inclinan hacia abajo. Es calvo, debe de llevar peluquín cuando está en público. Sus manos son del tamaño de platos, con dedos largos y gruesos. Ella se los imagina agarrando el mango de un martillo, listos para golpear.

Ella traga saliva, pero mantiene los ojos fijos en él. Sabe que lo

peor que se puede hacer cuando se está en la mira de un depredador es mostrar miedo. Intenta distinguir si tiene algún tatuaje, las palabras «AMOR» y «ODIO» flotan en su mente.

De repente, los hombros de Clarke comienzan a temblar y ella se pregunta si le habrá dado un aneurisma. Mira a Chadwick, que no deja de observar a Clarke, hasta que un sonido entrecortado y sibilante llena el aire y se da cuenta de que es una risa.

—Aburridas —jadea—. ¿Es eso cierto, bombón? Vamos. Dime cómo lo harías tú.

Así es como empiezan, supongo, este tipo de reuniones. Se deja caer desde el respaldo del sofá y da unas palmaditas al cojín que tiene al lado.

Ella vuelve a mirar a Chadwick, cuyo rostro permanece inexpresivo, y luego rodea el sofá para acercarse hacia el director. Él tiene las piernas abiertas, gruesas como jamones de carnicero. Vuelve a dar una palmada al cojín que tiene al lado, como si ella fuera un perro.

—Chadwick, puedes irte —dice. Sus ojos vuelven a posarse en los muslos desnudos de ella. De repente, Margot siente un frío intenso en la piel y desearía haberse puesto la chaqueta de piel sintética que se ha dejado en el armario.

—No hay problema. Puede quedarse.

Chadwick se queda allí sin saber qué hacer, pero Clarke le hace un gesto con la mano para que se vaya y al hacerlo cierra la puerta tras él.

Margot siente como si las sombras se hubieran extendido de repente a su alrededor. Está atrapada, el acetato nacarado de su vestido iluminado por el haz de luz del proyector.

—Siéntate.

Se da cuenta de que es una orden.

Se sienta en el sillón junto al sofá.

—No, no, no —la regaña—. Siéntate.

Da unos golpecitos más fuertes en el cojín del sofá. No puede permitirse enfadarlo. Se acerca al sofá.

Es consciente de sus manos, a pocos centímetros de su cuello.

Siente el calor que desprenden.

—Y bien…

—Cindy —responde ella.

—Cindy… Me gusta. Te queda bien. Aceptaremos lo de *Cindy*. Entonces, si no eres actriz ni modelo, ¿a qué te dedicas?

—Trabajo en el mundo de la moda.

—Ah, sí, eso ya puedo verlo.

Él mueve las caderas para hundirse más en el sofá.

—Entonces, crees que mis películas son aburridas, ¿no? —es un sonido metálico, como si tuviera los pulmones llenos de líquido.

En la pantalla del proyector, Jimmy Stewart levanta unos prismáticos, Grace Kelly se acicala con coquetería delante de un espejo.

Margot baja la barbilla. Está segura de haber visto esto antes en algún programa sobre la naturaleza. Los animales inferiores deben mostrarse sumisos, reconocer su impotencia para no buscarse problemas.

—Hay otro tipo de historias que yo contaría —dice ella con la mayor dulzura posible.

—¿Y cuáles serían esas historias?

Él baja el codo y deja que su mano se deslice por el sofá hasta que sus dedos quedan a pocos milímetros de los muslos de ella.

—Hay alguien matando mujeres en Berryview.

Lo mira fijamente mientras lo dice.

Él asiente para invitarle a que continúe, saca la lengua húmeda de la boca y la pasa por el labio superior.

—Sus víctimas son chicas guapas y populares —continúa—. Talentosas. Atléticas.

Él mueve la cabeza de un lado a otro, como si esta parte de la historia no fuera de su agrado.

—Los asesinatos son rituales y teatrales.

Sus cejas se arquean.

—¿Cómo es eso?

Ella nota que sus dedos se crispan junto a sus piernas.

—Coloca en determinadas posturas a las mujeres después de matarlas.

Ella lo observa con atención, espera el momento en que se dé cuenta de que lo ha descubierto.

—Visten unas ropas determinadas, son profanadas de un modo concreto, como si el asesino pretendiera enviar un mensaje.

—Bueno, he visto películas así, señorita Cindy.

Vuelve a subir la mano al sofá, y al hacerlo le roza la pierna. Esto hace que su piel se inunde de terror. Cada centímetro de su cuerpo quiere atacar, estrangularlo, agarrar una lámpara de la mesa, pero necesita seguir presionándolo.

—Diane Howard Murray fue estrangulada y vestida con un liguero.

—Diane Howard Murray… ¿Es una de las de MGM?

Margot parpadea. Él la mira fijamente, con expresión impasible. El sudor de él ha comenzado a agriar el aire.

De repente, se da cuenta de algo horrible y espeluznante: Mason Clarke es un actor de un talento extraordinario.

—Todas las chicas son tan parecidas hoy en día. ¿Qué ha sido de las Marlenes y las Gretas?

Se inclina hacia delante para hacerse con otro puro de la caja que hay sobre la mesa de centro, le da un mordisco, escupe el tabaco y utiliza el cigarro para gesticular mientras habla.

—Tenían un amplio registro, eso es lo que tenían. No eran todas como esas rubias cabeza hueca. ¿Quieres un poco de *limoncello*? Acabo de volver de rodar una película en Capri. Tomemos un poco de *limoncello*.

—Diane Howard Murray era modelo —dice ella mientras Clarke se levanta del sofá. Le sorprende lo alto que es, lo imponente. Él flexiona las manos.

—Desapareció hace dos semanas, pero la encontraron el miércoles abandonada en un callejón de Calabasas. Quienquiera que la matara la vistió con una gabardina y un liguero.

—Howard Murray, Howard Murray… Denise, ¿has dicho?

—Diane.

Él murmura mientras saca dos vasos de un armario y sirve la bebida. Luego regresa al sofá y se acerca aún más a ella. Ella se da cuenta de que no es la primera vez que hace esto, está acostumbrado a tener mujeres en su sofá, a hacer que se sientan obligadas a quedarse.

—Como decía, era modelo. Puede verlo, esta es ella.

Se inclina, saca la foto del bolso y se la muestra. Él se acerca a la instantánea. Margot observa cada uno de sus movimientos sin apartar los ojos de él.

—¿Quiere ser actriz en esa película de la que hablas? —pregunta Clarke mientras se recuesta de nuevo.

Trata de despistarla. Stephen acostumbraba a hacer lo mismo. Era muy hábil para hacerla parecer una loca. Clarke es igual de manipulador y aún más poderoso. Está acostumbrado a hacer creer a la gente lo que él quiere, acostumbrado a tejer historias.

—Usted la conocía, señor Clarke.

Él frunce el ceño, pero no resulta convincente.

—Le escribía cartas. Estoy segura de que incluso se sentaba aquí, en este sofá.

Él la mira fijamente, con un gesto inexpresivo; luego inclina la cabeza, extiende una mano y le acaricia la mejilla con un dedo.

Ella se levanta de un salto, retrocede entre tambaleos. Sus ojos recorren la habitación. Necesita alejarse de Clarke.

Se dirige al mueble bar, examina las botellas con falso interés, gana tiempo para pensar.

—Capri.

Agarra la botella de *limoncello* por el cuello e ignora el temblor de sus manos.

—Un lugar precioso.

Ella y Stephen pasaron allí su luna de miel. Aún recuerda el calor seco del sol, el salitre en la piel, las piernas entrelazadas con las de Stephen mientras se movían juntos en el mar. Parpadea para alejar el recuerdo.

—Bullicioso —dice Clarke.

Engulle el contenido de su vaso de un trago.

—Chicas preciosas.

—¿Cuándo ha regresado? —pregunta ella, y trata de aparentar toda la indiferencia que le es posible.

Él se detiene, ahora suspicaz.

—El jueves.

Ella se queda paralizada; algo horrible se solidifica en su estómago.

—Ajá. ¿Y cuánto tiempo ha estado allí?

Él la mira extrañado, pero responde.

—Seis semanas.

—¿Tiene un billete de avión que confirme esas fechas?

—¿Qué demonios es esto?

Clarke aprieta los maxilares con rabia.

Mierda.

Si dice la verdad y ha estado en Italia hasta el jueves, fuera del país durante las últimas seis semanas, entonces no puede ser responsable del asesinato de Diane Howard Murray. Tampoco puede ser responsable del asesinato de Cheryl ni del de Emily.

Ella vuelve a colocar la botella en el armario y traga saliva. Clarke se levanta del sofá y se dirige hacia ella con paso firme.

—Tienes muchas preguntas.

—Debería irme.

Él la agarra por la muñeca y la inmoviliza.

—Quédate un rato —dice con suavidad, como si lo que pide, aquello que espera, fuera totalmente razonable—. Tenemos que terminarnos la botella.

Aprieta más fuerte y ella siente cómo los huesecillos de la muñeca crujen.

—Puedes contarme más sobre por qué odias mis películas.

Esa risa ronca, casi inaudible, otra vez. Ella intenta zafarse. Él la atrae hacia sí.

—Vamos. Te dejé subir aquí, ¿no? Te dejé hacer tus preguntas. No mucha gente llega a ver esta habitación. Haz algo por mí, nena.

Ve, con horror, que él ha comenzado a buscar la cremallera de sus

pantalones, que la baja muy lentamente y sosteniendo su mirada como si la sometiera a una prueba.

Esta es la sensación, se da cuenta, así es cómo te sientes cuando te encuentras con problemas, cuando tienes la certeza de que tú única salida es la sumisión. Por mucho que luches, por mucho que intentes razonar con amabilidad, con persuasión, es como si cayeras. Y no hay forma de evitarlo.

Clarke ha alcanzado ya la hebilla del cinturón, pero se queda paralizado al oír unos fuertes golpes en la puerta.

Margot quiere correr para abrir, pero Clarke la sujeta por la muñeca.

No dice nada, espera a que el visitante se retire, pero los golpes se repiten con más insistencia.

—¡Mason! —grita una voz frenética al otro lado de la puerta.

Clarke suelta la muñeca de Margot y se gira enfadado.

—Estoy ocupado —gruñe.

—Es el maldito cocodrilo —la voz suena esforzada—. Ha atrapado a alguien.

Dos semanas desaparecida

Una vez oí decir que los mayores temores de las mujeres en la vida son la agresión sexual y la muerte. ¿Y para los hombres? Lo que les quita el sueño es la idea de ser rechazados y humillados por una posible pareja.

¿No es patético?

Qué libres deben sentirse ahí fuera; viven la vida como algo normal. Qué increíblemente liviana debe de ser su existencia: vagar por donde quieran sin miedo, con la seguridad de que son intocables y lo peor que puede pasarles es que la chica guapa que les gusta los rechace.

He empezado a preguntarme por los periódicos que deben de llegar a tu puerta. ¿Qué historias cuentan? ¿Aparezco yo? ¿Qué foto habrán usado?

Si no soy yo, habrá historias de otras mujeres, sin duda, de mujeres secuestradas, mujeres maltratadas. Una y otra vez. Y así sucesivamente.

Sin duda, darán escasos detalles de la vida de estas mujeres. Quizás haya una breve mención a la profesión de su padre, unas pocas palabras sobre su aspecto en caso de que sea guapa.

Al día siguiente habrá otra historia. Otra chica. Otra víctima pronto olvidada, una foto sonriente que se doblará por la mitad y se tirará a la basura junto con las cortezas de pan del desayuno.

Pero tú no tienes que pensar en eso, ¿verdad? La posibilidad de ser una víctima no es algo que perturbe tus pensamientos.

Sin embargo, te haré ver que hay cosas en la vida que dan más miedo que no conseguir lo que quieres.

Veinticuatro

Benjamin no para de gritar.

Su cara se ha deformado, las lágrimas fluyen con tanta abundancia que le gotean por la barbilla. El sonido hace que a Beverley el pánico le haga un nudo en la garganta.

No sabe cómo calmarlo cuando se pone así, con una rabia tan intensa que surge de la nada, tan salvaje y desenfrenada. Lo ha intentado todo: abrazarlo con fuerza, susurrarle palabras tranquilizadoras al oído, retroceder para dejar que se desahogue, como un caballo desbocado, hasta que su energía se agote. Pero, cada vez que explota, Beverley se siente más alarmada y crece su preocupación, con un horrible sentimiento de catástrofe inminente, de que acaso se esté convirtiendo en su padre.

Benjamin vuelve a gritar y, con un rugido de frustración, tira toda una fila de latas de la estantería del supermercado. Caen al suelo con estrépito; algunas se abollan y ruedan bajo las ruedas de los carros que pasan.

Los compradores chasquean la lengua o levantan las cejas sin llegar a decirle nada a Beverley. Ella les devuelve la mirada y se endereza la chaqueta. «Inténtalo tú», querría decirles. «Intenta lidiar con esto después de todo lo que ha pasado».

«Un psicópata es propenso a tener arrebatos impulsivos de agresividad».

Había leído esa frase en un libro esa misma mañana, y ahora las palabras le resonaban una y otra vez en la cabeza. Había sacado el libro por casualidad en la biblioteca pública. Había pasado la mañana dedicada a investigar sobre el satanismo mientras los niños

correteaban por los pasillos. Había pensado en los tatuajes de los nudillos de Emily Roswell y en lo que podrían decir sobre el hombre que la mató, pero cuando se topó con una sección sobre la mente criminal, no pudo evitar sacar uno de los títulos y guardarlo discretamente bajo el brazo. Mientras los niños atormentaban a la bibliotecaria, se sentó en una silla cercana y hojeó unas páginas.

«Reacciona a la frustración con hostilidad y furia». Sus dedos habían pasado bajo las palabras y había cerrado los ojos con culpa.

¿De verdad podía pensar eso de su propio hijo? ¿Podía su bebé, que había sido tan dulce y tranquilo, ahora que era un niño de siete años, ser realmente peligroso? Sabía que siquiera planteárselo la convertía en un fracaso como madre, pero Benjamin, que antes era tranquilo y reflexivo, se había convertido en alguien cuyos arrebatos, aunque le costaba admitirlo, habían empezado a asustarla.

Siguió leyendo y tomó nota de lo que decía el libro sobre la educación. Los psicópatas, decía, pueden ser producto de una infancia difícil. Hogares de acogida. Padres ausentes. Abusos. Falta de cariño y cuidados. *Aquellos a quienes se les hace el mal, devuelven el mal.* Recordó que Elsie había dicho algo parecido cuando hablaban del comportamiento del asesino, las palabras de algún famoso poeta inglés o algo así, Beverley no recordaba quién. Pero precisamente por eso se esforzaba tanto por darles a los niños todo lo que necesitaban: un hogar lleno de amor, mucho cariño, un entorno seguro en el que crecer. Quería que supieran que siempre serían amados y protegidos. Para Benjamin, que había idolatrado a Henry, era difícil que en el patio del colegio se hablara de su padre como si fuera una especie de monstruo. Para Benjamin, Henry era, ante todo, su padre, el centro de su universo, el hombre que lo arropaba por las noches y lo subía a sus hombros en el jardín para hacerlo girar una y otra vez. Pero era «un hombre malo», eso decían los otros niños. Era un hombre malo que había recibido su merecido. ¿Cómo podía Beverley competir con eso?

La idea de que algunos comportamientos y rasgos pudieran ser simplemente genéticos había inquietado a Beverley. ¿Podría ser que,

a pesar de todo lo que había intentado hacer, Benjamin hubiera heredado el mismo núcleo podrido que había en Henry?

Intentó apartar ese pensamiento de su mente mientras cerraba el libro y lo añadía a su pila. No quería que nadie viera la portada, así que rápidamente escogió otro libro, uno sobre el nuevo satanismo, y lo colocó encima. Luego se dirigió al mostrador.

El ocultismo no era algo que Beverley, ama de casa y madre, pensara que alguna vez tendría que investigar. Pero las palabras AMOR y ODIO talladas en las manos de Emily… Era difícil restarle importancia. Había pensado en el caso de Richard Speck. Todas las mujeres de su edad habían oído hablar de Richard Speck y estarían atormentadas de por vida por lo que había hecho. Los periódicos se llenaron de noticias cuando todo sucedió el mes pasado. Speck había irrumpido en una residencia de estudiantes en el sur de Chicago y había asesinado a ocho enfermeras; las había reunido a punta de pistola antes de estrangularlas, torturarlas y apuñalarlas hasta la muerte. Todas las mujeres se habían visto conmocionadas por el horror de los hechos, la violación que latía en esos actos y el miedo atroz que habían provocado.

Tenía un tatuaje en el brazo, recordó Beverley: *Nacido para sembrar el caos*. Así fue como lo atraparon. Una de las enfermeras supervivientes le dijo a la policía que había visto el tatuaje en su antebrazo durante el ataque. La prensa se hizo eco de ese detalle. Unos días más tarde, Speck se cortó las venas y acabó en el hospital. Allí, un médico vio el tatuaje de su brazo. Esa fue su perdición.

Dado el mensaje en las manos de Emily Roswell, ¿deberían considerar que su asesino también podría tener tatuajes distintivos?

—Eres la del número veintiocho.

Se da la vuelta sorprendida. Christopher Appleton, del número cuarenta y cuatro, se agacha para recoger algunas latas del suelo. De repente, las imágenes de plantas marchitas y un césped seco por el sol aparecen en su mente. Ve carteles, cortinas cerradas, oye el ruido de la televisión y siente que su piel comienza a arderle.

—Sí —dice veloz, nerviosa. Ya ha aprendido que el instinto puede ser muy poderoso, y el suyo está gritando—. Sí —repite, y parpadea sin cesar—. Beverley Edwards. Y ellos son Benjamin y Audrey.

—¿Como Hepburn? —pregunta él, y luego niega con la cabeza de forma extraña.

—Supongo —responde, y mueve los pies mientras se produce un silencio incómodo—. ¿Te estás adaptando bien? —Se esfuerza en pronunciar las palabras—. Es un barrio agradable una vez que le das una oportunidad —miente.

—Bastante bien, gracias. No suelo salir mucho para conocer a la gente.

Recuerda la manifestación, verlo allí… Estaba tan segura de que era él. Los pensamientos sobre el cadáver del cerdo vuelven a llenarle la cabeza, el olor a carne podrida. Tuvo que envolverlo en una lona, meterlo en el maletero de su coche y conducir un par de kilómetros fuera de la ciudad para deshacerse de él una vez hubo oscurecido. Se sintió ridícula, avergonzada por tener que actuar a escondidas, culpable por dejar a los niños dormidos en casa. Solo cuando sacó el cadáver y lo escondió entre la maleza al lado de la carretera se detuvo a preguntarse si su marido se había encontrado alguna vez en una situación parecida al ocultar sus morbosos crímenes.

Los ojos de Christopher Appleton, que no dejan de moverse, como si luchasen por encontrar los de ella, parecen pequeños detrás de unas gafas gruesas. Lleva un jersey de cuello alto y un chaleco por encima, incluso con este calor. Es de estatura media y complexión delgada, pero Beverley se fija en que tiene las manos casi cerradas en un puño y los dedos ligeramente torcidos. Este hombre no puede ser realmente la persona que dejó el cadáver de un cerdo en el jardín delantero de su casa, ¿o sí? Piensa en esas cortinas que se mueven, en las veces que lo ha descubierto mientras la observa. ¿Ha visto a Roger entrar y salir de su casa?

Su mirada se dirige al contenido de su carrito y, en una fracción de segundo, siente como si le hubieran arrebatado el aire de los

pulmones. Alineados en perfecto orden, como si ella misma los hubiera colocado allí, hay seis paquetes de cereales. Sus cajas rojas son tan distintivas como las llamativas ilustraciones, las letras amarillas caricaturescas y el dibujo de un duende. Lucky Charms. Elsie le contó que el asesino había escrito una nota en la parte posterior de una caja de cereales, una caja de Lucky Charms, y la había escondido detrás del limpiaparabrisas para que no tardaran en encontrarla.

Él se da cuenta de que ella lo mira y hace una mueca de dolor.

—Ya no soy tan bueno como antes cuando se trata de cuidar de mí mismo —comienza a explicar, pero Beverley ya ha comenzado a retroceder con el terror transformado en una sirena que suena en su cabeza.

Murmura una disculpa. Tiene que volver a casa. No hay tiempo para quedarse a hablar. Ni siquiera paga la compra; simplemente abandona el carrito en la entrada de la tienda, agarra a sus hijos de la mano y huye.

Veinticinco

—Así que Sarah Gunn. —Patti se estira para alcanzar una fotografía que hay sobre el escritorio—. Con ella ya son cuatro chicas en menos de ocho semanas. —Arquea una ceja y exhala con cautela—. Una *majorette*. Veintiún años. Su familia vive en Berryview. De clase alta.

Tanto a Elsie como a Patti les había sorprendido el desliz del detective Bale en el bar, pero aquello significaba que había otra chica desaparecida. Según habían averiguado, la policía la había clasificado por el momento como una fuga domiciliaria, pero Elsie estaba convencida de que Sarah no se había fugado. Ella podía ver el patrón, aunque la policía se negara a hacerlo. Sabía que otra chica estaba en peligro.

—Sus compañeras de piso de la universidad se preocuparon cuando no regresó después de su turno de camarera —continúa Patti—. No se la ha visto desde entonces.

—Cuatro chicas. —Elsie niega con la cabeza—. ¿Cuántas más tendrán que desaparecer para que la policía atrape a este tipo?

Elsie se ha dado cuenta de que todas las víctimas que elige este asesino responden a un cliché. Una constante del universo: solo las guapas, las que se salen de lo normal, son las elegidas, incluso para morir. Elsie era una adulta normal y había sido una adolescente normal, con acné, pelo lacio, pecho plano, nada llamativo que atrajese la atención, pero el interés que Albert le prestaba la hacía sentir especial, como si hubiera algo dentro de ella, algo que no tenía nada que ver con su aspecto exterior, que él encontraba especialmente magnético. Que le dijeran que era diferente, única, *inteligente* era más poderoso para Elsie que decirle que era hermosa. Se estremece cuando lo recuerda, y se ve obligada a

controlar el ya familiar dolor del arrepentimiento. De un tiempo a esta parte se siente cada vez más alejada de aquella joven ingenua e impotente. Mira atrás con lástima y se da cuenta de lo moldeable, crédula y *sumisa* que era cuando estaba con Albert. Eso no hace que la culpa desaparezca, por supuesto, una culpa tan profunda y lacerante que le hace temblar los dedos. Pero algo ha cambiado últimamente, algo que la hace sentir cierta incredulidad ante su propia falta de conciencia.

—Parece que la policía está distraída con otras cosas. —Patti se recuesta en su asiento y entrelaza los dedos sobre el estómago—. Quizá por eso no dejan de dar largas al asunto.

—¿A qué te refieres?

A Elsie le alegra dejar de pensar en el pasado.

—Gracias a nuestra charla con Laurel y Hardy, me puse a investigar la otra noche un poco sobre la operación de vigilancia de Cornwell.

Patti debió de seguir la sugerencia de Greaves y averiguó qué tecnología de audio utilizaba Cornwell para vigilar a los Kings.

—Adivina quién es el dueño de la empresa que proporciona toda la tecnología para esa operación —dice Patti—, y quién está cobrando una fortuna por ello.

Elsie ladea la cabeza.

—Broderick Arnold —responde Patti con los ojos muy abiertos y satisfecha.

—¿El tipo de los grandes almacenes?

Elsie ha oído hablar de él. De hecho, está bastante segura de que es el dueño de la tienda en la que trabaja Margot.

—Y adivina qué es Broderick Arnold —continúa Patti.

—¿Increíblemente rico? —bromea Elsie.

Patti resopla.

—También es cuñado de Tom Cornwell.

Elsie se queda boquiabierta.

—Exacto.

—Entonces, eso significa…

—Que Cornwell está presionando para que los Kings sean

considerados los sospechosos y así justificar el dinero que invierte en la empresa de su cuñado. —Patti completa la información—. Lo que significa que se dedica *literalmente* a mirar hacia otro lado mientras alguien está ahí fuera matando a estas chicas.

Elsie gime por la frustración. Otra vez más, un hombre en una posición de poder significativo ha demostrado carecer por completo de integridad. Una vez más se ha defraudado a las mujeres. Busca la foto de Sarah y la examina: una joven atractiva, con ojos claros delineados con kohl y el pelo cortado al estilo Edie Sedgwick. Lleva un jersey universitario con letras grandes.

—Berryview —musita Elsie mientras vuelve a colocar la foto sobre la mesa—. Tengo una amiga en Berryview. ¿Crees que correrá peligro allí?

Sabe que tiene que decirle a Bev que ha desaparecido otra chica y que esta estaba justo al lado de su puerta.

—Es una mujer —dice Patti imperturbable—. ¿Tú qué crees?

Veintiséis

—¿Desaparecida? ¿No asesinada? —pregunta Margot mientras revisa las faldas colgadas en el perchero.

—Bueno —responde Elsie—, no lo sabemos.

Elsie está de pie, con los brazos cruzados, a varios metros de Margot y Beverley, como si nunca pudiera rebajarse a un pasatiempo tan banal como ir de compras.

—Aún no han encontrado el cadáver, así que…

—Si no la ha matado ya, debe de tenerla retenida en algún sitio.

Margot saca un minivestido de Mary Quant y se lo coloca a la altura de la cintura.

—¿Quizá deberíamos buscar a alguien con un edificio aledaño o un sótano? Tiene que estar cerca. Sabemos que Berryview está en medio de su zona de actuación.

—Bev —le insta Elsie—, solo quiero que estés a salvo. ¿Te aseguras de dejar las puertas cerradas con llave?

Beverley sabe que todo Berryview deja ahora las puertas cerradas con llave. En fecha reciente ha podido sentir que un manto de terror se cierne sobre el barrio. Las madres llaman a sus hijos en cuanto empieza a ponerse el sol, los maridos levantan pesas con las puertas de los garajes abiertos, y se han armado con medios para proteger a sus familias.

—¿Crees que tenemos que ser más creativas? —pregunta Margot con entusiasmo—. Hacernos pasar por investigadoras inmobiliarias o algo así, averiguar quién tiene un sótano espeluznante.

—La verdad es que he pensado más en sexo que en arquitectura —cuenta Elsie.

El entusiasmo de Margot se transforma en asombro encantado. Se vuelve hacia Beverley con la boca abierta.

Elsie chasquea la lengua ante la reacción.

—No creo que hayamos explorado lo suficiente la motivación sexual —explica—. Me parece que todos nuestros maridos tenían ciertas inclinaciones sexuales. Eran obsesivos hasta cierto punto, como si tuvieran una *necesidad* que nosotras no podíamos satisfacer por completo, ¿no?

Beverley observa a Margot mientras esta reflexiona acerca de eso. Ella está segura de que Margot y Stephen tenían una vida sexual estupenda. Siempre le ha dado demasiada vergüenza contarles lo suyo con Henry, las veces que él le ponía las manos alrededor del cuello cuando estaban en la cama.

—No sabemos si las chicas sufrieron abusos sexuales, pero sí sabemos que es muy probable que Diane Howard Murray pasase algún tiempo trabajando como prostituta —continúa Elsie—. Así que quizá haya un elemento sexual en estos crímenes que todavía se nos escapa. Bev, tú tenías la teoría de que nuestro hombre probablemente frecuenta prostitutas…

—Claro.

Asiente con la cabeza. No necesitan saber que la teoría es de Henry, no suya.

—Creo que es muy posible que tengas razón, y así Diane Howard Murray se cruzó en su camino. Pero la cuestión es que también he pensado que quizá hemos abordado esto de forma equivocada.

Margot se da la vuelta con un pañuelo de color malaquita bajo la barbilla.

—¿Qué quieres decir con «de forma equivocada»?

—Sin duda, con quienes deberíamos hablar sobre esto es con esas mujeres, las que reciben las visitas de esos hombres.

—Bueno, ¿y cómo lo hacemos? —pregunta Bev—. Margot, sin bromas.

—He oído hablar de un grupo de mujeres en Calabasas que regentan una cafetería para chicas como Diane, un lugar donde pueden entrar a calentarse, tomar un café y descansar donde se sientan seguras. ¿Quizá podríamos visitarlas?

Beverley asiente con entusiasmo. Margot arquea una ceja con interés.

—Dado que Diane probablemente pescaba a sus hombres por allí, se me ocurre que podríamos ir a esa cafetería, preguntar, ver si han visto a alguien que actuara de forma extraña, si últimamente alguien ha tenido algún episodio violento, si saben de algún hombre con comportamientos raros.

—Alguien con *esa mirada* —añade Margot, y abre mucho los ojos.

—Bueno, puede que lo digas en broma, pero se trata exactamente de eso —responde Elsie—. Las mujeres somos intuitivas. Podemos sentir cuando alguien es peligroso, aunque nos lleve un tiempo.

Mira a Beverley y a Margot.

—¿Qué os parece? Podríamos ir esta noche. Seguro que puedo averiguar la dirección.

Beverley suspira.

—Mi madre no puede quedarse con los niños esta noche. Tiene su partida de bridge.

—Parece que quedamos tú y yo, Margot —dice Elsie con una sonrisa forzada.

—Es una cita.

Veintisiete

La última vez que Margot fue a la iglesia resolvió lo que había ido a hacer en cinco minutos. La madera lúgubre de los bancos, el olor a humedad, todos esos vitrales… Sintió escalofríos. Se sentó en la última fila con uno de los vestidos de su madre, pensó en rezar alguna oración para conmemorar los cinco años desde que arrestaron a Stephen, pero luego lo pensó mejor, miró al techo en un improvisado Ave María y salió corriendo a un bar cercano para esconderse.

Este lugar es un poco diferente. Ni siquiera está segura de que se le pueda llamar iglesia. No hay bancos ni libros de oraciones. En su lugar hay pufs y cojines cuidadosamente repartidos por el suelo. Las ventanas han sido decoradas con cortinas de vivos colores y hay un olor distintivo a incienso y café rancio. Unas cuantas mujeres con las piernas cruzadas charlan en pequeños grupos. Otras se apoyan en las paredes mientras beben de vasos desechables con la mirada cansada y vidriosa de quienes saben que ya no tienen que estar todo el tiempo alerta.

Margot se ha fijado especialmente en un grupo de mujeres reunidas alrededor de una mesa al frente de la sala.

—Esa debe de ser Betty —murmura.

Margot sigue con la mirada a una mujer que no desentonaría del todo si fuera del brazo de un miembro de los Rolling Stones. Lleva un jersey de cuello alto ajustado de color fucsia y vaqueros acampanados, y una identificación que cuelga de una cinta que rodea su cuello. Su cabello está peinado al estilo de los radiantes bob de las Supremes que ocupan todas las portadas de las revistas.

Margot traga saliva con remordimiento. ¿Por qué esperaba encontrarse con prendas con estampados *tie-dye* y tofu? Es muy rápida a la hora de prejuzgar, lo sabe. Es algo que ha heredado de su madre.

Elsie se dirige hacia la parte delantera de la sala y ella se limita a seguirla. A Margot le sorprendió que Elsie le pidiera que la acompañara, aunque es consciente de la capacidad que tiene para hacer que la gente se sienta cómoda. También era herencia de su madre, una extraña habilidad para encajar en cualquier entorno, adaptar su comportamiento, su forma de hablar, y así integrarse con ductilidad en cualquier situación en la que se encontrara. Lo había visto hacer a su madre en las fiestas, en la tienda de comestibles, en las extrañas y horribles ocasiones en las que ella y su hermano la veían con alguno de sus hombres. Parecía sentirse como en casa dondequiera que estuviera. Margot sabía que era todo actuación y, sin embargo, le sorprendía esa fuerza de voluntad, esa hábil manipulación de las personas y las circunstancias que la rodeaban. Así que se dedicó a estudiar cómo lo hacía hasta perfeccionar esas mismas habilidades.

Le echó un vistazo a Elsie, a su semblante de determinación. Nunca habían pasado mucho tiempo a solas, pero, para sorpresa de Margot, había disfrutado del trayecto en coche hasta llegar allí. Lo habían pasado hablando de las formas en que sus maridos encubrieron sus delitos. Si podían encontrar puntos en común entre ellos, patrones de comportamiento, tal vez no fuera descabellado pensar que otra mujer, otra esposa, reconociese en ese momento esos mismos detalles en su propio marido. Había cosas que no resultaban sorprendentes: explicaciones balbuceantes para sus ausencias, recibos de compras misteriosas, largos periodos de tiempo fuera de casa. Luego estaban las menos obvias. Stephen se duchaba, había explicado Margot, se duchaba mucho cada vez que volvía a casa, ya fuera a las cuatro de la tarde o a las cuatro de la madrugada. Al principio no le dio importancia, pero al cabo de unas semanas lo achacó a una aventura extramatrimonial: el hombre no

era lo que se dice sutil. Sin embargo, en retrospectiva se da cuenta de que, cuando no se trataba directamente de lavarse la sangre, el pelo y la piel, lo que pretendía arrancarse con tanto frote era la culpa.

La experiencia de Elsie con Albert era más complicada. Ella había hablado de máscaras, había retenido que parecía mostrar diferentes rostros de modo reiterado; pasaba de uno a otro con total naturalidad la mayor parte del tiempo. Pero a veces una máscara se fijaba durante más tiempo, y en esos momentos quedaba atrapado en una personalidad escindida en dos: un profesor tranquilo y paciente que de repente se enojaba incluso con los niños que pasaban, y un lector voraz que, de modo inexplicable, se pasaba toda la tarde distraído mientras miraba en silencio por la ventana. Lo que Elsie veía cuando esas máscaras se desajustaban llegaba a asustarla. Solo ahora logra darse cuenta de lo mucho que luchaba él por mantener al verdadero Albert disimulado bajo esas máscaras.

¿Podría el asesino de mujeres en Berryview tener una familia que lo espera en casa? ¿Una esposa a la que mentir? ¿Una hermosa propiedad? ¿Una ducha bajo la que se mete cuando llega el final del día y donde deja que la sangre seca se mezcle con el agua sucia?

Ya en la iglesia con aspecto de cafetería, Betty levanta la cabeza al verlas acercarse a ella y les dedica una sonrisa llena de curiosidad. Debe de conocer a la mayoría de las mujeres que vienen aquí, agotadas tras largas noches de trabajo, algunas de ellas todavía conmocionadas por las experiencias vividas, otras simplemente cansadas, en busca de un lugar donde descansar y entrar en calor. Margot y Elsie deben de ofrecer un espectáculo inusual: Elsie con su sinceridad infinita y Margot con su prenda de piel sintética.

—Señoras, bienvenidas. ¿Vienen a tomar un café?

Betty no pierde el ritmo: fija su mirada en ellas como si pertenecieran a aquel lugar, cuando es evidente que no es así. Margot queda impresionada.

Elsie va directa al grano.

—Soy amiga de Patti Fowler. Me ha dicho que quizá usted pueda

ayudarnos con algo.

Margot nota que Betty aprieta los labios de forma casi imperceptible antes de relajarse y volver a sonreír. Echa un vistazo rápido a la habitación y mantiene la sonrisa.

—¿Por qué no vienen conmigo al fondo?

En el pasillo una única luz parpadea en el techo. Margot roza la pared y su chaqueta queda humedecida. Hay cajas apiladas unas encima de otras, marcadas con rotulador rojo. Ropa interior. Ropa de abrigo. Artículos de aseo.

—Prefiero que las chicas no nos oigan —explica Betty ahora más relajada—. Este es un lugar seguro para ellas, y supongo que tú no has venido aquí por la hospitalidad que podemos proporcionarte.

Un lugar seguro. Margot se pregunta, por un instante, si su madre tenía un lugar así al que acudir cuando trabajaba. Había sido una mujer fuerte, capaz de valerse por sí misma, una mujer que sin duda habría gritado, pataleado y luchado si se hubiera encontrado en una situación en la que pudiera no volver a ver a sus hijos. Incluso cuando la enfermedad la había debilitado tanto, cuando le había arrebatado el pelo y apagado la luz de sus ojos, la madre de Margot era la persona más fuerte de cualquier habitación donde estuviera.

Margot había viajado para estar con ella en sus últimos días, y al hacerlo abandonó la enorme casa que había compartido con Stephen para sentarse en la pequeña sala de estar de su madre, acurrucarse con ella en el sofá y acariciarle la cabeza como si Margot fuera la madre y su madre la niña. Solo había pasado una semana con ella antes de que muriera, la misma semana, según descubrió más tarde, en que Stephen comenzó su horrible serie.

—Queremos preguntarle por una joven —dice Elsie.

—Diane Howard Murray —dice Margot.

Saca la fotografía del bolsillo. Se la entrega a Betty.

Betty estudia la foto y asiente lentamente.

—Vino aquí varias veces —confirma. Margot observa cómo Betty recorre lentamente con el pulgar el rostro de la chica en un gesto casi protector—. Recuerdo que pensé que parecía muy joven. No era

muy habladora.

—La han matado.

Margot se sorprende por la franqueza de Elsie, por esa capacidad de centrarse en los hechos.

—Encontraron su cuerpo en un callejón de Calabasas, vestido tan solo con una gabardina y un liguero.

Betty cierra los ojos por un momento y Margot sabe que intenta asimilar el temor. Luego los abre de golpe.

—¿En qué puedo ayudarlas?

—¿Conocía a alguno de sus clientes? ¿Alguien que pudiera haber actuado de forma agresiva con ella, que fuera posesivo u obsesivo?

—Hay muchos hombres así. Estas chicas siempre vuelven con historias horribles.

—¿Ella o alguna de las otras chicas mencionaron a alguien que pudiera tener inclinaciones sexuales extrañas?

Betty exhala con un gesto áspero.

—Define «extrañas».

—Bueno, tal vez un tipo al que le guste que las chicas se disfracen. Tal vez haya alguien que… —Elsie titubea—. Tal vez haya alguien a quien le guste hacerles daño.

—¿Habéis hablado con la policía sobre esto? —pregunta Betty, y mira alternativamente a Elsie y Margot.

—Lo hacemos por nuestra cuenta —explica Margot—. Y digamos que la policía no está lo que se dice de nuestra parte.

—Entiendo. —Betty sonríe con tensión—. A ver, si las chicas se encuentran con alguien inusualmente violento, lo habrán anotado en el libro.

—¿El libro?

—El libro de los peligros —explica Betty—. Al menos así lo llaman las chicas. La policía se vio obligada a utilizarlo cuando se produjo la desaparición de estudiantes en el sesenta y uno.

El corazón de Margot se acelera.

—Contiene detalles de cada encuentro: dónde ocurrió, una descripción del tipo y, a veces, una matrícula, si la chica tuvo la

oportunidad y los medios para anotarla. Hay todo un catálogo de mala gente en ese libro.

—¿Sabes cómo podemos conseguirlo? —pregunta Elsie.

Betty mira detrás de ellas, hacia el pasillo.

—Esperad aquí.

Cuando regresa, lleva en la mano un montón de papeles sujetos con un clip grande. Se lo entrega a Elsie.

—Esta información es algo muy valioso. Mantiene a las chicas a salvo. Lo necesitaré de vuelta hoy mismo, ¿de acuerdo?

Elsie lo sostiene y luego lo aprieta contra su pecho.

Margot asiente.

—Tienes nuestra palabra.

Veintiocho

Beverley se rasca el interior del codo y se revuelve en el duro sofá rojo. Tiene las piernas cruzadas y la espalda anormalmente recta. Desearía tener un vaso de agua a mano.

La han obligado a hacer esto. Había desaparecido otra chica, una de Berryview. Las víctimas se acumulaban y Beverley había recibido también su advertencia personalizada. No podía posponerlo más. Sabía que tenía que hacer lo que fuera necesario para correr la voz.

El estudio de televisión es enorme. Los focos la iluminan directamente y producen un calor suficiente como para derretir el maquillaje. Alguien que huele a laca se acerca y le aplica una espesa capa de polvos en los pómulos. Le pide a Beverley que frunza los labios para poder retocarle el maquillaje; luego sostiene un pañuelo de papel y le ordena que lo use si necesita rascarse.

Junto a Beverley, en un sofá más pequeño, hay un hombre con traje gris y pantalones que al subir se ha sentado y deja al descubierto unos calcetines de color albaricoque. El personal se afana detrás de las cámaras, ajusta la iluminación y habla en un extraño código que ella llega a entender. Detrás de su cabeza, en una enorme pantalla, se ve un amanecer brillante e inocuo, artificial. Hace que a Bev le duelan los ojos.

Desde el momento en que se enteró de la existencia de la víctima no identificada, luego Cheryl Herrera, supo que podría llegar este instante. En su pensamiento, el número escondido en el cajón de la cocina había permanecido en su mente como un picor que no podía dejar de rascarse. Ahora hay tres chicas muertas y otra desaparecida. Las mujeres de California están en peligro, y eso

incluye a Margot y Elsie, incluye a su madre y a todas las demás mujeres que cierran la puerta con llave por la noche con la esperanza de que ese gesto sea suficiente para mantenerse a salvo.

No había podido hacer nada al respecto hasta ahora.

Así que Beverley se dirigió a la cocina y encontró el trozo de papel que había escondido junto con un montón de tarjetas de visita y notas garabateadas. En él había un número de teléfono y tres palabras: *«El día de California».*

Habían pasado cinco años desde que Henry había sido encarcelado por los asesinatos que cometió. Si para transmitir el mensaje que quería comunicar era una condición hablar de *eso* con el presentador Charles Marston, pues así lo haría.

El productor se había mostrado sorprendido cuando lo llamó después de tanto tiempo, después de tantos mensajes y llamadas ignorados. «Cualquier cosa que esté en mi mano para evitar que vuelva a suceder…», le había dicho. Él le había reservado el primer hueco disponible.

Pero eso no significa que no esté nerviosa. No significa que no quiera arrancarse la piel. Apenas había dormido la noche anterior, sin dejar de dar vueltas entre las sábanas, con la pertinaz duda de su decisión. La gala de la policía ya había sido lo suficientemente angustiosa, y eso que solo había unos cientos de personas. *El día de California* se retransmite en todo el estado. Es probable que tenga millones de espectadores. Charles Marston es un conocido personaje de la televisión que aparece tanto en las vallas publicitarias junto a la autopista como en anuncios de televisión de palos de golf y pastillas para adelgazar. Pero eso es justo lo que ahora necesita, ¿no? Necesita llegar al mayor número posible de mujeres. Necesita hacerles una pregunta.

—Bien, señora Lightfoot… —Un asistente con una carpeta y unos auriculares le habla inclinado ante ella—. Charles va a hacer una presentación donde menciona su historia, la de su marido, la fecha, etcétera, etcétera. Luego le hará unas cuantas preguntas, nada demasiado complicado. Usted podrá dar sus disculpas y ¡ta-da! En

casa antes de la hora de la comida.

Se endereza y le da una palmada en el hombro antes de que a ella le dé tiempo de hacer ninguna pregunta. Se sonroja por su propia estupidez. *Una disculpa.* Por supuesto que eso es lo que esperan de ella, es lo único que todos esperan de ella. Ha pasado años disculpándose por las acciones de Henry.

Cuando aquello sucedió sintió una necesidad confusa y apremiante de suplicar perdón. Escribió a las madres, primos y hermanos de las víctimas de Henry. Solo una respondió, la hermana de Annie Milton, que no era mucho mayor que Beverley cuando Henry la asesinó. Tras una serie de mensajes sin respuesta, la mujer finalmente accedió a quedar para tomar un café.

Beverley esperó en la cafetería durante cuatro horas, durante las que vació una taza tras otra sin siquiera levantarse de la mesa para ir al baño, desesperada por aferrarse a la idea de que la hermana de Annie al fin entraría por la puerta y escucharía sus disculpas. Nunca apareció, y cuando la camarera se acercó con la cafetera hirviendo una vez más, Beverley quiso arrebatársela y pegar el metal candente a su piel.

Entonces acudió a su madre en busca de consuelo, se presentó en su puerta envuelta en lágrimas. Alice la dejó entrar, le puso una manta sobre los hombros y la hizo sentarse.

—Pero cariño —le dijo Alice con voz suave, y Beverley esperó el momento que siempre había anhelado: una madre que lo arreglara todo con besos y tiritas—. No puedes esperar que la gente te perdone así como así. Quizá sea la forma que tiene el universo de decirte que eso no es lo que te mereces.

—De acuerdo, Charles. Estaremos listos en treinta segundos.

El comunicador emite un pitido estático.

Charles se inclina hacia delante en el sofá.

Beverley se coloca la falda una vez más. ¿De verdad va a hacer esto? ¿En la televisión en directo?

—En diez…

Solía ser buena en estas cosas, esbozar una sonrisa artificial y

mirar a la cámara, cuando se trataba de sentir que aquel era su hábitat.

—… nueve, ocho, siete…

Podrían llenar el espacio del que disponen con noticias sobre cualquier otra cosa: los telemaratones del Día del Trabajo, la nueva serie llamada *Star Trek*, las pruebas nucleares en Kazajistán…

—…tres, dos…

El cámara levanta un dedo en silencio y Charles Marston cobra vida.

—Bienvenidos de nuevo a *El día de California* en esta brillante y soleada mañana de septiembre. Vaya, hace calor ahí fuera, ¿verdad, amigos? Hace tanto calor que se podría freír un huevo. *Tanto calor* que —hace una breve pausa— podría aparecer un asesino de la ola de calor.

Un fuerte zumbido comienza a sonar en la cabeza de Beverley.

—Si ese nombre les suena familiar, es porque era el apodo que le dieron a Henry Lightfoot, el vendedor de aire acondicionado del área metropolitana que se convirtió en un asesino que se colaba en las casas de mujeres jóvenes a través de ventanas y puertas traseras abiertas.

Parece que está hablando de un desconocido, del argumento de una película. Eso no es la vida, desde luego no es la vida de Beverley.

—Hace cinco años, tras acabar con la vida de siete víctimas, fue capturado por la policía.

Piensa en la sala de visitas rosa, en el olor a lejía, en la sonrisa de cocodrilo de Henry. «Me voy a casar».

Beverley siente todos los ojos que le miran, no solo los que están en la sala, sino un millón de pares de ojos que la observan desde las cocinas y los sofás de los salones. ¿Qué pensará el público de ella? ¿La considerarán un ser grosero? ¿Alguien desgraciado? ¿Una persona malvada? Con rigidez, se alisa la falda de nuevo y tira del dobladillo. Quiere cubrir cada centímetro de su piel, desaparecer entre los cojines del asiento, fingir que nunca accedió a hacer esto.

—Y hoy, en el aniversario de la condena de su marido, nos acompaña Beverley Lightfoot, esposa de Henry Lightfoot, el asesino de la ola de calor. Beverley, muchas gracias por estar con nosotros en el estudio. Sé que no debe ser fácil hablar de esto.

—Exesposa —dice Beverley acelerada—. Gracias por recibirme. —*¿Es un privilegio? ¿Un honor?*— Es un placer estar aquí. —*Mierda. No, placer no.* Cualquier cosa *menos placer.*

Charles arquea las cejas y continúa.

—Cuéntenos, ¿cómo se sintió cuando descubrió que su marido, Henry Lightfoot, era el asesino de la ola de calor?

Como si quisiera cortarse las orejas para no tener que escuchar lo que acababa de escuchar. Como si pudiera hacerse con uno de los cuchillos de la encimera de la cocina y degollarlo.

—Bueno, aquello me impactó —dice en voz baja—. Sentí horror. Incredulidad.

—¿No tenía ni la más mínima sospecha de que él salía por las noches a asesinar a mujeres jóvenes en sus casas?

Reconoce lo que subyace en ese tono, el modo en que es enjuiciada.

Respira hondo y exhala.

—Ni la más mínima.

—¿Nunca dio señales en casa de su modo de ser? ¿Nunca la hizo daño?

Siente un calor pegajoso que le sube hasta la barbilla.

—¿Y con los niños? Tenían hijos, ¿no? —Comprueba sus notas—. Benjamin y…

—Audrey. Henry *nunca* hizo daño a los niños.

—¿No le preocupa que puedan salir a él? ¿El pequeño Benjamin en particular?

El espacio resulta sofocante. Esto no es lo que había acordado, nadie dijo que fueran a hablar de los niños. Quería protegerlos de cosas como esta.

—Yo nunca…

—¿Cree que ocurrió algo en el hogar familiar que le llevó a hacer lo

que hizo, a ese delirio?

—¿Delirio?

—Con estos tipos, debe haber algo que les hace simplemente… explotar. —Abre los dedos y mueve las manos para imitar la detonación de una bomba. Beverley recuerda haber visto a Margot hacer exactamente lo mismo—. ¿Puede explicar a nuestros espectadores el papel que puede desempeñar la familia, los seres queridos que rodean a estas personas, para facilitar estos delitos?

Ella mira todas las esquinas del plató. Una docena de cámaras la enfocan, rostros borrosos murmuran entre sí, toman notas, eligen los mejores encuadres. Nadie le dice a Charles que lo que acaba de decir, lo que de algún modo da a entender, podría ser poco adecuado.

—No lo sé —balbucea—. Todos quedamos conmocionados por lo que pasó.

Él frunce el ceño. Ella se da cuenta de que no ha dado la respuesta que él buscaba y se apresura a rectificar.

—Pero es algo que siento muchísimo. Lo siento mucho por las familias de las víctimas que tienen que vivir con las consecuencias de los actos de Henry.

Le abochorna comprobar su propia debilidad.

—En cierto modo, usted se siente responsable.

No le da la oportunidad de responder a eso.

—¿Cómo fue la educación de Henry?

La policía ya le había preguntado acerca de todo eso. Durante unos instantes regresa a aquel momento. Las manchas de café en la mesa. El aire viciado. Las mangas de la camisa remangadas y los cigarrillos.

—Fue relativamente normal —dice entre parpadeos.

—¿Relativamente? —insiste Charles.

De repente, recuerda que hay cámaras apuntándola y se endereza sobresaltada.

—Su padre era… autoritario. Tenía unas elevadas expectativas respecto a sus hijos.

—Hijos. Eso significa que Henry tiene hermanos. ¿Qué piensan ellos de que su hermano sea un asesino?

No debe ponerse nerviosa, sabe bien la imagen que eso daría. Echa un vistazo rápido a la cámara y esboza una sonrisa forzada, que se desvanece de inmediato al darse cuenta de lo poco sincera que resulta.

El hermano de Henry, James, había sido acosado, igual que ella, cuando la noticia ocupó los medios. Se había visto obligado a permanecer al margen mientras su vida privada se veía saqueada y expuesta en todos los periódicos. Había sido encarcelado por robo de coches varios años antes, y los titulares sacaron todo el partido posible al «pasado criminal» de la familia de Henry. James tenía su propia familia, dos hijos pequeños y una esposa, que se vieron acosados por los periodistas tras los asesinatos. Lo último que sabía Beverley era que la esposa de James se había divorciado de él y se había llevado a los niños a vivir a Nueva Zelanda.

—Lo siento, no puedo hablar de eso.

Charles se ajusta la corbata y junta las manos sobre las rodillas.

—Bueno, de acuerdo, ¿qué le gustaría que *sus* hijos supieran de su padre?

Ella lo mira fijamente durante un segundo. Sus ojos son verdes, su rostro bien afeitado tiene un aspecto bronceado y saludable, parece un hombre que juega mucho al golf. Hay un ligero atisbo de sonrisa en la comisura de sus labios. Ella reconoce esa expresión. Significa que no la respeta. Significa que se cree mejor que ella.

—Quiero… —empieza a decir.

—No, no. —Él mueve el dedo frente a ella—. Dígaselo a la cámara.

Se pasa la lengua por los dientes y es la niña quien reaparece, la de los anuncios, la que hacía todo esto con tanta facilidad hace tantos años. Sonríe y se gira hacia la cámara.

—Quiero que sepan que los quería mucho.

Charles vuelve a levantar las cejas y revolver sus notas.

—Estoy seguro de que las familias de las víctimas se alegrarán mucho de oír eso —dice secamente—. Bueno, gracias, Beverley, por

haber venido.

No. No puede terminar así.

Charles se gira en el sofá, deja de centrarse en ella y se vuelve hacia las cámaras.

No puede ser. No ha podido decir nada de lo que quería decir. ¿Qué hay de la investigación? ¿El asesino que anda suelto? ¿Qué hay de Cheryl, Emily, Diane y Sarah? No puede creer que haya desperdiciado la oportunidad, que se haya dejado desconcertar por sus preguntas.

—Ahora bien, si alguna vez se han preguntado si una mangosta puede surfear —bromea Charles ante la cámara—, echen un vistazo a esto.

Alguien con una carpeta se acerca a Beverley, encorvado, y alcanza el micrófono de la solapa de su chaqueta.

No. Gira la cabeza a izquierda y derecha. No puede dejar que aquí acabe el asunto.

—¡Un momento!

Charles se queda paralizado en mitad de la lectura del texto del teleprompter y gira la cabeza hacia ella con los ojos muy abiertos en señal de advertencia.

—Lo siento, amigos. —Vuelve a mirar a la cámara—. Creo que tenemos algunos problemas técnicos.

—No había terminado.

Las cámaras vuelven a enfocarla.

—Hay algo más que debo decir.

Charles se lleva una mano al cuello y hace un sutil gesto de *corte* a la cámara, pero no le hacen caso. Se aclara la garganta y vuelve a mirarla.

—Por supuesto, señora Lightfoot. —Por los músculos temblorosos de su mejilla, se da cuenta de que está furioso—. No es habitual tener a personas como usted en el programa. ¿Qué le gustaría añadir?

Ahora la atención de todos los presentes en la sala se centra en ella. Han salido de detrás de sus cámaras y han bajado sus

portapapeles para observarla con atención.

Mira a la cámara más grande, que enfoca su rostro. Ve cómo la lente se expande y el zoom la agranda con las lentes. Más cerca, más cerca. Siente como si pudiera perderse en ella, como si fuera a tragársela por completo. Mira fijamente hacia delante y hace que su voz suene lo más clara posible.

—Tengo un mensaje para las mujeres de California. —Es lo que ha ensayado delante del espejo—. Las esposas, las hermanas y las novias.

Charles se remueve en el sofá. Los productores intercambian miradas nerviosas.

—Tengan cuidado con lo que hay en las calles.

Charles asiente aliviado y vuelve a girarse hacia la cámara para comenzar de nuevo su sección sobre las mangostas.

—Y en sus casas.

Charles se pone tenso.

—Hay mujeres que sufren.

Roger se enfadará mucho si revela detalles específicos del caso, pero no puede meterse en problemas por decir lo que siempre ha sido cierto: que las mujeres no están seguras.

—Mantengan las puertas cerradas con llave y con cerrojos —continúa sin dejar de mirar fijamente a la cámara—. Cierren las ventanas por la noche, sin importar el calor que haga fuera. Y vigilen a los hombres que forman parte de su vida.

Charles carraspea a su lado, pero la cámara no se mueve, sigue enfocada en su rostro.

—Vigilen a sus maridos, hermanos e hijos —continúa—. Aunque parezcan hombres honorables, ¿han comenzado a actuar de forma diferente? ¿Los notan fríos, distantes, propensos a cambios de humor o arrebatos? ¿Pasan más tiempo fuera de casa de lo normal? ¿Han encontrado pruebas de desviaciones sexuales, de perversiones? ¿Los sorprenden inventándose excusas? ¿Tienen aspecto cansado, se muestran heridos, son reservados?

—Espere un momento, señora Lightfoot. —Charles al fin la

interrumpe—. ¿Lo que da a entender es que las mujeres deben tener miedo de *todos* los hombres? —Suelta una carcajada—. Porque eso no me parece justo. ¿No es así?

Abre los brazos y mira a su alrededor en busca de refuerzos.

—Por supuesto que no —balbucea Beverley—. A lo que me refiero es a que…

—¿Papá Noel? —hay burla en su tono—. Es un hombre. ¿Debemos temer a *Dios* porque es hombre? El Conejo de Pascua… ¿alguien lo tiene controlado?

La cámara se aleja de Beverley y vuelve a enfocar a Charles, y ella sabe que lo ha estropeado todo.

Quiere agarrar la lente y hacer que vuelva a centrarse en ella para decirle a California que ahí fuera *hay* alguien que mata mujeres. Quiere contarles lo de la flecha, los nudillos tatuados, la gabardina y el liguero, todos esos detalles extraños e impactantes. Pero ha echado a perder su oportunidad.

Está aturdida y el personal se agolpa a su alrededor, le quitan el micrófono y luego la conducen por pasillos oscuros hasta salir al deslumbrante sol californiano.

—Buena suerte, señora Lightfoot —le dice un asistente con tono severo mientras se da la vuelta y cierra las puertas del estudio. Al hacerlo deja a Beverley sola en la desolada y luminosa calle.

Desaparecida desde hace semanas

Bailaré al son de los Beatles en la radio.

Me comeré una manzana, toda la monda pelada en una sola pieza, como me enseñó mi padre.

Me pondré unas zapatillas cómodas y estiraré los dedos de los pies dentro de ellas.

Recorreré todos los pasillos del supermercado y me iré solo con un racimo de uvas, un ejemplar de *Vogue* y una botella de champán frío.

Acariciaré a un perro.

Me tomaré unas vacaciones.

Nadaré en el océano, sumergiré la cabeza, haré burbujas bajo el agua, escupiré la sal.

Oleré la cabeza de un bebé.

Me cepillaré el pelo delante del espejo.

Horneará un pastel, pasaré los dedos por el fondo del bol y lameré el glaseado.

Me pondré ropa interior limpia.

Moveré el cuerpo con libertad, sentiré el sol en la cara.

Lavaré tu olor de mi ropa, de mi piel.

Volveré a respirar aire fresco.

Veintinueve

En los días posteriores a su aparición en la cadena televisiva, Beverley recibe numerosas cartas amenazantes por correo. Había olvidado la costumbre de recibir cartas. Sus amigas, en su mayoría antiguas modelos adolescentes con aspecto de jóvenes de clase alta que conoció en las salas de espera, encuentran su situación insoportable. Pero le envían tarjetas insulsas y superficiales cada Navidad con noticias sobre los ascensos de sus maridos en el trabajo, sus vacaciones de esquí en Aspen o las notas del pequeño Robert en el colegio. No le preguntan por su trágica vida, como si el hecho de ignorarla fuera a borrar la mancha de sangre.

Pero esto es un aluvión. Beverley abre cada carta, lejos de los niños, a primera hora de la mañana, como un modo de torturarse a sí misma mientras el sol brilla con fuerza entre las copas de los árboles. Lee cada línea, y cada una se le queda atravesada en la garganta como si fuera un cuchillo.

Las cartas le dicen que no es más que alguien que odia a los hombres, que es hipocondríaca. Le dicen que es una zorra que alberga resentimiento contra todo lo masculino, que merece morir de forma brutal, igual que las víctimas de su marido.

Es justo lo que decía su madre. Se trata de un castigo. Es lo único que se merece. ¿Cómo podía esperar que fuera de otro modo?

La propia Alice se pasa por allí para decirle que no hace más que poner en peligro a sus hijos al expresar opiniones controvertidas en público. Beverley se pregunta cómo puede ser controvertida la opinión de que la violencia masculina es un peligro para las mujeres. Su madre se limita a murmurar algo como respuesta, y lo que viene

a decirle es que en realidad debería leer menos periódicos.

Septiembre se alarga con un tiempo pegajoso e interminable. Beverley se mira en el espejo y solo encuentra el caparazón de alguien a quien una vez conoció. Solía ser elegante, solía parecerse mucho a alguien cuyo rostro podría vender mantequilla de cacahuete o limpiadores de cocina. Una vez tuvo la figura de una bailarina, moldeada durante años frente a la cámara. ¿Dónde está esa chica ahora? Lo que hay frente al espejo es una figura encorvada y disminuida.

Elsie y Margot la han llamado para decirle que no fue tan mal. Que Marston se comportó como un imbécil. Y que había hecho un buen trabajo al difundir la noticia. Aunque la hubieran vilipendiado. Aunque no les hubiera dado ninguna pista, ningún lugar al que acudir. Ella había hecho todo lo que estaba en su mano.

Desesperada, llamó a Roger para contarle lo que había sucedido en el supermercado: el señor Appleton con su carrito lleno de Lucky Charms, cómo se le ponía la piel de gallina solo con estar cerca de él.

—Quizá al hombre simplemente le gustan mucho los cereales —le había respondido él con total seriedad a través de la línea entrecortada.

Ella había alejado el auricular de la oreja y apretado los dientes. Le molestaba que se burlaran de ella, sobre todo cuando estaban en juego las vidas de otras personas.

—Mira, ningún hombre de más de cincuenta años podría asesinar a mujeres jóvenes y atléticas con sus propias manos —había continuado Roger, cansado de sus sospechas—. Tienes que dejar esto, Bev.

Ella se quedó en silencio.

—Cariño —suspiró él—, no puedo vigilar a un tipo solo porque le gustan los Lucky Charms, ¿de acuerdo?

Le dijo que la policía ya seguía sus propias pistas, que ahora estaban de acuerdo en que los asesinatos podían estar relacionados y contaban ya con varios sospechosos a los que tenían vigilados,

todos con antecedentes de violencia y comportamiento amenazante hacia las mujeres.

Colgó frustrada e insatisfecha.

Sean Wilson, ahora lo sabe, cuenta con una coartada gracias a su esposa. Pero eso no explica por qué estaba en el velatorio de Cheryl.

—Heston indagó un poco más —le dijo Elsie más tarde—. Llegó a la conclusión de que Wilson estaba obsesionado con Cheryl y con otras chicas de su club: las observaba entrenar, merodeaba por sus reuniones y se hacía llamar fan.

—No deja de ser un pervertido aunque no sea un asesino—había dicho Margot con desdén.

Elsie les había prometido que investigaría más en el *Signal*, que al final obtendrían algo de dónde tirar, solo debían persistir. Pero lo único que a Beverley le apetecía era sentarse con las puertas y ventanas cerradas mientras el calor dilataba los cristales, secaba las plantas abandonadas y se dedicaba a rumiar su castigo. Sus acciones —su «estratagema», como la había bautizado su madre— habían defraudado a las mujeres asesinadas, y Beverley se había convertido en el hazmerreír de todos. ¿Cómo había podido hacer tan mal su tarea de defender a quienes se suponía que pretendía proteger?

Han pasado casi diez días y Beverley se dedica a limpiar la cocina, con el pelo sin lavar y la radio a todo volumen, y en ese momento se da cuenta de que aún no ha revisado el correo de la mañana. En bata y zapatillas, sin importarle ya lo que puedan llegar a pensar los vecinos, sale bajo la luz cegadora del sol y abre el buzón. Solo hay una carta encajada dentro, y siente cierto alivio al ver que por fin ha empezado a disminuir la cantidad de correo. Mira a izquierda y derecha, y al otro lado de la calle. No hay vecinos que la miren boquiabiertos, ni tampoco la señora Akerman pasea a su perro salchicha. Solo el señor Appleton, que se tambalea por el camino de entrada a su casa, de regreso después de alguna de sus raras

salidas. Abre el sobre y despliega con cuidado la carta mientras se mentaliza para el dolor que van a producirle las palabras y que está convencida de merecerse.

«Querida Beverley Lightfoot —lee—, le escribo en relación con mi marido».

Treinta

Cinco días después

Beverley mira su reloj. Son las once y cinco. Se suponía que debían encontrarse en la cafetería a la hora en punto, pero no se atreve a salir del coche. Piensa en marcharse y ahorrarse la humillación de que la dejen plantada, o de exponerse a una trampa, pero la imagen de Diane Howard Murray con su mono de limpieza le viene a la mente seguida de la de Sarah Gunn haciendo girar sus bastones de *majorette*. Sale al calor sofocante tras abrir la puerta del coche y cruza el aparcamiento.

Se sienta en una mesa al fondo del local desde donde puede vigilar la puerta. Está cerca del baño, por si necesita esconderse. En la gramola suena una vieja canción: «Dream Lover», de Bobby Darin. Hace que Bev reflexione, llega a ponerle la piel de gallina. Henry solía silbarla por toda la casa, llevaba a su hija subida a hombros cuando pasaba por el pasillo y la hacía bailar con ánimo juguetón. Se tapa los oídos con las palmas de las manos para intentar bloquear el sonido.

La camarera se acerca para tomar nota y Beverley pide un café; luego le hace señas para pedir otro. No quiere parecer grosera.

La mujer había firmado con un nombre, Sharon Farrer, aunque Beverley pensaba que podía tratarse de un seudónimo; desde luego, no tenía forma de saberlo con certeza.

Había dedicado toda la noche a repasar la carta, había analizado cada línea para encontrar la artimaña, la posible trampa. Pero había

algo en las palabras de Sharon que le hacía tener la certeza de que no mentía.

La camarera trae los cafés y una jarra con leche y nata. Beverley echa demasiada en el suyo y derrama algo de líquido. Acerca los labios al borde de la taza para beber a sorbos como un gato.

—Tienes exactamente el mismo aspecto que en la televisión.

Beverley levanta la vista enseguida.

—Soy Sharon.

La mujer que está de pie frente a ella tiene la cara cubierta de maquillaje. La sombra de ojos color aguamarina y las mejillas rosa caramelo le dan el aspecto de una muñeca, un efecto que se ve acentuado por su melena de tirabuzones rubios. Lleva unos patines blancos colgados al hombro y una falda rosa estilo años cincuenta a juego con un jersey.

—Lo siento —dice la mujer con voz entrecortada. Beverley se da cuenta de que tiene un marcado acento de la costa este—. He tenido que venir directa del trabajo. Es el único descanso que tengo. —Se sienta frente a Beverley en la mesa—. Estas cosas hacen que sea un poco más fácil moverse, pero te juro que uno de estos días me voy a romper la crisma.

Sharon se hace con una servilleta y empieza a limpiar el café derramado.

Beverley no puede apartar la mirada de los patines. Nunca había visto a una mujer adulta con patines. Sharon se da cuenta de que no deja de mirarlos.

—Trabajo en el *drive-in* de la esquina de Mace y William. —Se sonroja ligeramente—. Soy camarera. Tenemos que llevar estos estúpidos uniformes y además pelucas.

Tira de los tirabuzones rubios y se los quita de la cabeza. El pelo que hay debajo está aplastado y sin brillo en las raíces, y las puntas parecen quemadas por el peróxido. Se lo atusa con los dedos tratando de arreglarse un poco.

—Pero un trabajo es un trabajo, ¿no? ¿Te importa si fumo?

Las palabras de la mujer salen disparadas de su boca. Parece

nerviosa. Beverley tiene ese mismo hábito, las palabras se le escapan de la lengua cuando no sabe qué más hacer.

—Fue genial lo que hiciste, tener el coraje de salir en televisión así.

Sharon enciende el cigarrillo y da una calada, y a continuación se rasca el cuero cabelludo con las uñas postizas. Es claramente mayor que Beverley, pero hay algo en ella que la hace parecer una niña, acaso los ojos que miran de un lado a otro de la sala mientras habla, la piel arrugada y el pintalabios rosa pálido que está descolorido hasta quedar como un contorno de tiza.

—¿Me trae un café recién hecho? —le pide Sharon a la camarera, y luego se vuelve hacia Beverley—. Lo siento, no paro de hablar. Lo hago cuando estoy nerviosa.

—Gracias por tu carta —responde Beverley con calma.

Si lo que Sharon ha escrito es cierto, es probable que esté asustada y desesperada por encontrar respuestas. Le debe de haber costado mucho venir aquí.

Sharon inclina la cabeza.

—Lo que dijiste en el programa tenía mucho sentido, ¿sabes?

La camarera deja una cafetera de café recién hecho sobre la mesa.

—Algo me dejó impactada al escucharte. —Sharon se da una palmada en la frente—. Fue como un interruptor. Supe que debía hablar contigo.

—Entonces, tu marido…

—Hank.

—¿Lleva un tiempo actuando de forma extraña? Cuéntame más.

Sharon mira a su alrededor, comprueba que nadie está escuchando.

—Todo lo que dijiste. —Sopla el café—. Se queda hasta tarde en el trabajo, no cuenta nada, está a la defensiva. Luego están esas *explosiones* repentinas. Me trata como si *fuera yo* la loca cuando le pregunto dónde ha estado o por qué llega a casa a las dos de la madrugada.

—Ajá.

Beverley asiente con la cabeza, pero nada de eso lo convierte en

un asesino. Quizás tenga una aventura. Quizás realmente se queda hasta tarde en el trabajo.

—¿Y todo eso no es habitual en él?

—La verdad es que no—dice Sharon con tristeza, y sacude la ceniza en la bandeja—. Es mecánico, así que a veces tiene horarios extraños. Bebe. Siempre ha sido… agresivo. —Su voz se apaga—. No es un buen tipo, por serte sincera. Me llevó un tiempo darme cuenta, pero es lo que hay.

—¿Puedes explicármelo con ejemplos?

—Dice cosas sobre las mujeres: que deben ser buenas esposas, que deben estar calladas, quedarse en casa y no estorbar, que deben cuidar de los niños y asegurarse de que la casa esté en orden.

Beverley asiente de nuevo, pero eso no es nada nuevo. Muchos hombres tienen ideas anticuadas.

—No le gusta que yo trabaje. Odia esto. —Señala su ropa rosa, el maquillaje, los patines—. Últimamente me obliga a frotarme la cara cuando llego a casa, *pero frotarme con estropajo como quien dice*.

Beverley se inclina un poco al escucharla.

—Se queda ahí de pie, y me mira en el espejo. —La voz de Sharon comienza a temblar ligeramente—. Me dice que use más jabón, que frote hasta que se me quite todo el rímel y la cara se me queda roja porque está ya en carne viva.

Lo siento. A Beverley le viene un recuerdo a la mente. Afeitaba a Henry delante del espejo. Había aplicado con cuidado la crema en todo el cuello con una brocha. Se habían reído cuando él había sacado la barbilla y había puesto morritos. Ella había cogido una cuchilla limpia y se la había pasado con cuidado por la mejilla, a movimientos cortos hacia arriba, y la limpiaba con la toalla que había junto al lavabo. Luego había pasado al cuello, pero él se había movido de repente con una mueca de dolor, había inspirado de modo brusco y ella había apartado la cuchilla. Ambos observaron en el espejo cómo una mancha roja se extendía del mismo modo que se abre una flor.

Lo siento. Lo siento mucho.

Ni siquiera lo vio venir, no vio cómo él levantaba el brazo y, antes de que tuviera tiempo de girarse, le asestó un golpe tremendo en un lado de la cabeza. En la habitación resonaron un centenar de campanas y luego todo quedó en silencio.

—¿Crees que es peligroso? Tu marido —le pregunta a Sharon.

Quiere ayudarla, pero los hombres violentos desde siempre han maltratado a sus esposas y novias. Es algo condenable y nunca deberían salirse con la suya, pero eso no los convierte sin más en asesinos. Eso no va a ayudar en este caso.

—Me trata así desde hace mucho tiempo —responde Sharon sin dejar de fijar la mirada en su taza de café—, pero es la primera vez que pienso que pueda ser un peligro para otras personas. Lo que dijiste en la televisión me hizo verlo con otros ojos.

—Si te hace daño, deberías ir a la policía.

Es una hipócrita. Ella nunca fue a la policía, y eso que era consciente de que aquello que Henry le hacía estaba mal.

—Me amenaza. —Sharon parpadea varias veces y muy rápidamente, lo que la hace parecer aún más infantil—. Después de discutir, después de que él… cuando me hace daño me dice que si voy a la policía lo van a pagar los niños, que no le quedará nada, que no le quedará otra opción.

A Beverley se le corta la respiración al oír mencionar a los niños.

—Y…

Los ojos de Sharon se posan en el rostro de Beverley, luego bajan a su chaqueta de Pierre Cardin sin cuello y parece cambiar de opinión.

—No importa.

—Continúa.

Beverley extiende la mano y la posa sobre la de Sharon.

Se sorprende cuando Sharon le agarra los dedos con rapidez, un gesto muy íntimo, antes de retirarlos y rodear con ellos su taza de café.

—La policía trata a la gente como yo de una manera determinada

—dice Sharon con voz calmada.

Beverley siente una punzada de culpa en el esternón. Piensa en su bolso caro, en su reloj, en su casa en Berryview con un bonito jardín y una piscina a la que vienen a beber los pájaros cuando hace calor. Mira las uñas rotas de Sharon, sus manos que se pasan las tardes enteras sirviendo hamburguesas y patatas fritas a adolescentes en coches.

—Parece que no les interesa —continúa Sharon—. Solo me ven como una esposa de clase baja a la que maltratan.

—Estoy segura de que si les contaras lo que él…

—¿Beverley? Por favor. —La súplica se ve interrumpida por la desesperación—. ¿Podrías echarle un vistazo al menos? A ver qué opinas.

—No sé, Sharon. No estoy segura de si…

—Hay algo más.

Beverley hace una pausa y mira a Sharon a los ojos.

—He encontrado algo.

Sharon mete la mano en el bolso y empieza a rebuscar.

—He visto un artículo en el *Signal*.

Beverley no sabe muy bien por qué, pero puede oír los latidos de su corazón resonar cada vez más fuerte en sus oídos. Cuando Sharon saca la mano del bolso y abre la palma para mostrar un objeto brillante, Beverley no puede evitar gritar por la sorpresa.

Al final sí que van a tener que investigar a Hank Farrer.

Treinta y uno

No ha entrado ni un solo cliente en la sección de moda masculina en las últimas tres horas. Margot no culpa a nadie por quedarse en sus casas. Hace demasiado calor para ir de compras. A nadie le interesa ir a probarse ropa a unos grandes almacenes cuando tienen cercos de sudor en las axilas como si fueran vagabundos.

Su jefe se excusó hace dos horas. «Salgo un momento», algo que solía hacer cuando la tienda estaba tranquila. Margot sabe que «salir un momento» implica una bolsa de palos de golf y varias jarras de Long Island. En todo caso, eso significa que tiene el lugar para ella sola.

Se dirige al mostrador y se sienta en el taburete, tararea la canción de Lovin' Spoonful que suena por los altavoces. Aquí tiene una pila de ejemplares de la revista *Look* que guarda para días tranquilos como este. Abre una al azar y la deja caer en el mostrador. Tiene unos cuantos años. Jackie Kennedy lleva guantes blancos, un abrigo rosa y un impresionante turbante negro en la cabeza. JACQUELINE KENNEDY INSPIRA EL NUEVO LOOK INTERNACIONAL. Margot recorre con los dedos el titular y luego acaricia la foto, como si al hacerlo recorriera aquellos años, como si así siguiese los hilos que los unen: la esposa del político, la alta sociedad de los Hamptons, la viuda.

Margot había sido una esposa dedicada a Stephen cuando se casaron; lo acompañó sin protestar a mítines, cenas y galas, donde él hablaba desde el escenario durante lo que parecían ser horas. Margot esperaba al lado del escenario, con un cigarrillo en la mano, y fingía escuchar con atención. Si él regresaba tarde de un evento, con dolor de cabeza, sed de Johnnie Walker y ganas de ajustar

cuentas con un compañero candidato, ella le servía una copa, le frotaba los hombros y hacía los ruidos adecuados. Era experta en guardar silencio, aunque también podía ser un pájaro cantor, siempre el centro de atención en sus fiestas, la anfitriona alegre, la mujer que bailaba sobre las mesas y pedía que aquello no acabase.

No había pasado mucho tiempo tras la boda cuando Margot empezó a sospechar que Stephen tenía una aventura. No era nada improbable. Era un político guapo, ¿qué podía esperarse? Se había vuelto evasivo, reservado y frío. Cuando volvía tarde de la oficina, y se metía en la cama a altas horas de la madrugada, ya no quería hablar con la cabeza de ella apoyada en su pecho ni hacer el amor al amanecer. Al contrario: se apartaba, musitaba que necesitaba ducharse y huía de las sábanas ya enredadas. Ella se daba la vuelta confundida y extendía un brazo hacia aquel espacio vacío. Al final se quedaba dormida. Cuando volvía a abrir los ojos él ya se había ido, dejaba tan solo el aroma del jabón de la ducha y la ropa sucia en el cesto de la ropa.

Esta rutina se había repetido durante un tiempo, hasta que encontró la huella de sangre junto a su coche. *Eso* sí que no habría podido esperarlo nunca. ¿Pintalabios en el cuello de la camisa, unas bragas en el asiento trasero de su Rolls-Royce, un aroma a perfume de otra mujer? Eso sí. Pero no esto. No sangre.

Estuvo a punto de preguntarle por la huella, que tenía el tamaño exacto de su bota. Pero, en lugar de eso, decidió vigilarlo. Necesitaba saber qué hacía realmente cuando se quedaba fuera de casa hasta las cuatro de la madrugada. Lo que necesitaba era seguirlo. Es lo que haría cualquier mujer que se preciase de serlo.

Unas noches después de que Margot encontrara la huella, Stephen anunció que tenía una reunión tardía con su jefe de campaña. Ella mantuvo el gesto impasible, le dio un beso de despedida y lo observó desde la ventana mientras se subía al coche y salía con toda la naturalidad por el camino de entrada. Luego salió corriendo detrás de él y se metió en su Porsche.

En las carreteras principales tuvo el cuidado de mantenerse a un

par de coches de distancia. Normalmente se esforzaba mucho por destacar, pero esta era una ocasión en la que quería pasar desapercibida, perderse en un mar de reflejos.

Cuando Stephen salió de la carretera principal, giró bruscamente el volante y lo siguió a cierta distancia. Al cabo de un rato la carretera se estrechó y quedó flanqueada a ambos lados por una arboleda cada vez más frondosa. No había ningún otro coche, la noche que transcurría fuera del Porsche era tranquila y silenciosa.

A otra persona le habría sorprendido que Stephen condujera en dirección contraria al centro de la ciudad, donde se suponía que tenía la reunión, pero Margot no era tonta. Hacía tiempo que sabía que Stephen le mentía. Ahora solo necesitaba descubrir qué era lo que ocultaba.

El bosque que los rodeaba se extendía, era cada vez más denso y oscuro, y Margot comenzó a vislumbrar porciones de agua entre los árboles. Era negra y opalescente, y la luz de la luna baja se reflejaba en fractales de diamantes al encontrar su superficie. Debido a que la carretera estaba desierta, Margot decidió apagar los faros. Quería saber qué haría Stephen sin la conciencia de ser observado, saber por qué había ido hasta allí, en medio de la oscuridad. Aún podía ver las luces traseras a cierta distancia, lo que le permitió ver cómo giraba a la derecha y luego el coche era engullido por el espesor de los árboles.

Redujo la velocidad y se quedó a la distancia suficiente para que no se diera cuenta de que había otro coche detrás de él. Cuando logró llegar al desvío vio que estaba señalizado con un cartel: MIRADOR DEL LAGO PLATEADO. Había oído hablar de la belleza de aquel lugar, pero no conseguía entender por qué estaban allí. Desde luego, no era un sitio del que Stephen le hubiera hablado jamás. Nunca la había llevado allí. Maldita sea, le cortaría los huevos si era allí donde se reunía con su amante, como un adolescente cachondo.

Giró el volante y sacó el coche fuera de la carretera incorporándose a un camino de grava que se adentraba hacia el lago, que parecía un charco de aceite en la distancia. Ya no veía el coche de Stephen,

pero siguió conduciendo de todos modos, con el crujido de la grava bajo los neumáticos, hasta que el camino se abrió a un espacio que debía tener el tamaño de un campo de fútbol. Allí pudo distinguir el Rolls-Royce aparcado en el extremo más lejano. No veía caminar a Stephen, así que supuso que seguía en el asiento del conductor dedicado a mirar el lago

Margot pisó el freno y apagó el motor. Seguía sin encender las luces, por lo que Stephen no podía verla. Pero ella sí tenía su coche a la vista, así como cualquier otro vehículo que bajara por aquel camino.

La noche era calurosa, por lo que abrió un poco la ventanilla y encendió un cigarrillo mientras el ulular de los búhos se colaba entre los pinos. Se giró sin levantarse del asiento y buscó en el espacio para los pies de la parte trasera el bate de béisbol que siempre guardaba en el coche.

Luego…

Stephen no salió del coche.

Margot se sentía cada vez más frustrada ante la falta de algún acontecimiento, por el hecho de que ningún otro coche llegase.

Así que salió.

La noche aterciopelada la envolvió con su abrazo. Se agachó y cruzó con sigilo el camino de grava. Su corazón latía con fuerza, podía oírlo por encima del susurro de los árboles y el suave sonido del agua del lago. Al acercarse al Rolls-Royce, cuya pintura negra brillaba bajo la luz de la luna, se puso a cuatro patas y se arrastró para poder llegar más cerca.

Sabía que lo que estaba haciendo era ridículo —¿cómo se lo explicaría si él llegaba a verla?—, pero Margot no era una mujer que se dejara disuadir por la posibilidad de hacer el ridículo. Así que se acercó a la parte trasera del coche y miró por la ventanilla trasera.

Stephen estaba en el asiento del conductor, reclinado. Tenía los ojos cerrados y, para su horror, vio que se había bajado los pantalones hasta los muslos. Se detuvo en la ventana sin saber si lo que había descubierto era real. Stephen se tocaba, movía la mano

rítmicamente dentro de la calma en el interior del coche.

Margot se agachó; la mente no dejaba de darle vueltas. ¿Por qué demonios había conducido su marido kilómetros fuera de la ciudad para sentarse en un aparcamiento y masturbarse?

Se puso de pie lentamente y entrecerró los ojos para poder enfocar la mirada a través del cristal. Fue en ese instante cuando Stephen se quedó paralizado y, de repente, se incorporó en el asiento.

Ella se dio la vuelta y corrió tan rápido como pudo, con la esperanza de que la oscuridad la protegiera. No podía mirar atrás, no podía arriesgarse, así que corrió con el temor de que una mano inevitable la agarrara por el hombro. Cuando llegó al Porsche abrió la puerta del conductor y se deslizó dentro del coche. Presa del pánico, accionó el contacto, giró el volante hacia la izquierda y sacó el coche de la carretera; lo dejo encajado en el espacio que había entre dos árboles. Lo consiguió justo a tiempo, antes de que el coche de Stephen pasara a toda velocidad. Esperaba que se detuviera unos metros más adelante, con un lento crujido de grava, pero no fue así. Su coche siguió su camino hasta que las dos luces traseras desaparecieron de la vista y Margot se sintió lo suficientemente segura como para salir lentamente del bosque.

Stephen no volvió a casa aquella noche.

Cuando Margot llegó a su casa, conmocionada, encontró la cama vacía y el coche de Stephen no estaba en la entrada. Solo cuando se metió en la cama, con los nervios a flor de piel y tras revisar en su mente cada recuerdo que podía encontrar relacionado, se dio cuenta de dónde había oído hablar antes del mirador del lago plateado. Fue el año pasado. Salía en los titulares de las noticias. Recordaba las imágenes, los rostros, que vio mientras cambiaba de canal en la televisión. Dos adolescentes, que eran novios desde el instituto, habían sido asesinados mientras estaban aparcados en el mirador. Al chico le habían disparado en las rodillas y luego lo habían degollado, a cierta distancia del coche, después de que intentase escapar. La chica fue encontrada atada en el asiento trasero, donde la habían estrangulado antes también de degollarla. Nunca se encontró al

asesino y la policía tampoco fue capaz de descubrir ningún móvil para el crimen.

¿Por qué, pensó Margot, con el cuerpo aplastado por el miedo, Stephen había visitado el lugar de un doble asesinato?

¿Por qué se masturbaba dentro del coche frente a ese lago?

Pasarían otras dos semanas antes de que encontrara la prueba irrefutable.

El sonido de las puertas giratorias de la tienda saca a Margot de su letargo. Cierra la revista en un abrir y cerrar de ojos y se endereza para dedicar una sonrisa deslumbrante a quienquiera que sea tan tonto como para ir de compras cuando las aceras se derriten.

Un hombre levanta la vista y apenas llega a reconocerla, pero cuando sus miradas se cruzan, tan solo por un instante, Margot siente algo que le raspa la piel. El hombre está desaliñado, tiene el pelo revuelto, la piel arrugada y los ojos subrayados por esas ojeras que solo tienen los bebedores empedernidos; pero, aunque Margot no sabe muy bien por qué, también parece inteligente, como si pudiera pillarte con la guardia baja si así quisiera.

Ella lo observa con los párpados entrecerrados mientras él se dirige al fondo de la tienda y hojea las chaquetas de cuero. *¿Cuero? ¿Con este calor?* Se aclara la garganta en silencio mientras él se acerca a la caja con una cazadora de aviador bajo el brazo, como las que viste George Harrison.

La coloca sobre el mostrador. El hombre huele a güisqui.

Ella revisa la chaqueta, la dobla y le cobra.

—¿No hace demasiado calor para llevar cuero? —se atreve a preguntar.

—Ah, yo solo salgo por la noche —responde él con tono impasible.

Margot se ríe con un tono de sarcasmo y el hombre levanta la vista hacia ella. Esboza una sonrisa sarcástica y tensa.

Margot abre una bolsa y mete la chaqueta dentro. Puede sentir cómo la observa, esa sensación familiar de que un hombre recorre su cuerpo con la mirada.

—La que uso habitualmente se ha echado a perder —dice él con

un suspiro aburrido—. Así que…

Se encoge de hombros y señala la bolsa.

Margot reprime una sonrisa. *Lo de siempre.* Solo los hombres más aburridos sienten la necesidad de cultivar su «imagen» vistiéndose como los Beatles.

El cliente le entrega su tarjeta American Express, y Margot deduce que no puede ser un vagabundo si usa una tarjeta de crédito. Sus ojos se posan en el nombre. R HESTON. Está segura de que le suena de algo. Pasa la tarjeta por la validadora, le entrega su recibo y él lo guarda. Margot se fija en que tiene las manos cubiertas de cicatrices. Quizá sea un trabajador manual, aventura Margot. Da igual. De lo que no cabe duda es de que se trata de alguien necesitado de una ducha.

—Que tenga un buen día.

Él asiente con la cabeza al mismo tiempo que se da la vuelta y sale de la tienda. Margot lo observa marcharse y solo se relaja cuando él regresa a la calle tras pasar por las puertas dobles.

Treinta y dos

El jardín delantero de los Farrer apenas tiene vegetación. Tiene un columpio roto y una parrilla oxidada y triste que parece provocar en Elsie una extraña sequedad de garganta. Pero la puerta principal, frente a la que está en este momento, ha sido pintada de un elegante azul huevo de petirrojo, y hay un par de arbustos de olivo en macetas de terracota a ambos lados del porche que alegran la entrada.

La casa no parece el lugar donde viviría un asesino.

Pero ¿la casa de Elsie acaso parecía el lugar donde viviría un asesino? ¿Quién sabe qué aspecto tiene un lugar así?

Cuando Beverley acudió a Margot y Elsie con la primera pista concreta encontrada desde que comenzaron a investigar la serie de asesinatos recientes, Elsie se negó a creerlo.

—El hecho de que un hombre golpee a su esposa no lo convierte en un asesino —argumentó—. Podría ser cualquiera, Bev.

—Eso es lo que yo pensaba también —dijo Beverley mientras rebuscaba en su bolso—. Pero luego me dio esto.

Beverley abrió la mano y Elsie tardó unos segundos en darse cuenta de qué era lo que tenía ante los ojos.

—Eso no es… —Elsie se inclinó para examinar la delicada pulsera que Beverley tenía en la palma de la mano, con unas pequeñas letras de plata unidas a una fina cadena. Las iniciales *CJH*. *Cheryl Jean Herrera.*

—¿Por qué tendría este tipo la pulsera de Cheryl Herrera en su camioneta?

Elsie se detuvo incapaz de responder.

—Sharon dijo que la encontró junto al pedal del freno —continuó Beverley—. ¿Quizás terminó allí tras un forcejeo? *Debemos* tenerlo vigilado y averiguarlo.

—¿No crees que deberíamos entregar esto a la policía? —preguntó Elsie con dudas.

Pero Bev le había dicho que Sharon le había rogado que no lo hiciera, ya que Hank había amenazado con hacerle daño a ella y a los niños si hablaba con la policía sobre él.

Bev golpea la puerta con los nudillos y abre una mujer con una bata del color del talco para bebés. Parece cansada y Elsie cree ver el inicio de un ojo morado sobre el pómulo. El rímel se le ha acumulado en las comisuras de los párpados y tiene el pelo seco, encrespado. Margot nota cómo su cuerpo se tensa al estar junto a ella, y Elsie sabe que se muere de ganas por cepillar el pelo de la mujer y ponerle un poco de corrector en el moratón.

—Oh, señoras, muchas gracias por venir. —La voz de Sharon es extrañamente infantil, y a Elsie le recuerda la voz entrecortada de Marilyn Monroe—. No puedo creer que esté hecha un desastre. De veras que lo siento. No he tenido tiempo de nada, y Hank habría sospechado si hubiera empezado a arreglarme antes de irse al trabajo.

Se lleva las manos a la cara y Margot da un paso adelante y se coloca sobre el felpudo. Siempre parece avergonzarse de la vulnerabilidad de los demás, como si fuera algo que debe ser ignorado, como una borrachera en público.

Sharon se hace a un lado para dejarlas entrar.

La casa es una vivienda perfectamente común de tres dormitorios en un barrio de las afueras, con un promedio de ingresos medios o bajos, y está llena de los restos de la vida cotidiana de una familia: platos sucios en el fregadero, guantes de béisbol junto a la puerta, zapatos esparcidos por el pasillo. Una revista, abierta por la página del consultorio de las lectoras, está extendida sobre la mesa de la cocina.

«Querida Wendy —imagina Elsie que dice la carta—, ¿qué debo

hacer si sospecho que mi marido ha asesinado a cuatro mujeres?».

En el centro de la mesa hay una cámara con un puñado de carretes de fotos a su lado.

—La última afición de Peter —explica Sharon—. Está decidido a estudiar cine.

Elsie mira la cámara con curiosidad. Es una Polaroid Automatic 100. Ha visto ya los anuncios en todas las revistas: brillante, nueva, moderna. Se imagina a Sharon y Hank trabajando horas extras en sus trabajos para regalarle algo así a su hijo. Siente que la culpa le recorre el cuerpo como un calambre. Simplemente había dado por sentado que Hank y Sharon no podían permitirse regalos.

Sharon se disculpa por el estado de la casa mientras les muestra las habitaciones sin dejar de juguetear con el cordón de su camisón y señalar las partes de las paredes que aún no han pintado. Les muestra el dormitorio y Elsie se fija en el tocador, repleto de maquillaje. Del espejo cuelgan pelucas y junto a la cama hay pilas de revistas: *Reader's Digest* o *Casa y jardín*.

Vuelven por el pasillo y Sharon les indica los dormitorios de los dos niños, a ambos lados del pasillo.

—Este es el de Jessica.

Abre la puerta de par en par. Una niña de unos ocho o nueve años está sentada con las piernas cruzadas en el suelo, la barbilla apoyada en las manos y una colección de muñecos trol con el pelo de distintos colores dispuestos delante de ella.

—Jessie, saluda a las señoras —le ordena Sharon con dulzura.

La niña les dedica una sonrisa digna de un anuncio de dentista antes de volver a su juego de plástico.

Cruzan el pasillo. Elsie no está muy segura de por qué tienen que conocer a los niños, ya que han venido a hablar del marido de Sharon, no de sus hijos, pero a la gente con hijos siempre le gusta mostrarlos a los desconocidos como si fueran trofeos.

Sharon pone la oreja en otra puerta y llama suavemente.

—¿Peter?

Empuja la puerta y la luz del pasillo inunda la habitación. Las

cortinas están echadas y hay un chico, uno de esos casi hombres que Elsie conoció en la universidad, tumbado en la cama. Un olor característico se ha impregnado en los muebles: ropa de gimnasio usada y adolescencia. Elsie resiste el impulso de taparse la nariz. Las paredes están empapeladas con posters de películas: un elegante Sean Connery y Ursula Andress en bikini en *Doctor No*, gotas de sangre neón manchando la cara de *Drácula*, Lolita con sus gafas de sol en forma de corazón. Hay más guantes de béisbol y zapatillas apiladas junto al armario. Sharon se apresura a guardarlos rápidamente. A Elsie nunca le ha gustado la idea de recoger lo que dejan los niños. Limpiar la habitación de un adolescente es tan tentador como una aguja en la retina.

Peter resopla y se da la vuelta en la cama.

—Mamá, ¿puedes salir de mi cuarto?

Es bueno ver que no se dedica a hacer nada que pueda romper los estereotipos adolescentes. Peter levanta una mano para protegerse de la luz del pasillo. Elsie se da cuenta de que tiene la palma vendada y toma nota mentalmente para preguntarle a Sharon más tarde. ¿Puede ser que Hank se dedique a hacer daño a sus propios hijos?

—Lo siento, cariño. Solo quería que las chicas vieran lo guapo que eres —dice Sharon con ese tono que solo las madres saben usar.

Las acompaña fuera de la habitación y cierra la puerta.

De vuelta en la cocina, Sharon se pone a preparar café.

—La novia de Peter ha roto con él —explica mientras llena la cafetera—. Ya han pasado meses, pero todavía se pasa las horas muertas en la cama. Vosotras ya sabéis lo que es eso, los corazones rotos.

—¿Hank es violento con los niños? —pregunta Elsie sin rodeos.

Quizás debería ser más sutil, pero es una pregunta importante dado el vendaje que Peter tiene en la mano. Si las sospechas de Sharon son correctas y la agresividad de Hank se ha elevado hasta llegar al asesinato, todos los miembros de esta familia están en peligro.

—Peter puede ser muy protector conmigo. —Sharon baja la mirada hasta el suelo—. Los chicos de su edad quieren cuidar de sus madres, ¿no?

Elsie se imagina al hijo enfrentándose a su padre. ¿Intercambiaron golpes? ¿Peter ha sufrido daño en alguna otra ocasión?

—¿Y Jessica? —pregunta Margot.

Sharon niega con la cabeza enérgicamente.

—Él *nunca* le haría daño. Es su princesita.

Princesita. Así es como el señor Herrera llamaba a Cheryl.

Sharon se sienta a la mesa junto a Elsie y Margot.

—Hank es un buen padre. —Lo dice como si intentara convencerse a sí misma—. Lo es la mayor parte del tiempo. Es solo que…

Sharon traga saliva.

—Le entra una especie de nube roja que lo envuelve. Entonces todos sabemos que debemos apartarnos de su camino.

—¿Creo que dijiste que habías notado que estaba más distante de lo habitual? —pregunta Beverley, que no deja de repicar con sus dedos en la mesa—. ¿Pasa más tiempo fuera de casa?

—Hace tiempo que se metió en un gran proyecto —dice Sharon mientras se inclina para servir el café que llena la habitación con un intenso aroma a caramelo—. Ha comenzado a restaurar coches de policía. El negocio ha pasado por dificultades económicas de un tiempo a esta parte, así que estaba contento de tener ese trabajo. También han sufrido algunos robos: herramientas, gasolina… Apenas está en casa, se supone que trata de mantener todo a flote.

Elsie se da cuenta de que Bev no le quita el ojo de encima. Recuerda su conversación sobre las situaciones de presión, cosas como una inminente quiebra, las desavenencias familiares y otras dificultades pueden ahogar a quienes ya tienen una predisposición a la violencia.

—¿Entonces se trata tan solo de que no para mucho por casa? —pregunta Margot con tono dubitativo.

—No. Algo ha cambiado —dice Sharon. Habla despacio y hace mucho énfasis.

Elsie se pone tensa. Sabe bien lo que es sentir que algo importante ha cambiado en una persona sin ser capaz de identificar exactamente qué ha sido.

—Lo siento —dice en voz baja, como si eso supusiera una disculpa por la brusquedad de Margot—. Es solo que tenemos que estar seguras.

Se mueve para colocarse frente al rostro de Sharon e insiste.

—Entonces, ¿de qué conocía Hank a Cheryl Herrera?

Sharon hace una pausa y golpea el borde de la taza con una uña de color caramelo.

—Beverley me habló de ella, pero yo nunca había oído ese nombre. Hank nunca lo mencionó. No puedo imaginar cómo se habrán cruzado sus caminos. ¿No era una atleta?

—¿Y lo de la limpieza? —continúa Elsie—. ¿Sabes si Hank contrata a una empresa de limpieza para el taller? ¿Es posible que haya conocido a una chica llamada Diane Howard Murray?

Sharon niega con la cabeza.

—No he oído hablar de ninguna de las chicas que salieron en los periódicos. Pero a Hank le gustan… —Se produce una pausa incómoda—. Le gustan las chicas jóvenes. Bueno, ¿no es algo que les gusta a todos los hombres?

Así que a Hank le gustan jóvenes. ¿Será por eso por lo que Sharon habla con esa voz infantil?

—¿Sabes si ha frecuentado alguna vez a prostitutas? —pregunta Beverley.

Se produce una pausa incómoda. Sharon baja la mirada al suelo. Suspira.

—Creo que… —Se queda callada, espera un momento—. Creo que sí.

Vuelve a bajar la mirada.

—Nunca lo ha admitido, pero un día encontré un montón de recibos en el bolsillo de su mono de trabajo; eran de un motel por horas.

Margot frunce los labios.

—Me dijo que le gusta usar la sauna después del trabajo, que le ayuda a relajar los músculos. —Se lleva los dedos a la frente y se tapa los ojos avergonzada—. Puede que no terminase el instituto, pero ni siquiera yo soy *tan* estúpida como para tragarme eso.

—Está bien. —Margot toma las riendas—. Podemos ir a ver dónde trabaja, ¿verdad, chicas?

—Pero prometedme que lo haréis con cuidado —dice Sharon.

Luego busca entre los papeles de la encimera un folleto del taller y se lo entrega. Elsie observa cómo Beverley lo mira y frunce el ceño.

—Una última cosa —dice Elsie—. ¿Sabes de memoria el número de la matrícula de su coche?

Treinta y tres

Elsie sube los escalones de dos en dos, y al hacerlo adelanta a la señora Borowski, la anciana del apartamento de abajo, a la que, casi sin aliento, dedica un saludo apresurado. Irrumpe por la puerta principal de su casa y pasa por encima de las pilas de libros apilados en la sala de estar, lo que hace que se deslicen hacia la cocina.

Siente el vértigo de estar a punto de tocar una revelación, una sensación que ya ha tenido antes, y el recuerdo del sótano, el día en que supo que su marido era un asesino, le viene a la mente. Había gateado hacia atrás, apoyada en las palmas de las manos y en las rodillas, tan rápido como había podido para salir de allí, alejarse del pelo enmarañado, de los harapos, de aquel hedor. Albert no estaba, así que recorrió la casa de un extremo a otro. Luego, tras haber recorrido cada centímetro de su domicilio, empujó la puerta y salió a la calle.

No dejó de caminar, sin mirar atrás, sin detenerse bajo ningún concepto. Sus zapatos devoraban la acera y, al poco tiempo, sus pies comenzaron a sudar y el charol empezó a hacerle una rozadura. No se detuvo ante el tráfico cuando cruzó la calle. Tampoco se paró cuando una anciana preocupada le puso una mano en la espalda y le preguntó si estaba bien. Habían comenzado a formarse las ampollas. La piel de sus pies estaba recalentada y húmeda. Caminó sin detenerse durante otra hora antes de ver el coche. Estaba aparcado en la esquina de la calle, con sus distintivas luces rojas y azules.

Bajó la mirada hacia sus pies. De sus zapatos abiertos brotaba la sangre de sus dedos. Pensó en naranjas frescas, en distintos olores de comida. Cruzó al otro lado de la calle y se dirigió hacia el coche

de policía.

Nunca había imaginado que su vida estaría tan llena de cadáveres. Pero ahora, sobre todo desde que Bev, Margot y ella habían empezado a investigar esos crímenes, no podía pensar en otra cosa.

Su padre ya le había advertido años atrás, cuando los crímenes de Albert salieron a la luz, de todo lo que iba a pasar a continuación. Fue la última vez que se comunicaron antes de que él muriera; sus palabras llegaron en una página manuscrita que le entregó el cartero. No había ningún mensaje personal, ningún preámbulo, ninguna disculpa, solo una cita de su obra favorita de Shakespeare.

Y oiréis hablar, así, de la carne y la sangre, de lo antinatural, de castigos casuales, crímenes por azar, de muertes inducidas por la astucia y la fuerza mayor.[3]

En aquel momento, Elsie pensó que aquello era una cobardía por parte de su padre, después de todo lo que él había hecho pasar a su familia, ofrecer las palabras de otro como consuelo. Ahora se da cuenta de que era su forma de pedir perdón. Después de todo lo que había soportado —batallas cubierto de barro, bayonetas, proyectiles y carne quemada—, a él también le había tocado lidiar con sus propios cadáveres.

Encuentra las páginas copiadas en la mesa de centro, exactamente donde las dejó, junto al puzle de Escher a medio terminar. Es una buena pila de papeles, sabe que le costará encontrar su nombre. Y lo más probable es que utilizase uno falso cuando ligaba con chicas, cuando les hacía lo que les hacía. Pero la matrícula: eso no podrá ser una mentira.

Saca el cuaderno de su bolso y pasa rápidamente las hojas hasta dar con la página correcta, donde anotó los detalles en la cocina de los Farrer. Luego pasa las páginas del libro, una por una, y recorre lentamente con el dedo la columna correcta.

Cuando lo encuentra, hay algo dentro de Elsie que al fin encaja, como si los huesos de su columna vertebral estuvieran desalineados

y súbitamente encajan de nuevo en su sitio.

Ahí está. El número de matrícula de Hank Farrer.

Sus ojos se dirigen a la columna contigua, donde han sido anotados los detalles de cada interacción, los escalofriantes detalles de cada incidente violento. Al leer esas palabras se le revuelve el estómago. Sin que le dejen de temblar los dedos alcanza el teléfono.

[3] Se trata de unos versos extraídos de *Hamlet* (acto V, escena 2). La traducción es de Vicente Molina Foix.

Treinta y cuatro

Beverley da otro trago a su *whisky sour* y se derrumba en el sofá. Margot y Elsie acaban de marcharse y en las paredes aún resuena su charla.

Elsie lo había encontrado en el libro de los peligros: el número de matrícula de Hank. Como era de esperar, había utilizado un nombre diferente, pero por la descripción física era, sin lugar a dudas, él. Sin embargo, lo más alarmante era la descripción del encuentro. «Asfixia erótica», decía el libro. Elsie había tenido que buscarlo, pero cuando les contó a las mujeres lo que significaba —el acto de asfixiar a alguien para obtener placer sexual— y cuando les dijo que había visto fotos del mismo acto en las revistas que Albert había escondido entre los listones de la cama, se apoderó de ellas una horrible certeza.

Sharon parecía tan aterrorizada, tan nerviosa… ¿Qué explicación podía tener de otro modo haber encontrado el brazalete en el coche de Hank? Las cosas empezaban a encajar. Estaban muy cerca, casi podía sentirlo. Habían identificado a un depredador peligroso, pero no tenían pruebas concretas para demostrar de forma irrefutable que Hank Farrer fuera el hombre que buscaban.

La cabeza de Beverley está ahora confusa, los pensamientos sobre los asesinatos no dejan de dar vueltas en su cerebro. La colocan en un exasperante estado de alerta, a pesar de que sus huesos se encuentran agotados. Suspira, sus ojos recorren inquietos la habitación hasta que se posan en un lugar familiar de la estantería. Vacila. Sabe que no debería, pero el cansancio ha minado su determinación. Se levanta, se acerca a la estantería y saca un libro

muy manoseado. Lo abre por el medio y saca una tarjeta de entre sus páginas. Vuelve al sofá y abre el papel, y al hacerlo siente cómo en sus venas se reaviva el calor al ver la letra.

Mi vida solo fue completa cuando te conocí.

Vuelve a meter la tarjeta dentro del libro y lo tira. A menudo se ha preguntado por qué guarda esas cosas, recuerdos de alguien que le ha hecho tanto daño. Sin embargo, esta tarjeta no es de un asesino. Esa tarjeta provenía del hombre al que amaba, del hombre con el que se casó, no del hombre en el que al final se convirtió Henry, el hombre al que no conocía en absoluto.

Le late la cabeza y nota los párpados pesados. Sabe lo que tiene que hacer para descansar: lo mismo que hace noche tras noche cuando los pensamientos sobre Henry amenazan con apoderarse de ella. Los niños están arriba. Están a salvo. Si consigue dormir los hechos se ordenarán, todo encajará de nuevo y se despertará con las respuestas.

Se mueve en el sofá, mete el brazo debajo del cojín y rebusca hasta encontrar lo que ha escondido allí, lejos de la mirada de los niños. Sus dedos tocan el papel de aluminio y tira de él, saca unas pastillas del blíster, se las mete en la boca y las traga con el güisqui.

Luego espera a que llegue el entumecimiento, la cálida absolución del sueño.

Cuando despierta, pasado un rato, la habitación está a oscuras. Siente un aguijonazo en el cuello, ha debido dormirse en una postura incómoda, y la piel de la mejilla está tirante debido a los restos de saliva. Los síntomas de la resaca ya han empezado y nota cada uno de sus latidos en la cabeza. Necesita agua. Sus ojos recorren la habitación. Todo parece estar en su sitio, pero no puede evitar sentir que hay algo en el ambiente que resulta inquietante.

Se oye un ruido en el pasillo y Beverley se estremece.

Un golpe.

La alarma le hace ponerse rígida. Vuelve a oír el golpe. Mira con horror el jarrón que hay sobre la mesa, el jarrón que no olvida colocar sobre una pila de libros encima del aparador que siempre se

acuerda de empujar contra la puerta. Pero hoy estaba demasiado agotada, demasiado distraída para completar su rutina nocturna.

Salta del sofá y corre hacia el pasillo. El golpe se repite y, aunque está sumida en el terror, logra localizar su origen. La puerta principal está abierta y golpea contra las bisagras.

La sensación de peligro se apodera de cada centímetro de su piel. Sube las escaleras a la carrera, con los pulmones a punto de estallar y la cabeza que no deja de palpitar debido a la bebida. Al llegar al rellano ve que la puerta del dormitorio de Benjamin está abierta. Se lanza hacia ella pese a que tiene la certeza de que va a encontrar la cama vacía.

Presa del pánico, corre a la habitación de Audrey, alza las sábanas y se siente aliviada al encontrar a su hija entregada al más profundo sueño. Levanta a la niña, que se queja aturdida en sus brazos y baja acelerada las escaleras.

Ya en la calle, otea la carretera sin prestar atención al roce del pavimento en sus pies descalzos; también hace caso omiso a los gemidos somnolientos de Audrey en su oído. Benjamin debe de haber salido a la calle sonámbulo y, en tal caso, no puede haber ido muy lejos. No es más que un niño.

No se permite ni siquiera considerar otra posibilidad, como que Benjamin no haya salido de casa por su propia voluntad. Para nada; no puede, tampoco debe, pensar algo así.

Al otro lado de la calle se mueven las cortinas de la planta baja. Christopher Appleton está despierto, por supuesto. Su televisor siempre está encendido, y su brillante resplandor se refleja en las ventanas a todas horas. Oye que se abre la puerta principal y ve que él sale. La llama y le pregunta si está bien.

—¡Mi hijo! —le grita con tono acusador al anciano—. ¿Tiene a mi hijo?

—¿Qué?

El señor Appleton niega con la cabeza, con los ojos muy abiertos y alarmados.

—Es tan… —llora desesperada.

Audrey comienza a sollozar.

Beverley echa a correr, frenética, con el peso de su hija en brazos. No puede perder ni un segundo.

No sabe durante cuánto tiempo corre, no sabe cómo sus pulmones, su corazón y sus huesos logran resistir, pero aguanta, sin saber dónde está ni a cuánta distancia de su casa; los nombres de las calles pasan borrosos. Está desorientada. Todas las calles parecen iguales. Su visión se vuelve borrosa: una procesión difusa de casas, vallas blancas y coches caros.

Ya no distingue la izquierda de la derecha. No siente su respiración. No nota el suelo bajo sus pies descalzos hasta que dobla una esquina y, con un alivio que la deja sin aliento, lo ve al fin. Benjamin está de pie en medio de la calle, frente a una casa que observa con atención. Ella lo llama, pero él no se vuelve hacia ella. Cambia el peso de Audrey y corre de nuevo hacia su hijo para levantarlo en brazos y mantenerlo a salvo. Casi se cae de rodillas cuando llega hasta él. Pero, en lugar de eso, lo agarra de un brazo y lo aprieta contra ella. Aunque Benjamin no se ablanda con su contacto. Ella gira la cabeza y mira hacia un porche que es igual que el suyo, con una valla blanca, un jardín cuidado y una puerta pintada con esmero, pero allí, balanceándose lentamente con la brisa, colgado de un gancho, hay un cuerpo.

Treinta y cinco

Mientras esperaba la llegada de la policía a la casa de los Gunn, Beverley ha permanecido sentada en el sofá de los padres de Sarah sin dejar de temblar, con sus dos hijos envueltos en mantas y apretados a su lado, y durante aquellos momentos es cuando se ha dado cuenta de que esto lo cambia todo.

Había avanzado entre tambaleos hasta el porche, no había dejado de gritar para pedir auxilio, y luego había golpeado la puerta para despertar a los padres de Sarah. Cuando el padre de Sarah abrió y encontró lo que había allí, a pocos metros de donde poco antes dormía, había emitido un sonido tan horriblemente inhumano que Beverley hubiera querido estrellarse la cabeza contra la pared. Él corrió hacia el cuerpo de Sarah, que se balanceaba sin vida vestido con una gabardina, igual que la de Diane Howard Murray, con el cuello sujeto a un gancho. Intentó desesperadamente, entre sollozos, levantarla, pero Beverley, a pesar de la confusión y estar aturdida, logró convencerlo de que la dejara allí. El cuerpo de Sarah era una prueba. El cuerpo de Sarah contenía pistas que la policía iba a necesitar. El cuerpo de Sarah los ayudaría a atrapar al culpable.

Los policías ya no podrían negar la conexión: otro cuerpo vestido con un abrigo. Aquella era otra escena en la que habían usado el cuerpo después de su muerte. Elsie también le había hablado de la nota, la que encontraron en el coche del fontanero en Ventura, una horrible pieza que encajaba en el rompecabezas. «Atraparé a otra chica», decía. Beverley no le había dado importancia al lenguaje que había utilizado, hasta ahora.

Todos los periódicos se harían eco de la noticia; se difundiría por

todo el país, por todo el mundo. Ya no estarían tan solas Elsie, Margot y ella en su búsqueda para identificar al asesino.

Cuando Roger y su compañero, Bale, finalmente aparecen en casa de los Gunn, a Beverley y Roger les resulta fácil no hablar, no delatar su relación. Normalmente, cuando Beverley lo ve, le cuesta no tocarlo, no acurrucarse en su pecho y envolverse en sus brazos, pero mientras Roger da el pésame a los padres de Sarah, Beverley observa con paciencia.

Sharon le había rogado que no le dijera nada a la policía sobre Hank, y Beverley *conoce* ese miedo. Aunque también sabe que las pruebas contra él son demasiado contundentes como para negarlas.

Necesita hablar con Roger a solas para contarle lo que sabe.

Cuando al fin sus miradas se cruzan, basta con que ella incline la cabeza para que Roger busque una disculpa y salga. Beverley lo sigue y sale hacia el porche detrás de él.

—Sabemos quién es.

Roger se gira y parpadea incrédulo, como si no la hubiera oído bien.

—¿Qué?

—Tengo un nombre para ti. Es violento, va con prostitutas, su mujer cree…

—Beverley, ¿de qué demonios hablas?

—Tengo un nombre para ti —repite ella lentamente—. Basta con que escuches y luego haz lo que quieras con él, pero, si no te lo doy, es posible que haya más mujeres en peligro si no te lo digo.

—¿Poner mujeres en peligro? Bev, eres tú quien te pones *a ti misma* en peligro al hacer esto —alza él la voz—, ¡estás en la escena de un crimen en mitad de la noche! Tienes que quedarte en casa.

Henry solía decirle que se quedara en casa, y mira cómo acabó todo. Ella no se va a quedar en casa callada. Tienen al autor de esto entre ceja y ceja. No va a perder la oportunidad de atraparlo.

—Siento mucho estar más interesada que la policía en atrapar a este tipo —afirma ella con firmeza.

Roger se queda boquiabierto, atónito.

—Bev…

—Ni siquiera has llegado a intentarlo. Es casi como si no quisierais atraparlo. ¿Todo esto es por esa operación en la que Cornwell está gastando tanto dinero?

—¿Crees que no quiero atraparlo? —pregunta Roger con tono discordante.

Parece realmente herido.

Bev traga saliva y duda, al menos por unos instantes.

—Bev —dice él con tono grave—, tengo que despertarme cada día con la pregunta de si habrá secuestrado a otra chica.

A ella le arde el cuello.

—Tengo que pensar, mientras me cepillo los dientes, si habrá destruido otra familia durante la noche, si yo podría haberlo detenido. Porque es mi responsabilidad.

Tiene la boca seca.

—Pero en mi trabajo, por cómo funcionan las cosas, tengo que seguir el ritmo de Cornwell. Él será el encargado de elegir al nuevo jefe cuando se jubile.

La vergüenza se retira como si se tratase de una ola.

—¿Tu *trabajo*? —le espeta—. ¿No vas a desafiar a Cornwell porque quieres proteger tu trabajo?

—No he dicho eso, Bev. —Roger hace el movimiento de negar con la cabeza—. Hay ciertos protocolos que es obligatorio seguir.

—Hank Farrer —dice Beverley—. F-A-R-R-E-R. Ya está. Te lo he dicho, así que ahora *tú eres el responsable.*

Se vuelve hacia la puerta y la abre. Sabe que ahora está en peligro. El asesino ha atacado a unas pocas manzanas de su casa, el mismo asesino que puede haber dejado un cadáver sangriento y mutilado en su jardín para hacerle saber que ella podría ser la siguiente. Pero no va a quedarse sentada y a la espera de que le hagan daño. Mañana seguirá adelante. Si la policía no actúa enseguida, lo harán ellas. Tiene que hacerlo. Tiene que verlo con sus propios ojos, cumplir su promesa y detener a un asesino.

Treinta y seis

A la noche siguiente, Margot mueve la llave en la cerradura que no deja de engancharse y abre la puerta de su apartamento. Enciende la luz y el estrecho pasillo se ilumina con un resplandor amarillento. Se ven manchas de humedad en el techo, pintura descascarillada en los zócalos y un cubo en el suelo para recoger las gotas que caen de las tuberías del piso de arriba. Suspira, pasa por encima del cubo y se dirige a la pequeña cocina que hay al final del pasillo. Enciende la radio y la habitación se llena con la voz ronca de James Brown. *«Este es un mundo de hombres».*

El grifo gotea ostentosamente. Su estómago gruñe. El conserje aún no ha arreglado la vieja cocina oxidada, así que abre el armario y saca lo único que hay en él: un paquete de galletas saladas, sobre las que unta la mantequilla que queda en la nevera.

Sabe que probablemente no ha perdido tanto a nivel emocional como Beverley y Elsie, que es buena cuando se trata de fingir, además de que se le da bien mantener las apariencias, pero su caída de esposa de un político para alguien que come galletas saladas sola en su apartamento de mierda un viernes por la noche es un trago difícil de digerir. Sabe que ella misma es capaz de aparentar que todo está bien. Puede mantener las apariencias gracias a los descuentos en el trabajo —gracias a Dios por tener al menos eso—, pero nunca, *jamás* podrá dejar que nadie vea este patético apartamento. De hacerlo tendría que admitir ante sí misma lo mucho que ha perdido.

Recoge las últimas migas de galleta con los dedos y tira la caja vacía a la basura. Luego camina unos metros hasta su dormitorio y

se suelta el pelo. ¿De verdad tiene energía para ir a una cita esta noche? Ya son más de las diez de la noche y se supone que debe encontrarse con Mark en la fiesta de fin de temporada de una obra de teatro cutre en la que él ha conseguido un papel. Preferiría quedarse en casa y ver *The Beverley Hillbillies*. Se echa un vistazo en el espejo y lo que ve es a su madre que no deja de parpadear. Está allí, se retoca el maquillaje en el pasillo, con Margot y su hermano pequeño en el sofá, ambos con los pies colgando porque no llegan al suelo. Observan cómo su madre se pone un abrigo raído y se coloca unos pendientes viejos.

Las mujeres llevan siglos moldeándose para satisfacer los deseos de los hombres. Su madre no era diferente. Las mujeres que Margot conoce ahora tampoco lo son. Y le enfurece que los hombres, divertidos en su mayoría, a menudo vulgares, a veces estúpidos y, en ocasiones, extremadamente peligrosos, tengan tanto control sobre ellas.

Pero Margot nunca ha sido de las mujeres que hacen lo que los hombres quieren que hagan.

Stephen acabó por delatarse. No fue lo suficientemente cuidadoso. Dejó que su deseo de notoriedad, de brillantez —una brillantez que nunca había podido alcanzar en la escena política— lo traicionara.

Acababan de desayunar. A Margot se le habían quemado los huevos y Stephen hacía bromas como decir que la perdonaría porque ese día estaba especialmente guapa. Ella habría querido echar un escupitajo en su desayuno. Sabía qué tipo de hombre era: había visto la huella ensangrentada, lo había pillado masturbándose en el lugar de un horrible asesinato. Pero no podía demostrarlo. No todavía.

Él le dijo que decía ir al pueblo a hacer unos recados. Aquella era una excusa ridícula. Cada vez era más descuidado. Ni siquiera volvió la vista cuando ella se subió al coche y lo siguió, no a Southampton, el pueblo más cercano, sino a una hora de distancia, a Riverhead.

Aparcó el coche y empezó a seguirlo a pie. Llevaba una bufanda, por el amor de Dios. Se preguntó, por unos momentos, si era una de

las suyas. La mera idea de que él hubiera rebuscado entre sus cosas casi le hizo silbar del desagrado.

Tuvo que entrar en algunas tiendas y detenerse en algunas esquinas para no ser vista, pero Stephen no dejó de caminar y, aunque parecía no tener un destino concreto, ella sabía que debía de haber ido hasta allí por alguna razón.

Al cabo de un rato, giró por una calle lateral y se dirigió hacia una cabina telefónica. Había poco tráfico, así que Margot se quedó un poco atrás y pudo contemplar cómo abría la puerta, sacaba una moneda de diez centavos del bolsillo y se cubría la boca con un pañuelo. Lo vio marcar un número y hablar por el auricular, con el pañuelo bien ajustado para modificar su voz. Luego colgó, empujó la portezuela y miró a ambos lados de la calle antes de salir.

¿Qué hacía un político en una cabina telefónica pública?

Margot esperó y luego lo siguió; sacó su propio pañuelo del bolsillo y lo ató alrededor de su cabello; luego se colocó las gafas de sol extragrandes: no podía correr el riesgo de que la reconocieran. Finalmente, Stephen se detuvo ante un buzón, rebuscó en la chaqueta y sacó un sobre. Miró a su alrededor de nuevo antes de depositar la carta en la ranura.

Esperó a que se marchara; luego corrió hacia el buzón e intentó meter la mano por la ranura. *Maldita sea.* El buzón estaba pensado para que no cupiera una mano. Margot empezó a enfadarse. Miró a su alrededor. *Debía* leer lo que decía la carta. Tenía que saber si tenía algo que ver con la llamada que acababa de hacer, si estaba relacionado con el mirador del lago.

Echó a correr de nuevo dejando que el pañuelo resbalara hacia la nuca, sin importarle quién la viera o con quién chocara. Corrió hasta su coche, abrió la puerta del acompañante y buscó el bate de béisbol que había debajo del asiento. Luego corrió de vuelta al buzón, perdió un zapato por el camino y el pañuelo se le soltó; su cabello se agitaba y formaba una llamarada amarilla al moverse. Empezó a golpear antes incluso de llegar al buzón, y el bate no encontró nada más que aire. No dejó de golpear hasta que el acero

resonó debido a su fuerza: levantaba y golpeaba con toda su energía. La gente la miraba pasmada mientras ella golpeaba el buzón una y otra vez sin conseguir nada más que dejar unas pequeñas abolladuras en el acero. Algunos transeúntes disimularon la risa y otros se llevaron a sus hijos rápidamente del lugar, pero Margot continuó con su andanada sin detenerse a pesar del dolor que comenzaba a sentir en los brazos. Al golpear el buzón soltó un grito gutural.

—Que alguien llame a la policía —ordenó una voz detrás de ella.

Claro, pensó Margot. *Llama a la policía. Quizás ellos puedan sacar esa carta por mí.*

Con un nuevo grito, golpeó de nuevo con el bate. Sabía que parecía una loca, pero ya no le importaba, así de sencillo. Poco a poco comenzó a lograr su objetivo. Había empezado a abollar el acero de modo más evidente, y la tapa había comenzado a deformarse, lo que abrió un hueco por el que Margot estaba segura de que podría meter la mano. Dio unos golpes más y luego dejó caer el bate al suelo. Estaba agotada, su pelo se había despeinado. Se limpió la boca con el dorso de la mano, por lo que se manchó con el carmín rojo del pintalabios.

Metió la mano en el buzón e intentó agarrar las cartas que había dentro, se esforzó con todas sus fuerzas.

Pero nada.

Metía el brazo hasta el hombro y se inclinaba todo lo que podía.

Allí estaba.

Sus dedos tocaron el papel. Agarró un puñado de papeles y lo sacó tirando las cartas al suelo delante de ella.

—¿Qué buscas, cariño? —le preguntó una anciana que se había detenido a mirar.

—La carta de mi marido —respondió Margot.

Rebuscaba entre los sobres para dar con la familiar caligrafía de Stephen. Al no encontrarla, metió la mano de nuevo en busca de más cartas. Las esparció delante de ella, les dio la vuelta una a una y enseguida la encontró; el sobre era pequeño, de papel manila. La

letra le resultaba vagamente familiar; no era exactamente la de Stephen, pero había algo en el trazo de las *T* que la hizo reparar en ella.

Se hizo con la carta y se la acercó a los ojos, apoyada la espalda en el maltrecho buzón. Estaba dirigida al editor del *New York Times*. Margot la abrió y encontró; la hoja que más tarde había de entregar a la policía. Leyó las palabras rápidamente, con un horror no menos pronunciado porque sabía lo que iba a encontrar. Sus ojos se aferraron a las palabras: «Mirador del lago Plateado… una garganta degollada… balas en las rodillas». Luego, otra confesión: una familia masacrada, más gargantas degolladas. Y, por supuesto, no la había firmado. La carta era una burla, se mofaba de la policía por no haberlo localizado aún. Pero para Margot aquella era la confirmación de que era verdad lo que había sospechado.

Así que sí, los hombres tienen poder, pero Margot Green está acostumbrada a vencer a los hombres. Al igual que Elsie, al igual que Beverley, y nadie va a impedirles investigar estos asesinatos.

Margot recoge su bolso del estante y alcanza su abrigo.

Treinta y siete

La noche es clara. La luna llena en toda su redondez esparce su brillo sobre los tejados de los edificios circundantes. Beverley y Elsie se han parado frente al taller, al otro lado de la calle, con los hombros encogidos, y tratan de parecer lo más pequeñas que les es posible en los duros asientos de vinilo de Elsie. Han aparcado el coche, un Buick rosa nada discreto, en la relativa oscuridad de las sombras, y permanece medio oculto por el tronco de una gran palmera datilera. De vez en cuando, Beverley se permite estirar el cuello y echar un vistazo al local. En la entrada hay carteles oxidados de Kendall Motor Oil, y las dos enormes persianas metálicas están levantadas, lo que deja ver coches elevados sobre gatos, así como pesados aparatos y herramientas que cuelgan de las paredes. A Beverley le hace recordar el gancho del que se balanceaba el cuerpo de Sarah Gunn.

Hank no ha cesado de moverse pesadamente en el interior. Incluso desde la distancia pueden oír el golpe rítmico que hacen sus botas de trabajo con puntera de acero, llegan a sentir la energía que irradia su cuerpo, algo hostil y eléctrico, como lo que Beverley había sentido alguna vez en el recinto de los grandes felinos del zoológico. Es tarde y no esperaban que se quedara tanto tiempo en el taller. Pero Sharon había mencionado que necesitaba todo el trabajo que pudiera conseguir. Eso encaja, habían teorizado que su asesino podría estar pasando por dificultades económicas.

Un destello repentino detrás de ellas las sobresalta. La ventana trasera se llena de luz blanca y un coche se detiene lentamente detrás de ellas.

—¿Qué demonios? —susurra Beverley mientras Elsie mira inquieta por la ventana trasera.

Es casi medianoche y no le han dicho a nadie que iban a venir aquí. A Beverley se le pasa por la cabeza que podría ser la policía. Quizá por fin han empezado a investigar a Hank.

Después de encontrar el cuerpo de Sarah, Beverley no podía dormir, así que repasó durante horas las cartas que le habían enviado en los años transcurridos desde la detención de Henry, cartas de mujeres cuyos maridos estaban en la cárcel por delitos violentos, por asesinato. Todas tenían historias diferentes: la maestra de primaria cuyo marido había salido con su rifle de caza y había disparado en una tienda de comestibles; la ama de casa cuyo marido había secuestrado a una niña y la había llevado a una cabaña en el bosque, donde la mantuvo atada durante dos meses… Las formas en que las esposas se enteraron de las indiscreciones de sus maridos iban desde lo más mundano hasta lo espantoso: una cuenta bancaria vaciada, hombres que desaparecían durante horas en horario laboral, una mujer que había pillado *in fraganti* a su marido cuando espiaba por un agujero en el ático cómo lo hacían sus vecinos…

Todas las mujeres querían saber una cosa de Beverley: *¿Lo viste venir?*

Había patrones en aquellas historias que se repetían, sin duda. Beverley los había anotado en un cuaderno: hombres con antecedentes de violencia doméstica, hombres que trabajaban hasta tarde o que se mostraban evasivos cuando se les preguntaba por los detalles de su rutina… Aunque también había anomalías: padres cariñosos, empresarios adinerados, prestigiosos miembros del mundo universitario… Muchas de las mujeres habían pedido ayuda, pero habían sido ignoradas por el lugar donde vivían, el color de su piel, el saldo de su cuenta bancaria… Muchas de ellas se vieron obligadas a sacar a sus hijos de sus hogares y llevarlos a otras ciudades, a otros estados, para así poder integrarse y ser aceptados.

Estas mujeres nunca volverían a sentirse seguras, porque les

habían mentido desde que eran tan solo unas niñas que jugaban con muñecas y cantaban canciones llenas de ingenuas aspiraciones. «Te querrán», les habían dicho. «Si te comportas de modo correcto, tienes el aspecto adecuado, mantienes la cintura delgada y hablas en voz baja, tendrás quién te quiera. Te sentirás segura».

Beverley vuelve a escrutar el taller. Hank Farrer cumple con todos los indicios: reservado, hostil, impredecible, fuerte físicamente, alguien que frecuenta prostitutas, que tiene acceso a varios coches. Además, la casa de los Farrer está justo en medio del área donde opera el asesino. Y sobre todo está la pulsera. Tenían que vigilar a Hank, pero debían mantener una distancia segura.

A medida que el coche se acerca por detrás, se distingue claramente su característico color amarillo. Un taxi. Se abre la puerta y salen un pie con tacón y una pierna desnuda. Una mujer se dirige hacia el coche de Elsie y Beverley reconoce de inmediato tanto el modo de contonearse como el vestido rojo brillante. Se abre la puerta trasera y Margot se mete en el coche con cuidado. El espacio se llena inmediatamente con una bocanada de Diorissimo.

—Creía que tenías una cita —Beverley se vuelve en su asiento.

—No podía perderme esto —susurra Margot—. ¿Lo habéis visto matar alguien?

Elsie chasquea la lengua ruidosamente.

—De momento no ha habido actividad —dice Beverley—. Llevamos aquí desde que anocheció y solo hemos visto a Peter Farrer salir con un coche.

—¿Qué? ¿El hijo? ¿Qué hace aquí?

—Parece que trabaja aquí también.

—Entonces la vieja del peróxido no nos lo ha contado todo.

—Por el amor de Dios, Margot… —Elsie está que echa humo.

—Se tiñe el pelo con peróxido —responde Margot con serenidad—. Se ha estropeado las raíces con eso.

Beverley deja de prestarles atención y observa cómo Hank se arrodilla para cambiar una rueda; los músculos de los brazos se hinchan al flexionarlos. No hay duda de que este hombre es fuerte.

Puede imaginar cómo levantaría a una mujer y la cuelga de un gancho sin problema, o bien cómo transporta un cadáver por un campo de golf, o persigue a una chica aterrorizada que huye para salvar su vida. Cuando vuelve a prestar atención a lo que dicen, escucha que Margot suplica para que enciendan la radio.

—¡No seas ridícula! —Elsie está que echa humo—. Intentamos pasar desapercibidas. Ese tipo de allí es un asesino, ¿y tú quieres que pongamos a todo volumen a los Beach Boys?

Margot deja que entre sus dientes escape un silbido y se desploma en su asiento.

Permanecen calladas durante la siguiente hora, mientras la espesa noche se arrastra como alquitrán. Beverley resiste el impulso de bostezar. Ve que los ojos de Elsie están fijos en el garaje, sin pestañear.

—¿Estamos seguras de que es el tipo adecuado? —susurra al fin Margot. Nunca se ha sentido cómoda con los largos periodos de silencio—. Lo único que parece hacer es lo que haría cualquier mecánico —señala con un gesto el taller—, no parece dedicarse a colgar mujeres de ganchos.

Beverley se estremece ante la crudeza de la frase.

—¿Tenemos algo que lo relacione con los asesinatos, aparte de la corazonada de Sharon y la pulsera? —pregunta Margot cargada de sensatez.

—Henry dijo que sería alguien que odia a las mujeres —responde Beverley—, alguien quiere presenciar su castigo: problemas con su madre, disfunción sexual…

Se produce un silencio gélido en el coche, y Beverley se da cuenta, con una sensación de pánico, de que el cansancio le ha hecho hablar más de la cuenta. Quiere dar marcha atrás, deshacer lo dicho. Quiere abrir la puerta y salir corriendo del coche.

—¿Has hablado con Henry? —Elsie parpadea incrédula.

Beverley se queda boquiabierta, sin palabras.

—No, no lo ha hecho —Margot chasquea al hablar—. Dile que no lo has hecho, Bev.

Beverley se vuelve hacia ella y observa cómo cambia la expresión de Margot al darse cuenta de que le han mentido.

—¿Cómo has podido hacer algo así? —grita Margot incrédula—. ¿Cómo has podido estar en la misma habitación que él?

—Pensé que podría ayudarnos —responde Beverley apresuradamente, y echa un vistazo a la postura incómoda de Elsie —. Hay demasiado en juego, pensé que nos facilitaría hacernos una idea de cómo piensa este tipo de gente…

Gira la cabeza alternativamente para mirar a ambas mientras espera a que se ablanden, a que se den cuenta de que tenía buenos motivos para visitarlo en San Quintín.

Margot suena burlona.

—¿Cuándo vas a ser capaz de sostenerte por ti misma, Bev?

—Nos pusimos las tres de acuerdo —dice Elsie en voz baja— en que la única manera de seguir adelante era no verlos. Hicimos un pacto.

Beverley siente cómo la culpa se le atraviesa en el estómago. Ha traicionado a sus amigas, pero está en su derecho de visitar a su exmarido si quiere, ¿no? Es *su* decisión. Ellas no tienen por qué saber que se arrepiente de haberlo hecho ni que, desde entonces, tiene pesadillas. Solo tiene que parpadear y su visión se ve empañada por la fila de sillas vacías, el amplio cristal de seguridad y la arrogancia que exhala Henry.

—¿Cómo has podido ir a verlo? —Margot no se da por vencida—. Incluso encerrado en la cárcel, aún te controla, Bev. Es patético.

—Sigue siendo el padre de los niños —dice ella débilmente. —Solo porque tú no tienes hijos…

—¡No uses eso en nuestra contra!

La explosión de Elsie sorprende a Beverley.

—No uses el hecho de que no hayamos querido tener hijos como prueba de que no sabemos lo que es ser mujer.

—No es eso lo que quería decir.

Beverley niega con la cabeza; su mente está confundida por el pánico.

—No puedo creer que hayas podido siquiera mirarlo —espeta Margot— después de lo que hizo.

—Pensé que nos ayudaría a reducir el número de sospechosos, ¿vale?

Se siente cada vez más frustrada por el modo en que la juzgan sus amigas. Solo había hecho algo que las ayudaría a encontrar al asesino.

—No todo el mundo es tan perfecto como tú, Margot.

Es un argumento miserable y Beverley lo sabe.

Elsie se pone rígida en su asiento.

—Oh, ha pasado al momento de echarnos las cosas en cara —dice Margot con sarcasmo.

—Te crees mejor que nosotras porque no te afecta nada de lo que ha pasado —responde Beverley. Se siente como una rata acorralada. Tendrá que morder para escapar—. Te importa una mierda que tu marido se suicidara en la cárcel por tu culpa.

—¡Beverley! —la reprende Elsie.

Pero Beverley está lanzada. El pánico se ha apoderado de ella y ya no sabe qué es lo que dice.

—Crees que soy débil porque tengo preocupaciones, sentimientos y miedos.

El rostro de Margot se ha endurecido.

—Pero tú eres la que sigue en la fase de negación, con tanta fiesta y todas tus bromas.

—¿Negación? —pregunta Margot con voz aguda. Y voz alta. Demasiado alta—. ¿De verdad quieres que hablemos de la negación? Tú aún llevas tu anillo de casada.

—Necesito que la gente me respete.

—¿Respeto? No puedes dejar atrás a un tipo que mató a *siete mujeres*. ¿Cómo va a respetarte nadie? Todavía tienes su maldita foto en la nevera.

—¿Qué?

—Me lo contó Elsie. Ha visto la foto. Es enfermizo, Beverley. Es un asesino.

Elsie se remueve en su asiento.

—No quería cotillear. Solo…

—Bueno, al menos yo no tengo que acostarme con todo lo que se mueve para no pensar en mi exmarido. —Las palabras de Beverley son un golpe bajo—. Todos sabemos lo que haces en esas fiestas. Si no fueras tan…

Margot respira hondo y abre la puerta.

—¡Espera! —murmura Elsie, pero Margot ya ha cerrado la puerta de un portazo y avanza entre tambaleos por la calle.

Se oye un ruido dentro del taller y Beverley se gira para ver a Hank en medio de la entrada del local, recortado contra la luz del interior, mientras se limpia las manos con un trapo. Observa cómo sus ojos se posan en el coche. Parece furioso al darse cuenta de que lo vigilan.

—Mierda.

Beverley se agacha en el asiento y reza para que no las vea.

—¡Elsie! Haz que vuelva al coche.

Elsie baja la ventanilla y llama a Margot. Tienen que darse prisa. Pero Margot, pese a tener que andar con los tacones, está ya demasiado lejos para poder oírla.

Un vistazo al taller le indica a Beverley que Hank ha vuelto a entrar. Probablemente cuenta con apenas unos segundos, pero abre la puerta del lado del pasajero y llama a Margot. Cuando vuelve a mirar el taller, Hank ha reaparecido y se dirige a grandes zancadas hacia la entrada, con el brazo derecho extendido delante de él.

—Cabrones, si pensáis que vais a poder robarme algo más de mi taller —grita—, ¡más vale que este sea vuestro día de suerte!

—¡Jesús! —musita Beverley.

—¿Levantamos las manos o si no cómo nos rendimos? —pregunta Elsie, que ha empezado a levantar las palmas.

Cuando Hank se acerca, Beverley puede ver que sostiene una pistola.

—¡Vámonos! —grita Beverley.

Elsie busca el contacto. Pero sus manos temblorosas no atinan a

girar la llave.

—¡Arranca, Elsie! ¡Tiene una pistola!

—¡Eso ya lo veo!

Elsie gira la llave una vez más y, al tercer intento, el motor arranca con un petardeo. La radio se enciende y «California Girls» resuena en la noche.

Hank está a solo unos metros de distancia y sostiene el arma en alto. Está tan cerca que es más que posible que pueda verlas. Beverley reza para que no pueda distinguir los detalles de sus rostros, para que no anote la matrícula de Elsie y no decida ir tras ellas.

Las ruedas chirrían cuando Elsie arranca bruscamente, y se dirigen directas hacia donde está Margot mientras Beverley se inclina hacia atrás para abrir la puerta del coche.

—¡Sube al coche de una vez! —grita por la ventanilla Beverley cuando se detienen junto a ella.

Margot mira hacia atrás y ve lo mismo que puede ver Beverley reflejado en el retrovisor: la imponente figura de Hank, en medio de la carretera, que las apunta con el arma. Margot se agacha antes de lanzarse al asiento trasero. Ni siquiera tiene tiempo de cerrar la puerta antes de que Elsie pise el acelerador y haga rechinar las ruedas para dejar tras ellas a Hank Farrer, más sospechoso, furioso y peligroso de lo que lo ha sido nunca.

Treinta y ocho

—Apuñalada en su propio cuarto de baño. —Paul Hunter se quita el cigarro de la boca y exhala una enorme nube de humo—. Menuda forma de morir.

La sala de reuniones del *Signal* huele a café recalentado y a noches en vela. El equipo de noticias se ha reunido alrededor del escritorio de Hunter, tras haber sido convocados a una reunión inmediata, y escuchan con sus cuadernos abiertos y toda la atención de que son capaces cada una de sus palabras.

Elsie está de pie, pegada a la pared, al fondo de la sala. Le zumban los oídos por lo que acaba de oír. Está tan agotada como cualquiera de los periodistas a los que se ha asignado oficialmente la cobertura de los asesinatos, más que nada porque pasó la noche anterior como objetivo de los disparos de uno de los principales sospechosos.

En este momento le cuesta aceptar que, incluso si se tienen en cuenta el comportamiento de Hank y las pruebas que sus amigas y ella han encontrado, podría no ser el hombre al que buscan. Si la chica de la que acaba de hablarles Hunter, asesinada mientras se duchaba en su casa, es víctima del mismo hombre que mató a Sarah, Emily, Cheryl y Diane, y el asesinato ocurrió anoche, no es posible que el responsable sea Hank. Él no salió del taller anoche. Ni habló con nadie. Sin embargo, este asesinato ocurrió a solo una hora de su lugar de trabajo.

A menos que…

—¿A qué hora ocurrió el asesinato?

Toda la sala se vuelve hacia Elsie. Hunter arquea las cejas, pero revisa sus notas.

—El jefe de policía ha dicho que la llamada se recibió justo después de medianoche.

Mierda.

Medianoche. Ella estaba frente al taller a medianoche. Hank estaba allí sin duda alguna, lo que significa que no puede ser el responsable de este asesinato.

—¿Y estamos seguros de que se trata del mismo asesino? —pregunta Elsie frustrada.

—Hasta la cafetera tiene opiniones hoy —Heston, hablando por encima del hombro, bromea. Sus ojos están inyectados en sangre.

Elsie estalla.

—¿Has pasado la noche en la calle, Heston?

La sala contiene el aliento. Heston se gira en su asiento y la mira con ira.

—Elsie —advierte Hunter incrédulo—, eso no es apropiado. Heston es tu superior.

—Y además no tengo que dar explicaciones a las secretarias.

—Heston —espeta Hunter—, en mi redacción no hay sitio para los idiotas.

El grupo reunido se ríe en voz baja.

—La policía está bastante segura de que es el mismo tipo —continúa Hunter pasando página—. Seguiremos esa pista. Heston, intenta averiguar algo.

El reportero se levanta de su asiento con calma y se marcha.

Mientras todos recogen sus cosas, Elsie se queda. Hunter ya tiene escondida la cabeza en unos papeles y tacha frases con un bolígrafo rojo.

—¿Me vas a contar de qué va todo eso?

No levanta la vista de su trabajo.

Elsie aprieta la mandíbula.

—Heston tiene arañazos por todo el brazo. Me preguntaba dónde se los había hecho.

No tiene sentido ocultar la verdad. Ella vio las marcas en sus brazos hace varias semanas, el día que Patti entró en la oficina. Luego, cuando ella y Patti se quedaron hasta tarde discutiendo sobre Sarah Gunn hace un par de semanas, lo vieron salir del baño, y

parecía haberse hecho una cura en los brazos. Desde entonces ha estado desaliñado, evasivo. ¿Quién dice que los arañazos no son heridas defensivas? Además, lo sabe todo sobre los casos de asesinato. Siempre llega tarde a la oficina, lo que sugiere que ha estado fuera toda la noche. *Pero ¿haciendo qué?*

—¿A ti qué te importa eso, Elsie? Es ya mayorcito.

Ella suspira, se da la vuelta para marcharse, pero luego lo piensa mejor.

—¿Cómo se llamaba? —le pregunta.

Hunter levanta la vista con el gesto que dedica a poner a prueba su paciencia.

—La chica. ¿Sabemos algo más de ella?

—Es la número cinco.

Ella gruñe sin poder evitarlo.

—Estas mujeres son personas reales. —Elsie sabe que va a sonar intrépida, pero tiene que decirlo. —No son solo accesorios. Deberíamos escribir más sobre ellas, investigar sus vidas. Se lo merecen.

Sabe que tiene razón. Es posible que quienquiera que haya hecho esto les ha quitado la vida, pero no deja de tener un papel superfluo en sus vidas. No puede permitir que el asesino sea la persona que todos recuerden. Estas chicas merecen ser conocidas, pero es consciente de que ese tipo de sentimentalismo no tentará a Hunter. Se endereza y decide añadir algo para suavizar el tono.

—Y podría ayudarnos a atrapar al asesino.

—Elsie —Hunter se quita las gafas—, nuestro trabajo no es atrapar al asesino. Nuestro trabajo consiste en recopilar los hechos e informar sobre ellos de forma convincente para que el público pueda conocerlos.

—Solo pensé que… —titubea—. Pensé que podría ser interesante para los lectores conocer más detalles sobre estas mujeres.

Él la mira fijamente sin decir nada y luego sus ojos pasan a enfocar la puerta. Ella sabe lo que eso significa.

—Quinientas palabras —dice él cuando ella se marcha, lo que la

detiene en seco—. Escríbeme media página sobre las chicas y lo publicaremos en la sección local.

Una sonrisa se dibuja en su rostro, pero no deja que él la vea. Se aclara la garganta.

—Me pongo a ello enseguida.

—Y Elsie…

Ella se vuelve.

—La mujer de Heston tiene un gato, y el animal lo odia. Igual que todos nosotros.

Más tarde, en casa de Beverley, Elsie le cuenta lo del artículo. La última víctima, Kate McKenzie, era una joven con mucho talento que se dedicaba a la hípica y la música. Tenía tanta vida por delante, tanto que ofrecer, y todo se había esfumado así, sin más. Elsie no puede imaginar el horror de ser atacada en tu propia casa, en tu propia ducha, por un desconocido. Su mente da vueltas con esa idea. Sabe que escribir este artículo es importante, que dará voz a estas chicas perdidas, que les devolverá parte de su poder.

—Es algo fantástico.

Las palabras de Beverley suenan totalmente planas. Elsie se da cuenta de que está distraída.

Bev no ha aceptado con alegría la idea de que Hank pueda no ser el responsable de los asesinatos.

—Estuvimos allí desde las diez hasta las dos —ha explicado Elsie—. El asesinato de Kate ocurrió poco antes de medianoche. No puede haber sido Hank quien la mató.

Beverley intentó rebatirla.

—Podría haber sido un desliz —sugirió sin convencimiento alguno —, un caso totalmente independiente. Quizá Hank estaba dándose un tiempo, quizás se prepara para volver a matar.

Pero Elsie no tuvo problema en darse cuenta de que ni ella misma se lo creía.

Ahora parece abatida. El caso las ha dejado exhaustas a todas,

pero Bev parece más agobiada y fatigada de lo que Elsie la ha visto nunca.

—No es culpa tuya, me refiero a lo de Hank —le dice con delicadeza.

Beverley cierra los ojos durante unos instantes. Luego niega con la cabeza y aparta la mirada.

—No es culpa tuya, ni *nuestra*, que hayan matado a otra persona, Bev.

—Hemos buscado en la dirección equivocada —propone Beverley —. Alguien más ha muerto porque nos equivocamos.

—¡La policía se equivocó!

—*Nosotras* deberíamos ser capaces de encontrar a este tipo.

Elsie puede notar que Beverley no deja de temblar.

—Pensaba que, si examinábamos todas las piezas y lográbamos encajarlas, encontraríamos al tipo y eso sería todo. Estaba tan segura. Sharon estaba tan segura.

—No es más que otro marido inútil —replica Elsie.

—Deberíamos haber evitado que esto pasara.

Las mejillas de Beverley están húmedas y por la frustración mantiene los puños apretados. Luego parece recuperarse, se levanta a medias como si fuera a entrar en acción.

—Deberíamos tener en consideración más opciones. Quizás tengamos que volver a investigar a Sean Wilson, a Chris Appleton, ese tipo que vive al otro lado de la calle. He intentado convencer al detective Greaves…

Sus palabras suenan apresuradas.

—Sé cuál es el motivo de todo esto. —Elsie vuelve a sentar a Bev en el sofá—. Pero no podías haber detenido a Henry y no puedes detener a este tipo. No es tu trabajo hacerlo. Deja de castigarte.

—Podría haber detenido a Henry.

—No, no podrías. Ninguna de nosotras podría haber impedido lo que hicieron.

—No, Elsie. Yo podría haberlo hecho. —Beverley la mira fijamente —. Podría haber detenido a Henry. Tuve una oportunidad, hubo un

momento, y no lo hice.

Elsie se mueve incómoda en el sofá. Beverley está muy alterada, todo lo que ha pasado la ha trastornado: la discusión con Margot, el nuevo asesinato, el hallazgo del cadáver de Sarah, este desastre sin fin.

—Fue cuando estaba embarazada de Audrey.

Elsie quiere interrumpirla, impedir que su amiga se haga daño de esa manera, pero no llega a hacerlo.

—Lo estaba pasando muy mal. Tenía náuseas constantemente, y me refiero a *todo el* tiempo. Me pasaba todo el día sobre el fregadero de la cocina o con la cabeza en el retrete. No podía retener la comida, no podía cuidar de Benjamin. Todo era una nebulosa.

Elsie traga saliva. Siente unos dedos frágiles que le rozan la nuca.

—Henry nunca estaba allí —continúa Beverley—. Siempre trabajaba hasta tarde o bien estaba fuera de la ciudad. Y cuando estaba aquí, se marchaba temprano por la mañana. Se iba de casa antes de que Benjamin y yo nos hubiéramos levantado. Decía que trabajaba duro para hacer horas extras y ahorrar dinero para cuando llegara el bebé. No podía enfadarme con él. Lo hacía por nosotros, para darnos una vida mejor.

Hay algo extrañamente tierno en la forma en que Beverley habla de Henry, incluso cuando critica lo que hizo. Elsie sabe que Beverley no está ya enamorada de él, que sabe bien que fue monstruoso lo que hizo, pero es como si lo hubiera dividido en dos hombres: uno es el buen padre y marido —alguien protector, sostén de la familia, gran trabajador— y el otro es el asesino en que se convirtió. Como si el verdadero Henry hubiera muerto en algún lugar en medio de esa transformación.

Elsie no se sorprendió tanto como Margot al descubrir que Beverley había ido a visitarlo a San Quintín. Siempre había pensado que era solo cuestión de tiempo. Elsie no desea volver a respirar el mismo aire que Albert, pero Beverley es diferente. Henry tenía un control sobre Beverley que Albert nunca tuvo sobre ella.

—¿Qué pasó? —pregunta Elsie en voz baja.

Beverley parece inspeccionar un cojín del sofá.

—Era de noche —continúa—. Yo me encontraba fatal. Llevaba en la cama varias horas, con un paño en la frente, y vomitaba cada veinte minutos. Henry había salido. Llevaba varias noches fuera. Había llegado un punto en el que ni siquiera le preguntaba dónde había estado. Se ponía muy irritable cuando lo hacía, así que dejé de mencionarlo. Recuerdo que miré el reloj y eran las tres y diez de la madrugada. Fui a la cocina a por un vaso de agua. No encendí la luz. Había luna y no quería despertar a Benjamin. Así que fui al fregadero y me serví un vaso.

Elsie mueve la lengua dentro de la boca. Siente como si estuviera allí, en la cocina con Bev, como si bebiera la misma agua fría a grandes tragos.

—Fue entonces cuando vi los faros. Un coche se acercaba por el camino de entrada: el coche de Henry, nuestro coche. Me agaché, todavía no sé por qué no quería que me viera en la ventana, pero me asomé por encima de la encimera, a través del cristal, y lo vi aparcar. Podría haber encendido la luz y haberlo recibido en la puerta, pero no lo hice. Me limité a observar cómo salía y se quedaba allí, en la entrada. Tan solo… se miró las manos.

Se lleva las palmas de las manos a la cara.

—Les daba vueltas para verlas por un lado y por el otro, se inspeccionaba las uñas. Luego miró a su alrededor, como si tratara de comprobar que nadie lo observaba, y se quitó la camisa, allí mismo, en la entrada. A continuación, se desabrochó el cinturón y se quitó los pantalones. Se me pasó por la cabeza que debía de haber estado con otra mujer, que olía a ella y quería ocultarlo. Recuerdo que me agarré al borde del lavabo. Me sentí aún peor por pensar en él con otra persona. ¿No es patético? Luego cruzó la calle en ropa interior y las botas de trabajo puestas y tiró la ropa al cubo de la basura que había fuera de la casa de nuestro vecino.

—¿Qué le dijiste cuando entró?

—Nada.

Beverley niega con la cabeza y se toca las sienes con los dedos.

—Me escondí. Me agarré el vientre, subí las escaleras casi a la carrera y me metí en la cama, esperé a oír su llave en la cerradura. Media hora más tarde se metió en la cama. Me di la vuelta, fingí estar dormida y él me rodeó con el brazo. Estaba segura de que olí algo, a alguien, en él.

—¿Aún pensabas que se trataba de una aventura?

—Pensé que podría soportar una aventura —Beverley parece mofarse de sus propias palabras—. Cuando me sentía tan mal todos los días, con un bebé en camino y una criatura de dos años que cuidar, me decía a mí misma que una aventura era algo manejable, incluso comprensible. Que se le pasaría. Que dejaría de esconderse en algún momento y volveríamos a ser una familia.

—Pero no había otra mujer.

—Salí a primera hora de la mañana para revisar el cubo de la basura.

Beverley se muerde el labio y asiente con la cabeza.

—Apenas había amanecido, pero ya hacía calor. Recuerdo que había un coyote en mitad de la calle, me miraba. No había nadie más despierto. Henry todavía estaba en la cama y la ropa seguía allí, encima de la basura del cubo; ni siquiera se había molestado en esconderla. Saqué la camisa y los pantalones de Henry y…

Hace una pausa.

—Estaban llenos de… sangre. Por todas partes. Los tiré dentro y volví a tapar el cubo. Debía de haber tenido una pelea. Eso fue lo primero que pensé. Debía de haberse peleado en un bar y estar demasiado borracho o avergonzado para decírmelo. Siempre había tenido muy mal genio. No habría sido la primera vez. La sangre podría ser de otro tipo. He visto a gente que se destroza la cara con los cristales, ya sabes, lo he visto en la tele. Que quizás había sido solo eso, una pelea muy muy fea.

—Te convenciste de ello, ¿verdad?

Elsie siente una cierta pesadez. Sabe bien cómo es eso de que tu cerebro intente convencerte de algo que tu cuerpo sabe que no es

cierto.

—Estaba embarazada. Tenía un hijo pequeño. No podía pensar en otra cosa —dice Beverley—. Así que me permití creer que había sido eso. Ni siquiera le hice ninguna pregunta sobre aquello. Nunca saqué el tema. Pero si lo hubiera pensado mejor, si *de verdad* hubiera pensado, si me hubiera molestado en darle una vuelta también a todo lo demás que hacía últimamente, en cómo se comportaba, podría haberlo detenido.

Elsie empieza a negar con la cabeza.

—Después de eso mató a dos mujeres más, Elsie. —Los ojos de Beverley se abren y el pánico se dibuja en su rostro—. Podría haberlas salvado. Si no hubiera *querido* convencerme de que era una aventura, o que salía a beber por las noches, o que se peleaba, porque era más fácil para *mí* aceptar eso, podría haberlo detenido. Así que, en realidad, fue culpa mía. Igual que esto. Igual que ahora. Esto e*s* culpa mía también.

—Beverley, no. —La voz de Elsie suena más áspera—. Tienes que dejar esto, por el amor de Dios.

Elsie se acerca a ella y suaviza el tono.

—Mira.

Acaricia el hombro de Bev.

—Tenemos que aceptar que vamos a sufrir a causa de aquello el resto de nuestras vidas. Eso es lo que va a pasar, ¿vale? Y tenemos que acostumbrarnos.

Beverley deja escapar un suspiro de derrota.

—Nunca vamos a obtener respuestas a nuestras preguntas. *¿Por qué lo hizo? ¿Qué podría haber hecho para evitarlo? ¿Cómo puedo evitar que le pase a otra persona?*

Se apoya en su amiga. Beverley es muy buena dando consejos a los demás, pero muy mala cuando le toca seguirlos.

—Si dejas que las preguntas te dominen, si dejas que se conviertan en *todo*, al final te ahogarás. ¿Me oyes, Bev? Te ahogarás. Será tu fin. Y no voy a permitir que eso suceda. Ni a ti, ni a mí, ni tampoco a Margot. Hemos hecho un buen trabajo al

investigar a Hank, ¿de acuerdo? Hemos hecho bien al difundir la noticia. Al presionar a la policía. Sé que eso tuvo un impacto positivo. Sé que marcamos la diferencia. Sé que encontrarán al culpable.

—Bueno, ¿y ahora qué hacemos? —pregunta con voz débil Beverley—. No vamos a rendirnos, ¿verdad?

—Claro que no vamos a rendirnos —dice Elsie.

Tiene la mirada fija en la ventana y en las sombras que se proyectan en el patio trasero, provocadas por la puesta de sol. Se recuesta y se pone cómoda en el sofá.

—No mientras aquí las mujeres siguen en peligro. —Junta las manos—. Vamos a respirar hondo. Vamos a recomponernos. Y luego vamos a pensar para ser más listas que él.

Treinta y nueve

El tiempo cambia y por fin la lluvia llega, y al hacerlo baña las bonitas calles de Berryview hasta devolverles su gris insípido.

Es mejor así, concluye Beverley. Ya no tiene que explicarles a los niños por qué no abre las ventanas. Así puede mantenerlos en casa y nadie le hace preguntas, ni siquiera su madre, que los recoge cada tarde en silencio con un paraguas sobre la cabeza. Cuando se marcha, Beverley se refugia en la cocina, se sirve un buen vaso de güisqui y pasa las páginas de su álbum de recortes.

Con la guardia baja, como ahora, así había dejado escapar sus secretos. Le había contado a Elsie lo del cerdo, lo de su amante. Ya no tenía fuerzas para guardarse nada. Elsie tenía aspecto de estar dolida y había bajado la mirada al suelo. Beverley sabía que le costaba no juzgarla por la aventura, pero no la habría culpado si lo hubiera hecho. Beverley se juzga a sí misma. Sabe que es débil.

Había llamado a Sharon y le había dicho que Margot, Elsie y ella habían abandonado la posibilidad de que fuese Hank. Sharon, en cierto modo, pareció aliviada, pero Beverley también había percibido algo más en su voz: decepción. Si Hank no era el asesino, eso significaba que seguiría fuera de la cárcel, libre para hacer daño a Sharon, tal vez incluso a los niños. Beverley colgó el teléfono y se echó a llorar. Debería haber sido una buena noticia. En cambio, era solo otro modo de decepcionar a alguien.

Aún no ha hablado con Margot. Las duras palabras que se dijeron resuenan en su cabeza mientras está sentada, con los pies recogidos en el sofá, y ve la televisión sin pensar en nada. Las horas pasan, un vacío difuminado por las estrellas, el paso mudo de los días. Las

semanas se funden unas con otras en una lenta y somnolienta neblina, el tiempo se alarga sin fin.

Piensa también en las chicas. En Kate, que amaba los caballos, cuya familia decía que tenía un sentido del humor endiablado y una lesión infantil en la cadera. En Sarah, una talentosa *majorette* que, según todos los testimonios, devoraba novelas románticas. En Diane Howard Murray, en cómo su origen humilde nunca le impidió perseguir sus ambiciones en Hollywood, y en su sonrisa deslumbrante, llena de confianza, igual que la de Margot. De Emily Roswell recuerda sus pompones de animadora y su talento para las ciencias, que la llevó a querer ser profesora. Beverley ve, en su mente, a Cheryl Herrera levantarse al amanecer y ponerse una sudadera con capucha para salir a entrenar tras haber besado a su padre en la mejilla, justo antes de salir a correr por la calle, camino de la pista de atletismo.

Cada mañana, Beverley coge el periódico y recorta los artículos que necesita, y luego los pega en su álbum. Es como sumergirse en un baño caliente. La policía ha creado un grupo de trabajo para atrapar al «asesino del valle central». Los periódicos informan de las últimas novedades del caso. Hay vagas alusiones a nuevos sospechosos y datos novedosos que han facilitado las familias.

Por otro lado, ha regresado a algunas de sus rutinas. Ahora está recostada en la cama con la cabeza sobre el estómago de Roger. Sabe que no debería haberlo llamado, que ya debería tener las fuerzas necesarias para pasar página. Su aventura es una falta de respeto hacia Enid. No solo eso, sino que también podría poner en peligro su trabajo como policía. Sin embargo, hay un vacío dentro de ella que solo es capaz de llenar con su presencia. Necesita su aroma a tabaco, su tacto, su voz grave y tranquilizadora entre las sábanas. Tampoco ha olvidado que él ha sido para ellas un medio de recabar más información sobre las chicas y sus asesinatos. En un momento dado se le pasó por la cabeza la fantástica idea de que quizás era ella quien lo utilizaba, y, de no haber sido por su obsesión con el caso, si no hubiera deseado tanto atrapar al asesino, quizá habría

terminado con él hace mucho tiempo. Aquella era una sensación embriagadora, y se había permitido disfrutarla siquiera brevemente: ser quien tiene el poder, saber lo que se siente al explotar a alguien. Podía llegar a entender por qué a los hombres les gustaba tanto.

Esta noche han vuelto a hablar del caso. El equipo de Roger ha identificado a un sospechoso en Ventura, un hombre que pasó una temporada en la cárcel por acosar y secuestrar a una chica en los años cincuenta, cuando era un adolescente.

—¿Es posible que sea él?

—No lo sé, Bev.

Roger le acaricia suavemente el pelo con los dedos. Las largas noches en la comisaría se le notan. Las profundas ojeras decoran su rostro.

—Sigo pensando que podría valer la pena investigar al tipo de enfrente.

Señala la pared exterior e imagina el jardín descuidado de Chris Appleton y su rostro asomado a la ventana.

—Beverley…

Roger se incorpora en la cama, lo que le hace inclinar el cuello en un ángulo incómodo.

—He estado detrás del tipo desde hace dos semanas, ¿de acuerdo? Porque me importas. Pero apenas sale de casa. Es un solitario, no un criminal.

Beverley sale de debajo de las sábanas y se acerca a la ventana con los brazos cruzados. Le pica la piel por la rabia, pero el blanco de su furia es ella misma.

En el fondo, *ella sabía* que no podía haber sido Christopher Appleton. Y sí, ha de admitirlo, aunque sea solo para sí, la avergüenza haber juzgado de modo tan apresurado a ese hombre extraño, aislado e inusual. A fin de cuentas, ella no es mejor que los vecinos que escupieron en *su* puerta cuando se supo la noticia sobre Henry.

Roger la llama para que vuelva de la ventana y, a regañadientes, ella se acerca a él. Él le acaricia la frente con la mano, le aparta el

pelo.

—No te sientas mal. Un ama de casa no puede resolver un asesinato —le dice con dulzura—. Ni siquiera una como tú.

Un rato más tarde, cuando Roger se prepara para salir porque llega de visita la hermana de Enid, Beverley se queda de pie en el pasillo, pegada a la pared, y lo observa. Es parte de su baile habitual, esta despedida larga y prolongada en la que Beverley se apresura a encontrar razones para que él se quede un poco más: una bombilla que hay que cambiar, una botella que no puede abrir, otros veinte minutos en la cama.

Él se pone el abrigo y ella se dirige al aparador para buscar sus Lucky Strikes y un par de papeles que había sacado de sus bolsillos cuando buscaba los cigarrillos. Se lo entrega todo y Roger sostiene su rostro entre las manos y le da un tierno beso en la frente.

Una vez que se ha ido, Beverley ve un trozo de papel en el suelo. Debe de haberse caído del montón cuando le entregó todo lo demás.

Se agacha para recogerlo y se da cuenta de que en realidad es una fotografía Polaroid.

El *flash* de la cámara ha quemado la mayoría de los detalles, pero aún puede ver la imagen que ha sido capturada. Le da la vuelta a la fotografía. En el reverso han garabateado: «ESCENA DEL CRIMEN DE MCKENZIE, 23 DE SEPTIEMBRE».

Beverley escucha un gemido en su cabeza. Siente que sus dientes comienzan a vibrar. En la fotografía granulada, abandonado en la hierba del lugar donde Kate McKenzie, la chica número cinco, perdió la vida, descubre algo que, sin lugar a dudas, Beverley ha visto antes.

Cuarenta

—¿Qué es lo que debo ver? —pregunta Elsie.

Frunce el ceño hacia Beverley, que ha llegado a la oficina del *Signal* a primera hora de la mañana, con la cara roja y rebosante de energía, para subrayar la pregunta. Elsie ha bajado a toda prisa para recibirla. Beverley nunca la había visitado en la oficina; debe de tratarse de algo serio.

—Es la cámara que estaba en la mesa de la cocina de Sharon cuando fuimos. —Beverley agita la fotografía—. Ahí está la correa a cuadros. La policía la encontró cerca del lugar del asesinato de McKenzie.

Elsie se levanta, agarra a Beverley por los hombros y la empuja hacia la calle.

—No puede ser —sisea mientras se alejan lo más rápido que pueden de la redacción.

Al caminar pasan junto a los imponentes anuncios de Volkswagen con el lema «*Think Small*» y carteles de Bob Dylan con su pelo psicodélico envuelto en llamas.

—Ya descartamos a Hank.

Se hace una pausa.

—Elsie, no estoy hablando de Hank.

Ahora Elsie parece confundida. Beverley sostiene la Polaroid en alto.

—¿De quién es esta cámara? —pregunta.

Elsie tarda un segundo en encontrar la respuesta.

—Mierda.

Cuarenta y uno

Beverley descuelga el teléfono y marca el número con frenesí. Necesita hablar con Roger. El teléfono suena, pero nadie contesta. Frustrada, cuelga el auricular y mira a su alrededor en el vestíbulo de la oficina del periódico. Elsie está arriba, recoge sus cosas y se disculpa por el imprevisto. Tienen que darse prisa. Beverley vuelve a descolgar el auricular y marca el número principal de la comisaría.

Al fin alguien contesta. No reconoce la voz.

—Soy Beverley Lightfoot. —Sabe que solo conseguirá lo que quiere si utiliza su antiguo nombre—. Tengo una información para el detective Greaves, sobre el caso del asesino del valle central. Necesito hablar con él. Es urgente.

—El detective Greaves no está en la oficina en este momento.

Beverley aprieta los dientes. Sabe lo que eso significa.

—¿Hay alguien más…?

A Beverley le interrumpe el tono de la señal.

Se le escapa un gemido. Ahora solo le queda una opción. No quiere hacerlo, sabe que es arriesgado. Si Roger ha terminado su turno y está en su casa, Enid estará con él, pero ha de ir hasta allí para contarle lo que Elsie y ella han averiguado.

En realidad, él nunca ha llegado a darle su dirección, pero ella sabe dónde vive. Se ha imaginado la vida que lleva con Enid en muchas ocasiones: una casa perfecta, encalada, con un par de sillas en el porche donde él se tomará una cerveza fría en las tardes calurosas, una cocina bien surtida en la que Enid cocina pasteles caseros. Si Beverley se detiene demasiado en ello llega a tener la sensación de que tiene una suciedad perenne bajo las uñas.

Enid no se merece todo esto. Beverley es consciente de ello. No se merece todos esos secretos y mentiras, demasiadas mentiras.

Y ahora Beverley va a tener que conocerla.

¿Se dará cuenta Enid? ¿Será capaz de descubrir al primer vistazo los besos de su marido en Beverley?

No tarda en llegar al frondoso barrio residencial de Roger y, cuando detiene el coche frente a ella, la casa le parece más modesta de lo que esperaba. No hay sillones de jardín en la entrada, aunque sí hay un gran roble con las ramas retorcidas por el paso del tiempo. Algunas hojas han empezado a adquirir ya un tono ámbar. Se acerca el otoño. Las cosas cambian.

Sale del coche, pero se da cuenta de que aún no puede entrar. Se apoya durante unos instantes en la puerta del conductor y observa la casa, imagina cómo Enid y Roger recorren los pasillos y entrelazan los dedos brevemente cuando se cruzan.

Contempla las grandes ventanas del salón, imagina lo que ocurre detrás de ellas cuando se corren las cortinas. ¿Roger besa a Enid cuando regresa a casa al final de la jornada? ¿Sabe Enid algo del asesino que están buscando? ¿Sabe que la traiciona de una forma tan horrible?

Beverley desearía poder dejar las cosas tal y como están, al margen de un matrimonio que está a punto de arruinar, pero la policía necesita esa información ahora mismo. Respira hondo y se aleja del coche.

Puede sentir las miradas curiosas de los vecinos en su espalda mientras se dirige hacia la puerta y levanta la mano para llamar. Se detiene, pone la oreja contra la madera. No se oye nada. Agarra el picaporte y golpea la puerta con fuerza.

—¿Hola? —llama con renuencia, vuelve a llamar y espera con atención para poder oír pasos.

¿Ha dicho algo Roger acerca de que Enid y él fueran a irse? Desde luego no lo recuerda.

Mira a su alrededor, evalúa sus opciones; luego se adentra en el parterre, se abre paso entre los rosales hasta situarse pegada a una

ventana. Junta las manos y mira a través del cristal. Todo parece normal en el interior. Hay un televisor grande, apagado, y una mesa de centro con unas cuantas revistas apiladas. Un par de zapatillas están colocadas a su lado. Las estanterías cubren las paredes, ordenadas con pulcritud. No hay tazas ni platos abandonados que sugieran que alguien haya sido interrumpido y se haya marchado, ni hay indicios que apunten a nada extraño. Roger y Enid deben de estar bien.

A menos que…

Beverley siente un nudo en el estómago. ¿Y si Roger ya sabía que Peter Farrer era el asesino? ¿Y si se enfrentó a él, a espaldas de Cornwell, para demostrarle quién era realmente el experto en el caso, y las cosas acabaron mal para él? ¿Podría haber estado Peter aquí, en su casa? ¿Podría haberse llevado a Roger y Enid?

Traga saliva. Sabe que debería esperar, comprobar que Roger y Enid están bien. Pero no tiene tiempo que perder. Las mujeres tendrán que enfrentarse a Sharon sin más compañía que ellas mismas y esperar que las crea.

Mientras gira la llave en el contacto de su coche, en su cerebro zumba algo indefinible, algo metálico, molesto y persistente. No puede permitirse detenerse ahora. No puede permitirse desviarse de su objetivo. Está tan cerca del acto final que no puede distraerse ahora. Peter Farrer es el asesino. Ha matado a cinco mujeres y, si no llega pronto a casa de Sharon, tendrá vía libre para matar a más.

Cuarenta y dos

Se ve obligada a hacer una parada rápida en casa para recoger su bolso y llamar a su madre y asegurarse de que puede quedarse con los niños. Elsie ha ido a casa de Margot para pedirle que se anime a acompañarlas. Empezaron esto juntas y deben terminarlo juntas.

Pero no tienen mucho tiempo. Tienen que llegar a casa de Sharon lo antes posible si quieren detener a Peter.

Ahora todo cobra sentido. Por eso la policía nunca pudo relacionar las huellas que encontraron con nadie que haya estado fichado, porque el asesino es poco más que un niño.

Beverley se echa en un visto y no visto el bolso al hombro. Busca un cuchillo en la cocina, lo saca del taco y lo envuelve en un pañuelo antes de guardarlo. No tienen ni idea de cómo puede reaccionar Sharon cuando le digan que su hijo es un asesino. No saben cómo reaccionará Peter si les toca enfrentarse a él.

Cuando Beverley tiene el pomo de la puerta en la mano, suena el timbre.

Se queda paralizada.

No espera a nadie. Su madre está en su casa, acaba de hablar con ella. Ha quedado con Elsie y Margot al otro lado de la ciudad. Beverley abre la puerta.

—Ah.

Christopher Appleton está de pie en el umbral. Parece avergonzado, tiene los hombros encogidos. Detrás de él, el cielo se enrosca con jirones de nubes blancas y grises.

Al principio, ella se queda desconcertada. Es la última persona que esperaba ver en la puerta de su casa.

Entonces lo ve: un caparazón duro, un pequeño ojo sombreado. En sus manos lleva a Meatball, la tortuga.

—Estaba en mi jardín —explica el hombre con timidez—. Es un milagro que nadie lo atropellara al cruzar la calle.

—¡Lo siento mucho!

Beverley se inclina y le quita la tortuga de las manos. Le duelen las mejillas por tener que forzar la sonrisa. Las palmas de las manos le sudan más de lo saludable. Tiene que salir de allí.

—En fin, no es más que una tortuga.

El señor Appleton se encoge de hombros con una media sonrisa.

Se hace el silencio mientras Beverley espera a que se marche, con la impaciencia a punto de rebosar del cuerpo. Pero hay otra sensación más que también se abre paso con crudeza.

Vergüenza.

¿Cómo ha podido creer que este hombre, este *anciano* que tiene delante es capaz de asesinar? Y no solo asesinar, sino cometer asesinatos espantosos junto a unos grotescos rituales que ahora resultan de modo inequívoco obra de alguien joven, fuerte y perturbado.

Mira el jersey de punto del señor Appleton, las mangas de la camisa que le cubren los frágiles brazos: el uniforme de los jubilados. Se siente avergonzada de sí misma. Pero debe irse ya. Ahora mismo.

—Bueno, si eso es…

—También le he recogido el periódico.

Se lo tiende.

Ella se detiene. Luego, apretando los dientes, le dice:

—¿Por qué no entra y me ayuda a dejar la tortuga en nuestro jardín?

Solo será un minuto. Levanta la tortuga como si fuera un balón de fútbol. Meatball responde al movimiento y esconde bruscamente el cuello dentro del caparazón.

Hay algo en el aire alrededor de Christopher Appleton. Ella conoce muy bien ese sabor.

La soledad.

A veces también la percibe en su madre.

Tan solo un minuto y luego irse. Eso es todo.

—¿Siempre ha vivido solo?

Le hace la pregunta mientras lo acompaña por la casa, con el jardín descuidado en su mente, las noches frente al televisor, las cortinas que se mueven.

Él le cuenta que su esposa murió hace casi diez años y que, desde entonces, nunca ha sabido cuidarse demasiado bien.

—Calcetines rotos, cereales para cenar, cosas así.

Parece avergonzado al decirlo.

Pero es Beverley quien debería estar avergonzada. Ella misma ha sido objeto de escrutinio entre los vecinos, combustible para rumores, el remate de chistes de mal gusto.

Con una mueca de dolor, recuerda haber huido de él en la tienda de comestibles al ver los paquetes de cereales en su carrito, lo que le había hecho llegar a las conclusiones más desventuradas. No es más que un hombre que intenta seguir adelante tras una pérdida, un viudo que no sabe usar el horno, alguien solo. Ella sabe lo que es eso.

—A mí no me importaría prepararle un guiso que pueda conservar en la nevera.

Es una oferta insignificante, pero menos es nada.

Siente que se detiene detrás de ella, así que se gira. Él está allí, sin dejar de parpadear, visiblemente emocionado.

—No tienes por qué hacerlo —balbucea él.

—En realidad me haces un favor. —Ella se esfuerza por sonreír con la intención de acelerar la conversación—. Soy una cocinera necesitada de práctica.

—Bueno, me encantaría de veras. —Él sonríe con sinceridad—. ¿Dejo todo en la encimera?

Agita la mano con el periódico en el aire.

Ella asiente con la cabeza, pero se estremece al ver a la chica McKenzie en la portada. Kate. Ahora casi todos los días hay noticias

sobre el posible asesino. ¿Aparecerá Peter Farrer mañana en todas las portadas?

—Bueno, si eso es todo…

Tiene que irse, ha de contarle a Sharon quién es realmente su hijo. Es lo mínimo que se debe hacer por una madre antes de entregar a su hijo a la policía. Aunque eso signifique hacerlo sin Elsie y Margot, tiene que irse ahora mismo.

Deja a Meatball en el suelo y vuelve a por su bolso.

Entonces, el señor Appleton dice algo que no oye bien.

Le pide que lo repita.

—Como algo sacado de una película de Hitchcock —repite, y señala el titular del periódico: «APUÑALADA EN LA DUCHA».

—¿Qué? —Beverley pregunta impaciente mientras Meatball se aleja de ellos.

—Como Janet Leigh —explica él—. Marion Crane. Sencillamente horrible.

—¿Ve muchas películas? —pregunta ella sin dejar de apretar los dientes y mirar de reojo hacia la puerta.

—Me encanta el cine —dice él con gesto tímido—. De joven trabajé en Warner Brothers. En atrezo.

De súbito, algo le viene a la mente: una habitación oscura llena de carteles de películas, con montones de rollos de película apilados a un lado. Algo se posa en su interior, pesado como la nieve.

Tenía un pequeño espacio para que la duda se abriera paso: tal vez no era Peter, tal vez fuera solo un error, como cuando se equivocó con Hank. Pero ahora sabe que es la verdad.

—Es de la película *Psicosis*. —Christopher parece haber malentendido su silencio—. Marion Crane es asesinada mientras se ducha.

Él cree que ella no lo entiende, que necesita una explicación. Pero ahora en el interior de ella no hay más que agitación. Todo está, en un abrir y cerrar de ojos, claro, muy claro.

—¿Podría esperar aquí, por favor?

Beverley se apresura a ir a la parte trasera de la cocina y abre la

puerta de la despensa. De detrás de las latas de sopa y los paquetes de espaguetis que hay en una estantería, saca el álbum de recortes y lo lleva a la mesa de la cocina. Lo coloca sobre la mesa y lo abre rápidamente por la página que busca.

—Esto —dice, y señala un artículo—. ¿Es parecido a alguna película que haya visto?

Él se inclina y examina el artículo del periódico. Ella sabe que está a punto de descubrir algo importante. Lo siente. Hasta su sangre lo sabe.

Él la mira desde la foto de Sarah Gunn, junto a las notas garabateadas por Beverley, y frunce el ceño.

—Colgada de un gancho… —dice en voz baja, como si no pudiera creer lo que sus labios pronuncian—. Bueno, así es como encuentran el cuerpo de Charley en *La ley del silencio*, supongo.

La ley del silencio. Conoce esa película. Marlon Brando. Se coló en el cine para verla y recuerda las fotos de Eva Marie Saint en todas las revistas.

Se inclina y pasa rápidamente más páginas con los dedos temblorosos.

—Esta. —Llega a una foto de Emily Roswell—. La encontraron en el fondo de un lago.

El señor Appleton examina la fotografía. Se le bajan los hombros.

—¿Es como alguna película? —le insta ella—. ¿Hay alguna película en la que encuentren a una joven en el fondo de un lago?

—Yo… yo no…

—Piense. Por favor.

Lo presiona demasiado, lo sabe. No es más que un tipo que trabajaba en el cine.

—Lo siento.

—Un lago. Un cadáver en un lago —le sugiere ella.

Él vuelve a negar con la cabeza.

—Lo siento. No se me ocurre nada.

Entonces lo recuerda. Le llega como un ladrillo a través de una ventana.

—Tenía las manos tatuadas. —Puede saborear las palabras, el horror de cada detalle. —Los nudillos.

—¿Qué tipo de tatuajes?

—*Amor* y *odio*.

—*La noche del cazador*. —Apenas hay una mínima pausa antes de que él se extienda—. Harry Powell, el asesino, un fanático religioso, tenía *amor* y *odio* tatuados en los nudillos.

Ella no puede creerlo. Esta es la conexión. Esto es lo que necesitan. Esta es la inspiración del asesino, la inspiración de Peter.

Le cuenta a Christopher los otros dos asesinatos. El primero lo puede relacionar al cabo de un rato. Cheryl Herrera: estrangulada y luego atravesada en el ojo con una flecha. Eso lo lleva a una película de Sharon Tate. El debut en la gran pantalla de la estrella. *Eye of the Devil*, que aún no se había estrenado. El cartel de la película incluía una calavera con una flecha atravesándole el ojo. El eslogan: «ESTE ES EL APOGEO DEL TERROR QUE TE DEJA TIESO». Había generado una enorme expectativa entre el público.

Luego estaba Diane Howard Murray, estrangulada hasta la muerte, a la que le colocaron, *post mortem*, un liguero.

Los ojos de Christopher se posan incómodos en el suelo. Es una imagen que nadie querría imaginar. Reflexiona durante un rato, sin dejar de sacudir la cabeza, como si repasase una y otra vez el pequeño artículo del periódico. La foto de Diane parece mirar a Christopher y Beverley: se trata tan solo de una mujer joven, una vida llena de potencial, que ha sido degradada tras su muerte.

—Hay una película —dice al fin—. Mario Bava. *Blood and Black Lace*. Es italiana. El asesino…[4]

Niega con la cabeza como si lo que está a punto de decir fuera demasiado extraño incluso para poder ser tomado en cuenta.

—El asesino acecha a modelos. Hay una escena en un parque en la que estrangula a una mujer guapa y luego la arrastra entre los árboles. Lleva un liguero negro. Es muy estilizada, muy sofisticada visualmente.

—Ese hijo de puta.

—¿Está diciendo que este asesino —pregunta el señor Appleton con voz temblorosa— es algún tipo de fan de Mario Bava? El film de Tate ni siquiera ha llegado aún a los cines. Esta persona debe de saber bastante de películas.

Beverley asiente. Sharon mencionó la escuela de cine. La cámara. Los carteles.

—Hay un patrón. *Este* es el patrón.

Siente ganas de sacudirlo, de estrujarlo. La policía no puede rebatirlo.

—El asesino se inspira en lo que ve en la pantalla.

Entonces lo comprende. La nota, la que dejaron en el aparcamiento de la tienda de comestibles, en el parabrisas de la camioneta. *¿Por qué no veis el plano general?* El plano general. ¿Cómo se le había podido pasar? Las pistas estuvieron ahí todo el tiempo.

Ahora lo tiene. Tiene lo que necesita. Peter Farrer será al fin arrestado.

Pero para que eso suceda ha de arruinar una vida. Debe decirle a una madre que su hijo es un asesino.

[4] *Sei donne per l'assassino* es el título original del filme italiano de 1964. Scorsese, Tarantino o Argento han alabado esta producción. Wes Craven la señala como la influencia principal para la creación de Freddy Kruger y Almodóvar recrea una de sus escenas en *Matador*.

Cuarenta y tres

—¿Y si Peter está ahí? ¿O quizás Hank? —pregunta Elsie sin quitar ojo de la casa de los Farrer.

—¿Has traído el cuchillo, Bev? —Margot se inclina hacia delante desde el asiento trasero.

—Está en el bolso, pero no voy a entrar armada como una policía. Ya será suficiente con el shock que va a sufrir.

—¿Has llamado a Greaves?

—Al parecer, la policía está demasiado ocupada para charlar.

—Siempre ha sido así —comenta Elsie con sarcasmo.

—No importa —responde Beverley—. Quiero que se lo digamos nosotros antes de que llegue la policía. Quizá acceda a acompañarnos a la comisaría cuando se entere.

Se acercan al camino de entrada que tan bien conocen. Hay luces encendidas en la casa, pero Beverley tarda en reunir el valor necesario para llamar a la puerta.

No puede imaginarse estar en la situación de Sharon. Saber que tu marido es un asesino es una cosa, pero ¿tu hijo? ¿Tu propia carne? ¿Alguien a quien has tenido en brazos y has mecido para que se durmiera en mitad de la noche, que has arrullado mientras sus párpados diminutos se caen y cuyas uñas te parecían las lunas menguantes más diminutas y preciosas? Piensa en Benjamin y Audrey cuando eran recién nacidos, con su embriagador olor a bebé.

Está a punto de tomar la decisión de no hacerlo, se plantea darse la vuelta, pero entonces Margot da un paso adelante y llama.

Esperan, las tres en fila, en el umbral: Margot con su atrevido pelo rojo y su pintalabios, Elsie con sus gafas de intelectual y su impecable rebeca, y Beverley, que nunca supo realmente lo mucho que había perdido hasta que vio a otra mujer que atravesaba el

mismo sufrimiento que ella.

Pasados unos segundos, se abre la puerta y Sharon está allí, todavía con el suéter rosa del turno de la noche anterior y los rulos en el pelo. Siempre tiene el mismo aspecto de agotamiento y esa imagen infantil.

—¿Qué hacen aquí, señoritas? —pregunta Sharon con esa voz aguda y femenina.

Beverley siente un nudo en el estómago.

—Dios mío, me habría arreglado mejor si hubiera sabido que tendría visita. Siempre tan elegantes.

No deja de destrozarse el pelo, por darle volumen desde las raíces, pero no lo consigue a pesar de los rulos. A Beverley le da tanta lástima que siente ganas de llorar.

—¿Podemos pasar, Sharon? —pregunta Beverley.

—Claro, claro. Voy a preparar un poco de café.

Lo dice sin pensar, de modo automático, pero Beverley puede notar el nerviosismo en su voz. Debe de haber percibido algo en la forma en que esperan en pie, por cómo esperan en la puerta, educadamente, a que las inviten a pasar. La gente solo hace eso cuando intenta posponer las malas noticias.

Sharon entabla una conversación trivial mientras prepara el café. Habla del tiempo, de los niños revoltosos que había en el autocine durante su turno de la noche anterior, pregunta a las mujeres si vieron el episodio de anoche de *Dark Shadows*.

—Es una actriz fantástica —dice con una sonrisa esperanzada—, Lara Parker, una auténtica belleza.

—Ven y siéntate, Sharon —dice Beverley en voz baja.

Sabe que esas son las peores palabras que se pueden oír, las que preceden a la verdad, las que pretenden suavizar el golpe, pero que al final sirven para darlo de todos modos.

Sharon asiente como una colegiala a la que han regañado y saca una silla para sentarse a la mesa con ellas. Sus ojos están nerviosos, saltan de una a otra como si pudiera encontrar alguna pista en sus expresiones tensas, dentro de sus miradas evasivas.

—¿Ha pasado algo más? —pregunta—. ¿Vamos a hablar de Hank otra vez?

Beverley siente que Elsie se estremece en el asiento junto a ella.

—No, Sharon, no hemos venido hoy a hablar de Hank. Hemos venido a hablar de Peter.

—¿Peter? —Sharon frunce el ceño confundida—. ¿Queréis que lo llame? Esperad, voy a llamarlo. Se levanta para apartar la silla, pero Beverley la agarra del brazo y la sujeta con fuerza.

—No creo que sea una buena idea —dice Beverley en voz baja.

Lo último que quieren es que Peter salga de su habitación. Sharon no deja de parecer confundida.

Una pequeña parte de Beverley esperaba, se da cuenta, que Sharon hiciera el trabajo duro por ella, que fuera suficiente con aparecer con sus expresiones graves y su necesidad de hablar de su hijo y que todo encajaría sin esfuerzo.

—Sharon —Elsie traga saliva—. Hemos descubierto algunas cosas sobre Peter que podrían alterarte.

—¿De qué se trata? —pregunta Sharon. Es evidente que está asustada.

—Hay algunas cosas que debes saber —dice Margot—, algunas cosas que no te gustará oír, y nosotras lamentamos mucho tenértelas que decir.

Sharon traga saliva. Sus ojos se mueven veloces, desean saberlo, como un alma condenada que necesita conocer su destino.

—Hay pruebas que relacionan a Peter con los asesinatos de Cheryl Herrera, Emily Roswell, Diane Howard Murray, Sarah Gunn y Kate McKenzie.

Se produce un momento de estupefacción, un silencio sepulcral, cuatro segundos de silencio antes de que finalmente caiga el telón.

—No. —Sharon suelta una risa seca y entrecortada, y niega con la cabeza—. Es solo un niño.

—Sharon, ahora es un hombre. Un hombre peligroso. Sé que esto es un mazazo, pero tienes que dejar de protegerlo. Ha matado a cinco mujeres jóvenes. Tenemos que decírselo a la policía. Tenemos

que mantener a todo el mundo a salvo.

—¿Cómo que dejar de protegerlo? —pregunta Sharon con los ojos muy abiertos y alarmada.

—Sé que puede ser difícil, como madre, imaginar que tu hijo es capaz de hacer esas cosas.

Suena hipócrita. ¿Cómo reaccionaría Beverley si alguien fuera a su casa y acusara a su hijo de ser un asesino?

—Pero nunca podemos saber realmente de lo que son capaces las personas, ni siquiera de aquellos a quienes más queremos —contina Beverley.

—¿Qué pruebas hay? —espeta Sharon.

Beverley se sorprende al ver la agresividad y la lucha en ella.

Las pruebas. Beverley respira hondo y mira a Elsie y Margot, que con un gesto le ceden la tarea de presentarlas.

—En primer lugar, está la pulsera del coche, la pulsera de Cheryl Herrera. Peter tiene acceso a los mismos coches que Hank, y habría tenido acceso a ese coche, por lo que podría haber dejado allí la pulsera.

Sharon aprieta la mandíbula y no deja de mirar a la mesa. Beverley puede ver cómo se le enrojece la base de la garganta.

—Ahora sabemos que el asesino se inspiró en películas. Los métodos para matar, la forma en que colocó los cadáveres después de la muerte, todo ese ritual… Está relacionado siempre con escenas de películas. Y Peter… Bueno, tú misma dijiste que Peter es un fanático del cine.

—Pero eso es ridículo…

—Y ahí está la cámara —la interrumpe.

No quiere darle la oportunidad de negarlo.

—¿Qué cámara? —pregunta Sharon.

El rubor se ha extendido por su rostro. Beverley puede ver cómo no deja de temblar.

—Encontraron una cámara a pocos metros de la escena del crimen hace ocho noches, cuando Kate McKenzie fue asesinada en la ducha.

Beverley busca en su bolso y saca la Polaroid. La coloca en medio

de la mesa. Sharon de inmediato la agarra con sus uñas rosas y rotas y se la acerca.

—¿No es ésa la cámara de Peter? —insiste Beverley en voz baja—. Con la misma correa a cuadros. Estaba aquí la última vez que vinimos.

Sharon la mira con el ceño fruncido.

—Pero se llevaron la cámara.

Beverley sostiene la mirada angustiada de Sharon, pero por el rabillo del ojo ve que Margot y Elsie se vuelven hacia ella, solo un poco.

Hay una pausa, un silencio demasiado largo durante el cual nadie dice nada.

—¿Cómo que se llevaron la cámara? —pregunta Beverley.

—La policía —dice Sharon—, hace un par de semanas. Se llevaron la cámara.

—¿Quién?

—La policía.

Luego, con más calma, lo elabora.

—Un agente vino a casa y dijo que necesitaba nuestras huellas dactilares para descartarnos, para descartar a Hank, como sospechosos en un caso local. Pero yo sabía que no era Hank porque tú me lo habías dicho, Bev. Luego se llevó la cámara de la habitación de Peter.

El corazón de Beverley se detiene, como si el mecanismo se hubiera desajustado. ¿Qué quiere decir Sharon con que se llevaron la cámara? No pueden habérsela llevado. Peter la dejó allí, en el último asesinato, probablemente cuando se asustó.

—¿Qué agente? —pregunta Margot con la espalda recta, sin dejar de mirar fijamente a Sharon.

Los ojos de Beverley se mueven de Margot a Sharon, de una a otra. Espera también la respuesta, pero al mismo tiempo la teme.

—Hank lo conocía un poco. —Sharon se lleva la mano temblorosa a la nuca y se tira de las raíces oscuras—. Dijo que había llevado sus coches al taller de vez en cuando durante el último año. Hank

trabaja desde hace tiempo en esos vehículos policiales. No recuerdo su nombre. —Se lleva los dedos a la boca, empieza a morderse las uñas y luego los retira—. Pelo gris… Bueno, no gris, más bien plateado. Ojos azules. Del tipo Paul Newman.

Beverley siente como si el suelo que hay bajo sus pies se agrietase poco a poco, como si la silla en la que está sentada empezara a hundirse centímetro a centímetro. Entonces recuerda los recibos que Roger llevaba en los bolsillos, las entradas del cine.

—¿Era quizá el detective Greaves? —pregunta Elsie, y al hacerlo evita la mirada aterrada de Beverley—. ¿El detective Roger Greaves?

—Ese mismo. —Sharon levanta la vista de golpe—. Un tipo guapo.

—¿Se llevó la cámara?

—Hace dos semanas. Dijo que tenía que hacerle unas pruebas y que la devolvería. Luego nos tomó las huellas. Tardé días en quitarme esa maldita tinta de los dedos.

Se ríe a medias y enseguida se calla sin dejar de mirar a las mujeres.

—¿Cuándo fue el asesinato de McKenzie? —pregunta Margot a las presentes.

—Hace ocho días —responde Elsie.

Ambas miran a Beverley.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —pregunta Sharon.

—Oh, Sharon —Elsie se lleva la mano a la frente—, lo sentimos muchísimo.

Ahora hay un gemido, pero resuena en la cabeza de Beverley.

—¿Qué pasa? —pregunta Sharon confundida.

—Por favor. —Elsie parece no poder encontrar las palabras—. Todo esto es un gran error. Tienes que perdonarnos. No puedo creer que hayamos…

Sharon frunce el ceño mientras Elsie echa hacia atrás su silla, seguida por Margot, que recoge las tazas y las lleva con prisas al fregadero. Sharon gira la cabeza de izquierda a derecha.

Beverley no se atreve a moverse. Su mente da vueltas, retrocede en el tiempo y vuelve a encontrar esas sensaciones: la forma en que

su cuerpo se dobló por la mitad, por completo, sin aliento; el modo en que supo, *lo supo con total seguridad*, cuando vio el primer destello de luz roja que atravesaba la ventana de su cocina, que su vida estaba a punto de cambiar para siempre. Ahora siente una sensación de desarraigo, la forma en que las entrañas son capaces de saberlo antes de que la mente establezca la conexión. Hay algo dentro de ella, dentro de todas las mujeres, que sabe la verdad antes de que pueda expresarla. La negación es una fuerza física. Hay muchas cosas que se pueden descartar antes de que empiecen a endurecerse y convertirse en una coraza de verdad indiscutible. Intenta ponerse de pie, pero no lo logra. Si se levanta de esa silla, significará que es verdad. Significará que lo ha perdido, que ha vuelto a pasar.

Cuarenta y cuatro

—¿Crees que tiene a Enid ahí dentro? —pregunta Margot con desdén mientras observan la casa de Roger.

Lleva en las manos el bate de béisbol que suele guardar en el maletero de su coche.

Ante ellas, las ventanas de la casa de los Greaves se alzan como cuencas oculares vacías. Las ramas del imponente roble se agitan con la brisa.

El día se ha tornado sombrío, cálido aunque el cielo está cargado, cubierto de nubes que anuncian tormenta. Duke tira de la correa junto a Margot. Beverley le ha recordado que nunca ha visto al perro mostrar los dientes ni siquiera a una ardilla.

—Pero intimida, ¿no? —había sido la respuesta de Margot antes de meter al gran danés en la parte trasera del Buick de Elsie y sentarse junto a él en el estrecho asiento.

—¿Y si está muerta? —pregunta Elsie con gravedad—. ¿Y si hay otras mujeres allí? ¿Otros cadáveres?

Roger desde hace meses repetía —no se lo había imaginado— que todo lo que necesitaba era un caso jugoso al que hincar el diente. Beverley sabía que estaba frustrado porque lo habían pasado por alto en lo tocante a los ascensos, y sentía que se merecía una promoción más rápida después de todo lo que había hecho por el servicio, sobre todo si se tiene en cuenta que habían sido Cornwell y él los que atraparon a Henry. Ella *nunca* pensó que llegaría hasta esto; que él, frustrado por no tener un caso digno que resolver, crearía uno él mismo y al hacerlo arrebataría vidas, e intentaría inculpar a un chico que acababa de dar sus primeros pasos hacia la edad adulta.

¿Al llevar los coches a reparar al taller de Hank conoció a los

Farrer? ¿Identificó la vulnerabilidad de Peter, lo que le fascinaba, y se dio cuenta de que sería fácil inculparlo apenas lo conoció?

Beverley sabe ahora que había pasado por alto las señales sobre Enid: la forma en que Roger hablaba con tanta indiferencia de su esposa, la forma de menospreciarla, el hecho de que Beverley nunca la hubiera visto, no había podido afirmar que tuviera prueba alguna de su existencia en las últimas semanas. Había dejado a un lado todos esos detalles, los había relegado a lo más recóndito de su mente, había apartado su imparcialidad, su inquebrantable determinación por encontrar la única respuesta correcta. Le había hecho un flaco favor a Enid en tantas ocasiones, pero ahora iba a encontrarla y se aseguraría de que Roger pagara por sus crímenes.

—Tenemos que mantener una actitud positiva —responde Beverley — por el bien de Enid. Podría estar viva.

Parpadea para alejar de su mente las imágenes de la escena del crimen: Enid enterrada en algún lugar donde la tierra se acumula en los pliegues de sus párpados, su piel manchada en el fondo de un lago o sus huesos esparcidos por un bosque.

Pero también podría estar aquí. Deben hacer lo posible por encontrarla.

Golpean la puerta con fuerza, sin importarles si Roger está allí y es quien responde. Son tres. Es de día. Tienen un perro del tamaño de un poni Shetland. Roger no puede vencerlos a todos y, a estas alturas, Beverley ha llegado demasiado lejos como para abandonar. Podrían haber llamado a la policía, pedir refuerzos, pero durante las últimas seis semanas la policía las ha ignorado, ha hecho caso omiso de sus preocupaciones y sus corazonadas, las ha dejado de lado. ¿Las creería *de verdad* la policía ahora si les dijeran que uno de los suyos era el responsable? Las mujeres sabían que lo primero sería demostrarlo. Aun así, Elsie había llamado a una amiga del *Signal* y le había contado lo que iban a hacer; de ese modo había alguien que sabía que estaban allí. Beverley se aferraba a esa seguridad. Alguien vendría si las cosas acababan mal para ellas en esa casa.

Pega la oreja a la puerta. Se oye música dentro: una melodía

country inquietante, la voz de un hombre que canta en tono menor.

—Tenemos que entrar —ordena—. Id a ver si hay alguna ventana por la que podamos entrar.

Margot y Elsie se separan y rodean la casa. Beverley se mete en el parterre, como había hecho antes, para mirar por la ventana del salón.

Ahora es capaz de ver signos que se le habían escapado por las prisas, detalles que su cerebro había descartado porque no encajaban en la historia que se había contado a sí misma. En primer lugar, hay una taza en la mesa de centro y, junto a ella, un cenicero lleno de ceniza y colillas. Un plato contiene los restos de una manzana, con el corazón tan marchito y marrón que debe de llevar allí al menos un par de semanas. Ve que algunos de los estantes de la estantería del fondo de la habitación han sido revueltos. Hay varios libros tirados en el suelo que han dejado huecos en las estanterías que parecen nichos vacíos.

Beverley escucha la llamada de Margot, así que se apresura a ir hacia el fondo de la casa. Margot está de pie ante una estrecha ventana de la planta baja y no deja de hacer movimientos con el bate de béisbol.

—Basta con romperla. Alguien podrá entrar y abrir la puerta principal.

—¿Romperla? —pregunta Elsie con un tono de vacilación en la voz.

—Sí, Elsie, romperla —dice Margot—. Si te preocupa meterte en problemas por eso, quizá debas pensar en el allanamiento de morada, haber interferido en el trabajo de la policía, la suplantación de agentes de seguridad y el resto de las violaciones de la ley en la que hemos incurrido en los últimos meses. Romper una ventana va a ser lo de menos…

Elsie le arrebata el bate a Margot y da un golpe. El cristal se rompe y cae hacia dentro. Las mujeres dejan de respirar mientras esperan escuchar algo.

Solo se oye el inquietante rumor de la música que sale por el cristal roto.

—¿Quién quiere hacer los honores? —pregunta Elsie mientras se vuelve hacia las otras con el pecho agitado.

—Yo misma.

Beverley inspecciona los fragmentos de cristal que aún quedan como triángulos cortantes en el marco de la ventana. Coge el bate de Elsie, golpea los fragmentos para terminar de romperlos con la mayor pericia de que es capaz, y luego lo tira a un lado.

—Vamos.

Margot entrelaza los dedos y extiende las manos para ayudarla a subir.

—Espera.

Elsie une sus manos con las de Margot. Todas miran nerviosas hacia la ventana.

Beverley se quita los zapatos, coloca el pie derecho sobre las palmas de las mujeres, se apoya en sus hombros y toma impulso hacia arriba. Consigue tracción, pero no llega a evitar caer a plomo sobre el marco de la ventana. Siente un rasguño agudo y caliente cerca de la pelvis. Lo ignora y se impulsa de nuevo hacia dentro por el hueco, por donde ha de retorcerse, con las manos apoyadas en una especie de armario que hay dentro.

Culebrea hasta introducirse en la casa. La piel de sus muslos queda arañada por los pequeños dientes que quedan del cristal, pero no le da importancia. Ya está dentro. Y comienza a mirar a su alrededor.

El aire tiene el olor del algodón dulce recién hecho, si bien por debajo de él gana espacio un segundo aroma a algo agrio. Está en un cuarto de servicio, y sobre lo que ha reptado desde la ventana, en una postura como la de un animal, no es un armario, sino una lavadora. En una esquina hay un cesto de la ropa sucia lleno, por lo que puede ver, de ropa de hombre. Reconoce las camisas arrugadas y un escalofrío la recorre al pensar en lo que Roger podría haber llegado a hacer cuando las llevaba puestas. Si las inspeccionase, ¿encontrará sangre en los puños? ¿Un mechón de pelo de una víctima desprevenida en los pliegues del cuello?

—¿Qué ves? —pregunta Margot desde fuera.

—Es el cuarto de la lavadora. Aquí no hay nada.

Se pregunta si Roger habrá dejado la ropa en la cesta con tanta pereza porque no hay ninguna mujer que se la lave.

—¡Déjanos entrar!

Beverley balancea las piernas para dejarse caer sobre las baldosas. El movimiento le provoca un dolor agudo justo debajo del abdomen. Se lleva las manos al estómago y las desliza hacia abajo, hasta notar un tacto húmedo. Echa un vistazo hacia abajo. Su vestido rosa se ha oscurecido hasta tornarse rojo, y la tela está rasgada.

Siente un dolor ardiente y punzante debajo del estómago. Con cautela, se levanta el vestido y hace una mueca de dolor. Una herida se abre justo por encima del hueso de la cadera derecha. Parece profunda. Puede ver una ligera protuberancia de la piel desgarrada. Sangra bastante, pero Beverley no puede dejar que eso la detenga. Coge un trapo del estante, lo dobla con rapidez y lo presiona contra la hemorragia.

—¿Todo bien por ahí? —grita Margot, y su voz suena distorsionada.

—Estoy bien —miente Beverley, y deja el trapo pegado a la herida con el elástico de su ropa interior antes de volver a colocarse el vestido—. Voy a abrir la puerta.

Sale del lavadero sin prestar atención al mareo. Dentro de la casa hace fresco y hay un silencio extraño, como el de un museo tras la hora del cierre.

La música lastimera sigue sonando, la misma canción inquietante en bucle.

—¡Enid! —grita Beverley mientras avanza por el pasillo hacia la puerta principal—. ¿Estás aquí? ¿Enid? Hemos venido a ayudarte.

Las mujeres la esperan ansiosas cuando por fin abre la puerta. Margot suelta la correa de Duke y el perro entra y se dedica a olfatear el suelo y a meter el hocico en las esquinas.

—¿Alguna señal? —pregunta Elsie.

Beverley niega con la cabeza y se lleva la mano al estómago con la esperanza de que no vean la sangre ni el sudor en su piel.

Vuelve a llamar a Enid y asoma la cabeza en cada habitación

mientras buscan. Hace un repaso mental: un pequeño cuarto de baño en la planta baja; el salón, con la taza de café y los libros revueltos; una cocina donde hay platos sin lavar y restos de comida de varios días en el fregadero. Una sola mosca azul que zumba en el aire espeso y viciado se golpea una y otra vez contra el cristal de la ventana.

—¿De dónde viene esa música? —pregunta Margot con el rostro arrugado por el disgusto.

Se detienen, escuchan cómo el lamento del hombre se filtra por el pasillo. «Ojalá fuera de cristal», dice con voz arrastrada, «para que pudieras ver a través de mí…».

Siguen el origen de la música; a medida que avanzan por las habitaciones los acordes se hacen unas veces más fuertes y otras más débiles; la misma canción termina y vuelve a empezar.

—Aquí —grita Elsie al fin, parada en la entrada de un pasillo largo y oscuro.

Hay una puerta al final y el pasillo está lleno de viejas fotos familiares. Beverley se detiene para observarlas.

Enid era hermosa, *es* hermosa, no la esposa desaliñada y gruñona que Beverley había imaginado. Le había parecido más fácil, más aceptable, ser «la otra mujer» si se convencía a sí misma de que Enid existía en un espacio vacío, sin amigos, sin familia, sin intereses, miedos o aspiraciones propios, pero las fotografías son instantáneas de la vida de una mujer con todos los motivos por los que vivir. En una, Enid ríe en un columpio en el jardín con la cabeza echada hacia atrás, el cuello pálido al descubierto, libre; en otra, Enid y Roger están en traje de baño en una barca a pedales que se balancea sobre el mar que brilla detrás de ellos; hay una en la que Roger aparece con su uniforme de policía, la placa reluciente, y una orgullosa Enid a su lado, recién salida de la peluquería.

Algo cálido gotea por la pierna de Beverley y ella lleva la mano hacia allí. Al apartar los dedos, se da cuenta de que están manchados de sangre.

—Dios mío, Bev. —Margot la mira con los ojos muy abiertos.

—No es nada —miente de nuevo—. Ha sido por tener que arrastrarme —dice.

Presiona con más fuerza justo encima del hueso de la cadera. Le empieza a doler el estómago y oye un sonido débil y agudo en la cabeza. Respira hondo y gira el pomo de la puerta; desea que esté atascada o cerrada con llave. En cambio, la puerta se abre fácilmente. La música suena a todo volumen, las golpea como si se empotraran contra una pared, y entran.

Cuarenta y cinco

«Quiero ir contigo… a ese otro mundo».

—Que alguien apague eso —grita Elsie, y Margot se dirige al reproductor de ocho pistas.

Se hace el silencio. Las mujeres abren los ojos como platos al contemplar la habitación.

Parece la guarida de algún fanático. A lo largo de una pared, sobre la que está apoyado un escritorio alargado, han pegado con cinta adhesiva recortes de periódico. En la pared opuesta hay bocetos; Elsie se acerca para inspeccionarlos.

—Planeaba cómo hacerlo.

Beverley se apresura a echar un vistazo. Hay diagramas dibujados con bolígrafo en las páginas rayadas de un cuaderno. Representan la forma en que fueron asesinadas las cinco mujeres.

Levanta una mano para tocarlos. Uno de los diagramas muestra un cuerpo colgado de un gancho. Algunas partes del diagrama están numeradas y hay pequeñas notas garabateadas al lado. «Debería ser un gancho de carga, pero solo puedo conseguir un gancho de cabrestante», dice uno de ellos. Se aparta, aunque ha dejado una mancha de sangre en el papel.

Para otros, la habitación podría pasar por un estudio donde se sigue una investigación, algo montado por alguien que indaga en cada detalle de los crímenes. Pero Beverley, Elsie y Margot ven lo que es en realidad: un lugar donde se ha diseñado el horror, un espacio de planificación.

A Beverley le repugna que este hombre al que ha dejado entrar en su casa fuera tan deliberado, tan meticulosamente preciso. Hay

horror en la meticulosidad que todo esto exhibe, en la facilidad con la que acaso ha matado.

Es entonces cuando se da cuenta de que el cerdo también debe de haber sido obra de Roger: no una advertencia o una burla, sino un medio para confundirla, para despistarla de cualquier sospecha que pudiera tener sobre él.

Se desmaya y se agarra el estómago. ¿Cómo no se dio cuenta antes? ¿Cómo pudo permitir que esto volviera a suceder?

—Parece que estaba bastante obsesionado con estas chicas —dice Margot, y muestra un anuario que ha quedado abierto sobre el escritorio—. La foto de Sarah Gunn es fácilmente reconocible.

—No, quería que pareciera que el asesino estaba obsesionado con ellas —responde Beverley.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Elsie.

Sus ojos se posan en la palma de Beverley, que tiene apretada contra el charco de sangre de su vestido.

—Bev, tienes…

—Quería que pareciera que el asesino era alguien que, por naturaleza, se fijaba en chicas recién salidas de la universidad, chicas guapas, chicas populares.

—¿Era alguien que ocultaba su motivación verdadera? —pregunta Elsie, y frunce con preocupación el ceño al ver a Beverley.

—Como si se tratase de un solitario triste, alguien raro, alguien a quien acaban de dejar.

Beverley nota su piel cada vez más fría. Se toca la mejilla, parece rezumar humedad, como la carne rancia que se ha pasado.

—Investigó y eligió a sus víctimas con la idea de quién podría ser un objetivo para alguien como Peter Farrer —dice en medio de la niebla que comienza a rodearla—. Eligió métodos que acabarían llamando la atención de la prensa, una vez que decidiera que tenía suficientes víctimas, para que los asesinatos tuvieran una gran repercusión mediática y, al mismo tiempo, utilizarlos para desviar las sospechas hacia Peter.

—¿Y qué hay de la pulsera? —pregunta Elsie sin quitar ojo a los

diagramas—. Era de Cheryl Herrera. ¿Cómo llegó al coche de Hank?

Beverley se permite apoyar su espalda en la pared. Ve destellos de luz delante de los ojos.

—Roger utilizaba el taller de Hank para arreglar los coches de la comisaría —dice. Es lo que les contó Sharon—. Debió de ver a Peter allí. Quizá charlaron. Quizá Peter llevaba su cámara. Quizá hablaron de películas…

—Tendría sentido que supusiera que Peter y Hank conducen los mismos vehículos —dice Margot—. Solo tuvo que tirar la pulsera en uno de ellos.

—Pero ¿por qué demonios lo hizo? —pregunta Elsie.

—Porque quería ser el mejor —responde Beverley. Las paredes de la habitación parece que se inclinasen hacia ella—. Estaba frustrado por no haber sido ascendido tras el arresto de Henry. Quería ser él quien resolviera el caso del siglo, así que lo creó él mismo.

—Dios mío… —susurra Elsie, pero la interrumpe un ladrido.

Cuarenta y seis

Margot levanta la cabeza de golpe y sale de la habitación a la carrera, seguida por Elsie y, en última instancia, por Beverley, que se tambalea por el pasillo detrás de ellas.

Margot encuentra a Duke en la cocina, donde araña obsesivamente la parte inferior de una puerta. El perro gime con el hocico pegado a la rendija.

—¿Es una despensa? —pregunta Elsie.

Margot tira al perro por el collar y prueba a abrir el picaporte.

—Está cerrada —dice, y se vuelve hacia Elsie y Beverley.

Duke vuelve inmediatamente a la rendija y reanuda sus gemidos.

—No —dice Beverley al darse cuenta de lo que es con la misma rapidez con la que se desata una tormenta—. Es un sótano.

Se tambalea hasta llegar a la puerta y golpea con el puño la madera pintada de blanco.

—¡Hola! —grita—. ¿Hola? —Más alto—. ¿Hay alguien ahí abajo? ¿Enid?

Sus puños dejan marcas sangrientas en la pintura. Las otras mujeres se unen a ella: golpean con los puños y apoyan todo su peso en la puerta, tratan de abrirla a la fuerza.

—¿Y si hay más gente? —pregunta Margot sin aliento—. ¿Y si hay cadáveres?

—Alguien tiene que derribarla —dice Elsie sin dejar de dar golpes —. Tú no —añade enseguida tras lanzar una mirada a Beverley, que ahora está doblada por la mitad y se agarra el abdomen.

—¿Cómo demonios vamos a derribar una puerta? —patalea Margot.

—¿No podemos forzar la cerradura?

Cuando Beverley levanta la vista, ve a sus amigas borrosas, brillantes.

Inesperadamente, Elsie levanta el pie y da una patada.

Beverley aprieta los dientes para moderar el dolor mientras observa a su tranquila y decidida amiga levantar el pie una y otra vez, para golpear sin tregua la madera con la esperanza de que la cerradura se afloje. Elsie se echa el pelo hacia atrás, los ojos fuera de sus órbitas y las mejillas enrojecidas por el esfuerzo.

—Creo que, si lo intentamos todas a la vez, podríamos conseguirlo —insta.

Las tres mujeres dan un paso atrás y se colocan en línea, con el hombro izquierdo hacia delante y la mirada fija en la puerta. Elsie aprieta brevemente los dedos de Beverley y hace lo mismo con los de Margot.

—¿Listas? —dice Elsie—. Uno, dos…

Al tres se lanzan y golpean la puerta al unísono.

El dolor recorre todo el cuerpo de Beverley.

Pero funciona.

La puerta se abre de golpe con un chirrido de bisagras que lentamente revelan una oscura escalera que conduce a un lugar donde no hay luz alguna.

—Maldita sea —murmura Margot mientras intenta ver algo en la penumbra.

—¡Enid! —grita Beverley y siente que un nuevo aguijonazo le atraviesa el estómago. Siente que los ojos se le ponen en blanco y el cuerpo se le descompone antes de caer de rodillas en el umbral del sótano.

—¡Bev! Tenemos que llamar a una ambulancia —le dice Elsie a Margot, pero Beverley niega firmemente con una sacudida de cabeza y señala hacia las escaleras. Tienen que ver si hay alguien ahí abajo, si hay alguien a quien puedan salvar.

—Voy yo —dice Margot; aparta a Duke y pone un pie en el primer escalón.

—Dios.

Beverley esconde la nariz en su codo. Hay un hedor que sube desde abajo, no como el de la muerte, o como había imaginado que olía la muerte, sino como el de los cadáveres, la peste del ganado aplastado en su propio estiércol.

Margot sigue su descenso por los escalones con Elsie pegada detrás a ella. Con mucha calma, Beverley logra enderezarse, ve sus cabezas desaparecer escaleras abajo y toma una decisión. No se rendirá ahora. No va a desangrarse en el suelo de la cocina, tan cerca de la meta. Así que, aunque el cuerpo no deja de temblarle y el vestido rosa está empapado en sangre, se lanza hacia adelante y comienza poco a poco a descender tras ellas.

La temperatura desciende a medida que las mujeres se adentran en el subsuelo y el olor rancio se intensifica. Los sentidos de Beverley están en alerta máxima, sus nervios tensos: es una presa que se mueve por el bosque en plena noche. Hay una *sensación* aquí abajo, la sensación de que algo habita ese espacio, aunque no puedan ver el qué.

El aire es denso y parece viciado, profundamente oscuro. Se oye un tictac, parece el ruido de unas tuberías, y luego algo más: un rumor de arañazos, como si unos roedores se peleasen o, se da cuenta Beverley, como algo atrapado que intenta salir.

—¿Alguien ha traído una linterna?

—Quizá haya algún interruptor en algún sitio…

—¿Dónde terminan estos escalones?

Se oye un sonido tenso que procede de algún lugar del sótano.

Las mujeres se quedan paralizadas al pie de las escaleras.

Se escucha de nuevo.

—Mierda. Que alguien busque una luz.

Las mujeres buscan frenéticamente en la oscuridad; sus manos recorren las paredes húmedas sin encontrar nada más que una suavidad exasperante, hasta que Beverley encuentra algo duro y metálico. Pasa los dedos por encima con la esperanza de que sea un interruptor o un botón.

De repente la luz inunda el sótano.

Es una luz cruda, artificial, amarilla. Margot se queda de pie con la mano aún aferrada a la parte inferior del interruptor, pero todas las mujeres miran lo mismo durante una fracción de segundo en la que solo hay silencio, horror y respiración contenida.

En el centro de la habitación, una enorme tubería se hunde en el suelo. Atada a esa tubería por las muñecas está Enid.

Está atada con los brazos por encima de la cabeza. Tiene la boca amordazada y la cabeza vencida por el agotamiento, pero sus ojos… Sus ojos están muy abiertos, como los de un animal. No paran de moverse.

Entonces se rompe el silencio.

Beverley es la que llega primero junto a ella y comienza a tirar inútilmente de las bridas que le atan las muñecas.

Elsie se agacha, le quita la mordaza de la boca y le pregunta una y otra vez si está herida, si puede respirar. Ordena a Margot que vaya a buscar agua arriba.

Sin la mordaza, el llanto de Enid es como el de un zorro, un grito de angustia inhumano, un sonido de puro terror.

—No pasa nada. No pasa nada —le dice Elsie con el tono tranquilizador de una madre—. Ya te hemos encontrado. Ya estamos aquí. Estás a salvo. —Se gira rápidamente hacia Beverley—. Busca algo para cortar estas bridas.

Beverley se pone en marcha agradecida de que alguien le diga qué hacer, de que ordene sus propios pensamientos que no dejan de delirar en su lugar. Tropieza en el desordenado sótano. Entre los trastos domésticos, las latas y las cajas hay indicios de que Enid lleva mucho tiempo allí. Ve dos cubos: uno de ellos es el origen del hedor, es donde la han obligado a hacer sus necesidades, y otro tiene agua y una esponja, que seguramente utiliza cuando le permiten asearse. Hay un montón de periódicos y una silla colocada justo delante de la tubería. Por un momento imagina a Roger sentado allí con la barbilla apoyada en las manos. ¿Habrá observado a Enid mientras sufría? ¿Se habrá burlado de ella?

Vuelve a buscar algo con lo que cortar las bridas. Tiene un cuchillo, piensa con impotencia. Había traído un cuchillo de casa, pero, sin motivo alguno, lo había dejado en el bolso, en el asiento delantero del coche. Se da cuenta de que hay cuerdas y llaves inglesas esparcidas por todas partes, y un martillo, encima de un armario, manchado con algo pegajoso y negro.

De repente se siente ligera, demasiado ligera, y las rodillas se le doblan. Se ve obligada a agarrarse al armario para mantenerse en pie. Una estrella muy brillante se le clava en un rincón de la visión. Los sonidos de la habitación —los murmullos de Elsie, la respiración entrecortada de Enid— empiezan a parecer muy lejanos.

Se lleva la mano al estómago y nota que la sangre ha empezado a secarse. Quizá eso signifique que ha dejado de sangrar. O quizá signifique que ya no le queda sangre que derramar.

Oye cómo Margot se mueve arriba, abre los grifos. Entonces, de súbito, las ve: unas tijeras de podar apoyadas contra la pared. Las agarra y se las lleva a Elsie.

—¿Por qué te ha hecho esto? —pregunta Elsie.

Enid parece un esqueleto, es un espeluznante contraste con la mujer de las fotografías del piso de arriba. Levanta la vista hacia ellas. Beverley se estremece cuando sus ojos se encuentran brevemente con los de Enid. ¿Sabe quién es Beverley? ¿Puede saber, con solo mirarla, que su marido le ha puesto las manos encima?

Está tan fría. Las tijeras caen al suelo.

—¿Bev?

Quiere encontrar la fuerza para responder, pero no puede.

—¡Bev!

Entonces se oye el ruido. Un coche que se acerca, el chirrido de los neumáticos sobre el cemento.

Beverley, Elsie y Enid se miran entre sí presas del pánico.

—¡Mierda! —grita Margot desde lo alto de las escaleras—. Es él.

Cuarenta y siete

Elsie agarra las tijeras del suelo y corta las bridas. Las muñecas de Enid están en carne viva y sangran por donde el plástico le rozaba la piel.

El rugido del motor del coche se acerca.

—Tenemos que salir de aquí —grita Elsie en medio del frenesí—. Vas a tener que ayudarme a levantarla, Bev.

—¡Deprisa! —grita Margot desde lo alto de las escaleras.

—¡Margot, sal de ahí! —grita Elsie—. Deja la puerta trasera abierta para que podamos salir.

Se produce un silencio mientras Margot duda. Luego comienzan a escucharse ladridos, pasos que se acercan a la casa y se detienen brevemente antes de que se oiga el sonido de cómo se abre la puerta trasera.

El ruido del motor se detiene y Beverley reza para no oír el portazo del coche ni la llave en la puerta principal.

Elsie y ella levantan a Enid en brazos y sostienen su peso sobre sus hombros. Está muy débil y les cuesta un rato levantarla y llevarla hasta el final de las escaleras, pero deben darse prisa. Roger llegará pronto a la casa.

—Puedo hacerlo sola.

Es lo primero que dice Enid, con voz ronca pero decidida.

Elsie va delante y le dice a Enid que apoye las manos en sus hombros. Beverley las sigue, y en cada paso se le dibuja un gesto de dolor mientras las tres ascienden muy lentamente a la planta baja de la casa.

Beverley ve cómo Elsie llega a lo alto de las escaleras, se gira y le

tiende las manos a Enid. Se da cuenta de que tiene los pies mojados y, al bajar la vista, ve que están resbaladizos por la sangre. Todo se desdibuja a su alrededor. Por un momento se siente mareada y se pregunta si se caerá hacia atrás, pero mira al frente, se obliga a concentrarse y ordena a sus músculos que se muevan.

Entonces se derrumba. No puede evitarlo. Es como si los huesos de sus piernas se hubieran desmoronado. Ha perdido hasta la última gota de fuerza. Su visión se nubla y todo se vuelve rojo. En lo alto de las escaleras, a través de la neblina, ve a Elsie llamar a Margot. Luego conduce a Enid hacia la parte trasera de la casa y le grita que corra.

Elsie reaparece en lo alto de las escaleras, recortada por la luz del sol que se filtra dentro de la casa, y agita frenética un brazo, le hace señas a Beverley para que se mueva, *le grita* para que suba las escaleras. Pero Beverley no puede moverse ni un centímetro. El zumbido en sus oídos se hace más fuerte, y es tan agudo que llega un momento en que parece salir del espectro de lo audible. Siente los latidos de su corazón, *los siente de veras*, que se frenan y pasan a ser más lentos, cada vez más despacio. Su campo de visión está ahora enmarcado en un tono negro. Levanta la cabeza con esfuerzo. Puede ver a Elsie, que no deja de gritar, con los brazos extendidos, pero no llega a oírla. No oye nada más que el extraño y discordante gemido.

La cabeza de Elsie se gira en ese momento. Beverley es capaz de ver el miedo que revela ahora su nueva postura, con las manos levantadas como única defensa. Ve otra figura aparecer en lo alto de las escaleras, ve cómo levanta un brazo y le da un golpe a Elsie directamente en el cráneo, y ve también cómo los ojos de su amiga se ponen en blanco antes de caer hacia atrás, fuera de su vista. Y es entonces cuando Roger se gira y fija su mirada en ella.

Beverley intenta gritar, intenta suplicarle que la deje en paz, decirle que sabe quién es, qué es. Pero no emite ningún sonido, solo el maullido húmedo de un gatito. Roger baja los escalones, se acerca. Nunca lo ha visto así, nunca le ha parecido tan frío, tan reptiliano.

Imagina lo que debieron sentir las chicas —Cheryl, Emily, Diane, Sarah y Kate— cuando se dieron cuenta de lo que les iba a pasar.

Roger no dice nada. Simplemente se agacha y agarra a Beverley por el brazo, aparta su cuerpo de la escalera. Mientras cae hacia atrás los segundos parecen transcurrir lentos, alargados por el movimiento de la caída, y se interrumpen cuando se produce el choque. Su cuerpo yace inerte en el frío suelo del sótano.

Cuarenta y ocho

Cuando Beverley vuelve en sí, entre parpadeos, aturdida, se da cuenta de que la arrastran tirando de sus pies. Los brazos cuelgan detrás de su cabeza. Abre la boca para gritar, pero no es capaz de emitir ningún sonido. Intenta patalear, agitar los brazos, pero es como si ya no fuera dueña de su cuerpo; no parece tener control alguno sobre su piel ni sus órganos. *Él* controla su carne. Él puede hacer lo que quiera con ella. Siempre ha podido.

La matará. Está segura de ello. Solo que aún no sabe cómo.

Espera que Margot haya vuelto a por Elsie, que hayan sacado a Enid, que estén a salvo en algún lugar lejos de allí.

Sabe que solo le quedan unos minutos en este cuerpo, apenas unos minutos más de este infierno.

Sus hijos aparecen en su mente: Benjamin y Audrey se persiguen alrededor de la piscina; Benjamin en su cambiador, enfrascado en agarrar sus piececitos, sus preciosos deditos; el baile lleno de naturalidad de Audrey mientras Beverley le sonríe sentada desde el sofá. Huele el perfume de su madre, siente la suavidad de la piel llena de arrugas de Alice, ve la luz que entra por la ventana de la iglesia y se refleja en el rostro de Henry el día de su boda.

No pensaba que acabaría así, convertida ella misma en la víctima, pero supone, a través de la niebla final que la envuelve cuando exhala su último aliento, que hay cierta justicia poética en ello.

A través de ondas distorsionadas y latidos de sonido le parece que oye a Roger murmurar algo.

Aguza el oído, aunque una parte de ella quiere rendirse; desea cerrar los ojos y permitir que la invada la calma.

Pero debe saber lo que dice antes de que la mate. Debe oír esas palabras porque se lo debe a las otras chicas.

Solo capta fragmentos de frases mientras Roger la arrastra hacia una pila de cajas y luego se inclina para levantar la parte superior de su cuerpo hasta dejarla sentada. Quiere que vea lo que está a punto de hacer.

—… arruinarlo todo… —le oye decir—. Zorras entrometidas…

Cada vez que parpadea le sorprende que sus ojos se vuelvan a abrir, el hecho de que su cuerpo siga luchando.

Parpadea.

Roger se dirige hacia la tubería que hay en el centro de la habitación.

Parpadea.

Sostiene las tijeras, las mismas que Elsie utilizó para liberar las muñecas de Enid.

Parpadea.

Cuelgan al final de su brazo mientras la inspecciona.

Parpadea.

¿Lo que ve en sus ojos es lástima?

—Deberías haberte dado cuenta, Bev, de que no hay nadie a quien se le dé mejor pensar como un criminal que a un policía.

Parpadea.

Él se pone en pie y agarra las tijeras, las abre y deja ver las hojas del tamaño de un brazo y las agita al lado de su cuello. Esto es todo, por lo tanto. ¿Y ya está? ¿Es así cómo va a morir? ¿Va a cortarle el cuello como si fuera uno de los girasoles del jardín?

Se oye un ruido que proviene de algún rincón de la habitación, pero Beverley no sabe ubicar de dónde con exactitud. Sus pensamientos se desvanecen: piensa en el sol, en las flores, en el aire.

Se oye un golpe fuerte y Beverley se pregunta si es justo eso, un golpe, y no el canto de los ángeles o la risa de sus hijos lo que se oye cuando se muere.

Vuelve a oírse de nuevo. Parece el petardeo de un tubo de escape.

Todavía puede ver a Roger encima de ella. Puede ver su rostro, la fría conmoción que aparece en él. Y ve cómo él baja la mirada para ver su propio pecho. Hay una mancha negra allí, que se abre y se abre más aún hasta florecer con un vívido color rojo. Gira la cabeza lentamente. La mirada de Beverley sigue la suya.

Hay alguien al pie de las escaleras del sótano.

Enid.

Sostiene una pistola, presumiblemente la de Roger. Debía de saber dónde encontrarla. Es de lo que se da cuenta Beverley con su último aliento: debajo de la cama, en el cajón superior de su escritorio, en una caja fuerte en la sala de estar…

Mientras Roger se derrumba en el suelo, Enid habla con voz temblorosa pero suficientemente fuerte.

—Y deberías haberte dado cuenta, Roger, de que no hay nadie a quien se le dé mejor pensar como un policía que a su mujer.

Cuarenta y nueve

—¿Dos litros de sangre? Nunca te ha gustado hacer las cosas a medias, ¿verdad, Bev?

La habitación del hospital es austera y aséptica. Se oye un zumbido en el aire causado por el funcionamiento de máquinas imposibles de identificar que pueden verse a lo largo de las paredes. El espacio huele a amoniaco, a desinfectante y al perfume amaderado Diorissimo de Margot. En el aire flota el aroma de las cenas del hospital: patatas hervidas y tarta de manzana.

Beverley está incorporada a medias, por lo que llega a darse cuenta, parece que con varias almohadas apiladas en su espalda. Su mente sigue invadida por una neblina. Ve su brazo lleno de agujas. Está completamente magullada. Todo el cuerpo le arde y le duele. Nota que tiene el pelo pegado a la frente y la piel sudorosa. Su madre se horrorizaría si la viera así.

Pero están allí las tres. Han sobrevivido. Beverley se pregunta, con una pizca de esperanza y de culpa, si Enid está en una de las habitaciones contiguas.

—¡Elsie! —grita Beverley de repente, alarmada, con la voz ronca—. Tu cabeza.

—No es nada grave.

Elsie se lleva una mano al vendaje.

—Es por ti por quien estamos preocupadas. ¿Quieres agua? ¿Más analgésicos? Puedo llamar a la enfermera.

Beverley parpadea lentamente y dedica un momento a ubicarse. En ese momento unas lágrimas cálidas se derraman hacia sus mejillas por ambos lados de la nariz.

—Oh, deja ya eso —la tranquiliza Margot—. La gente que atrapa a asesinos no tiene tiempo para llorar, está demasiado ocupada

salvando al mundo.

—¿Cómo terminó la cosa? —les pregunta Beverley—. ¿Estáis bien las dos?

—Estamos bien —le asegura Elsie—. Margot volvió a por mí. —Lo dice con orgullo—. Enid también está bien.

—Bueno, no quería perderme el final dramático —bromea Margot, pero no esboza una sonrisa.

Han pasado por mucho. Beverley se pregunta si volverán a ser las mismas.

—¿Roger está…?

Casi no se atreve a preguntarlo.

—Está vivo —responde Elsie con aspereza.

—Vimos cómo se lo llevaba la ambulancia. La policía está ahora con él en su habitación.

El rostro de Beverley se descompone.

—Lo siento.

Niega con la cabeza. Más lágrimas.

—Debería haberlo sabido. No lo vi venir.

Los asesinos en serie son maestros de la manipulación. Ella lo sabe. Expertos en esconderse ante los ojos de los que los buscan. Eso es exactamente lo que hizo Roger.

—¿De verdad vamos a volver a lo mismo? —pregunta Margot con voz cansada—. Nadie puede detener a esta gente, Bev. Ni sus esposas, ni sus hermanas, ni sus hermanos, ni la policía. Pero nosotras, *al final,* lo conseguimos. Lo hemos hecho, Bev. Asunto finiquitado.

De repente escuchan que llaman a la puerta y las mujeres se quedan paralizadas. Una joven enfermera aparece en la puerta con expresión preocupada.

—Disculpen la interrupción, pero hay una periodista que quiere verlas.

—Dios mío —dice Margot arreglándose el pelo—. Ya viene la prensa.

—No pasa nada —dice Elsie en voz baja—. Que pase.

Una mujer aparece en la puerta y Beverley gira la cabeza para verla. Tiene el pelo revuelto, una mirada firme y la postura relajada de quien conoce su propio valor.

—Esta es Patti —dice Elsie mientras la mujer sonríe con calma, se sienta y saca un cuaderno de su bolso.

—Señoras —las mira una a una—, ¿están listas para contar su historia?

Cinco días de libertad

Vencido por unas mujeres. Oh, si hay algo que me complace profundamente es saber cuánto detestará que haya sido así.

Siempre se creyó muy listo. Pensaba que nosotras, las mujeres, nunca seríamos capaces de ver cómo era en realidad. Pero, por supuesto, como en tantas otras cosas a lo largo de los años, se equivocaba.

Había pensado en abandonarlo. Sabía lo de su aventura. Sabía que tenía otra mujer. Sin embargo, nunca llegué a odiarla, y ahora sé que solo era otra mujer joven, guapa y vulnerable de la que se sentía con derecho a aprovecharse. Supongo que le debo la vida a la amante de mi marido. La ironía tiene un sentido del humor bastante retorcido.

Había hecho la maleta, pero él no se había dado cuenta; rara vez se fijaba en nada que no tuviera que ver con su carrera. La había escondido en el fondo del armario, junto a los palos de golf, y ya me había informado acerca de un pequeño apartamento en la costa. Mejor sola que con un hombre como mi marido, un hombre que tiraba sus camisas sucias en el cesto de la colada al final del día sin siquiera pensar que yo pudiera ver las manchas de pintalabios u oler el perfume. Qué insultante. Qué vergüenza, un policía que ni siquiera era capaz de tener una aventura como es debido.

Cuando descubrí que mi gabardina había desaparecido fue cuando me enojé. Pensé que se la había regalado a ella, mi mejor Burberry. Ahora sé, por supuesto, que se lo puso a esa pobre chica de Calabasas, Diane; que todo formaba parte de su retorcido espectáculo, parte de su plan para ser considerado «especial», para

ser recordado.

La policía me dijo que había confesado todo. Cinco chicas. Dios mío, es mucho peor de lo que me había dado a entender entre amenazas cuando estábamos en aquel sótano.

Podría llamarlo malvado. Podría llamarlo veneno, monstruo, gusano, bestia. Pero ponerle un nombre a lo que ha hecho le daría un poder que nunca mereció tener.

Una vez lo amé, hace mucho tiempo, cuando éramos jóvenes y teníamos la esperanza de que la vida guardase para nosotros una buena mano de cartas. Pero dejé de amarlo hace años, antes de que se convirtiera en un asesino. Y ahora voy a desentenderme de él para siempre.

Para mí ya no es nada, y espero que para las familias de esas chicas también se convierta en nada algún día. Simplemente una nota al pie. Un pensamiento tardío. Algo insignificante. Encerrado, olvidado, arrojado a las sombras para que la luz de sus hijas, hermanas y amigas pueda brillar llena de fuerza y esplendor.

Cincuenta

Seis meses después

Beverley sale del coche y echa un vistazo a la casa. Todavía corta el frío matinal el aire fresco, aunque el sol brilla con fuerza, señal de que se acerca la primavera.

¿Ha cambiado algo su casa? Ella no cree que así sea. Pero lo que representa para ella es ahora diferente. Ya no es una prisión en la que tiene que atrincherarse cada noche antes de irse a dormir.

Una bandada de pájaros pasa por encima de su cabeza, siluetas negras que se dibujan en el cielo prístino. La brisa fresca le pellizca la piel y ella se ajusta la chaqueta.

La señora Akerman, la vecina, pasa con su perro salchicha.

—Buenas tardes —saluda Beverley con alegría.

La mujer le lanza una mirada de disgusto y se apresura a seguir su camino. Hay cosas que nunca cambian.

Bev cierra la puerta del coche y avanza por el camino del jardín, pero el tacón de sus zapatos nuevos le hace tropezar. Margot le dijo que eran los mejores zapatos para llevar en el tribunal. Los había comprado en una tienda de Golden Point. Beverley se agacha para quitárselos y camina descalza hacia el cubo de basura que hay delante del jardín. Levanta la tapa y los tira dentro. No los volverá a necesitar.

Roger parecía tan pequeño, tan impotente sentado en el banquillo durante el juicio. Se había recuperado de la herida de bala, pero la lesión le había dejado una ronquera en el pecho que podía

escucharse a lo largo y ancho de toda la sala. Despojado de su uniforme y de su placa, y con sus manos, antes fuertes, ahora entre grilletes, parecía más viejo, muy cansado. Fue una decepción, la verdad. No sintió nada cuando lo vio allí con el mono de presidiario.

Llegó a un acuerdo con la fiscalía: acordó confesar todo para facilitarle el proceso a Enid, la misma esposa a la que había mantenido prisionera en su sótano durante semanas. Beverley estaba disgustada, pero en realidad no esperaba nada diferente. Incluso ahora, Roger intentaba manipular la percepción que la gente tenía de él para ser considerado un buen tipo que quería evitarle a su esposa la vergüenza de tener que revivir lo que él había hecho. Siempre ansioso por ser el héroe sin importarle el precio a pagar.

Ella sabe que todavía hay gente que cree, con la convicción de los justos, que para entender a un asesino basta con descifrar el código, que para frustrar a un asesino es suficiente con poner las cosas en orden, encontrar las pistas y descifrarlas. Pero ella ha aprendido que el mal no sigue un orden. Es caos en estado puro.

Evitó la mirada de Roger mientras presentaba las pruebas que le correspondían, mientras contaba a los oídos expectantes los detalles de su aventura con Roger y el despiadado deseo de Roger de demostrar su propia excelencia como policía, de sustituir a Cornwell cuando se jubilara. Sin embargo, había una pregunta que la había inquietado durante meses. ¿Por qué Roger había elegido a Peter, un niño, para inculparlo de los asesinatos? ¿Por qué no a Hank? Hank habría sido, sin duda, un objetivo más fácil. La respuesta, al parecer, era una prueba del orgullo desmesurado de Roger, de su ansia de poder. Un asesino como Hank, había admitido, tenía sentido, pero no era original, no resultaba inspirador. Un asesino como Peter, adolescente problemático y violento, un asesino joven, alguien diferente a los muchos y corrientes Hank de este mundo, atraería más la atención de la prensa, más titulares y, por lo tanto, la persona que lo capturara también recibiría una atención mayor.

¿Hasta qué punto podrían haber sido diferentes las cosas? De no haber sido por Elsie, Margot y ella, Peter Farrer podría estar ahora

mismo en una celda. Roger podría haber salido victorioso. Nadie habría sospechado nada.

Roger había intentado controlarlo todo; creía que poesía una inteligencia capaz de dictar el relato final de los hechos, un director de orquesta ante una orquesta de cuerpos caídos. Ha debido de ser una tortura para él que Beverley, Margot y Elsie lo derrotaran, que Enid le ganara en última instancia. Ahora pasará el resto de su vida entre rejas.

Beverley contó al tribunal todas las veces que había hablado durante años de su deseo de hincarle el diente a algo jugoso. Hasta qué punto le molestaba no sentirse valorado en el departamento. Cómo habría hecho cualquier cosa para cambiar eso, para obtener al fin el cargo de Tom Cornwell, absolutamente cualquier cosa con tal de sustituirlo.

Cuando se dictó la sentencia Beverley no sintió que se hubiera hecho justicia ni que obtenía una victoria; solo tristeza, la tristeza de saber que cinco vidas se habían truncado: cinco chicas en el apogeo de la edad adulta que nunca se casarían ni tendrían hijos ni disfrutarían de cócteles en sus fabulosas cocinas con sus propias Margot y Elsie, cinco familias cuyas vidas quedarían marcadas para siempre por el miedo, por el deseo inagotable de que las cosas no fueran como habían terminado siendo.

Enid estaba allí, en la sala del tribunal, y era la primera vez que la veían desde que todo había sucedido. No habían hablado con ella antes, aunque Beverley le había enviado una carta para pedirle perdón por todo. Enid no había respondido, pero, la primera mañana del juicio, Beverley recibió un ramo de flores —gladiolos— y una tarjeta con la firma de Enid y una sola palabra escrita: «Fuerza». Enid testificó contra su marido serena, tranquila y cargada de autoridad. Ella se había enfrentado a Roger, por eso él la había atacado y la había mantenido atada en el sótano. Desde hacía tiempo notaba su comportamiento evasivo, su actitud esquiva, sus cambios de humor, pero cuando desapareció un abrigo de su armario —una gabardina Burberry que había comprado en su última

visita a Inglaterra, el abrigo que ahora sabe que usó para vestir el cadáver de Diane Howard Murray—, decidió preguntarle por ello. Lo que no esperaba era la furia, la violencia, la sangre.

Los ojos de Beverley se cruzaron con los de Enid en alguna ocasión durante el juicio, pero Beverley sabía que no era momento de sonreír. Siempre lamentará haber ignorado la existencia de la esposa de Roger porque le convenía hacerlo. Se había convencido a sí misma, de alguna manera retorcida, de que era ella quien necesitaba más a aquel hombre, pero no era así. Ninguna de las dos lo necesitaba.

Ahora Beverley entra en su casa por la puerta principal y escucha las risas que provienen del patio trasero. A través de la mosquitera puede ver el humo que se eleva y se disipa en la brumosa tarde. Elsie y Margot ya están allí. Ellas también tienen cosas que celebrar: finales que deben ser conmemorados, nuevos comienzos que marcar en el calendario.

Elsie se enteró hace poco de que las historias que Hunter le permitió escribir sobre las víctimas de Roger van a convertirse en un libro. Hunter al fin reconoció que su talento va mucho más allá de rellenar armarios de licores y tomar notas en las reuniones. Es la nueva reportera de la sección de sucesos del *Signal*, donde trabaja bajo las órdenes de Patti, que ha demostrado ser una mentora justa y alentadora.

Margot al fin cedió a las súplicas de Beverley y Elsie para decidirse a buscar un terapeuta. Ha comenzado a hacer grandes progresos con el tema de la vulnerabilidad y sus miedos. También ha comenzado una relación con un hombre nuevo. Esperó un tiempo para contarles a Beverley y Elsie que había seducido a su propio terapeuta, pero *¿de verdad* esperaban menos de ella?

Beverley abre las puertas dobles y se une a las mujeres en el patio. Margot le sirve un cóctel de una jarra, algo dulce y anaranjado como el sol. Los niños corretean y causan estragos, pero Beverley ni pestañea cuando desaparecen de su vista. Puede oír sus gritos y sus alaridos. Sabe que están a salvo. Sabe que debe dejarles forjar su

propio camino en la vida.

Ahora sabe que las cosas malas no son la forma que tiene el universo de castigar a quienes han cometido errores. Las cosas malas no suceden porque tengamos malos pensamientos, ni se deben a que tomemos decisiones equivocadas, perdamos oportunidades o demos pasos en falso. No son cosas que se puedan predecir, planificar o prevenir ni que estén protegidas por puertas cerradas y setos recortados, por lo que tratar de prepararse para ellas no hará que sean más fáciles de afrontar cuando finalmente sucedan. A Beverley y a sus hijos les han pasado cosas malas, y es probable que les vuelvan a pasar, al igual que les volverán a pasar cosas buenas. El sol saldrá de nuevo y volverá a caer la lluvia. Ella no puede evitarlo por mucho que se castigue a sí misma, aunque intente cada día expiar las acciones de alguien sobre quien jamás tuvo ningún control.

Suena el timbre y Margot desaparece para abrir la puerta. Regresa poco después acompañada de una pequeña figura que se mueve encorvada.

—¡Mirad quién ha venido! —exclama radiante.

Christopher Appleton lleva un pastel en las manos. Ha quedado un poco torcido y, por lo que puede ver Beverley, se ha quemado bastante por los bordes, pero lo sostiene en alto con el mismo orgullo con el que un padre levanta en brazos a su recién nacido. Las mujeres aplauden.

Esto es la amistad, piensa ella, no tarjetas presuntuosas de quienes no se molestan en preguntar por *sus* hijos, *su* vida, esas cosas que ha cultivado. La amistad es cuando alguien derriba una puerta contigo, se sienta durante horas junto a ti en un coche para vigilar a un hombre peligroso, te sostiene la mano en una cama de hospital mientras bombean líquido vital a tu cuerpo destrozado. O te hace un pastel.

Beverley anima a Christopher a sentarse.

—Oh, no quiero interrumpir —balbucea él—. Solo venía a dejar esto.

—Insistimos —dice Margot, y le empuja los hombros para sentarlo y luego le da un achuchón—. Y te voy a preparar un margarita.

—¿Estás lista? —le pregunta Elsie a Beverley, y luego señala el fuego que crepita en una vieja maceta de cerámica.

Beverley asiente con la cabeza, se levanta, va hasta la cocina y regresa con el álbum de recortes en las manos.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Margot.

Todos los ojos la miran con amabilidad y comprensión.

Ella asiente con la cabeza.

Avanza hasta el fuego con el álbum, lleno de palabras cargadas de sangre, violencia y horror, con todas las historias que ha podido encontrar sobre Henry, Albert o Stephen, todas las historias que se han escrito sobre Roger y las cuatro mujeres que lo derrotaron. Después de sostenerlo sobre el fuego durante un segundo, lo arroja a las llamas. Estas envuelven rápidamente las páginas y, al hacerlo, consumen años de miedo y culpa para enviarlos al cielo transformados en una espiral de humo plateado. Las risas de los niños vuelven a llenar el aire. Margot, Elsie y Chris Appleton levantan sus copas. Beverley se vuelve hacia todos ellos, inspira profundamente hasta notar sus pulmones llenos y sonríe.

Agradecimientos

Mi más sincero agradecimiento a un indomable equipo de editores: Kerry Donovan, Rosa Schierenberg y Janice Zawerbny. Cogieron este libro (y a mí) y lucharon con uñas y dientes para que fuéramos lo más brillantes posible. Me siento muy afortunada de haber sido una pequeña parte de un equipo tan impresionante.

Gracias a Genni Eccles, Lauren Burnstein, Tara O'Connor, Anika Bates, Elise Tecco y al resto del personal de Penguin / Berkley, Penguin / Viking y HarperCollins Canadá. Muchísimas gracias también a todas las editoriales internacionales que se han sumado al viaje de este libro alrededor del mundo. A los publicistas, los equipos artísticos, el personal editorial, asistentes, traductores, correctores, editores de producción y a todos los que han participado en la creación de este libro, os estoy enormemente agradecida y admiro el trabajo que hacéis (debido a los largos plazos que conlleva la publicación, aún no os conozco a todos, pero estoy deseando hacerlo).

A mi increíble, imparable y absoluto cometa de los agentes, Maddy Milburn. Gracias por aceptar este libro cuando me encontraba vulnerable y un poco abatida por la vida, y por apuntar a lo más alto. Estoy muy, muy agradecida de tenerte. Gracias a Rachel, Meghan, Valentina, Liv, Hannah L., Hannah K., Georgia, Josie Freedman y a todos los que forman parte de Madeleine Milburn Literary, TV & Film Agency, por su entusiasmo y amabilidad infinitos.

A mis amigas escritoras y almas gemelas —Nikki, Emilia, Ally, Amy, Saara, Collette—: la vida sería mucho menos divertida (y sin duda mucho más angustiosa) sin vosotras. Os quiero a todas.

Mi amor, como siempre, para los Kirby, los Arnott, Tom, Loo, Martha, Rufus, Sam, Phoebe, Max, Laura, Robin, Harriet y el resto de mis amigos y familiares.

Papá, creo que te habría gustado. Te echo de menos cada día. Mamá, gracias por estar a mi lado en todos los altibajos de la vida. Te quiero mucho.

A Bobby, el pilar de mi vida, el mejor de los mejores, el gigante gentil que hace que todo sea seguro y tranquilo. Te amaré siempre. A Rose, mi otra mitad, mi razón de ser: no podría hacer nada de esto sin ti. Y a mi salvaje, divertidísima y valiente Joni. Lo eres todo para mí.

Por último, mi más sincero agradecimiento a tres mujeres especiales: Beverley, Elsie y Margot. Me habéis salvado.

Table of Contents

Portadilla
Créditos
Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Once
Doce
Trece
Dos días desaparecida
Catorce
Quince
Cinco días desaparecida
Dieciséis
Diecisiete
Dieciocho
Diez días desaparecida
Diecinueve
Veinte
Veintiuno
Veintidós
Veintitrés
Dos semanas desaparecida
Veinticuatro
Veinticinco
Veintiséis

Veintisiete
Veintiocho
Desaparecida desde hace semanas
Veintinueve
Treinta. Cinco días después
Treinta y uno
Treinta y dos
Treinta y tres
Treinta y cuatro
Treinta y cinco
Treinta y seis
Treinta y siete
Treinta y ocho
Treinta y nueve
Cuarenta
Cuarenta y uno
Cuarenta y dos
Cuarenta y tres
Cuarenta y cuatro
Cuarenta y cinco
Cuarenta y seis
Cuarenta y siete
Cuarenta y ocho
Cuarenta y nueve
Cinco días de libertad
Cincuenta. Seis meses después
Agradecimientos